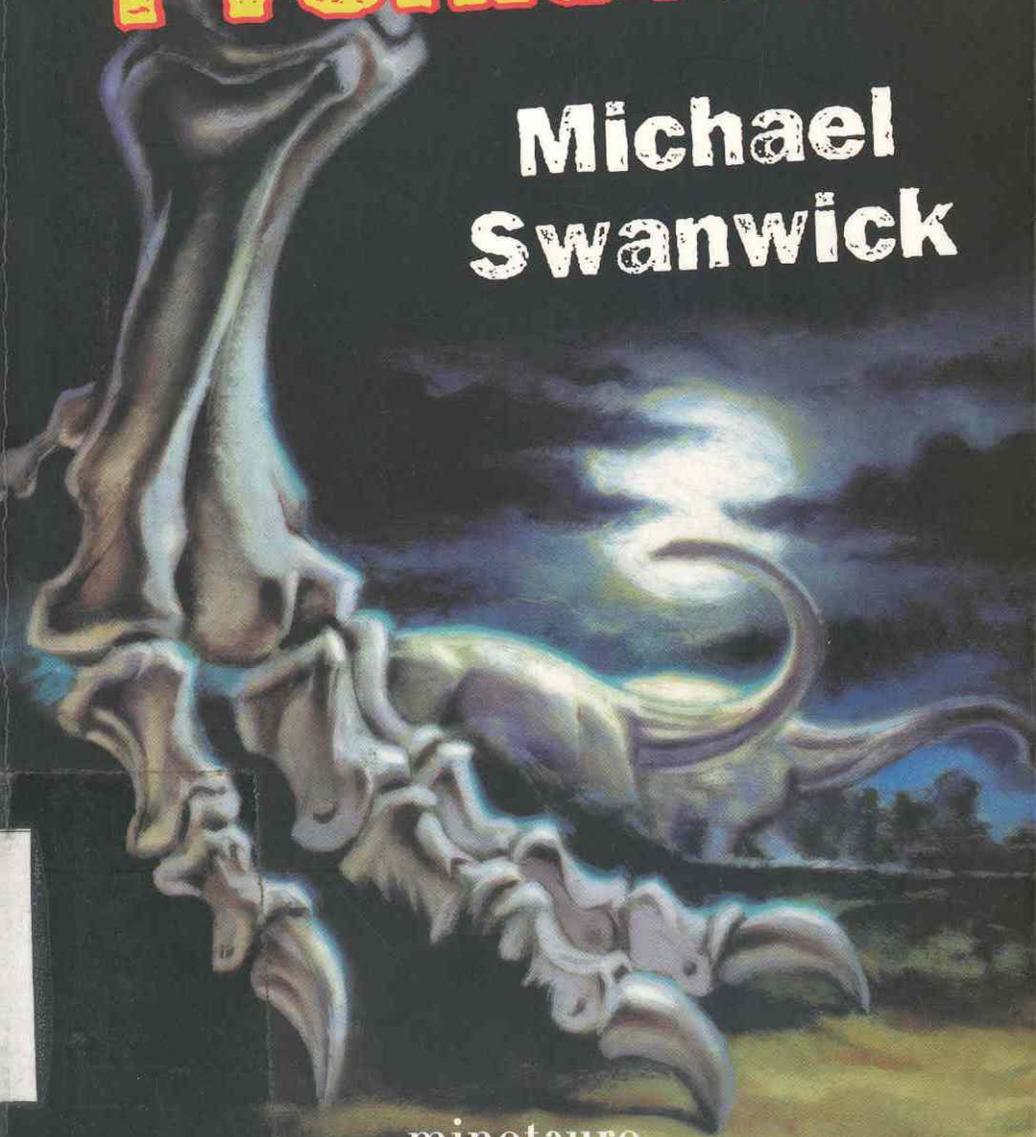


# Atrapados en la Prehistoria

Michael  
Swanwick



minotauro

MICHAEL SWANWICK

Atrapados  
en la Prehistoria

minotauro

Título original:  
*Bones of the Earth*  
Traducción de Elena Gosálvez Blanco

Ediciones Minotauro agradece la desinteresada  
ayuda técnica prestada por el Dr. José Luis Sanz, catedrático  
de Paleontología de la Universidad Autónoma de Madrid.

Diseño e ilustración de la cubierta: opalworks

Primera edición: junio de 2003

© Michael Swanwick, 2002  
© Ediciones Minotauro, 2003  
Av. Diagonal, 662-664, 6.a planta. 08034 Barcelona  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

ISBN: 84-450-7459-8  
Depósito legal: M. 19.326-2003

Impreso en Brosmac, S. L.  
Polígono Ind. Arroyomolinos, n.º 1, calle C, 31  
Móstoles. 28938 Madrid

Impreso en España  
*Printed in Spain*

*Este libro está dedicado a todos los buenos maestros del mundo,  
en particular a los del Colegio William Levering  
y a los del Instituto Central de Filadelfia, a quienes jamás  
se podrá pagar lo mucho que se les debe.*

Doy las gracias en especial a Ralph Chapman, Linda Deck, Tom Holtz, Pete Tillman y Bob Walters por ofrecerme generosamente su tiempo y su conocimiento. Por supuesto, no son responsables de ninguno de los errores que yo haya podido cometer, al igual que yo no soy responsable de nada que haya quedado invalidado tras la impresión de este libro por sus descubrimientos o los de sus colegas. También agradezco a Harry Turtledove su ayuda con la nomenclatura griega, a Suzette Haden Elgin la información sobre las estrategias de gestión de los Sioux Lakota, a Charles Sheffield la historia futura de la Tierra, a William Gibson el Rolex Milgauss (¡bonito reloj, Bill!) y a Alicia Ma, mi sobrina favorita del universo conocido, el haber dado el nombre a Lai-tsz. Como siempre, estoy en deuda con la Fundación para las Artes M. C. Porter, en particular por la ayuda prestada para escribir el resumen del artículo sobre el infrasonido.

*CENOZOICO*

0 a 65

MESOZOICO	Crétacico	SUPERIOR	Senoniense	Maastrichtiense Campaniense Santoniense Coniaciense	65 a 71 71 a 83 83 a 86 86 a 89
			Gálico	Turoniense Cenomaniense Albiense Aptiense Barremiense	89 a 93 93 a 99 99 a 112 112 a 121 121 a 127
		INFERIOR		Neocomiense	Hauteriviense Valanginiense Berriasiense
	Jurásico	SUPERIOR	Malm	Titónico Kimmeridgiense Oxfordiense	144 a 151 151 a 154 154 a 159
			MEDIO	Dogger	Calloviense Batoniense Bajociense Aaleniense
		INFERIOR		Liásico	Toarciense Pliensbaquiense Sinemuriense Hettangiense
	Triásico	SUPERIOR	Triásico 3	Retiense Noriense Carniense	206 a 210 210 a 221 221 a 227
			MEDIO	Triásico 2	Ladiniense Anisiense
		INFERIOR		Escitiense	Olenekiense Induense

*PALEOZOICO*

248 a 570

# 1

## Depredación

*Washington, D. C.: era Cenozoica. Período Cuaternario.  
Época Holoceno. Edad Moderna. 2010 d.C.*

Si acaso se pudiera decir que aquel lio tuvo un principio, se diría que todo empezó una tarde fría y muy ventosa de finales de octubre, cuando un hombre con una caja de material blanco aislante entró en la oficina de Richard Leyster. Le dio un firme apretón de manos y, con naturalidad pero sin pedir permiso, dejó la caja encima de la mesa justo entre el Tyrannosaurus inflable verde lima y una bandeja de dientes de hadrosáuridos sin clasificar. Su sonrisa era completamente fría. Dijo que se llamaba Griffin y que había venido a ofrecerle un trabajo.

Leyster se rió y, sentándose en el borde de su escritorio, soltó la tarjeta de visita del hombre sin mirarla.

—No podía haber elegido peor momento para su oferta.

—¿Hummmm? —Griffin pasó una pila de cajas archivadoras de una silla al suelo. Llevaba un traje caro y se levantó las perneras del pantalón al sentarse para proteger la tela. Su cara era grande, inexpresiva—. ¿Y eso?

—El Smithsonian me dio este puesto cuando todavía estaba acabando el doctorado. Fue un honor considerable y quedaría como un ingrato integral si me voy antes de cumplir tres años de servicio. Entiendo que ofrece más dinero...

—Aún no he mencionado un sueldo.

—El Smithsonian es demasiado consciente del honor que representa trabajar para ellos —añadió Leyster secamente—. Uno de nuestros técnicos se pasa las noches vendiendo cerveza en los partidos de los Orioles.\* Adivine qué trabajo le paga mejor.

—Hay otros incentivos además del dinero.

—Por eso, precisamente, pierde usted el tiempo. Este verano estuve en un yacimiento en Wyoming donde desenterramos unas huellas que eran..., bueno, el típico descubrimiento que sólo aparece una vez en la vida, si tienes esa suerte. Ofrezca lo que ofrezca no creo que merezca renunciar a algo así.

Durante un momento largo, Griffin no dijo nada. Miraba por la ventana girando de un lado a otro en su silla. Cuando siguió su mirada, Leyster solamente vio el cielo oscuro, las tejas naranja brillante de los tejados de enfrente, los taxis dejando senderos de humo gris tras de sí en la avenida de la Constitución y hojas mojadas enganchadas a la hierba. Después, Griffin se volvió preguntando:

\* Nombre del equipo de béisbol de la ciudad de Baltimore. (*N. del ed.*)

—¿Podría verlo?

—¿De verdad le gustaría? —Leyster estaba sorprendido. Griffin no parecía del tipo de personas que se interesan por la investigación original. Un burócrata, un gestor, un organizador, sí. Un político, posiblemente. Pero un científico, jamás. Griffin no había solicitado esa reunión como lo haría un científico, usando el nombre de un colega mutuo y con su afiliación profesional por delante, sino a través de la administración del museo. Un don nadie, ni siquiera recordaba quién, le había llamado diciendo que alguien había presionado a un superior, y dándose cuenta de que era más fácil aceptar el encuentro que tragarse la explicación, había aceptado recibirle.

—Si no me interesara, no se lo pediría.

Encogiéndose de hombros mentalmente, Leyster encendió el ordenador e inició el programa de las huellas, enviando la imagen a un monitor de alta densidad colgado en la pared. La imagen era tan detallada como lo permite la tecnología moderna. Él había proporcionado múltiples fotografías de cada huella y Ralph Chapman, al otro lado del pasillo, había creado para ellos una presentación de imágenes superpuestas en tres dimensiones. El programa empezaba al principio del rastro.

—¿Qué ve? —preguntó.

—Huellas —dijo Griffin— en el barro.

—Eso fueron, una vez. Eso es lo que las hace tan interesantes. Cuando desentieras huesos fósiles dan cuenta de un animal muerto. Pero esto, esto fue hecho por animales vivos. Estaban vivitos y coleando el día que dejaron estas huellas y para uno de ellos fue un día muy significativo. Déjeme que le explique.

Con una mano sujetaba el mando para poder ir avanzando por el programa mientras hablaba.

—Hace ciento cuarenta millones de años, un apatosaurus, lo que solíamos llamar brontosaurus antes de que le fuese reatribuido el taxón, salió a pasear por la orilla de un lago poco profundo. Mire qué constantes son las icnitas del apatosaurus que deambula plácidamente. Todavía no es consciente de que le siguen.

Griffin se puso serio y juntó las manos mientras Leyster avanzaba por las huellas. Sus manos eran enormes, incluso para un hombre tan corpulento, y extrañamente expresivas.

—Mire este camino de huellas más pequeñas aquí y aquí, salen del bosque y siguen las huellas del apatosaurus por ambos lados. Éstas pertenecen a una pareja cazadora de alosaurus fragilis, dinosaurios asesinos de doce metros de largo con enormes garras afiladas en manos y pies, y dientes tan largos como puñales de hoja aserrada. Se mueven más rápidamente que su presa, todavía no corren pero acechan. Fíjese en como ya se han colocado para poder surgir de cualquiera de los dos lados.

»Aquí el apatosaurus se percata del peligro. Tal vez el viento cambia de dirección y puede oler a los alosáuridos. O tal vez estas criaturas gritan cuando atacan. Nunca lo sabremos. Lo que sea que le alertó no ha dejado constancia en el registro fósil.

»Está corriendo.

»Mire cómo crece la distancia entre las zancadas. Y observe cómo aquí atrás pasa lo mismo con las huellas de alosáurido. Están forzando al máximo su carrera. Atacando como un león ataca a su presa. Sólo que su presa es tan grande como una montaña y ellos mismos son tan grandes y feroces que podrían desayunar leones.

»Ahora mire, ¿ve que hay un salto en estas huellas de uno de los alosáuridos y otro idéntico en las del otro? Están imitando las zancadas del apatosaurus. Durante el

resto de la persecución, los tres corren al unísono. Los alosáuridos están en posición para lanzarse.

No estaba prestando ninguna atención a su oyente, atrapado una vez más en el drama de las huellas fósiles. La vida persiguiendo la muerte. Era una experiencia común a todas las criaturas, pero de algún modo siempre se las arreglaba para sorprender cuando ocurría.

—¿Podrá el apatosaurus escapar? Es posible. Si pudiera aumentar su velocidad lo suficientemente aprisa. Pero algo tan grande simplemente no puede acelerar tan rápido como los alosáuridos. Así que tiene que dar la vuelta, y justo aquí es donde las tres huellas convergen y luchan.

Clicó dos veces en el botón derecho del mando para alejarse de la imagen y poder ver una zona mayor en la pantalla.

—Aquí es donde las cosas se ponen interesantes. Mire cuánta confusión hay en las huellas, todos estos lugares pisoteados, todo este barro levantado. Esto es lo que hace único a este fósil. Es una prueba física de la pelea en sí. Mire estas icnitas, cientos de ellas, en el lugar donde el apatosaurus lucha con sus atacantes. ¿Ve qué profundo es este par de icnitas? Todavía no he calculado la ergonomía pero es posible que la bestia se pusiera de pie sobre sus patas traseras para dejarse caer intentando aplastar a sus verdugos. Si tan sólo pudiera aprovechar su inmenso peso, aún podría ganar la batalla.

»Pero a nuestro pobre amigo le es imposible. En este punto, donde el barro se esparce en todas direcciones, es donde la pobre Patty cae. ¡Pum! Y, por cierto, deja una huella de su cuerpo la mar de buena. Esto y esto son claras marcas de la cola. Esta Patty sigue coleando con fuerza. Pero la lucha ha terminado, le quede el tiempo que le quede. Una vez el apatosaurus ha caído, se acabó. Estos monstruos nunca van a dejarla volver a levantarse.

Usó de nuevo el *zoom* para revelar aún más superficie del barro solidificado que una vez fue la orilla de un lago arcaico. En total, el rastro de huellas medía aproximadamente un kilómetro. Todavía le dolía la espalda al pensar en el trabajo que había costado, primero el dejarlo al descubierto, quitando la tierra de las muestras representativas de los primeros dos tercios, probando segmentos alternadamente hasta que al final la cosa se puso emocionante y tuvieron que excavar todo el puñetero rastro. Y después, una vez fotografiadas y medidas, hubieron de volver a enterrarlo en capas de Paleomat y arena estéril para proteger las huellas de la lluvia, la nieve y los comerciantes de fósiles.

—Y entonces, aquí... —Había llegado a la parte clave y subió la voz sin querer. Nada le gustaba tanto como un puzzle científico, y estas huellas eran la madre de todos los rompecabezas. Además de las huellas de los alosáuridos, las había de carroñeros secundarios, aves, dinosaurios más pequeños, incluso de unos pocos mamíferos, cruzándose con tan exuberante profusión que parecía que nunca pudieran ser desenredadas—. En esta sección es donde nuestra desafortunada Patty muere y es devorada por los aleosáuridos. Lo increíble es, sin embargo, que algunos de los huesos esparcidos quedaron enterrados en el barro con tanta profundidad y fuerza que han dejado impresiones nítidas. Con ellas pudimos hacer moldes de goma de un cúbito, de partes de un fémur, de tres vértebras: lo suficiente para identificarlo con seguridad. ¡La primera identificación directa, no inferida, de la icnita de un dinosaurio jamás llevada a cabo!

—Eso explica cómo saben que se trata de un apatosaurus. Pero ¿y los aleosáuridos?

Leyster sonrió satisfecho y agrandó la imagen para que la huella dejada por una sola vértebra llenara la pantalla. Después de clicar dos veces en el botón izquierdo del mando (y gracias al bendito Ralph) la huella del hueso se invirtió pasando del negativo al positivo. Entonces, enfocó el proceso articular caudal.

—Si mira con detenimiento, podrá ver un diente de alosáurido arrancado a su dueño y clavado en el hueso. No hay señal de cicatrización. Uno de esos diablillos lo perdió en el ataque o mientras roía el cadáver.

»Es como un libro abierto, mejor que el mejor libro. Nunca ha habido nada igual. Me pasaré años estudiándolo.

Leyster ya había consultado a ganaderos que habían perdido reses por culpa de lobos y pumas y estaban familiarizados con las marcas físicas dejadas por los depredadores. El Museo Nacional de Indios Americanos le había prometido ponerle en contacto con un guía profesional, un navajo que según su contacto era capaz de seguir a una trucha por el agua y a un halcón a través de las nubes. No era posible saber cuánta información más se podía sonsacar del espécimen que habían descubierto.

—A decir verdad, cuando lo encontré, cuando me di cuenta de lo que tenía, fue el momento más importante de mi vida. —Eso fue en las cumbres Burning Woman, con las montañas a un lado y los pastos pedregosos al otro, debajo del cielo más cálido y azul de toda la creación. Leyster sintió que todo (el animado murmullo de su equipo, las palas chirriando contra el suelo) se separaba de él dejándole solo en un silencio sagrado. No había ni un sonido ni un movimiento, ni siquiera una pizca de viento. Notó la presencia de Dios—. Y pensé que el solo hecho de haberlo encontrado justifica mi existencia en este mundo. ¿Y quiere que renuncie a ello? Oh, no. Creo que no.

—Al contrario —dijo Griffin—. Tengo una idea mucho más clara que usted del valor de su hallazgo. Y lo que yo le ofrezco es mejor. Mucho mejor.

—Con todos los respetos, señor Griffin...

Griffin levantó ambas manos con las palmas hacia arriba.

—Por favor. Escuche lo que tengo que decir.

—De acuerdo.

La habitación estaba vacía y Griffin había cerrado la puerta tras de sí al entrar. Pero de todos modos miró despacio a su alrededor antes de hablar. Después carraspeó, se disculpó por haberlo hecho y dijo:

—Déjeme que empiece detallando las condiciones del contrato, para ahorrarme la molestia más tarde. Usted podrá mantener su puesto actual y haremos las gestiones pertinentes para que podamos pedir prestados sus servicios para nuestro proyecto un total de seis meses al año. Le continuará pagando el Estado, pero me temo que no se le subirá el sueldo. Lo siento.

Está disfrutando, pensó Leyster. La ciencia le aburre mortalmente pero le encanta que se le resistan. Normalmente a Leyster nadie le resultaba interesante. Pero Griffin era diferente. Estudió los rasgos inmutables de la cara del hombre, buscando un hueco por el que colarse, un ápice de comprensión, el destello de una pista de lo que le hacía funcionar. Leyster se sabía un investigador metódico: si le daban un trozo de cuerda enredado no pararía hasta haber deshecho el nudo siempre que tuviera el tiempo suficiente y un extremo de cuerda del que tirar.

Entonces Griffin hizo algo extraordinario. Fue un gesto insignificante, del que

Leyster no se hubiera percatado en circunstancias normales pero que en aquel momento le pareció fascinante. Sin mirar hacia abajo, Griffin se subió la manga hasta mostrar un grueso reloj de acero inoxidable. Lo agarró con la mano, escondiendo por completo la esfera. Entonces se miró el reverso de la mano.

No soltó el reloj hasta que dejó de mirar.

Leyster había encontrado una fisura. Pinchándole con cautela dijo:

—De momento no está siendo muy persuasivo.

—Y la cosa se pone peor —dijo Griffin; ¡tenía sentido del humor!; increíble—. Existen restricciones. No se le permitirá publicar. Bueno, lo que descubra por su cuenta, por supuesto que sí —añadió descalificando con la mano la pantalla de alta densidad—, esas cosas las puede publicar siempre que quiera. Aunque primero tiene que ser autorizado por un comité interno que se asegure de que no está aprovechando la información obtenida mientras trabaja con nosotros. Además, no se le permitirá hablar del trabajo que realice con nosotros. Se considerará alto secreto. También necesitaremos su permiso para que el FBI le investigue. Pura rutina. Le aseguro que no saldrá nada que pueda incomodarle.

—¿Investigar? ¿A un paleontólogo? ¿De qué diablos habla?

—También debo mencionar que existe una gran posibilidad de muerte violenta.

—¿Muerte violenta? Todo esto tiene una explicación lógica, ¿no?

—Un hombre entra en su despacho —Griffin se dobló hacia adelante para hacerle una confidencia— y le sugiere que tiene una oferta de trabajo muy especial para usted. Debido a su naturaleza, no puede contarle mucho hasta que no se haya comprometido en cuerpo y alma. Pero le indica, o mejor le sugiere sutilmente, que se trata de su oportunidad para participar en la mayor aventura científica desde el viaje de Darwin en el *Beagle*. ¿Qué le parecería?

—Bueno, por supuesto que me interesaría.

—¿Y si fuera verdad? —dijo Griffin con marcada ironía.

—Aceptaría —asintió Leyster— si fuera verdad.

Griffin sonrió. Pero los rasgos duros de su rostro hicieron que la sonrisa pareciera triste.

—Entonces creo que le he dicho todo lo que debe saber.

Leyster esperó, pero el otro no añadió nada.

—Perdone que le diga, pero ésta es la oferta más extraña que he oído en mi vida. No ha dicho ni una sola cosa para que me resulte atractiva, al contrario. Que si necesitaré el visto bueno del FBI, que si no podré publicar, que si puede que me... Franca-mente, no puedo pensar en otros argumentos menos seductores para ir a trabajar con usted.

Había un brillo de satisfacción en la mirada de Griffin cuando la reacción de Leyster fue precisamente la que había intentado provocar.

¿O era eso lo que quería que Leyster pensara?

No, su razonamiento estaba siendo paranoico. Leyster no solía pensar de esa manera, no le gustaba hacerlo. Estaba acostumbrado a preguntarse cosas sobre un universo esencialmente indiferente. El mundo físico podía guardar un silencio enloquecedor sobre sus secretos, pero no mentía y jamás intentaba engañarte activamente.

Sin embargo, la influencia corruptiva de aquel hombre era tal que resultaba difícil no pensar así.

Una vez más, Griffin se agarró el reloj. Echándole un vistazo, dijo:

—De todos modos, aceptará el trabajo.

—¿Y en qué razonamiento se basa para llegar a tan extraordinaria conclusión?

Griffin puso la caja blanca sobre la mesa de Leyster.

—Esto es un regalo. Pero con una condición: que no se lo enseñe a nadie ni le hable a nadie de ello. Por lo demás... —Torció la boca despectivamente—. Haga lo crea conveniente para convencerse de que es auténtica. Secciónela. Destrócela. Hay muchas más en su lugar de procedencia. Pero, por favor, no haga fotos. O nunca recibirá otra para seguir jugando.

Entonces se fue.

Una vez solo, Leyster pensó: no la abriré. La mejor medida al respecto era tirar la caja al basurero más próximo. Lo que fuera que Griffin estuviera tramando, solamente podía traer problemas. El FBI, comités internos, censura, muerte... no necesitaba ese tipo de tormento. Por esta vez iba a reprimir su curiosidad y a darse por satisfecho.

Abrió la caja.

Durante un largo y silencioso momento, miró fijamente su contenido rodeado de hielo. Entonces, deslumbrado, metió la mano y la sacó. Sintió en sus manos el frío de la carne. La piel se movió ligeramente; debajo podía notar los huesos y músculos.

Era la cabeza de un stegosaurus.

Una ráfaga de viento hizo vibrar ligeramente la ventana. Un chorro de lluvia repiqueteó en el cristal. El suave murmullo de los coches se oía abajo en la calle. Alguien se reía en el pasillo.

Poco a poco recuperó la voluntad. Sacó el objeto de la caja y lo colocó en el banco de trabajo sobre un montón de ediciones del *Journal of Vertebrate Paleontology*. Medía aproximadamente cuarenta centímetros de largo, quince de alto y quince de ancho. Pasó las manos lentamente por su superficie.

La carne estaba fresca y blanda. Podía notar los músculos cediendo y, más abajo, la dureza del hueso. Un pulgar se deslizó sin querer entre los labios de la criatura y notó la suavidad de los dientes. El pico era como un cuerno, con la punta afilada. Casi de pasada, se fijó en que, efectivamente, tenía pómulos.

Levantó un párpado. Sus ojos eran dorados.

Leyster se descubrió llorando.

Sin molestarse en limpiarse las lágrimas, sin importarle si estaba o no llorando, abrió un cuaderno y empezó a preparar las herramientas. Un escalpelo del número cuatro con una cuchilla del veinte. Un sólido fórceps corta huesos Stille-Horsley. Una sierra. Unos cinceles y un mazo pesado. Eran sobras del verano, de cuando Susan como-se-llame, una becaria de la Universidad Johns Hopkins, pasó sentada en silencio semana tras semana trabajando con un dragón de Komodo que había muerto recientemente en el zoológico, para preparar un mapa de sus tejidos blandos. Exactamente la clase de trabajo pesado y necesario que uno reza para que lo haga otra persona.

Barrió los contenidos de la mesa de trabajo (libros y disquetes, un compás, un cúter, bolsas de galletitas saladas, instantáneas del yacimiento) y colocó la cabeza en el centro.

Dispuso las herramientas con cuidado. Escalpelo, fórceps, sierra. ¿Qué ha sido del compás que andaba por aquí? Lo recogió del suelo. Después de un momento de duda, puso a un lado el mazo y el cincel. Eran para trabajos rápidos. Sería mejor tomárselo

con calma.

¿Por dónde empezar?

Empezó realizando una sola incisión larga en la cabeza, desde la punta del pico hasta el *foramen magnum*, el agujero donde la médula espinal sale de la cavidad cerebral. Entonces, retiró la piel con cuidado, dejando ver los músculos rojo oscuro con un ligero brillo plateado.

«Musculatura dorsal posterior», escribió en el cuaderno, y la esbozó rápidamente.

Cuando ya había tomado nota de toda la estructura muscular, cogió otra vez el escalpelo y cortó los músculos hasta llegar al cráneo. Tomó la sierra especial para huesos. La dejó y cogió el fórceps. Se sentía como un vándalo, como quien se lía a martillazos con *La Piedad* de Miguel Ángel. Pero, qué carajo, él ya sabía qué aspecto tenía el cráneo de un Stegosaurus.

Empezó a serrar el hueso. Sonó un crujido seco, como el plástico duro al romperse.

La cavidad cerebral se abrió ante él.

El cerebro del stegosaurus era de un marrón anaranjado claro tan delicadamente pálido que era casi color marfil, con marcas brillantes de vasos sanguíneos cruzando su superficie. Era muy pequeño, por supuesto (incluso para ser dinosaurio, el stegosaurus era una bestia extremadamente estúpida), y estaba familiarizado con su forma por haber examinado detenidamente moldes cerebrales extraídos de cráneos fósiles de su clase.

Se encontraba en la Terra Incógnita científica. No se sabía nada del interior del cerebro de un dinosaurio ni de su microestructura. ¿Sería este cerebro parecido al de pájaros y cocodrilos o sería más como el de los mamíferos? ¡Había tanto que aprender al respecto! Tenía que registrar y tabular los datos de las estructuras neumáticas de la cavidad craneal. ¡Y la lengua! ¿Cómo era de musculosa? Debería diseccionar un ojo para ver cuántos tipos de receptores cromáticos tenía.

También debía averiguar si tenía huesos nasales turbinados. ¿Había suficiente espacio para éstos? Su función era atrapar y recuperar la humedad de cada expiración. Un animal de sangre caliente con un ritmo respiratorio tan alto necesitaría turbinados complejos para que no se le secasen los pulmones. Un animal de sangre fría precisaría menos rehidratación y podría no tener ningún hueso nasal turbinado.

La discusión sobre si los dinosaurios eran animales de sangre caliente o de sangre fría duraba décadas, desde incluso antes de nacer Leyster. Tal vez él iba a poder zanjar el tema allí mismo.

Pero primero estaba el cerebro. Se sintió como Colón, observando el horizonte largo y oscuro de un nuevo continente: «Adelante, mis valientes». Su escalpelo tembló sobre la cabeza partida.

Descendió.

El cansancio hizo que Leyster se tambaleara y perdiera el sentido momentáneamente para recuperarse al instante.

Agitó la cabeza, se había quedado en blanco y se preguntó dónde estaba y por qué se sentía tan cansado. Entonces se fijó en la habitación y notó el silencio del edificio a su alrededor. El reloj de Elvis con cazadora rosa y caderas giratorias que le había regalado una antigua novia decía que eran las 3.12 de la madrugada. Llevaba más de doce

horas trabajando en el cerebro sin comer ni descansar.

Había varios tarros de muestras delante de él, cada uno con un trozo de cerebro preservado en formaldehído. Su cuaderno estaba casi lleno de notas y dibujos. Lo cogió y echó un vistazo a una página del principio:

*Al abrir la cavidad craneal se descubre que el cerebro es pequeño y grueso con pliegos cerebrales y parietales muy cerrados y un profundo borde caudodorsal. El diámetro transversal de los pequeños lóbulos cerebrales es un poco mayor que la médula oblonga. Aunque las esferas visual y sensitiva son bastante grandes, el cerebelo es sorprendentemente pequeño.*

Reconoció su letra limpia y escueta, pero no recordaba en absoluto haber escrito aquellas palabras o ninguna de las que llenaban las docenas de páginas siguientes.

—He de parar —dijo en voz alta—. En estas condiciones, no confío en que no meta la pata.

Escuchó sus palabras con atención y decidió que tenían sentido. Cansinamente, envolvió la cabeza en papel de aluminio y la metió en la nevera, sacando un cartón de zumo de uva de hacía un mes y seis latas de Pepsi Light para hacer sitio. No tenía candado pero tras efectuar un pequeño registro encontró un alargador naranja que enrolló varias veces a la nevera. Con un rotulador escribió en un papel: «¡¡¡PELIGRO!!! Experimento sobre botulismo. ¡¡¡NO ABRIR!!!», y pegó la nota con celo a la puerta.

Ahora podía irse a casa.

Pero ahora que la cabeza —la imposible y gloriosa cabeza— ya no estaba delante de él absorbiendo todos sus pensamientos, se enfrentó al problema de su existencia.

¿De dónde había salido? ¿Qué podía explicar tal milagro? ¿Cómo podía existir algo así?

¿Un viaje en el tiempo? No.

Había leído una vez un estudio de física que intentaba demostrar la posibilidad teórica de viajar en el tiempo. Requería que se construyese un cilindro extremadamente largo, grande y denso con la misma masa que la Vía Láctea y que rotara a la mitad de la velocidad de la luz. Pero aunque tal monstruo pudiera construirse —y no se podía—, todavía sería de dudosa utilidad. Un objeto disparado más allá de su superficie con el ángulo exacto sí viajaría al pasado o al futuro, dependiendo de si lo hacía con o contra la rotación del cilindro. Pero no se podía predecir lo lejos que llegaría. Y una excursión corta al Mesozoico era impensable porque nada podría viajar a un tiempo anterior a la construcción del cilindro o posterior a su destrucción.

En cualquier caso, la física actual no estaba a la altura de construir una máquina del tiempo ni lo iba a estar hasta dentro de al menos otro milenio; si se conseguía algún día...

¿Podrían haber usado la ingeniería de recombinación genética para juntar fragmentos de ADN de dinosaurio como en aquella película que le encantaba cuando era pequeño? Tampoco. Era una fantasía agradable pero el ADN era muy frágil. Se rompía demasiado rápido. Lo máximo que se había recuperado dentro de ámbar fosilizado habían sido diminutos fragmentos de genes de insecto. ¿Lo de pegar los fragmentos? Ridículo. Sería como intentar reconstruir las obras de Shakespeare a partir de las cenizas de una página quemada, una que sólo contuviera las palabras «nunca», «mancillar» y «de». Y, además, que las cenizas no sólo fueran de esa página sino de una bi-

biblioteca de cien mil volúmenes que incluyeran a Mikel Spillane y Dorothy Sayers, a Horace Walpole y a Jeane Dixon, las Actas del Congreso y las obras completas de Stephen King.

No funcionaría.

Se aprovecharía mejor el tiempo, por ejemplo, intentando restaurar la Venus de Milo buscando por las playas del Mediterráneo los granitos de marfil que una vez fueron sus brazos.

¿Podría ser falsa?

Ésa era la posibilidad más probable. Él mismo había diseccionado al animal, se había manchado las manos con su sangre, había sentido la textura y la resistencia de sus músculos. La criatura había estado viva no hacía mucho.

Por trabajo, Leyster seguía las publicaciones sobre biología con atención. Sabía exactamente qué era posible y qué no. ¿Fabricar un pseudodinosaurio? ¿Desde cero? Los científicos tenían suerte si lograban formar un virus. La ameba más simple les pillaba a años luz.

Así que eso era todo. Había sólo tres explicaciones posibles y cada una era más imposible que la anterior.

¡Pero Griffin sabía la respuesta! Griffin la sabía y se la podría dar y había dejado su tarjeta. ¿Dónde estaba? En algún lugar de su escritorio. Cogió la tarjeta. Decía:

H. JAMISON GRIFFIN  
Administrador

Nada más. No había dirección. Ni teléfono. Ni fax. Ni e-mail. Ni siquiera incluía la organización a la que pertenecía.

Griffin no había dejado modo de ponerse en contacto con él.

Leyster cogió el teléfono y tras obtener línea externa marcó el número de información. Al mismo tiempo se conectó a Internet. Hay millones de datos por ahí. Los días en que una persona podía desaparecer sin dejar rastro habían acabado hacía tiempo. Seguro que encontraría a Griffin.

Pero tras una hora tuvo que admitir su derrota. El nombre de Griffin no figuraba en ningún listado que Leyster pudiera localizar. No trabajaba para ninguna agencia del gobierno conocida. Que Leyster supiera, nunca había enviado comentarios sobre ningún tema, ni había sido mencionado aunque fuera brevemente por nadie.

El hombre parecía no existir.

Finalmente, Leyster sólo podía esperar. Esperar y confiar en que el cabrón volviera.

¿Y si no lo hacía? ¿Y si nunca regresaba?

Esto es lo que Leyster se preguntaría cien veces todos los días, durante un año y medio. Ése es el tiempo que tardó Griffin en encontrar un momento para poner fin a su silencio con una llamada telefónica.

## El acertijo de Aquiles

*Crystal City, Virginia: era Cenozoica, Período Cuaternario.  
Época Holoceno. Edad Moderna. 2012 d. C.*

Leyster era la única persona de la furgoneta que no se asomaba excitada por la ventana para fijarse en los anuncios y en los nuevos autobuses públicos ni se pegaba al cristal cuando pasaban por un lugar en obras. A todos les habían dado el *Washington Post* del día en el Pentágono y era cuestión de cara o cruz si los cómics o las páginas de opinión les harían más gracia. Podía entender su nostalgia, pero no podía sentirla.

Para él sólo era el presente.

El hombre que tenía al lado le miró con su alegre cara redonda y extendió una mano.

—¡Hola! Me llamo Bill Metzger y ésta es mi mujer, Cedella. Somos de dentro de diez años. —Ella, sonriente, se incorporó sobre su marido para darle la mano. Era visiblemente menor que él. Formaban un matrimonio como la noche y el día—. Yo no estoy en el proyecto pero Cedella expondrá su trabajo sobre los huesos nasales turbinados de los hadrosáuridos lambeosaurinos.

—¿De veras? Qué interesante. Mi trabajo trata de los huesos nasales turbinados de los *Stegosaurus*. Y de la estructura de su garganta y su lengua. Y un poco sobre su cerebro.

—Eso me suena. —Cedella buscó rápidamente entre sus resúmenes—. No era el que quería... —Paró de buscar—. ¡Ah! ¡Es usted Richard Leyster! Dios mío. Quería decirle que su libro fue tan...

Su marido carraspeó como queriendo decir algo.

—¿Mi libro?

—Ah, sí. Todavía no ha salido. —Se volvió para continuar mirando por la ventana—. ¿Te imaginas llevar esa ropa tan horrorosa? Aunque no nos parecía tan mal en su día.

Cedella tenía el acento jamaicano más bonito que Leyster había oído jamás, tan empalagoso como las natillas de caramelo y tan nítido y preciso como una ecuación algebraica. Solamente oírla hablar era un placer.

—A lo mejor debería bajarme y buscarte —dijo Bill. Un marine que estaba sentado delante le echó una mirada asesina pero no dijo nada—. Estabas muy maciza, con o sin esa ropa rara.

—¿Cómo que «estaba»? —Le atizó con el periódico y él se rió—. Debería dejarte intentarlo, vejistorio. Entonces no estaba tan agotada de tanto cuidarte, seguramente te

hubiera dado un ataque al corazón. Y te lo hubieras merecido.

—Al menos moriría feliz.

—¿Y qué hubiera hecho yo? ¿Qué habría hecho el resto de la noche una vez la ambulancia hubiera retirado tu carcasa inservible?

—Ver la televisión.

—No ponen nada bueno hasta después de cenar.

Ambos estaban tan feliz y dulcemente absortos en el otro que, en contraste, Leyster sentía amargura y mal humor. No podía evitar maravillarse con la fluidez y naturalidad con que cruzaban las palabras. Conversar nunca era fácil para él. Nunca sabía qué decirle a la gente.

Bill se volvió hacia él.

—Perdone a mi díscola mujer. Es nuestro primer viaje por el tiempo y creo que todo el mundo por aquí anda un poco atolondrado.

—No todos. Algunos vivimos aquí.

—Sí, sí, perdón, a veces me cuesta recordarlo. —Bill volvió a mirar por la ventana maravillado de lo que para Leyster era una zona con filas de casas perfectamente ordinaria—. No puedo creer cuánto ha cambiado esto en sólo diez años. ¡En la próxima década van a pasar tantas cosas!

—¿Algo importante?

—¿En comparación con esto? ¿En comparación con viajar en el tiempo? Nada. Absolutamente nada.

El marine que, según les habían dicho, tenía órdenes de disparar a quien intentara bajarse de la furgoneta antes de que se lo indicaran, y a quien ellos no podían decir nada de sus orígenes y destinos, parecía incómodo.

La charla de bienvenida tuvo lugar en el Hotel Marriott Crystal Gateway. Era, seguramente, el seminario más raro al que había asistido Leyster.

En algunos aspectos era el mejor. Una ventaja de viajar en el tiempo era que los trabajos de las conferencias estaban disponibles al principio del seminario. Todavía se tardaba un año o más en reunirlos, editarlos e imprimirlos, pero los libros podían entonces enviarse de vuelta al pasado para venderse en la mesa de inscripciones y así poderlos llevar de conferencia en conferencia y anotar en ellos mientras se presentaban.

El lado negativo era que Leyster sólo reconocía a una fracción de los presentes. La paleontología era un mundo muy pequeño, no existían más de doscientos a trescientos profesionales en cada momento. En la mayoría de las conferencias, conocía a todos los importantes y estaba al menos vagamente familiarizado con los rostros de los demás. Pero aquí, puesto que había profesionales reclutados en un período de veintipico años, muchos eran extraños para él. Incluso aquellos que creía conocer habían envejecido y cambiado hasta tal punto que no se sentía cómodo acercándoseles. Ya no estaba seguro de quién era quién.

Se sirvió una gran ración del bufet y se puso a la cola para pedir café. Bill y Cedella se colocaron tras él, Bill le dio una palmada en el hombro y Cedella le mostró brevemente su brillante dentadura. Agradecía la compañía.

Cedella hizo una mueca al tomar el primer sorbo.

—Es peor que nunca. Si podemos mandar a un hombre a la luna y viajar cien mi-

llones de años atrás, ¿por qué no podemos hacer un café decente?

—Si te parece malo, deberías probar el descafeinado.

—Cuánto sufre este hombre. —Se volvió hacia Leyster—. ¿Ve cómo sufre?

—He estado pensando en mi libro. Está casi terminado, pero se me ha atravesado el título. He pensado que tal vez *Rastros del tiempo*...

—Oh, pero ése no es...

Bill carraspeó y Cedella se calló.

—De verdad, no podemos decirlo —dijo con delicadeza—. Me disculpo de veras, pero fueron muy claros en eso.

—¡Vamos! El discurso más importante de la mañana empieza en unos minutos. Quiero coger un buen sitio.

Leyster les siguió hasta el gran salón de baile. En la habitación se oía un murmullo alegre de expectación. Todo el mundo estaba deseando empezar. Cuando la conferencia terminara, prepararían sus primeras excursiones al pasado profundo, donde se encontrarían cara a cara con lo que ahora conocían solamente mediante marcas en la piedra. Eran como crías de halcón esperando nerviosas en los salientes de un precipicio, sabiendo que pronto saltarían al vacío, abrirían las alas y volarían.

Los asientos se llenaron. Alguien bajó las luces.

Griffin se puso tras el estrado. Parecía mucho mayor de lo que Leyster recordaba.

—Primera diapositiva, por favor.

La diapositiva mostraba al cavernícola de los Picapiedra acariciando la cabeza de su fiel dinosaurio de montar, Dino. Hubo algunas risas.

—Dentro de unos momentos, será el turno de lo que creo que se denomina técnicamente «lo bueno». Y lo que tenemos es espectacular. Además de las presentaciones, esta noche veremos una película: imágenes reales de dinosaurios tomadas en el Triásico, Jurásico y Cretácico. Esta cinta ha sido elegida por paleontólogos de vertebrados, como ustedes, de la generación dos y se han asegurado de incluir sus favoritos. Les garantizo que habrá sorpresas.

Varios miembros del público aplaudieron.

—Pero antes de continuar, estoy obligado a comentarles unas pocas reglas del juego. Todos los presentes ya han sido informados de las penalizaciones por no guardar el secreto. Hoy solamente voy a explicar por qué esas penalizaciones son tan draconianas. Nuestros físicos han pedido que les cuente lo menos posible sobre la mecánica de viajar en el tiempo. Diapositiva.

La nueva diapositiva mostraba una densa aglomeración de anotaciones matemáticas. Leyster asumió que no estaban sacadas de las verdaderas fórmulas para viajar en el tiempo, pero aunque lo fueran no podían resultar más incomprensibles.

—Es fácil.

Risas.

—Para poder organizar seminarios como éste, tenemos que traer y llevar a investigadores de un período que abarca el próximo siglo, más o menos. Se les ha podido ocurrir a algunos de ustedes que hay gran cantidad de información provechosa obtenible de una copia del periódico del año que viene. Números de la lotería. Ganadores de la liga. Precios de las acciones. ¿Qué evita que apunten unos pocos números y se aprovechen de ellos? Sólo una cosa:

»La paradoja.

»La paradoja es algo contradictorio en sí mismo, y además irreconciliable. Por

ejemplo, el barbero de Sevilla afeita a todo el que no se afeita a sí mismo. ¿Se afeita él a sí mismo o no? La afirmación «esta frase es una mentira», ¿es verdadera o falsa? O algo más cercano: un hombre va al pasado y mata a su abuelo de niño evitando así su propio nacimiento. ¿Cómo es posible que existiera, pues, para poder cometer el crimen?

»Si no viajamos en el tiempo, las paradojas sólo son agradables problemas lógicos que pueden ser resueltos limpiamente con un pequeño ajuste de las reglas lógicas en torno a la autorreferencia. Sin embargo, cuando es posible invadir la infancia de nuestros abuelos físicamente, resolver las paradojas se hace vital. Así que hemos reflexionado detenidamente sobre ello.

Griffin hizo una pausa, frunciendo el ceño y buscando un lugar en sus notas. Nadie hizo ni un ruido. Leyster no sentía que aquel hombre despidiera ningún calor ni carisma, pero para los demás era claramente el mejor. Todo el salón estaba con Griffin.

—Resulta que la paradoja está del todo incrustada en la naturaleza de la existencia. Ambas se hallan profundamente interrelacionadas. Tercera diapositiva.

Otra viñeta, esta vez de un hombre atlético con una falda griega y sandalias atadas con lazos corriendo a toda prisa hacia una tortuga que huye de él arrastrándose un poco más adelante en la carretera.

—Fijémonos en la primera paradoja de Zenón. Aquiles, el hombre más rápido del mundo, desea adelantar a una tortuga que está delante de él en el camino. Corre hace ella tan rápido como puede. Sin embargo, cuando llega a donde estaba la tortuga, la tortuga ya no está allí. Ha avanzado un poco más. No hay problema. Simplemente tiene que correr hasta ese nuevo punto. Sin embargo, cuando llega allí, se encuentra con que la tortuga ya no está. No importa cuantas veces lo intente, nunca puede alcanzar a la tortuga.

Griffin sacó una pelota de tenis de su chaqueta. La lanzó al aire con suavidad, la cogió al bajar.

—Consideremos también la tercera paradoja de Zenón. Aquiles saca su arco y dispara una flecha a un árbol. El árbol no está muy lejos. Pero para que la flecha alcance el árbol, debe primero viajar a la mitad de distancia entre el arco y el árbol. Para alcanzar ese punto medio, primero debe viajar la mitad de esa segunda distancia. Y así sucesivamente. Para llegar a cualquier sitio, la flecha debe llevar a cabo un número infinito de operaciones. Para lo que empleará una cantidad infinita de tiempo. Obviamente, nunca se moverá.

De pronto lanzó la pelota tan fuerte como pudo. Chocó contra las puertas del salón con un golpe suave y rebotó por el pasillo.

—Y sin embargo, se mueve. La paradoja puede ser y es. Éste es el acertijo de Aquiles. ¿Cómo puede algo que parece contradictorio ocurrir tan fácilmente en este mundo?

»No tenemos repuesta para este acertijo.

»Pero, en un momento, voy a salir de aquí para coger la limusina de vuelta al Pentágono. Se tarda más o menos media hora. Viajaré al pasado, a hace una hora, para volver del Pentágono exactamente hace media hora. Un coche me estará esperando. Me subiré en él para volver aquí, al Marriott. El conductor me dejará en la puerta principal. Atravesaré el vestíbulo, recorreré el pasillo y llegaré a las puertas cerradas del gran salón de baile.

Las cabezas empezaban a girarse.

—Y entraré en la habitación... ahora.

Las puertas se abrieron y Griffin entró tranquilamente, sonriendo desenfadado y saludando con la mano de camino al escenario.

Los dos hombres idénticos se dieron la mano.

—Griffin, me alegro de verte.

—El que se alegra soy yo, Griffin. —El primer Griffin se dirigió al público—. Como pueden ver, sí es posible que un mismo objeto esté en dos lugares a la vez. — Le pasó el micrófono al segundo Griffin.

—Y ahora debo irme para coger la limusina que les dije antes porque, en fin, dejaré que yo mismo una-hora-mayor les explique por qué. Ya saben, cuanto más mayor, más sabio.

Griffin se fue por el pasillo. Por el camino, paró para recoger la pelota de tenis y desapareció tras la doble puerta.

Su otro yo buscó en su bolsillo y puso la misma pelota de tenis sobre el atril.

—Allá va la solución pragmática de nuestro dilema. Dando una simple vuelta cerrada por el tiempo, he podido presenciar el mismo momento desde dos perspectivas distintas. La causalidad no ha sido violentada. No ha habido paradoja.

»De un modo similar, todas nuestras acciones del pasado, (todas sus acciones futuras, todo lo que harán) ya ha existido durante millones de años y es parte de lo que ha llevado inevitablemente a este momento. No se obsesionen con las repercusiones de acciones simples. Pisen todas las mariposas que quieran, el presente está a salvo.

»Sin embargo, supongan que al entrar aquí hace un momento hubiera decidido comportarme de manera distinta a la que me vi a mí mismo actuar la primera vez. Supongan que en lugar de darme la mano, hubiera decidido tumbarme a mí mismo de un puñetazo. Supongan que el primer yo se hubiera enfadado tanto que se hubiera negado a viajar al pasado. ¿Qué hubiera ocurrido entonces?

—No podía haber ocurrido —gritó alguien entre el público—. No ha ocurrido, luego no podía ocurrir.

—Eso es lo que indicaría el sentido común. Sin embargo, ¡diapositiva! — Fórmulas matemáticas incomprensibles volvieron a llenar la pantalla—. El sentido común tiene poco que ver con la física. Lamentablemente, la paradoja es muy posible.

»Imaginemos que al entrar en esta habitación, con esta pelota de tenis en mi bolsillo, le hubiera dado una patada a la pelota original para quitarla del medio del pasillo, enviándola rozando por encima de este mar de caras amables. Esto hubiera evitado que mi yo anterior la hubiera podido recoger en un primer momento. ¿De dónde entonces vendría esta pelota de tenis? Supongan también que hubiera cogido la pelota y se la hubiera dado a mi yo anterior para que se la llevara al pasado para que yo pudiera traerla aquí para devolverla. —Se lanzaba la pelota de una mano a otra—. ¿De dónde ha venido? ¿Adónde va? Si ha aparecido espontáneamente, como un milagro de la física cuántica, ¿por qué entonces lleva el logotipo de Spalding grabado en una cara?

Nadie se rió. Unas pocas personas del público carraspearon incómodas.

—Cualquiera de esos casos (negarse a llevar a cabo un acto antes presenciado o sacar la pelota de tenis de la nada) hubiera representado un tremendo incumplimiento de causa y efecto. Hay razones de peso para no permitir que esto ocurra. Ni siquiera se me permite dar una pista sobre estas razones, pero puedo asegurarles que de verdad nos las tomamos muy en serio.

»El meollo del asunto es éste: ¿puedes retroceder en el tiempo y matar a tu abue-

lo? Sí y no. Sí, podría pasar. No hay nada en la naturaleza física de la realidad que lo impida. Y no, no permitiremos que ocurra.

»Tenemos modos de detectar una paradoja antes de que ocurra, y una vez más, no les diremos cuáles. Pero cualquier amenaza a esta preciosa y frágil iniciativa será abortada antes de nacer, se lo puedo asegurar. Y los responsables serán castigados. Sin excepción. Y también sin piedad.

Se metió la pelota de tenis en el bolsillo.

—¿Alguna pregunta?

Un espabilado caballero mayor que podía ser el padre de alguien con quien Leyster trabajó una vez se levantó.

—¿Qué ocurriría si, a pesar de sus mejores esfuerzos, se les escapa una paradoja?

—La totalidad del proyecto se cancelaría. Retroactivamente. Con esto quiero decir que nunca se les habrá planteado esta maravillosa oportunidad. Es duro, pero quienes entienden de esto me han asegurado que es absolutamente necesario.

Una mujer se levantó.

—¿Qué sería entonces de nosotros?

—Una vez libres de la causalidad, toda nuestra historia a partir de ese momento se convertiría en un círculo cerrado en el tiempo y se disolvería.

—Perdone. ¿Qué quiere decir eso?

Griffin sonrió.

—Sin comentario.

Leyster levantó la mano rápido.

—Señor Leyster, por alguna razón ya sabía que usted sería uno de los que preguntaría.

—Esta tecnología, sea lo que sea, debe de ser cara.

—Mucho.

—¿Y por qué nosotros?

—¿Es eso una queja? —preguntó Griffin. Medio riendo, se agarró el reloj con la mano, miró hacia abajo y después de nuevo hacia arriba—. ¿Hay más preguntas?

Leyster seguía de pie.

—No entiendo por qué esta tecnología se está poniendo al servicio de nuestro uso. ¿Por qué la paleontología? ¿Por qué no el ejército, la CIA...? —Buscó a tientas otra alternativa plausible—: ¿Los políticos? Todos sabemos el poco dinero que se gastó en nuestra especialidad el año pasado en todo el mundo. ¿Por qué de pronto somos suficientemente importantes para merecer esta millonada?

Se oyeron voces molestas entre el público.

Griffin frunció el ceño.

—No logro entender por qué se opone a este proyecto.

—No me opongo...

—No. ¡Escúcheme! Traigo el regalo más grande que nadie jamás ha recibido y se lo ofrezco sin coste alguno. Sí, hay algunas condiciones. Pero, Dios mío, son extremadamente mínimas, y lo que obtiene, la posibilidad de estudiar dinosaurios vivos reales, es tan extraordinario que pienso que debería estar agradecido.

—Yo sólo...

Ahora la gente incluso le gritaba. La multitud estaba con Griffin. No era sólo el hecho de que controlara el acceso a aquello que todos querían más que nada. Sabía manipularles. Un vendedor le dijo a Leyster una vez que lo primero que hacía era ave-

riguar el nombre de un cliente potencial. Según él, si soltaba su nombre de vez en cuando en mitad de su discurso, el cliente potencial estaba medio en el bote. Lo que hacía Griffin era más complejo que eso. Pero no más sincero.

No quieren saberlo, pensó. Han recibido algo que saben que no se merecen y no están dispuestos a preguntar el precio. Tienen miedo de que pueda ser demasiado alto.

—De verdad creo que...

—¡Siéntese! —gritó alguien.

Enrojeciéndose de pura confusión, se sentó.

Griffin levantó las dos manos para pedir calma.

—Por favor. Por favor. Recordemos que en la ciencia no hay preguntas prohibidas. Nuestro señor Leyster tiene todo el derecho a preguntar. Desafortunadamente, hay razones de seguridad que me impiden contestar. Bien, como mencioné antes, esta noche les mostraremos unas películas y si miran sus horarios verán que tienen tres horas para cenar. Debo rogarles que no salgan del hotel.

»Mientras, muchos de ustedes han estado trabajando con los materiales del Mesozoico que les suministramos. Escuchemos su presentaciones.

Aplaudieron con entusiasmo. Griffin se inclinó hacia ellos, casi haciendo una reverencia.

Después del almuerzo, Leyster volvió al Gran Salón para la conferencia principal de la tarde. Buscó a los Metzger. Solamente unos pocos asientos estaban ocupados pero había bastante gente al fondo de la habitación, haciendo contactos y politiquero, parte apoyada contra las paredes mirando escépticamente a quienes les hablaban, con sinceridad, metiendo de vez en cuando la mano en una bolsa de papel para sacar la reluciente calavera de un trodóntido o el ala con plumas brillantes y el pico dentado de un *archaeopteryx*.

No tenía sentido intentar participar en el tráfico de influencias hasta que no supiera quién era quién, distinguiendo a los peces gordos de los jóvenes y brillantes doctores que se quedan una o tres temporadas hasta que se dan cuenta de que el dinero se gana en otra parte, y a los patriarcas con influencia en las principales instituciones que nunca publican nada porque pasan tanto tiempo en la administración, de los tímidos personajes indescriptibles que apartan la cara para esconder unos ojos llenos de conocimiento apasionado.

Un hombre fornido, con el pelo blanco cortado para disimular su cuero cabelludo rosado que delataba una inminente calvicie, apareció detrás de Leyster y le golpeó en la espalda.

—¡Pedazo de cabrón! ¡Qué joven estás! No sé cómo lo haces.

—Creo que soy joven. Estamos en mi año, así que... ¿Monk? ¿Eres tú?

James Montgomery Kavanagh, Monk para los amigos, había estudiado con Leyster en Cornell. Habían sido incluso compañeros de piso una vez, aunque ninguno de ellos guardaba buenos recuerdos de aquel año. ¡Pero se le veía tan ojeroso! Tan cansado... Le debían de haber fichado al menos veinte años más tarde.

Monk apretó su hombro, le soltó.

—Menuda mañana más intensa, ¿verdad? Por cierto, me gustó tu presentación. Por desgracia no me pude quedar a las preguntas. Fue una pena que no asistiera más gente.

—He hablado para unos pocos.

—Competías contra el polluelo de un tiranosaurio. Nadie tiene mucho respeto por el trabajo de Hitchcock pero tenía unas diapositivas que todo el mundo quería ver. En fin, sólo fui porque se trataba de ti. ¿A qué ponencias vas a asistir esta tarde?

—Había pensado...

—Pasa de lo de los baryonyx. Es una chorrada. Y de la charla de Tom Holtz sobre taxonomía. La cladística es como la ciudad de Nueva York. Será impresionante cuando hayan terminado de construirla. Aunque es bueno ver que Tom todavía produce material útil después de todos estos años. Se diría que a estas alturas debería estar jubilado.

—¿Qué sabes del conferenciante de esta tarde?

—¿De Gertrude Salley? Dará un buen espectáculo. ¡Menudo personaje! Brillante en muchos aspectos, pero... bueno, le gusta arriesgarse. Está dispuesta a publicar sus descubrimientos antes de que estén totalmente descubiertos. Es una quisquillosa, le encantan los taxones. Si pudiera trabajaría en una especie distinta con cada una de sus manos. Y no tiene mucho cuidado con la procedencia de sus datos, tú ya me entiendes. Tienes que andar con mil ojos en tus especímenes cuando Gertruda-la-ruda anda cerca.

—Nunca había oído hablar de ella. ¿De dónde es?

—De unos treinta o cuarenta años más adelante. No sé la fecha exacta. Ahora debe de estar en el colegio o a punto de empezar el instituto. Trabaja una o dos generaciones por delante de nosotros.

—Ya. Entonces se supone que no debemos hablar de ella con tanto detalle, ¿verdad? Griffin dijo...

—¡No pueden evitar que cotilleemos! Al menos simulan que lo intentan, pero seamos realistas: se tolera. Mientras no nos pasemos datos importantes... Es un impulso inherente a la naturaleza humana, ¿no? —Y continuó sin hacer una pausa—. Bueno, podría escucharte toda la vida, Rich, pero tengo una carrera que atender. Gente a la que pelotear y mucho culo que lamer. Cuídate, ¿vale? Muy bien.

Y se fue.

Los Metzgers se habían acercado a Leyster en algún punto del encuentro y estaban allí escuchando en silencio. Bill le observaba asombrado. Cedella agitaba la cabeza: increíble.

—Se ha suavizado —comentó Leyster—. Le teníais que haber visto en la universidad.

Gertrude Salley era una mujer rematadamente guapa. Llevaba un traje de seda verde Nilo con la falda hasta media pierna abotonada a un lado. Leyster nunca había visto ropa de ese corte. Pero no necesitaba que el collar de perlas que rodeaba su cuello le dijera que era impecablemente clásica para su época. Se notaba. Su ponencia se titulaba «El tráfico mueve al policía» y según el listado de las conferencias trataba de la coevolución de los supersaurópodos (los seismosaurios y los titanosaurios de un tamaño tan tremendo que hacían que un camarasaurio pareciera delicado) y de los bosques mesozoicos. A Leyster no le impresionaba mucho el tema.

Pero entonces ella empezó a hablar.

—Sé tantas cosas que ustedes necesitan saber —dijo—. ¡Tantísimo! He leído to-

dos sus libros y miles de sus artículos y en los cuarenta y cinco minutos que me corresponden no tengo ninguna duda de que podría dejar caer suficiente información para ahorrarles décadas de esfuerzo.

»Pero no me está permitido hacerlo y, aunque lo estuviera, no lo haría. ¿Por qué? Porque mucho de lo que yo sé está basado en investigaciones básicas que ustedes harán. La ciencia buena de verdad da mucho trabajo y todo lo que nosotros, los de las generaciones dos y tres, hemos conseguido está construido sobre sus esfuerzos. Si les dijera sus descubrimientos, ¿estarían dispuestos a perder media vida verificándolos? ¿O simplemente pondrían sus iniciales en los datos y los darían a conocer? Acabaríamos teniendo una de las paradojas de Griffin... información que sale de la nada. Y la información que sale de la nada no es de fiar porque no se conecta en ningún punto con los hechos.

»¿Qué les puedo ofrecer, pues? No les puedo ofrecer hechos pero sí formas de pensar. Puedo presentarles algunas teorías mías que, a pesar de ser improbables, tal vez me puedan servir para indicarles unas cuantas maneras fructíferas de mirar a las cosas.

»Consideren a los titanosaurios. Eran los saurópodos que dominaban ampliamente el Cretácico superior y por tanto eran tan importantes ecológicamente que en su tiempo un bosque podía definirse como un grupo de árboles rodeado de herbívoros...

Y continuó así, saltando de idea en idea como un salmón. Su intelecto era rápido y juguetón, del tipo que disfruta arrojando una piedra al estanque de sabiduría heredada, solamente para ver saltar a las ranas. Y como estaba hablando con cincuenta años de ventaja, era imposible distinguir qué ideas suyas eran locuras y cuáles eran resultado de los descubrimientos más novedosos. Cuando hablaba de las montañas bailando al son de los saurópodos, Leyster estaba seguro de que aquello era como mucho una metáfora, pero cuando aseguró que los ceratopsios eran cuidados como ganado por sus depredadores, no estuvo tan seguro. Tampoco le convenció aquel rollo sobre las aves.

Había captado toda la atención de Leyster.

Demasiado pronto, estaba terminando su charla diciendo:

—Pero aunque no pueda añadir nada, puedo decirles lo valioso que es, o más bien será, su trabajo. Sir Isaac Newton dijo: «Si he visto más lejos que los otros hombres es porque me he aupado sobre hombros de gigantes». Bueno, pues yo hoy tengo el raro honor de contar con la presencia de los gigantes. Y cuento con la aún más rara oportunidad de poder darles las gracias. Gracias. Gracias por todo lo que harán.

Se retiró entre un tumulto de aplausos y no se quedó para responder preguntas.

Cedella se acercó y le dijo a Leyster al oído:

—He descubierto quién quiero ser cuando sea mayor.

La tarde transcurrió con la típica algarabía y el apresurado ir y venir de los oyentes entre las distintas sesiones. Había tres segmentos que tenían lugar simultáneamente y no había ni una presentación que no coincidiera por lo menos con otra más a la que Leyster necesitaba asistir. Cuando terminó la última, un poco después de las cinco, paseó hacia el vestíbulo, con la cabeza cargada con todo lo que había aprendido, buscando a alguien con quien juntarse para cenar. Los Metzger, o tal vez Tom Holtz. Pero cuando llegó, el vestíbulo estaba atestado de policía y personal de seguridad.

Estaban arrestando a los Metzger.

Cedella mantenía alta su fina barbilla y los ojos encendidos con desdeñoso desafío. Bill aparecía simplemente desinflado, como un hombre pequeño en un traje que de pronto le iba grande. En las puertas se iban formando corrillos de científicos sorprendidos que observaban cómo los policías estatales se los llevaban.

—Lo siento señor, no puede entrar aquí —dijo un joven oficial cuando, sin pensar, Leyster intentó acercarse a sus amigos. Una mano amonestadora le cerró el paso a la altura de su antebrazo. Al darse la vuelta vio a Monk.

—¿Qué ha pasado?

—Se llama «pasarse notitas» —dijo Monk—. Pillaron a la mujer con las manos en la masa. Se apoyó de espaldas al buzón y coló la carta mientras su marido simulaba que le daba un ataque al corazón. Muy triste, ¿verdad?

Había un buzón de latón empotrado al mostrador de recepción. El jefe recepcionista lo estaba abriendo supervisado por dos agentes del FBI y un representante de correos.

—He estado hablando con uno de los hombres de Griffin. Me ha dicho que recibieron un memorando la semana pasada explicándoles cómo tender la trampa. Lo que hacen es que Griffin junta los informes de todos los participantes, los resume en un memorando y se lo pasa a su gente para que les llegue siete días antes. Muy astuto, realmente.

—No lo entiendo. Parecían buena gente. No los imagino haciendo algo así.

—Bueno, por eso es tan triste. La madre de ella tiene esquizofrenia. Según dicen, un caso agudo. Se suicidó hace ocho, quizá nueve años, justo unas semanas antes de que salieran al mercado los nuevos mediadores neuronales. Irónico, ¿no? Cuando se enteraron de que iban a regresar, el marido se agenció unas pocas pastillas y la mujer las metió en un sobre junto con una carta a ella misma más joven, y... bueno, lo que has visto.

Leyster se quedó mirando a Monk fijamente.

—¿Cómo has tenido tiempo de enterarte de todo esto?

—Este no es mi primer viaje. La gente cotillea. Ya te lo he dicho.

—Hijo de puta. Lo sabías. Sabías que esto ocurriría y no has hecho nada para evitarlo.

—Oye. No podía, ¿te acuerdas? Habría creado una paradoja.

—Se lo podías haber dicho a Bill. Sólo unas palabras al oído: «Griffin sabe lo que planeáis».

—Sí, eso hubiera funcionado a la perfección. Hubiera evitado que lo hicieran y también hubiera paralizado todo el puñetero proyecto. ¿Es eso lo que quieres? Yo, ni de coña.

Leyster dio media vuelta y se fue al bar.

El camarero le sirvió un whisky de malta en una mesa oscura del fondo. Pensó en los Metzger y en Monk. Pensó en su propia culpabilidad. Finalmente, para evitar seguir pensando en esas cosas, sacó un bolígrafo y empezó a escribir palabras en la servilleta. Burning Woman. Depredadores. Cretácico. Muerte.

Una mujer se sentó en la mesa de enfrente.

Era Gertrude Salley. Era más de dos décadas mayor que él pero no pudo evitar pensar que era una mujer muy guapa. La penumbra le sentaba bien.

—Estás buscando un título para tu libro.

—¿Cómo sabes eso?

Su mirada era penetrante y lustrosa como la de un halcón. Sus increíbles ojos no le decían nada de la gran inteligencia que ardía dentro de su cráneo.

—Sé bastante sobre ti. No se me permite decirte cómo lo sé. —Pronunció la palabra «permite» con un toque irónico para hacerle saber lo poco que respetaba reglas como ésa—. Ni qué fuimos, o seremos, el uno del otro.

—¿Quiénes somos, pues?

Junto a la comisura de los labios tenía una pequeña cicatriz plateada con forma de luna creciente. Subía y bajaba junto a su sonrisa depredadora.

—En una semana irás al pasado por primera vez. Te envidio por ello. Los nervios de empezar de cero, de saber que todo lo que ves, todo lo que descubras es nuevo e importante.

—¿Es...? —No lograba plantear la pregunta. No le salía—. ¿Es... tan bueno como quiero que sea?

—Oh, sí. —Cerró los ojos brevemente y cuando se abrieron volvieron a ser increíbles—. El aire es más rico y lo verde es más verde y por la noche hay tantas estrellas en el firmamento que es terrorífico. El Mesozoico rebosa vida. No puedes apreciar lo diluido y empobrecido que está nuestro tiempo hasta que no vas. La selva tropical no es nada. Ni siquiera le llega a la suela de los zapatos. Estira el brazo.

Él obedeció.

—He visto con mis propios ojos cómo una plesiosauria daba a luz. Esta mano — la subió para mostrársela y después la sacó para recorrer despacio su brazo— acarició su cuello vivo mientras descansaba temblando en la orilla tras parir. —Le ofreció la mano con la palma hacia arriba—. Puedes tocarla, si quieres.

Casi bromeando, le tocó la palma con las puntas de los dedos. Ella cerró la mano atrapándolos dentro. Su rodilla rozó la de él. Por un segundo, Leyster creyó que había sido por accidente.

—Tócame la cara —dijo ella.

Él le tocó la cara. Su carne estaba más mullida que la de una mujer joven, no tan tirante. Ella levantó la barbilla y movió la cabeza contra su mano, como un gato, y él sintió que se tensaba. La deseaba.

Salley sonrió. Esos labios gruesos moviéndose en lenta sincronía con sus parpadeos. Sintió la pasión salir de ella como el calor de una llama. Quería mirar hacia otro lado. No podía mirar hacia otro lado.

—¿Qué somos el uno del otro? ¿Somos...?

—Chist. —El sonido era tan suave y grave como una caricia—. Siempre haces demasiadas preguntas, Richard.

—Necesito saberlo.

—Entonces averígualo —dijo ella—. Ven a mi habitación. Sé lo que te gusta. Sé dónde tocarte. Sé que puedo hacerte feliz.

Como en un sueño, salió con ella del bar. Subieron juntos en el ascensor con los dedos entrelazados y los cuerpos sin tocarse todavía. De la mano, se dejaron llevar por el pasillo hacia la habitación de ella. La diferencia de edad entre ellos le daba al asunto un toque perverso que, cosa rara, él notó que le gustaba. Leyster no era muy amigo de

las aventuras sexuales. Tenía relaciones veraniegas cuando estaba en los yacimientos y cintas de vídeo para sobrevivir a los inviernos. A decir verdad, jamás había hecho nada así.

Se preguntaba cuán seria había sido su relación durante el futuro de él y el pasado de ella. Era suficientemente seria como para que ella fuera a su prehistoria en busca de él. Tal vez estaban casados. Tal vez ella era su viuda. Quería que fuera real. Lo quería todo de ella.

Ya en la puerta, Salley le soltó la mano para sacar su llave. Leyster la agarró y la hizo girar hacia él. Se besaron, la lengua de él entró en la boca de ella y la de ella en la de él. Su cuerpo estaba mullido y maduro; lo clavó con fuerza en el de él. Él le tocó la cara, la mágica cicatriz de la luna plateada. Ella no cerró los ojos, ni siquiera por un instante.

Él vio cómo ella le miraba. Le dejó sin aliento.

Por fin, con un suspiro de satisfacción, ella se apartó de él:

—Tengo un regalo para ti.

—¿Hummm?

—El título de tu libro. He traído conmigo un ejemplar.

Abrió la puerta.

Había una mesita preparada para que fuera lo primero que él viera al entrar en el cuarto. Una luz iluminaba el libro que había sido colocado de pie en ella.

Primero vio su nombre y después la tira de cinta aislante negra tapando el título. Después comprobó que había un hombre detrás sentado en una silla.

Era Griffin. Parecía bastante más joven que por la mañana.

Tres guardas de seguridad aparecieron en el pasillo tras ellos. Dos cogieron a Salley por los brazos. El tercero empujó a Leyster al interior de la habitación y tiró de la puerta para cerrarla tras de sí.

—Una vez más, señor Leyster, está estropeando las cosas. —Griffin tiró el libro al suelo y se puso de pie—. Dejando que otros tengan que limpiar lo que ensucia.

Amortiguada tras la puerta, se oía la voz enfadada de Salley desapareciendo por el pasillo.

—¿Qué van a hacer con ella? —preguntó Leyster. Se movió hacia la puerta. Pero el guarda de seguridad se interpuso en su camino, competente y con los ojos tristes. Leyster nunca había sido un buen alborotador. Se volvió hacia Griffin.

—Nada malo. Una limusina viene a llevársela de vuelta al Pentágono. La devolverán a su tiempo y ya está. Ah, y le colocarán un aviso en su ficha por haber intentado colar información en el pasado. Pero a la señorita Salley no le importa mucho eso.

—¡No tiene ningún derecho! —Leyster se dio cuenta de que estaba temblando de miedo, de ira—. Ningún derecho en absoluto.

—Usted, señor, es un jodido estúpido. —Griffin metió la mano en su chaqueta y sacó una hoja de papel doblada—. Una mujer que le dobla la edad le dice un par de mentiras y la sigue como un corderito hasta su habitación. ¿Cree que la profesora Salley es amiga suya? Bueno, piénselo. —Desdobló el papel y se lo tiró a Leyster—. Léalo y llore.

Era una fotocopia de una página de la revista *Science* de abril de 2032. En la parte superior de la página aparecía el título: «Reevaluación de la depredación en el yacimiento de Burning Woman». El artículo estaba firmado por G. C. Salley.

Leyster leyó el sumario, incrédulo, mientras la habitación bailaba a su alrededor.

Le chirriaba algo en los oídos, como si todo el universo estuviera riéndose de él.

—Ese trabajo es la refutación más virulenta de su libro que jamás se ha publicado. Y la mujer que lo ha escrito ha estado a punto de joderle dos veces. Ya puedes abrir la puerta, Jimmy.

Leyster ni se movió hacia la puerta.

—Me deja marchar con un aviso. ¿Por qué no hizo eso con los Metzger?

—¿Los...?

—Marido y mujer, intentaron violar la causalidad —replicó rápidamente el guarda de seguridad—. Capturados en 2012, condenados en 2022, puestos en libertad en 2030.

Griffin se agarró la muñeca y se la quedó mirando fijamente.

—El mundo no es un lugar justo, señor Leyster. —Alzó de nuevo la vista—. Lo hicimos como lo hicimos porque, según los registros, así es como lo hicimos. Las reglas contra la paradoja nos atan tanto como a usted.

*Lagerstätten*

*Estación Colina: era Mesozoica. Período Cretácico.  
Época Senoniense. Edad Maastrichtiense. 67 millones de años a. C.*

De la charla de orientación, Griffin se fue directo al Mesozoico. Le había deprimido lo barato que resultaba el montaje de darse la mano a sí mismo. Necesitaba recargar las pilas. Así que, para evitar las complicaciones y responsabilidades de reservar el viaje a través de su oficina, se trasladó a treinta años después y utilizó su posición para colarse en un grupo VIP que iba al pasado profundo.

Salieron del embudo al aire denso y al sol cálido del Cretácico superior. Los dinosaurios todavía vagaban por la Tierra, aunque no por mucho tiempo, y los mares poco profundos templaban tanto el clima que no había hielo ni en los polos. Sin contar la ciudad Tienda, donde dormían los investigadores, había sólo treinta y siete construcciones en todo el mundo donde uno pudiera decir honestamente que se encontraba en un interior.

Se sentía en casa.

Sus compañeros de excursión eran la típica mezcla de capitalistas depredadores, políticos demasiado adinerados y héroes condecorados en guerras de genocidio, y como guinda del pastel un almirante norteamericano y su ruidosa esposa. Griffin desapareció en el grupo y se dejó llevar por él. Cuando quería, se le daba bien pasar desapercibido.

Su guía era lo que la norteamericana chillona había definido con un comentario sarcástico como «todo un bombón para ser de ciencias», rubia y muy atractiva con su pantalón corto caqui, blusa de hilo y sombrero vaquero blanco. Había que mirarla con detenimiento para darse cuenta de que en realidad no valía mucho. Algunos de los caballeros sonreían a su retaguardia fantaseando en secreto y preferían no mirarla al detalle. Cuando Griffin emergió de sus pensamientos descubrió que la chica estaba hablando.

—... lo primero que la gente pregunta es: ¿dónde están los dinosaurios? —Sonrió deslumbrantemente y barrió el aire con el brazo—. Pues nos rodean por todas partes...: ¡los pájaros!

En su estado de agotamiento, a Griffin el grupo le parecía una baratija para turistas hecha de bambú, papel charol y cuerda, con una manivela para convertir a las personas recortables en dos dimensiones en algo parecido a seres humanos. La guía giraba la manivela y ellos se reían, miraban a su alrededor ilusionados, subían la cámara y después decidían no disparar.

—Sí, los pájaros son dinosaurios. En términos técnicos descienden de los terópodos y por tanto son parientes lejanos del *tyrannosaurus rex* y primos hermanos de los dromeosáuridos. Hasta los pájaros de nuestro siglo XXI son dinosaurios. Pero si miran con cuidado, verán que aquí los pájaros tienen garras metacarpales en sus alas y muchos tienen dientes en sus picos. ¡Oh, miren! ¡Ahí va un pteranodon!

Otra vuelta a la manivela.

Las manos se alzaron para servir de visera a los ojos, las bocas se entreabrieron para dejar escapar los «ohs» y los «ahs», la cámara subió y se oyó el disparo. La chica se mantuvo callada y sonriendo hasta que las reacciones terminaron, y dijo:

—Por favor, suban conmigo hasta la plataforma de observación.

Obedientes, la siguieron arrastrando los pies, como tantos «celebresaurios» siguiendo la estela de una ágil y joven «nadiesaurus» que cualquiera de ellos podría controlar en el mundo laboral. Pero tal era el poder de la organización jerárquica que hicieron humildemente lo que ella indicaba.

—¿Cuándo podremos ver verdaderos dinosaurios? —preguntó alguien.

—Veremos dinosaurios no avianos con prismáticos por los ventanales de la torre —contestó educadamente la guía—. También hay un safari fotográfico para quien quiera acercarse a los animales de una forma más directa.

La estación Colina estaba situada sobre una cavidad volcánica lo suficientemente alta por tres de sus lados como para mantener alejado todo menos los enjambres de moscas enanas y mosquitos que subían de los pantanos del suroeste cada tarde al anochecer. El cuarto lado era una suave pendiente que bajaba a la orilla inundada del río, donde tenía lugar la mayor parte de la investigación. Desde la plataforma de observación, era posible ver en todas direcciones el horizonte por encima de los tejados.

—... Y si alguno de ustedes tiene alguna pregunta, estaré encantada de contestarla.

—¿Qué me dice de la teoría de la evolución?

Griffin se apoyó en la barandilla, saboreando la ligera brisa que le rozaba. El cielo estaba repleto de aves, semiaves y pterosaurios: realmente aquella había sido la primera era del vuelo. Recorrió el cenagal con la mirada, salpicado de troncos de sicomoros y gomeros ancestrales, secuoyas y cipreses. Ríos serpenteantes brillaban como la plata, menguando hasta convertirse en hilos cuando alcanzaban la fina línea azul a lo largo del horizonte que era el Western Interior Seaway.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Han demostrado ya la teoría de la evolución? —La que preguntaba, por supuesto, era la esposa norteamericana—. ¿O todavía es sólo una teoría?

Alguien le ofreció a Griffin unos prismáticos pero él los rechazó con un gesto. No necesitaba la ayuda de la óptica para saber que allí había dinosaurios. Sabía que había anquilosaurios paciando en los arbustos de frutos silvestres, junto a las orillas del río, y manadas de triceratops salpicando las planicies floridas. Los anatotitanes deambulaban entre los bosquecillos de álamos repletos de dromeosaurios y limpiaban de hojas las palmeras y hayas. Los lambeosaurios hurgaban en las ciénagas. Unas rizóforas bordeaban la costa, donde los troodontes cazaban pequeños mamíferos arborícolas y, no visibles desde allí, había deltas en las desembocaduras de los ríos donde edmontosaurios construían sus nidos comunales a salvo de los tiranosaurios.

—Una teoría —contestó la guía— es la mejor explicación disponible de un fenómeno que a su vez concuerda con todo lo sabido. La evolución ha soportado dos siglos de riguroso interrogatorio durante los cuales los científicos han aportado enormes

cantidades de información que la avala y ni una pizca que la niegue. Toda la comunidad paleontológica la acepta como verdadera.

—¡Pero no tienen un registro completo de una de estas criaturas convirtiéndose de una cosa a otra! ¿Cómo es eso?

—Ésa es una muy buena pregunta —comentó la guía, aunque Griffin pensó que era todo menos eso—. Y para contestarla, debo enseñarle una palabra alemana: *Lagerstätten*. Menuda palabreja, ¿verdad? Significa algo así como «la madre del corde-ro». —Había modulado su tono desenfadado hasta convertirlo en una sinceridad ensayada que a Griffin le parecía casi igual de molesta.

»Antes de viajar en el tiempo, teníamos que fiarnos del registro fósil que está extremadamente fragmentado. Es decir, se forman muy pocos fósiles y de éstos muy pocos sobreviven a la erosión, y de éstos, se encuentran muy pocos. Pero ocasionalmente los paleontólogos se topaban con un *Lagerstätten*, con depósitos fósiles de extraordinaria riqueza y muy completos. Estos depósitos eran como instantáneas que nos daban una idea muy buena de cómo era la vida durante un período muy corto de tiempo. Pero un hallazgo como la piedra caliza de Solnhofen o la pizarra de Burgess era increíblemente inusual y muchos períodos de tiempo se nos escapaban.

—Pero ya no —dijo la norteamericana.

—Eso parece. Aunque sólo hay una docena o así de estaciones como ésta repartidas por ciento setenta y cinco millones de años de Mesozoico. Las propias estaciones son esencialmente *Lagerstätten*, fuentes fabulosamente ricas de conocimiento separadas por golfos de tiempo tan vastos que nunca llenaremos todos los espacios en blanco por mucho que lo intentemos.

La norteamericana asintió con la cabeza.

—O sea que nunca será probada.

—No del todo, no. ¡Pero hay buenas noticias! Uno de nuestros proyectos a largo plazo es hacer una serie de incursiones breves en el tiempo entre las estaciones para estudiar de veinte a treinta especies cada cien mil años. Las bases genéticas que estableceremos serán equivalentes a sacar una fotografía por minuto a un capullo de rosa para crear una película de cómo florece. Eso bastará, creo yo, para convencer hasta al escéptico más testarudo. Pero es mucho trabajo y los resultados no se tendrán hasta dentro de mucho. O sea que tendremos que esperar. —Su sonrisa floreció otra vez, como una rosa fotografiada a intervalos—. ¿Hay más preguntas? ¿No? Bien, entonces lo siguiente en nuestro...

La guía era una estudiante de doctorado, por supuesto, o no le habrían adjudicado el tour. Griffin se anotó mentalmente averiguar su nombre y echar un vistazo a su ficha. Tenía verdadero talento para este tipo de lisonja y era lo suficientemente joven y tonta como para no ocultarlo. A este paso, se iba a encontrar haciendo más y más de relaciones públicas hasta acabar excluida por completo de la verdadera paleobiología. Griffin ya había visto como ocurría algo así. Algo parecido le había pasado a él.

La plataforma empezó a vaciarse. Griffin se entregó al viento y cerró los ojos. Su idea original había sido pedir prestado un todoterreno y conducir al oeste, a través de las colinas de la Expedición Perdida y más allá hasta las Rocosas. O tal vez podría tomar un jetcóptero a Beringia y después ir hacia el norte con la mochila. O, si no, reclutarse en un barco de investigación al Western Interior o al Tetis. Podía salir a bucear en los arrecifes de almejas, tal vez incluso pescar monstruos marinos. Tenía meses de vacaciones acumulados de los que podía echar mano.

Permaneció de pie sin moverse, saboreando la dulzura de la ciénaga y la maleza florecida que el delicado viento del este empujaba cuesta arriba.

Entonces se dio cuenta de que tenía a alguien detrás.

—Me alegro de tenerle de nuevo entre nosotros, señor.

—Jimmy —dijo—, ¿desde cuándo entra en nuestra política que se nos cuelen creacionistas en las visitas VIP?

—Solamente es una simpatizante, señor —contestó Jimmy Boyle—. De las que van a la iglesia los domingos, de las que se cree las palabras del párroco sobre lo que la Biblia dice y deja de decir y de las que se sorprenderían muchísimo si oyera que el hombre es un ignorante que no sabe ni hacer la o con un canuto. Inofensiva, de veras.

—Inofensiva.

—Sí, señor.

—Bueno, a mí no me parece tan inofensiva. La gente suelta esas tonterías sin parar y se extienden. Hacen metástasis. Sofoca un tumor aquí con argumentos cuidadosamente ordenados y brotará en una docena de sitios. Es fácil para ellos, pueden inventarse los hechos.

Jimmy no dijo nada.

—Lo que me pareció más deprimente es que ni uno entre la multitud de augustos encargados de tomar decisiones del grupo pensó que había algo escandaloso en sus preguntas. Se quedaron parados, asintiendo y sonriendo, como si fuera perfectamente razonable dudar de la evolución rodeados de dinosaurios.

—Bueno, después de todo eran del 2040, señor. Ya sabe cómo son las cosas entonces.

Griffin volvió la cara hacia el oeste. Hacia las montañas, pensó. Definitivamente, iré a las montañas. Había criaturas allí que ningún hombre había visto jamás, ni siquiera después de todas esas décadas. Los «paquis» de las montañas no habían sido estudiados adecuadamente, de ellos podría sacar uno o dos artículos. Se llevaría caña y sedal y pescaría algunos salmones espada. Sería divertido.

Finalmente, el silencio de su subordinado duraba demasiado como para poder ignorarlo.

—Bueno, Jimmy —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me estabas esperando?

—El Viejo ha estado aquí.

—Oh, Dios. —Según la experiencia de Griffin, siempre había malas noticias cuando el Viejo tenía algo que ver. Una crisis de financiación en la década de 2090. Un memo de cien millones de años después. Un estruendo de descontento de los inalterables—. ¿De qué se trata esta vez?

—Dijo que usted vendría y que debía enseñarle algo.

Se quedaron mirando un contenedor de madera puesto encima de una mesa larga en la única sala de conferencias del mundo. Eran cinco: Griffin, Jimmy, los agentes de seguridad Molly Gerhard y Tom Navarro, y Amy Cho, una especialista académica que guardaban en la recámara exactamente para incidentes así.

—¿Quién cree que se supone que es? —preguntó Griffin.

—Yo diría que Adán, señor. Pero en este caso me remito a la señorita Cho.

Amy Cho era una gorda matriarca que se agarraba fuerte a la empuñadura de su bastón con manos torcidas y rebosantes.

—Adán, sí. Él es seguro la elección más representativa. Yo le pondría un puñal de cobre y un anillo de hierro y lo atribuiría a Tubal-caín. El primer orfebre. Hijo de Lamé. Pero cualquier campesino esclavo sin nombre sería suficiente, mientras haya muerto en el Diluvio Universal. —Sonrió con sorna—. Incluso podría ser una mujer.

Era un esqueleto humano, y era precioso. La luz producía reflejos prismáticos de color que bailaban por las superficies de piedra que sobresalían entre las bolitas de embalar.

—¿De qué es? ¿De ópalo?

—Sí, señor.

—Ha debido de costar una maldita fortuna.

—Así es, señor.

Había muchas maneras de hacer un fósil. No todas eran honestas. Éste había empezado como esqueleto humano. Alguien lo había enterrado en cieno dentro de un horno de agua presurizada a baja temperatura, del tipo que los falsificadores llaman un «permineralizador».

El aparato tenía varias funciones. Primero, servía de incubadora para las bacterias que viven dentro de los huesos. Delicadamente las animaba a desarrollar y formar biopelículas: estructuras cooperativas en forma de tuberías y conductos que llevan agua y oxígeno a cada parte del hueso y se llevan los productos de desecho. Después las alimentaba con un chorro lento pero constante de agua altamente mineralizada. Los falsificadores solían preferir las calcitas y las sideritas para producir el brillo pálido o rojinegro característico de los fósiles comunes. Pero en este caso se habían decidido por silicatos para conseguir ese tipo de esplendor pre-Reforma que no hubiera quedado fuera de lugar en el Vaticano.

Las bacterias comían, bebían y se multiplicaban felizmente, calentitas y cocidas a fuego lento dentro de su caja, hasta que ya no quedaba nada orgánico en el hueso. Entonces morían. Cada una dejaba un pequeño bulto de minerales donde había estado, pues los había consumido con el agua pero los eliminaba porque no tenían ningún uso metabólico para ellas.

De esta manera, criaturas microscópicas excretaban réplicas perfectas de los huesos de una criatura millones de veces mayor.

—Vayamos poco a poco —dijo Griffin—. ¿Exactamente qué planeaban hacer con esto?

—Bueno, primero lo iban a enterrar, señor. Probablemente a finales del siglo XXI identificarían un yacimiento colocado más o menos ahora. No puedo decirle dónde.

—En el Rancho del Santo Redentor —intervino Amy Cho—. Allí entrenan a sus propios paleontólogos. El año pasado se doctoraron seis en biología relacionada con el Diluvio. Desenterraron un esqueleto de chasmosaurus muy bueno y lo molieron hasta hacerlo polvo con la esperanza de obtener lecturas diversas de radiocarbono de distintas porciones del mismo hueso, para desautorizar los métodos de datación tradicionales. —Cojeó hasta una silla y empezó a sentarse despacio. Jimmy se apresuró a ofrecerle su ayuda—. No lo consiguieron. Por eso nunca publicaron sus descubrimientos.

Por fin sentada, añadió:

—Una vez estuve allí, en un desayuno-misa. Me lo pasé estupendamente.

—Lo que quiero saber —dijo Molly Gerhard— es qué ganarían ellos con esto. —Molly era la oficial de seguridad más joven, una pelirroja ansiosa por entrar en acción. Tom Navarro era un hombre fuerte y nada llamativo, claramente el mentor del equipo.

Él era el criador de halcones, ella el halcón que había volado de su mano—. Han encontrado unos huesos, ¿y qué?

—Es el Cáliz Sagrado —replicó Amy Cho— de la ciencia creacionista. Huesos humanos fosilizados in situ entre estratos de roca previamente documentados por los científicos como que son de hace decenas de millones de años. En su marco de referencia, por supuesto, estos sedimentos se dejaron hace 4500 años y los dinosaurios son simplemente animales que se ahogaron durante el Diluvio. Así que si aparece un esqueleto humano junto a los dinosaurios, es una prueba innegable de que ellos tienen razón y nosotros no.

—Podría haber sido un científico —dijo Molly dudosa—. Se alejó del campamento y se topó con un contratiempo.

—¿Billones y billones de dinosaurios producen solamente unos pocos miles de fósiles y un único científico perdido se fosiliza y es recuperado eras después? Nadie se creerá eso —replicó Tom con delicadeza—. Yo no me lo creería.

Griffin sintió una urgencia irrefrenable de mirar la hora y se agarró el reloj con la mano para al mirarlo (no lo podía remediar) no ver la esfera. No merecía la pena rendirse a esos impulsos. Lo sabía gracias a su larga experiencia.

Levantó la vista.

—¿Cuánto tiempo llevaba guardado antes de ser encontrado?

—Seis meses.

—Entonces quien se suponía que debía recogerlo no lo hizo.

—Es probable que le diera miedo. Ocurrió algo que le hizo pensar que le estábamos vigilando —dijo Jimmy—. O vigilándola —corrigió cuando Amy Cho frunció el ceño—. Sin embargo, me gustaría centrar su atención en un pequeño detalle particularmente astuto. Miren la etiqueta.

Los que estaban a la derecha del contenedor se acercaron para mirar. Molly dio la vuelta para unirse a ellos.

—«Trípode del sistema» —leyó Griffin en voz alta— «de lanzamiento del explorador Martin Marietta Ptolomeo. Atención: únicamente puede ser utilizado por personal entrenado».

—El Ptolomeo es un sistema de exploración orbital. Puede ser lanzado sólo por tres personas: dos llevan el cohete y el tercero coloca el trípode. Una de las primeras cosas que hacemos cuando establecemos una estación base es lanzar un satélite para poder cartografiar. Lo curioso es que era un sistema muy bueno en su momento, pero ese momento ya pasó.

—Refresca mi memoria. ¿Cuál es nuestra fecha hermana de origen?

—2048, señor.

—Bueno, al menos, algo es algo. —Para Griffin la gran línea divisoria de la operación no estaba entre la era humana y el Mesozoico, sino entre los tiempos con una fecha de origen anterior al 2034, cuando los viajes en el tiempo eran un secreto, y las posteriores, cuando ya eran de dominio público. Nunca le gustó trabajar las fechas pre-2034. Odiaba el secretismo.

—Evolucionamos hasta los satélites cartográficos del tipo Mercator a finales del 2047. Por eso la etiqueta de este contenedor es particularmente buena. Era algo lo suficientemente obsoleto para que nadie lo usara pero no lo bastante pasado como para sorprenderse de que fuera enviado. Muy astuto, diría yo.

—Gracias, Jimmy. ¿Alguien sabe algo más? —Griffin esperó—. De acuerdo, en-

tonces, vamos a juntar las piezas. Tenemos una caja de huesos sagrados, alguien que sabe qué trozo de tierra como otro cualquiera de aquí y ahora va a ser una piedra caliza rica en fósiles en el Rancho del Santo Redentor dentro de sesenta y siete millones de años y el conocimiento preciso de que el sistema de lanzamiento Martin Marietta Ptolomeo acaba de quedarse obsoleto. Lo que significa, ¿qué?

—Significa que tenemos un topo creacionista entre nuestra gente —dijo Molly.

—¡Un creacionista puro! —Cho dio un golpe con su bastón para hacer énfasis—. No un creacionista cualquiera o típico, si no un creacionista puro.

—¿Pero qué diferencia hay?

—Son los que creen en la violencia. Los que matan gente.

Hubo un momento de silencio mientras todos absorbían la información.

—¿Cuáles son nuestras opciones? —preguntó Griffin por fin—. ¿Podemos ir hacia atrás e interceptar esto cuando sea entregado? Y lo más importante, ¿podemos capturar al topo antes de que vuelva a actuar?

—No ha habido desapariciones o ausencias injustificadas entre los científicos durante los últimos seis meses, señor. Que es cuando nuestro topo estaría operando. O sea que no, no podemos.

Molly echó una mirada rápida a Tom y dijo:

—He repasado los registros. No hay nada sobre quién entregó este contenedor, cuándo llegó, quién firmó la recepción. Simplemente aparece en el inventario un día. Y sabemos que algo espantó al topo.

—¿Lo has repasado todo?

—Sí, señor, lo he hecho. Hay un gran silencio en torno a la llegada de este contenedor. Alguien, y tengo muchas razones para pensar que somos nosotros, se ha encargado minuciosamente de crear ese silencio.

—¿Es un silencio lo suficientemente grande como para introducir una operación? En términos realistas, ¿hay suficiente espacio para que podamos tender una trampa?

Todos se incorporaron una pizca para escuchar la contestación de Molly. Los ojos les brillaban a todos. Hasta Amy Cho mostró una dentadura feroz.

—Sí —dijo—. Estoy segura.

Cuando terminaron de preparar los planes y todos habían recibido las órdenes, Griffin les dejó marchar y se fue a su despacho. No importaba dónde estuviera, la oficina de Griffin siempre era igual. Insistió en ello. La mesa justo aquí y el armario de las bebidas allí. Los memorandos activos en el primer cajón de la izquierda ordenados por fechas. La documentación complementaria, un cajón más abajo. Formularios, papel con membrete y un paquete de papel grueso color crema abajo del todo. Del Triásico al Holoceno, desde Pangea a través de la partición del supercontinente en lo que en un momento dado sería la configuración moderna de los continentes, le gustaba encontrarse los lápices afilados y en su sitio.

Había sido un buen día de trabajo. Se sintió bien brevemente. Entonces leyó la mitad del primer memo activo y se le agrió el estómago.

Era el horario de una serie de conferencias en las que celebridades de la generación uno visitaban estaciones de investigación de la generación dos y la generación tres para enseñar a los jóvenes científicos la historia de su campo. Siempre les vigilaba con cuidado porque la tentación de un científico de pasarle información a un ídolo de

su formación era inmensa.

El tercer conferenciante de la lista era Richard Leyster.

Entre los asistentes estaba Gertrude Salley.

Abrió un cajón de golpe, sacó un folio con membrete y empezó el borrador de un memorando: «A todos los implicados: la tercera conferencia de la página adjunta ha sido cancelada permanentemente. Se tomarán todas las medidas para que Salley y Leyster no tengan la oportunidad de...».

La puerta se abrió y se cerró tras él. Una presencia que le resultaba familiar llenó la habitación.

—No te levantes —dijo el Viejo.

—No iba a hacerlo.

El Viejo fue hasta el mueble bar y se sirvió un trago de bourbon. Se lo acercó a la nariz y lo olió, pero no bebió.

Entonces cogió el memo en el que Griffin estaba trabajando y lo rompió por la mitad.

Griffin cerró los ojos.

—¿Por qué?

—Otra vez has estado haciendo caso de los rumores. —El Viejo tiró las mitades rotas a la mesa—. Si no, no estarías intentando separar a esos dos.

—Vale, atiendo a los rumores. Sólo estoy evitando los casos extremos. Si quiero conseguir algo, tengo que vigilar lo extremo. ¿Qué posibilidades tengo si no?

—Aquí no hay extremos. —El Viejo dejó el vaso y sacó una carpeta de su portafolios—. Aquí tienes el informe de la acción que iniciaste esta mañana. No servirá para encontrar a tu topo. Debe delatarse a sí mismo. Tendrás que dejar que lleve a cabo sus planes.

—No me cuentes más. Déjame espacio para maniobrar.

El Viejo negó con la cabeza.

—Lee el informe. Después haz lo que está escrito.

Griffin abrió la carpeta sin muchas ganas. La abrió por la primera página, aplanó los bordes y empezó a leer.

Cuando iba por la mitad de la página, paró.

—Has cometido un error. Yo no debería ver la lista de muertos.

—Ha sido a propósito. Sentí que estabas preparado.

—Maldito —dijo Griffin con vehemencia. No encontraba razón operativa ni administrativa alguna por la cuál él debiera acceder a esa información. Solamente le podía estar siendo revelada por malicia—. ¿Por qué implicarme en esto? Hay una gran diferencia entre enviar a la gente a una situación peligrosa y mandarles a morir.

—No tan grande como piensas.

—Eso es asesinato, simple y llanamente.

El Viejo no contestó a eso, ni Griffin esperaba que lo hiciera. Leyó el informe despacio hasta el final, suspiró y dijo:

—O sea que Leyster me odia por esto. Que Dios me ayude. Si lo hubiera sabido, hubiera tratado mejor al pobre cabrón.

—Estas cosas pasan.

—¡Porque dejamos que pasen!

—Pasan porque pasan. No nos atrevemos a interferir. No hagas como que no sabes por qué.

A esto Griffin no tenía respuesta.

El Viejo fue a la ventana y ajustó las persianas. Griffin pestañeó cuando el sol de última hora de la tarde le dio en los ojos. Afuera, había llegado un todoterreno y estaba rodeado de entusiastas doctorandos. Hizo un gesto con su vaso aún intacto.

—Mírales. Tan jóvenes y llenos de energía. Ninguno de ellos tiene la menor noción de lo contingente que es su universo.

Cerró las persianas otra vez, dejando a Griffin deslumbrado y ciego.

—Todos van a morir. Tarde o temprano. Todo el mundo muere.

—Pero no por mi culpa. Maldita sea, ¡no lo haré! Antes destrozaré todo el podrido sistema con mis propias manos. ¡Juro que lo haré!

Pero sólo era un perro ladrador, los dos lo sabían.

—Todo el mundo muere. Una gran parte de crecer consiste en aprender a aceptar este hecho. —El Viejo volvió a dejar el vaso y a abrir su portafolios. Esta vez extrajo una bolsa de papel marrón, que volcó sobre la mesa. El objeto que contenía resbaló hacia fuera haciendo ruido—. Esto es para ti.

Era un cráneo humano.

El cráneo no había estado enterrado mucho tiempo, unas pocas décadas como mucho. Un trozo de fino musgo verde le cambiaba el color a una mejilla. Había empastes en los dientes.

A Griffin se le secó la boca.

—¿De quién es?

—¿De quién crees? —El Viejo arrugó la bolsa y se la metió en el bolsillo. Después se bebió el bourbon que había estado sujetando todo este tiempo, abandonó el vaso y se volvió para marcharse. En la puerta se paró y dijo—: *Memento mori*. Recuerda: debes morir.

Cerró la puerta silenciosamente tras de sí, dejando a Griffin horrorizado mirando con fijeza el cráneo que el Viejo le había dado.

El suyo.

Cruzando el complejo hacia el edificio que alojaba el embudo del tiempo, Griffin vio a la joven paleontóloga que había sido su guía esa mañana ayudando a mover a un velociraptor recién capturado del todoterreno a una jaula al aire libre en la parte de atrás de la colonia de animales. Se paró a mirar. Ella era una de las tres personas que sujetaban el collar con pinchos que rodeaba su garganta. Se resistía ferozmente pero no podía alcanzar a ninguno de sus captores con sus garras rematadamente afiladas. Un cuidador estaba cerca con un rifle eléctrico por si escapaba.

Ella brillaba por el sudor y el esfuerzo y sonreía como una posesa. Era obvio para Griffin que éste era el mejor momento de su vida hasta la fecha.

—¿Viene, señor?

—En un minuto, Jimmy. Adelántate. Estaré contigo en seguida.

Esperó hasta que enjaularon al animal y se acercó a la joven.

—Hizo un gran trabajo guiando al grupo esta mañana.

—Oh..., gracias, señor.

—Tengo muchas influencias. Quiero que sepa que la voy a recomendar para un ascenso a un puesto de jornada completa como relaciones públicas. No hay garantías, por supuesto. Pero si persevera, la veo dirigiendo todo el departamento en no muchos

años. —La mujer le miraba incrédula. Le puso la mano en el hombro.

—Siga así. Estamos orgullosos de usted.

Entonces se marchó, cuidando de no mirar atrás. En su mente, la podía ver preguntando a la persona más cercana: «¿Quién era ése?». Podía ver sus ojos creciendo horrorizados ante la respuesta.

A veces, para conseguir un buen lo-que-fuera, simplemente había que mentir a la gente.

Griffin también odiaba eso.

## El nido del cuco

*Estación Bohemia: era Mesozoica. Período Jurásico  
Época Malm. Edad Titónica. 150 millones de años a. C.*

Salley se despertó cuando oyó cantar a los camptosaurios.

Suspiró y se estiró en el catre, frotó un brazo contra el mosquitero pero no se despertó. Salley nunca se despertaba fácilmente. Ni siquiera en un día como aquél.

Un día en el que se proponía cambiar el mundo.

Nadie sabía porqué cantaban los camptosaurios. Salley pensaba que era de alegría, pura y llanamente. Pero eso iba a ser difícil de probar. De modo que también tenía otras teorías, algunas publicadas y otras que simplemente había divulgado. Cuando era muy joven, había aprendido que en la ciencia no cuenta cuántas veces te equivocas, sino cuántas veces tienes razón. Un acierto llamativo escondía multitud de suposiciones fallidas.

Así que también había postulado que los camptosaurios cantaban para mantener la manada unida. Que su canción era un simple ruido con carácter social, una manera de tranquilizarse los unos a los otros diciéndose que todo iba bien. Que espantaban a los depredadores anunciando lo numerosos que eran: ¡Huid, bellacos, somos demasiados para vosotros! O que estaban comparando el sabor y el gusto de la vegetación.

Siendo honesta, sin embargo, a ella le parecía alegría.

Fuera rugió un motor de combustión interna al encenderse. Dos personas pasaron cerca de su tienda, discutiendo adormilados sobre la posición filogenética de los segnosaurios. Alguien tocó el timbre que llamaba al desayuno. Como una bestia dormida, el campamento se movió perezoso y se sacudió su sopor.

Salley se puso boca abajo, sacó una mano de la mosquitera y tanteó el suelo buscando su ropa. De verdad debería recoger un poco ahora que todavía era pronto, la tienda sería un horno al mediodía y cuando por fin refrescara ya se habría ido haría mucho. Pero según ella lo veía, solamente podías organizar tu vida en torno a una cosa. Tenías que elegir: invertirla en investigar o desperdiciarla en labores domésticas.

Sus calcetines estaban lo suficientemente limpios para ponérselos un segundo día, algo que le pareció un presagio particularmente bueno.

La tienda comedor estaba llenándose de charloteo y aroma a café. Salley cogió una bandeja y se puso a la cola de las salchichas y el maíz.

Escogió una mesa vacía en una esquina rebuscada de la tienda comedor, medio

esperando que Monk Kavanagh durmiera hasta tarde para que ella pudiera disponer de algo de privacidad para variar. No hubo esa suerte. Casi no había empezado a comer cuando él se deslizó por el banco hasta sentarse a su lado y encendió la grabadora.

El historiador era un hombre mayor calvo y pesado con una cara rosada tan suave y arrugada como un pañuelo de papel y un bigote blanco muy arreglado. La saludó con una odiosa sonrisita de satisfacción que evidentemente intentaba resultar simpática.

—Tienes aspecto de haber pasado mala noche.

—La investigación de campo es muy parecida a estar en un campamento de niñas. Excepto que las niñas no suelen tener vecinitas de al lado a las que les gusta invitar a sus novios a sus tiendas para tener estrepitosos orgasmos hasta altas horas de la madrugada.

—¿Oh? ¿Alguien en particular?

Salley cerró los ojos y tomó un trago largo de café.

—Vale, ¿por dónde iba?

—Por cuando te pidieron que te fueras de la universidad.

—¡Dios! Menudo jodido desastre. ¿De verdad tenemos que hablar de eso?

—Bueno, después de todo es parte de tu historia.

Hacía cinco años, Salley había estado involucrada en un escándalo de robo de propiedad intelectual que casi destruye su carrera. Se había estado acostando con su director de tesis, un hombre más conocido por sus investigaciones de campo que por su dotes como profesor y algunas de sus ideas acabaron en un artículo firmado por ella.

—¿Él no vio antes el artículo?

—Claro que sí. Lo revisamos juntos, discutiendo los temas y después él tuvo uno de sus arrebatos; fue en ese momento cuando mencionó ideas suyas y su aplicación en relación con lo que yo decía. Prácticamente me dijo que las usara.

—Se cuenta que estabais en la cama cuando revisabais tu artículo.

—Oh, sí. Tendrías que conocer a Timmy para entenderlo. Decía que el sexo le ayudaba a concentrarse. Sé que suena muy estúpido. Pero yo estaba locamente enamorada. Él me parecía una mezcla de Charles Darwin con Jesús de Nazaret.

Monk asintió para animarla a seguir.

—No tenía ni idea de que estaba haciendo algo malo. La noción de que las ideas pudieran pertenecer a la gente era... Pensé que la verdad pertenecía a todo el mundo. Y, honestamente, intenté enseñarle el manuscrito final. Pero lo apartó de su vista. Dijo que confiaba en mí. El muy cabrón.

—Te pidieron que te fueras y al semestre siguiente apareciste en Yale. ¿Cómo fue eso?

—Fui a ver al jefe del departamento y lloré hasta que aceptó pedir a alguien que le devolviera un favor. —Se metió una salchicha entera en la boca y la masticó hasta hacerla desaparecer—. Fue la experiencia más humillante de mi vida.

—Estás hablando del profesor Martelli, me parece.

—En ese momento me juré que jamás volvería a llorar en público ni a acostarme con otro paleontólogo. Y no lo he hecho.

—En fin, eras joven. Martelli era uno de tus «cibermentores», ¿verdad?

—Todos lo eran. Quiero decir, modestia aparte, cuando era una adolescente era el don nadie favorito de todo el mundo. Doy gracias a Dios por Internet. Me escribía con

la mitad de los paleontólogos de vertebrados del mundo.

—Aquí tienes. Échale un vistazo. —Monk le puso un papel junto al plato—. Dime si algo está mal.

Salley se pasó la cuchara a la mano izquierda para poder seguir comiendo, cogió el papel y leyó:

*Todos los que la conocían estaban de acuerdo en que Gertrude «era una buena hija». Excepto sus propios padres, por supuesto. A los cinco años cogió un par de tijeras y el Atlas familiar para recortar siluetas de dinosaurios. Ese mismo año le dijo a su madre que cuando fuera mayor se quería casar con un stegosaurio. A los siete años pilló una rabieta porque sus padres no la llevaban a China a buscar fósiles durante las vacaciones de verano. Fue un alivio para ellos que antes del bachillerato descubriera los servidores de la web y se tirara a la piscina, formulando preguntas ingenuas y proponiendo hipótesis alocadas. Escribió una de ellas (su noción de que los dinosaurios eran secundariamente no voladores) y la envió a las publicaciones científicas cuando tenía quince años. A ella le pareció un ultraje que no se lo aceptaran. Para entonces era la hija consentida y mimada de una generación de paleontólogos. Con dieciocho años fue aceptada en la Universidad de Chicago. Con veintituno estuvo inmersa en un serio escándalo académico. Con veintitrés fue famosa brevemente cuando anunció que había descubierto el fósil de un «tecodonto con plumas». Aunque inicialmente fue aceptado por la prensa, topó con el escepticismo de la comunidad científica. Con veinticuatro conoció a Richard Leyster e instantáneamente le cayó mal. A los veinticinco su tecodonto había sido ampliamente desacreditado, su artículo criticando el trabajo de Leyster causó controversia pero no fue muy considerado, y Gertrude, que había dejado de ser la experta en dinosaurios más joven que existía, se enfrentaba al abismo del fracaso.*

Salley limpió los últimos restos de maíz del plato con un trozo de tostada y le devolvió el papel.

—Nunca uso mi nombre de pila. Preferiría que me llamaras Salley, ¿vale?

—Vale. —Lo anotó en el papel—. ¿Algo más?

—Monk, ¿vas a incluir algo de verdadera ciencia en tu libro?

—¿Ciencia? Todo es ciencia.

—Lo que he visto de momento son menudencias, chismes y cotilleo. —Terminó su café y cogió la bandeja—. Vamos. Tengo que recoger algo en la colonia de animales y después te enseñaré lo que es la verdadera investigación. A lo mejor aprendes algo.

La colonia de animales era un edificio prefabricado sin ventanas con paredes de metal ondulado y un ruidoso sistema de ventilación.

—Este sitio lo llamamos «el paraíso de los pájaros» —dijo Salley. Abrió la puerta y un cálido olor a caca de pájaro les dio de pleno—. Parece un gallinero orgánico de una granja escuela, ¿verdad?

Mientras la puerta se cerraba, los «archis» gritaban y azotaban las barras de sus

jaulas con sus alas terminadas en garra. Eran aves con estampados llamativos y largas colas de plumas, terribles dientecitos y personalidades a juego. Su plumaje era naranja y marrón y rojo.

Un hombre joven que parecía absorto puso en el suelo un saco en el que ponía «Comida de archaeopteryx», se dio la vuelta y parpadeó con sorpresa al verles allí.

—Hola, Salley.

—Monk, éste es Raymond. Raymond, Monk está escribiendo un libro sobre la estación Bohemia.

—¿Ah sí? Debería haber estado aquí ayer. Llenamos esta sala de diminutas burbujas llenas de helio y dejamos volar a un par de «archis» por ella para poder fotografiar los vórtices de su vuelo. Obtuvimos buenas fotos, de una calidad tipo National Geographic. Lo que no significa que podamos presentar nada en un foro público.

—Déjame que lo adivine, todos dibujaban remolinos continuos, ¿verdad?

—Humm... sí.

—Así que acabáis de probar que un «archi» puede volar rápido pero no despacio. Brillante. Me hubiera costado segundos de observación directa decirte eso mismo.

Las aves, con la excepción de los colibríes que vuelan de una manera totalmente inusual, vuelan de dos formas: despacio o a toda velocidad. El modo lento deja en el aire tras de sí pares de espirales con forma circular, mientras que en el modo rápido el movimiento es continuo. El vuelo lento es el más difícil de conseguir, un perfeccionamiento del vuelo primario que no aparecería hasta decenas de millones de años después.

—Era el experimento del profesor Jorgenson. Yo sólo he ayudado a llevarlo a cabo. —Y dirigiéndose a Monk dijo—: Si estás escribiendo un libro, significa que eres de un momento de nuestro siglo posterior. ¿Cuánto tiempo tenemos que esperar para poder publicar nuestro trabajo?

—No se me permite decirlo.

—Este secretismo estúpido, de verdad, lo joroba todo —dijo Raymond hoscamente—. No puedes hacer ciencia como Dios manda si no puedes publicar. Está todo jodido. La semana pasada vino un grupo del Royal Tyrrell y jamás habían oído hablar de nuestro trabajo. ¿Qué tipo de revisión por pares es posible así? Es una locura.

Monk sonrió con malicia.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Si dependiera de mí...

—Me encanta escuchar cómo os quejáis —dijo Salley—, pero Lydia Pell me espera para que la reemplace en el escondrijo. ¿Quieres que te traiga otro «archi» aprovechando que voy?

—Humm... sí, gracias. Siempre necesitamos más. Jorgenson siempre está dejando libres los nuestros.

—Con mucho gusto. —Agarró una jaula y se dio la vuelta para marcharse—. Vamos Monk, vamos a ver vida salvaje.

Era un día glorioso para caminar por las dunas. El cielo estaba del azul más puro y una brisa ligera venía del mar de Tetis. De vez en cuando, un «archi» salía gritando de los arbustos junto al final de los árboles y se alejaba aleteando como loco, volando bajo sobre la arena. Un archaeopteryx rara vez volaba por encima de las copas de los árboles. Las capas altas del cielo todavía eran de los pteranodones.

Ocasionalmente sacaban de los arbustos un corredor con plumas más pequeño de una u otra variedad, pero eso era más inusual. Una vez vieron dos limícolas, pequeños compsognátidos no mucho más grandes que cuervos, luchando en la playa por unos restos de comida podrida.

Salley les señaló:

—Dinosaurios. Pequeños. Sin plumas. ¿Qué te dice eso?

—Hay muchos dinosaurios con plumas. Ni siquiera tú podrías negarlo.

—Todas las aves tienen plumas. Pero sólo algunos dinosaurios las tienen. Eso es porque las plumas son una condición primitiva de los antepasados de los dinosaurios y de las aves. Los pájaros conservan las plumas, la mayoría de los dinosaurios las perdieron.

—¿Pérdida de plumas secundaria? —Se rió—. ¿Tiene que ver con tu *apatosaurus* secundariamente no volador?

—Dame un respiro, tenía quince años cuando escribí aquel artículo sugiriendo que los dinosaurios descendían de reptiles voladores.

—Pero han estado en el Triásico y nadie ha encontrado ningún espécimen vivo de tu hipotético ancestro. ¿Cómo explicas eso?

—Dime una cosa, Monk. ¿Cuántos científicos importantes, verdaderamente importantes, piensas que fueron al baile de fin del bachillerato?

—Pues sinceramente no es algo que haya pensado mucho.

—Casi ninguno. Esto es algo que he observado: los chavales más populares en el instituto nunca se convierten en alguien especial. Alcanzan su mejor momento en su último año de instituto. Son los pringaos, los primos, los inadaptados, los antisociales y los solitarios quienes llegan a ser Elvis Presley o Richard Feynman o Georgia O'Keeffe. Y, de forma similar, los organismos que funcionan no son los que evolucionan hasta adoptar una forma totalmente nueva. Los organismos que funcionan se quedan como están, creciendo más y más perfectamente adaptados a su nicho ecológico hasta que algo sacude ese nicho y todos mueren. Son los asociales los que de pronto salen de la nada y llenan el mundo de manadas de triceratops.

—Bueno, es una manera de verlo...

—El primer animal con plumas, lo que quiera que fuera, era pequeño y extraño. Desarrolló algo que le dio una ligera ventaja en un nicho marginal y entonces se mantuvo a la sombra durante mucho tiempo. Hasta que Dios volvió a tirar los dados y mezcló los nichos. Los dinosaurios eran eso en el Triásico: un mero grupo de arcosaurios empollones entre muchos, y muy lejos de ser los más exitosos. Mi tecodonto con plumas también.

»Los que están en el Triásico están buscando en todos los sitios obvios. Mal hecho. Si alguna vez consigo que los puñeteros burócratas me envíen allí, ya verás como buscaré debajo de las mesas y detrás de las cortinas.

Monk asintió con admiración.

—Nunca te rindes, ¿verdad?

—¿Cómo has dicho?

—Admítelo. De momento toda la evidencia está en tu contra. Lo más seguro es que estés completamente equivocada.

—Espera y verás, Monk. Espera y verás.

De más adelante, donde las dunas se convertían en ciénagas de sal, vino un gorjeo grave, sonido que hace una manada de camptosaurios cuando algo la asusta.

Monk tembló y miró nerviosamente hacia el interior, donde la maleza daba paso a pinos poco poblados.

—No es peligroso estar aquí fuera, espero.

Los camptosaurios eran bestias delicadas, que se asustaban igualmente de su imaginación que de un carnívoro. Pero Salley no se sintió obligada a dar explicaciones a Monk.

—No eres muy amigo de la investigación de campo, ¿verdad? —dijo amigablemente.

Anduvieron en silencio durante un rato. El rastro que cruzaba las dunas era débil pero seguro. En todo el mundo, sólo los humanos dejaban rastros así cuando caminaban paralelos a la orilla del mar. Salley pensó en todos los rastros humanos que los investigadores habían dejado cada vez que salían de la estación Bohemia y ahora formaban un abanico menguante. Le hizo pensar en las huellas de dinosaurios. Había miles en la maleza. Si se pudieran reflejar en un mapa y clasificar según sus especies relevantes, ¡cuánta información sobre su comportamiento mostrarían! Demasiado trabajo y demasiado tedioso para hacerlo ella sola, por supuesto. Pero si pudiera conseguir que le asignaran un par de estudiantes de doctorado...

—Con veintitrés años eras casi famosa.

—¿Qué? Ah, sí.

—¿Por qué no me cuentas toda la historia?

—Bueno, tenía el fósil y nadie quería mirarlo. Así que decidí acelerar el proceso. Me pasé un día entero llamando a las principales agencias de noticias del mundo diciendo: «Soy la doctora G. C. Salley de la Universidad de Yale. Llamo para anunciar un descubrimiento extraordinario». Después explicaba cuidadosamente que desde el último cuarto del siglo veinte la comunidad científica en general aceptaba que las aves eran descendientes directas de los dinosaurios y que por ello los dinosaurios ya no estaban extinguidos. A los de la prensa hay que explicarles todo, no te puedes fiar de que sepan ni las cosas más simples.

—¿Y entonces?

—Entonces les expliqué lo de mi fósil. Les dije que significaba que las aves no descendían de dinosaurios sino de animales que existían antes de que los dinosaurios evolucionaran. Que las aves eran como mucho un grupo hermano de los dinosaurios. Y acabé declarando: «¡Los dinosaurios vuelven a estar extinguidos!»». No sabes cuánto les gustó aquello.

Los olores a almizcle de las dunas, con su toque a canela y a frutos silvestres, tomaron un matiz oscuro a sulfuro y vegetales podridos. Habían llegado al borde de la ciénaga de sal. El rastro se dividía aquí en dos senderos de huellas casi invisibles, uno que iba directo a la ciénaga y el otro al bosque.

—Ahora vamos hacia el interior.

A cada lado del rastro se erguían cícadas y coníferas bajas. Entraron en la sombra verde, andando en fila india e intentando escuchar a los depredadores.

Salley se preguntaba cuánto costaría instalar un sistema de posicionamiento a escala mundial. Entonces cada vez que un científico usara un rastro de un animal, podría ser seguido y registrado automáticamente y almacenado en una base de datos para ser analizado en el siglo XXI. El único problema sería cómo identificar a qué animal correspondía cada uno de los rastros encontrados. Sin embargo, una vez más, eso era trabajo de estudiantes de doctorado y era más fácil conseguir estos estudiantes cuando

no tenías que buscar fondos para llevarlos a hacer investigación de campo.

—¿Cómo lo harías ahora? —dijo Monk abruptamente.

—¿Hacer qué?

—Lo de tu fósil con plumas. Si tuvieras que hacerlo todo de nuevo.

Hizo como que pensaba brevemente, aunque ya había repasado esa posibilidad en su cabeza tantas veces que casi parecía que ya había pasado.

—Bueno, hoy todavía tengo un toque de fama residual, así que convocaría una rueda de prensa en vez de llamar a todos por teléfono. Me pondría toda elegante para ayudar a que la historia recibiera algo de atención. Y esta vez me aseguraría de tener un espécimen realmente bueno. El que tenía estaba demasiado fragmentado. Dijeron que era un mosaico de distintas especies mezcladas. Dijeron que el rastro de plumas era solamente dendritas. Debería haber vuelto a excavar hasta dar con algo completo. Algo llamativo. Algo que nadie pudiera negar.

—¿Así que ésa es la clave?

—Un espécimen perfecto. Ésa es la clave.

El rastro se retorció y delante de ellos estaba el escondrijo. Las paredes estaban hechas de pequeños troncos atados y el tejado estaba cubierto de hojas de cícada. Se asentaba al final del bosque, dominando una llanura de ramoneadores que recientemente había sido podada por las fauces de los saurópodos y ahora sólo tenía vegetación baja.

—La última estructura construida por el hombre en casi trece mil kilómetros —dijo Salley—. Lydia lo construyó con una hacha y una madeja de bramante.

Lydia Pell estaba sentada en su escondrijo, tejiendo y leyendo un libro colocado de pie en el estante de debajo de la ventana. Dejó su labor y cerró el libro cuando entraron. Salley le presentó a Monk y después dijo:

—Dile qué estás haciendo aquí.

Lydia tenía la cara redonda y estaba rellenita, tipo mujer de mediana edad. Abrió dos sillas de camping para sus visitantes y dijo:

—Bueno, es una larga historia. Estaba haciendo mi ronda y, entre otras cosas, tenía en mente ir a ver a una pescadora viuda cuyo nido había encontrado cuando...

—¿Pescadora viuda? —preguntó Monk.

—Eogripeus hoffmannii. Significa «pescador al alba». El nombre le viene de Phil Hoffmann porque uno de sus estudiantes lo identificó como un espinosaurio basal, tal vez incluso dentro del nodo del ciado. —Se puso un dedo en la barbilla y sonrió para que entendiera que aquel estudiante había sido ella—. Un bicho enorme con un pequeño hocico estrecho como el de un cocodrilo. Los investigadores de campo les llamamos simplemente pescadores. Este pescador en particular era una viuda porque su pareja había sido devorada por los alosáuridos una par de días antes.

—Ah, ya veo. Continúa.

—Bueno, pues divisé un alosáurido comportándose de manera rara. Primero pensé que estaba herido porque se movía de una forma tan extraña. Así. —Se levantó, se echó hacia adelante con los brazos encogidos y el trasero echado hacia atrás y dio unos pocos pasos cómicamente patosos—. En seguida me di cuenta de que lo que tenía ante mí era una alosáurida encinta, que estaba cargada con sus huevos. Pero lo que hacía que sus movimientos fueran tan raros no era el hecho de que estuviera preñada

sino que se paseaba así. —Movi6 la cabeza de un lado para otro de un modo furtivo y como si se sintiera culpable—. Lo creáis o no, ¡estaba intentando disimular!

Salley se ri6 y, tras un instante de duda, Monk tambi6n.

—Bueno, pues eso. Un carnívoro de once metros de largo intentando pasar desapercibido es todo un espectáculo. Pero tambi6n es interesante. ¿Pero qu6 intentaba hacer? ¿Por qu6 olisqueaba y buscaba a su alrededor de aquella manera?

»Result6 que estaba buscando el nido de la pescadora. Cuando lo encontr6, pens6 que se comería los huevos, lo que por s6 mismo hubiera sido intrigante, pero en lugar de eso, se puso en cuclillas sobre ellos y con sorprendente delicadeza deposit6 uno de sus propios huevos. Y despu6s se fue.

—¿Un parásito de nidos? —pregunt6 Monk.

—S6. Igual que los cucos. Escog6 un buen lugar, construí este escondrijo y me escond6 para observar.

—Ens6ñale el nido —sugiri6 Salley.

Gustosamente, Lydia Pell le pas6 los prismáticos a Monk.

—Directamente enfrente —dijo—, donde la tierra empieza a elevarse. ¿Ves ese peque6o grupo de c6cadas? Bien. Justo en el medio, hay un punto verde m6s oscuro y ésa es la viuda. ¿Puedes distinguirla?

—No.

—Ten paciencia. Sigue mirando.

—No la... ¡vaya! Se acaba de sentar. —Una brillante raya azul se levant6 entre las c6cadas: era el vientre plateado de la pescadora. Estir6 su cuello al m6ximo, vigilando el bosque ansiosamente. Despu6s se puso de pie de manera patosa. Su estrecho hocico gir6 a un lado y luego a otro.

—¿Qu6 hace?

—Está buscando a su pareja. Me temo que el pescador no es un animal inteligente. S6lo tienes que mirar esas anchas caderas. Todo culo y nada de cerebro.

—Su espalda se camufla entre la maleza perfectamente. —Devolvi6 los anteojos—. Pero, ¿por qu6 es de ese color su barriga?

—Un pescador pasa gran parte de su tiempo agachado sobre el agua —dijo Salley en seguida—. La barriga clara hace que sean menos visibles para los peces. —Mirando a Lydia Pell, le dijo—: cuéntale el resto de tu historia.

—Pues, eso. Bueno, en un momento dado los huevos se abrieron. La pobre viuda tuvo que ir a pescar para dar de comer a sus polluelos, lo cual significaba dejarlos solos varias veces al d6a. La vida no es f6cil para una madre soltera. Pero para m6 fue muy positivo. Pude monitorizar el nido a diario.

»El alosáurido rompi6 el cascar6n dos d6as enteros despu6s que los otros. Era un poco m6s grande que sus hermanos y a m6 me pareci6, aunque no estaba lo suficientemente cerca como para asegurarlo, que comía m6s que su parte de pescado.

»Al d6a siguiente, había un polluelo menos de la cuenta en el nido.

Monk silb6.

—El s6ndrome de Ca6n y Abel, ¡exacto! Desde entonces cada d6a ha habido un polluelo de pescador menos. Como un reloj, uno menos cada d6a. Ahora s6lo queda el polluelo de alosáurido sobrealimentado, y la pobre pescadora viuda todav6a sigue trayéndole pescado. ¿Por cu6nto tiempo continuar6 el polluelo timándola as6? ¿Españalar6 alguna vez la viuda? Es como un culebr6n, hay que admitirlo.

—¿Cu6nto m6s durar6?

—Bueno, los polluelos de pescador normalmente abandonan el nido tres semanas después de salir del cascarón, o sea que no mucho, creo. Desgraciadamente me esperan en Columbia mañana para preparar las clases de este año. Por eso le he pedido a Salley que continúe por mí.

Monk miró a Salley fijamente. Ella dijo:

—Yo diría que es igual de fácil volver al principio del curso dentro de dos semanas que hoy.

—Eso es exactamente lo que pensé. ¿Pero me harían ese favor? No. ¡Burócratas! Un día en nuestro tiempo de origen por cada día en el pasado profundo. No hay excepción.

—Odio esa manera de pensar. Odio la falta de honestidad. Odio el engaño. Y lo que más odio es el secretismo. Si estuviera en tu lugar, me atrincheraría y les haría venir a arrastrarme.

—Bueno, tú eres así, ¿verdad, Salley? No todos nosotros somos tan terriblemente rebeldes. Mis maletas están hechas y me esperan en el embudo del tiempo. Mañana a estas horas, estaré enfrentándome a un campus lleno de bobaliconas caras jóvenes recién lavadas. Yo..., en fin. No tiene sentido alargar las cosas. Es hora de irme. —Se dio una palmada en cada rodilla y se levantó.

La siguieron hasta fuera.

—¿Me dejo algo? Gorro, botella de agua... Te puedes quedar las sillas de camping. Veo que estás recogiendo «archis» otra vez. Jorgenson no te aprecia, Salley.

—¿Hay algo más que deba saber?

—La viuda deja el nido cuatro veces al día. Espera hasta que esté fuera de tu vista, tendrás por lo menos veinte minutos antes de que vuelva. Sólo necesitas revisar el nido una vez al día, espero. Cuando el aleosáurido se vaya, escribe tus notas y envíalas al futuro. Me aseguraré de que constes en el artículo como coautora.

—Estoy ansiosa por que llegue ese momento —dijo Salley.

Lydia Pell le dio a Salley un abrazo rápido.

—Te estoy tan agradecida —dijo—. Este proyecto significa tanto para mí que no se lo confiaría a nadie más.

Por fin, se fue.

—De acuerdo —suspiró Salley—. Ahora toca esperar. Enciende tu grabadora. Es mejor que aprovechemos el tiempo.

Pasaron horas. La entrevista continuó monótona.

—¿Dónde encontraste el fósil?

—Lo adquirí en una tienda de minerales y fósiles. Cuando volvía a casa en coche de un yacimiento donde había pasado el verano. Paré en, bueno no importa dónde, y empecé una conversación con la propietaria de la tienda. Naomi era una cazafósiles amateur y me pidió que identificara una remesa de especímenes. Le pregunté de dónde los había sacado, me lo mostró en los mapas y me prometió llevarme al lugar en la primavera.

—Le dijiste lo valioso que era.

—Por supuesto.

—Pero te lo dio de todas formas.

—Sí.

—Debisteis de haberos caído de maravilla.

Se habían puesto manos a la obra en una mesa del porche de la parte trasera de la tienda (Naomi vivía en la parte de atrás y de arriba de la tienda) revisando cajas de zapatos y latas de café llenas de fósiles y losas de roca envueltas en papel de periódico. Después de dos horas, cuando estaba casi todo clasificado, Salley se reclinó en la silla y, mirando a través de los cristales, vio unos campos de algodón, un coche subido a unos ladrillos y el aparcamiento de tierra vacío tras una casa de carretera ruinosa un poco más allá siguiendo la autopista.

Naomi volvió de la cocina con una tetera y aquella mirada.

—No hay mucho que ver, me temo —dijo—. A veces esto se pone muy solitario.

—Me lo imagino. —Salley acercó una roca a la luz y la puso con otros osteodermos de cocodrilo variados—. ¿Cómo acabaste aquí?

—Bueno, ya sabes. —Naomi llevaba un top sin mangas y una falda ancha que rozaba sus tobillos. Era una mujer delgada con los rasgos elegantes, angular y nerviosa, con grandes ojos marrones—. Pues, compré este lugar con una amiga pero ella...

Salley desenvolvió la última losa. Le echó un vistazo, tomó aire y dejó de escuchar.

Los huesos se habían fosilizado en un revoltijo desarticulado y después habían sido estropeados más todavía por la chapucera extracción de Naomi. Pero todavía eran legibles. Un fragmento de cúbito estaba abierto mostrando su interior hueco. El cráneo había aguantado mejor de lo que cabría esperar y mostraba rasgos de ave en vista lateral, incluyendo lo que podía ser una condición diápsida modificada. Había un fragmento de mandíbula al lado de unos dientes claramente no pertenecientes a una ave.

Y serpenteando a través de la matriz, como un halo alrededor de aquellos restos aplastados, estaba el rastro de una pluma negra.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó escondiendo su excitación.

—En el riachuelo de Cooperhead hay un yacimiento del Triásico. Es uno de mis lugares favoritos para buscar fósiles. Te podría llevar allí, si quieres.

Salley se agachó sobre el fósil y dijo:

—Sí, me gustaría mucho.

—¿Vendrás? ¿Puedes? ¿De verdad? —Naomi soltó su taza tan rápido que Salley brincó cuando oyó el ruido. Miró hacia arriba, esperando verla romperse.

Sus ojos se encontraron.

Naomi se puso colorada y miró hacia otro lado, confusa.

Dios mío, pensó Salley. Está ligando. Conmigo. Bueno, eso explicaba esos ojos grandes y saltones. Eso explicaba su nerviosismo. Eso explicaba un buen número de las cosas raras que había dicho.

En un repentino instante de lucidez, vio exactamente cómo debían de ser las cosas para Naomi. Una pobre mujer sola. Todavía cargando con la antorcha de esa amiga que le endosó este negocio y se fue. Y ahora una joven paleontóloga de vertebrados de primera entra como una bocanada de aire fresco en su vida, bronceada y con la melena al viento tras haber pasado el verano desenterrando esqueletos de elasmosaurus, con un viejo y oxidado Ford Windstar cargado hasta arriba de fósiles y la cabeza llena de sabiduría. No era de extrañar que se estuviera encaprichando.

Este tipo de empatía no era típica en Salley y le molestaba experimentarla en ese

momento. Le daban ganas de hacer algo por la pobre. Casi le hacía desear ser de las que se sienten obligadas a regalar a la mujer un polvo misericordioso antes de irse.

Pero no era de ese tipo de personas. Y menudo desastre si lo hubiese sido. Salley ya no quería seguir teniendo una vida emocional irracional, no desde el lío con Timmy. Creía firmemente que si todo el mundo se dejara llevar por el interés propio, habría mucha menos miseria humana en el mundo.

—Tengo que estar de vuelta en Yale el martes —dijo con cuidado.

—Oh. —Naomi se miró las manos que envolvían la taza de té.

—Pero... ¿quizá en primavera? —despreciándose a sí misma, miró a la mujer directamente a los ojos y sonrió—. Seguro que aquello está precioso en primavera.

Sus ojos se iluminaron de esperanza. La próxima vez, decían, seguramente sería más atrevida, valiente, capaz de aprovechar la oportunidad.

—Por supuesto —dijo—. Tengo equipo de acampada, una tienda. Podríamos quedarnos unos cuantos días.

—Bien. Me gustaría. —De pie, Salley extendió su mano y estrechó la de Naomi. La mujer se estremeció. Oh, Dios, pensó Salley, está colada por mí. Recogió el fósil—. ¿Te importa prestarme esto? Te lo devolveré la próxima vez que me pase —dijo con naturalidad.

A Monk no le contó nada de eso, por supuesto. Lo hubiera puesto en su libro y ¿dónde estaba la parte científica de aquello?

De pronto hubo un repentino destello azul en un extremo de la llanura de ramoneadores.

—¡Uy! Allá va. —Salley esperó hasta que la pescadora hubo desaparecido en el bosque y cogió la jaula—. ¡Vamos!

Atravesaron corriendo la llanura de ramoneadores.

El nido era un hueco no muy profundo cavado en la tierra y rodeado de hojas muertas y porquería con la que la pescadora había cubierto los huevos mientras se abrían. Al lado había una área aplanada donde se había apoyado para dar sombra a sus hijos y protegerlos de los depredadores.

En el centro estaba el aleosáurido.

El polluelo era espantoso y adorable a la vez. Al mirarle uno veía primero el esponjoso plumón blanco que cubría su cuerpo y luego aquellos ojos grandes y líquidos. Después, con un chirrido como si las uñas de un gigante hubieran arañado una pizarra, su horrorosa boca se abrió para mostrar unos dientes afilados como agujas. Era una pequeña bestia fea pero al mismo tiempo tan abrazable como el juguete de un niño.

Se agachó sobre el nido para admirar a la espantosa criatura.

—Mira —le dijo a Monk—. Así es como se trata a un polluelo de aleosáurido.

Agitó una mano en frente de la criatura y cuando arremetió hacia adelante, saltando, la agarró. Su otra mano se abalanzó hacia abajo para cogerla detrás de la cabeza.

La metió en la jaula con habilidad y cerró la puerta rápidamente.

—¿Te lo llevas? Pensé...

Se volvió hacia él, con aspecto sombrío.

—Vale, Kavanagh. Te he enseñado mis trapos sucios, he contestado todas las preguntas que se te han ocurrido, hasta de qué color es mi vello pubiano. No me he callado nada. Ahora te toca devolverme el favor. ¿Cómo lo hacemos?

Él respiró hondo.

—Yo me llevaré la jaula, estoy autorizado a llevarme especímenes vivos a cualquier período posterior a 2034. En el trayecto, nos cambiamos las tarjetas de identificación, no las controlan con tanta atención cuando vuelves del pasado profundo, y te doy el espécimen. Tú te bajas en el 2034. Yo iré a tu tiempo original.

A Salley le asaltó la duda y dijo:

—Parece que va a ser llegar y besar el santo. ¿Estás seguro de que funcionará?

—En mi marco temporal, ya ha funcionado.

Un inmenso regocijo recorrió su cuerpo como si fuera fuego líquido y dijo bruscamente:

—¡Lo sabes! Sabes lo que voy a hacer, ¿a que sí?

Otra vez aquella irritante sonrisita afectada.

—Mi querida jovencita. ¿Por qué crees si no que estoy aquí?

## Saltando de isla en isla

*College Park, Maryland: era Cenozoica. Periodo Cuaternario.  
Época Holoceno. Edad Moderna. 2034 d. C.*

Richard Leyster volvió del Triásico con quemaduras solares, despeinado y de mal humor. Durante todo el trayecto hasta la Universidad de Maryland, miró pasar los coches taciturno. Sólo cuando el conductor entraba en el campus se forzó a preguntar:

—¿Se ha dado cuenta de cuántas limusinas con las ventanas tintadas hay en la zona de Washington?

—Embajadores de África central. Vicesecretarios adjuntos del Ministerio de Fomento. Miembros de grupos de presión con delirios de grandeza —dijo Molly Gerhard sin darle importancia. Ella había observado lo mismo y no quería que Leyster continuara con las preguntas: ¿cuántos viajeros del tiempo había por el mundo? ¿De dónde venían? ¿Con qué objetivo? Preguntarle a Griffin no servía de nada porque no contestaba y una vez concebías las posibilidades, te invadía invariablemente la paranoia. Molly sufría un caso leve.

Para distraerle dijo:

—Has estado mirando por la ventana como si el mundo moderno te pareciera horripilante. ¿Te cuesta reajustarte?

—Se me había olvidado lo húmedos que pueden ser aquí los veranos. Y los charcos. Están por todas partes. Que el agua se quede en el suelo y no se evapore ya no me parece natural.

—Bueno, acaba de haber tormenta.

—Los desiertos continentales de Pangea son los más desapacibles, vacíos y secos que nadie ha visto jamás. Hay cícadas adaptadas a las condiciones y hay esas cepas sin hojas, negras como el cuero sobresaliendo entre nada más que rocas y arena roja. Eso es todo.

»Pero de vez en cuando, una nube cargada con una tormenta consigue penetrar en el interior supercontinental. La lluvia cae en la arena y enjuaga los barrancos y, en el instante en que para, el desierto vuelve a la vida. Casi digo que «florece» pero por supuesto que no es así. Las plantas con flor no aparecen hasta el Cretácico. Pero eso no importa. A las cícadas les salen hojas. Aparecen helechos del desierto, cosas efímeras, nada como lo que vive hoy. De pronto el aire se llena de celurosáuridos.

—¿Qué son éstos?

—Diápsidos primitivos con costillas que sobresalen a uno de sus dos lados sujetando un colgajo de piel. Se escabullen subiendo a las cícadas y se tiran desde lo alto,

son pequeños planeadores de alas tiesas. Los he visto tan grandes como cachipollas.

»Los bichos de madriguera emergen de la arena, eosuquios con picos de cuerno tan grandes como una mano. Retozan y se aparean en lagos de más de un kilómetro y medio de largo y menos de tres centímetros de profundidad, son tantos que baten el agua hasta convertirla en espuma. Hay algo con la cabeza como un bloque de madera que todavía no llega a ser una tortuga, con las placas de su caparazón aún sin soldar pero con su encanto «cacharrero». Es un día de carnaval, todo colores brillantes y música, todo volar y comer y esparcir semillas y poner huevos. Y entonces, igual de abruptamente que empezó, se acaba, y jurarías que jamás hubiera habido vida en ningún sitio a este lado del horizonte.

»Es un belleza nunca vista.

—Maravilloso.

—Claro que es maravilloso. Y a mí me han sacado de allí para... —Leyster se controló—. Bueno no es tu culpa, supongo. Solamente eres una de las criaturas de Griffin. ¿Cuál es mi horario?

El conductor aparcó la limusina en uno de los aparcamientos para estudiantes y se apresuró a abrirle la puerta a Leyster. Un edificio de ladrillo como otro cualquiera apareció detrás de unos arbustos bajos. Exceptuando los restos de la vieja escuela de agricultura, el campus era de los años 1960 y se notaba. Mientras cruzaban el parque caminando, Molly abrió con un dedo su agenda electrónica y empezó a leer.

Leyster primero tenía una reunión informal con un *colloquium* de estudiantes de doctorado con honores de generación tres. Después tenía que tomar el té con el jefe del departamento de geología. Más tarde daría una charla formal en una reunión de reclutas de generación dos.

—Ambos grupos todavía son vírgenes en esto del tiempo —dijo Molly—. Los chavales de generación dos vienen del pasado reciente y los de generación tres han sido enviados del futuro cercano. Pero ninguno de ellos ha estado todavía en el Mesozoico. Por eso están muy excitados. Ah, y se supone que ninguno de los dos grupos puede saber nada del otro.

—¿Por qué misteriosa razón tengo dos grupos distintos a la misma hora?

Molly Gerhard se encogió de hombros.

—Probablemente porque es la hora a la que la universidad nos presta los edificios. Pero también puede ser porque simplemente eso es lo que hicieron. Gran parte del sistema funciona por predestinación.

Leyster gruñó.

—Con referencia al *colloquium*, sólo se espera que charles con los chicos. Larry —ése era el conductor— estará cerca para asegurarse de que nadie te diga nada que no debas saber. Supongo que el grupo de generación tres te parecerá bastante interesante. Son los primeros que han sido reclutados sabiendo que se puede viajar en el tiempo. Han crecido con titanosaurios en la televisión y ceratopsios en los zoos.

—Bueno, cuanto antes empiece, antes acabaré.

Los reclutas de generación tres habían tomado la sala de estudiantes y estaban tirados por los sofás y sentados a lo indio en el suelo con sus miradas centradas en la televisión. En una esquina, un *archaeopteryx* vivo estaba atado a un poste de madera con una cadena corta.

Leyster se paró en la puerta.

—¿Ésos van a ser paleontólogos de vertebrados?

—¿Qué esperabas? Después de todo, la mayoría son de la década de 2040.

—¿Qué están viendo?

—Nadie te lo ha dicho. Hoy es el 17 de julio del 2034.

Si había un día de la Independencia para los paleontólogos, era aquél. Era el día en que Salley dio su famosa rueda de prensa anunciando, como si fuera su derecho, la existencia de los viajes en el tiempo. Después de aquel día, los paleontólogos podían publicar su trabajo, hablar de él en público, mostrar grabaciones de triceratops jóvenes siendo acosados por dromeosaurios, firmar contratos de películas, pedir fondos en público, convertirse en estrellas mediáticas. Hoy era el día en que una ciencia callada y bastante seca, cuyos practicantes habían sido calumniados por un físico como «menos científicos que los coleccionistas de sellos», pisaba Hollywood.

Antes de que Leyster pudiera reaccionar a las noticias, dos de los conferenciantes del grupo le vieron y se apresuraron hacia él con los brazos extendidos. Se perdió entre sus saludos. Molly le dio la espalda, se dio a sí misma el pistoletazo de salida y empezó a trabajarse a los presentes.

—Hola. Soy la sobrina de Rick Leyster, Molly Gerhard.

—Soy Tamara. Éste es Calígula. —La chica sacó una rata muerta de una bolsa de papel y la columpió sobre el «archi». Con un chillido, el pequeño monstruo saltó sobre ella—. ¿Eres parte de nuestro alegre grupito?

—No, no tengo muchos estudios, me temo. Aunque a veces pienso que tal vez me gustaría trabajar con vosotros. Si surge alguna cosa.

—Si eres la sobrina de Leyster, supongo que surgirá. ¡Eh, Jamal! Saluda a la sobrina de Leyster.

Jamal estaba sentado en precario equilibrio en un sofá con una pata rota.

—Hola, sobrina de Leyster. —Se echó hacia adelante con la mano extendida y la silla se precipitó también hacia adelante, pero la paró con un ágil movimiento de pie y una sonrisa mitad descarada mitad tímida—. ¿Así que el remilgado con la ropa fea es Leyster? Alucina.

—Jamal tiene un máster en *merchandising* de dinosaurios. Estamos seguros de que es el primero.

—¿Hay dinero en el *merchandising* de dinosaurios?

—Te sorprenderías. Digamos que tienes una nueva criatura, algo glamoroso, un carnívoro europeo gigante, digamos. *Europaptor westinghouseai* por un modesto patrocinio o *Exxonraptor europensis* por una pasta gansa. Después está todo lo que pueda tener copyright, incluyendo películas, fotografías, juguetes de plástico. Finalmente, y lo que más vale de todo, tu bestia es el centro de atención pública, lo cual puede servir para restregarle sutilmente por la cara al público el nombre de tu patrocinador. Pero hay que darse prisa. Debes poner el paquete en la mesa del ejecutivo antes de que el rumor llegue a la calle. Ese pico de atención mediática es extremadamente efímero.

—Jamal va a ser billonario.

—Ni lo dudes. Espera y verás.

—¿Quién más hay por aquí? —le preguntó Molly Gerhard a Tamara—. Preséntamelos.

—Bueno, a la mayoría no los conozco. Pero, veamos, están Manuel, y Sylvia. El alto, enclenque es Nils, Gillian Harrowsmith, Lai-tsz. Allí en la esquina está Robo

Boy.

—¿Robo Boy?

—Raymond Bois. Si le conocieras, lo entenderías. Jason es el que nos da la espalda. Allis...

—¡Chist! —dijo Jamal—. Que empieza.

Todos se mandaron callar rápidamente mientras en la pantalla la cámara enfocaba el hall vacío del edificio Geographic. Molly Gerhard recordaba haber oído que Salley había elegido aquel lugar porque conocía a uno de sus gestores que se lo había prestado sin demasiados problemas. No le había dicho cuán importante sería el acto, por supuesto. Un presentador estaba diciendo algo, pero todavía había demasiada cháchara para poder oír.

—¡Que empieza! —gritó alguien.

—Dios, esto me trae recuerdos.

—Callaos, que quiero enterarme.

Cuando Salley apareció en pantalla hubo silbidos y abucheos. A los ojos de Molly, estaba vestida casi como una parodia de sí misma con una chaqueta de safari sobre una blusa blanca, gorro australiano puesto en un ángulo estiloso; pero aun así enamoraba a la cámara. Tenía una jaula de alambre cubierta por una tela.

—¡Mirad cuánto maquillaje lleva!

—Es mona. A su manera de hace veinte años.

—¡Subid el volumen! —Alguien tocó los botones, y la voz de Salley llenó la habitación.

*... por venir. Es un enorme placer para mí poder anunciar un avance científico de la máxima importancia.*

El momento se echaba encima. Sonriendo, se agachó para quitar la tela de la jaula y una de las chicas chilló:

—Dios mío, ¡lleva sujetador con relleno!

—¿De verdad? No puede ser.

—Sé lo que digo, monada.

*Pero primero, debo mostrarles a un amigo mío muy especial. Nació hace ciento cincuenta millones de años y sólo es un polluelo.*

Haciendo una floritura, retiró la tela de un tirón.

Todos a una, los estudiantes aplaudieron.

Un bebé de aleosáurido miró hacia arriba a la cámara, pestañeando y confuso. Sus ojos eran grandes y verdes. Como era muy joven su pico todavía era corto. Pero cuando abrió la boca, enseñó una formación asesina de dientes afilados como cuchillos. Exceptuando su cara y sus patas con garras, estaba cubierto de suaves plumas esponjosas.

Era hipnótico. Provocó un cortocircuito en todas las reacciones instintivas de Molly.

Pero ella no estaba allí para ver la televisión.

Molly se apartó un poco, vigilando con gran atención las interacciones de los estudiantes, fijándose en quién iba con quién y qué individuos se sentaban inexorablemente solos. Recordando todo para futuras referencias. La generación tres era el grupo donde con mayor probabilidad estaría el topo, pues venían de un período donde la existencia de investigadores en el Mesozoico era ampliamente conocida pero todavía lo suficientemente nueva para alarmar a fundamentalistas radicales. Aunque no creía

que su objetivo le fuera desvelado con tanta facilidad. Aquel día estaba haciendo mero acto de presencia. Pero cada pequeño detalle contaba.

*No, sólo el Mesozoico. Nada posterior. Nada anterior.*

Se dio cuenta de cómo Leyster se inclinaba hacia adelante en la silla y miraba a Salley con el ceño fruncido y sin parpadear. Uno de sus colegas le tocó la manga y él se la sacudió impacientemente. El pobre cabrón estaba fatal.

*No sé por qué. Tendrá que preguntarle a los físicos. Yo sólo soy una chica a la que le gustan los dinosaurios.*

Algo sonó. Era su agenda electrónica en función teléfono. Salió al pasillo para contestar la llamada. Era Tom Navarro.

—Estoy en California con Amy Cho —dijo—. Reserva una sala de reuniones, nos ha tocado la lotería. Nos ha contactado un desertor del Rancho del Santo Redentor.

—Joder. Espera. No me puedo ir de aquí hasta que esto no acabe, llamaría demasiado la atención. ¿Puedes hacer que espere media hora o así?

—No hay problema. Le dejaremos cocinando a fuego lento. De esa manera la carne se desprende del hueso mucho más fácilmente.

Se coló de vuelta en la sala para encontrarse con que la conferencia de prensa había acabado. Los estudiantes estaban comentando la aparición de Salley.

—Muy astuta, de veras —dijo el canijo. Nils estaba más o menos con Manuel y Katie, aunque parecía haber algo entre él y el Calígula de Tamara.

—Si es tan astuta, ¿por qué no se hace con el copyright del polluelo? Miles de aleosáuridos de felpa con dientes de fieltro y plumas falsas. Me duelen hasta los dientes de pensar lo que se está perdiendo. —Jamal, egocéntrico y oportunista, pensaba que estaba cayendo bien a todo el mundo, en especial a Gillian.

—Yo tenía una muñeca así cuando era pequeña.

—No es rubia natural, ¿verdad?

—Según el libro de Kavanaugh, sí. —Tamara columpió otra rata sobre su archaopteryx.

Calígula agarró la rata y la tiró al suelo. Entonces pisó la cabeza del roedor con un pie y le rajó el estómago con el pico poniéndolo todo perdido.

Jamal hizo una mueca al mirarlo.

—Oh, Dios. Qué asco. Otra vez tripas de rata por toda la moqueta.

La sala de reuniones tenía al menos sesenta años y era atemporalmente sosa, aunque el equipo era contemporáneo. Molly se aseguró de que la cámara estuviera fuera de línea y entonces encendió el panel de imágenes.

El desertor estaba sentado con amargura en una silla de la mesa de reuniones, mirando al vacío. Casi no pestañeaba.

—¿Cuándo llegará Griffin? —preguntó malhumorado. Vestía totalmente de negro y se había dejado una pequeña perilla de diablo. En conjunto, era el individuo más demoníaco que Molly Gerhard había visto en su vida. Le sorprendía que no llevara un crucifijo invertido colgado del cuello con una cadena.

Tom Navarro, sentado a la izquierda del hombre, dejó en la mesa unos papeles y se puso las gafas en la frente.

—Ten paciencia.

Amy Cho estaba sentada a la derecha del desertor sonriendo a la empuñadura de su bastón, que apretaba con fuerza con sus manos pálidas y cubiertas de venas azules. Sin mirar hacia arriba hizo un ruido tranquilizante como un chasquido.

El desertor frunció el ceño.

Vale, chicos, pensó Molly. ¡Empieza el espectáculo!

Bajó las luces para tener un fondo neutro y colocó su agenda electrónica en la mesa frente a ella y la puso en función de taquígrafo. Entonces encendió la cámara.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué tiene que decir?

—¿Y usted quién es? —preguntó el desertor—. Se supone que debo hablar con Griffin. ¿Por qué no está aquí?

Eso mismo se preguntaba ella.

—Trabajo con el señor Griffin —dijo sin emoción alguna—. Desgraciadamente, él no ha podido venir. Pero todo lo que pueda decirle a él, me lo puede decir a mí.

—¡Menudo timo de mierda! He venido aquí de buena fe y ustedes...

—Necesitamos saber si usted va a decir algo que merezca la pena —dijo Tom Navarro—. Usted tiene que probarlo.

—¡Eso también es un timo de mierda! ¿Cómo podría siquiera saber que operan sino estuvieran infestados de agentes dobles? ¡La conferencia de prensa anunciando los viajes en el tiempo está siendo ahora mismo! ¡No he venido a que me traten como un crío!

—Tiene usted toda la razón, querido —dijo Amy Cho—. Pero ahora está aquí y tiene un mensaje que necesita ser escuchado. ¿Por qué no nos lo cuenta? Estaremos encantados de escuchar.

—Está bien —dijo—. ¡Está bien! Pero se acabó el rollo de poli bueno y poli malo, ¿vale? Espero que mantenga a este tío con bozal.

Eso iba dirigido a Molly.

¡Bingo!, pensó. Había aceptado que ella tenía autoridad. Su pequeño psicodrama ya estaba en marcha. Pero ella cuidó de no mostrar su júbilo. Sólo se permitió asentir levemente.

—Adelante.

—Vale. Empecé a trabajar en el Rancho hace cuatro años...

—Desde el principio, por favor —interrumpió Molly Gerhard—. Para que tengamos una idea completa.

El desertor puso mala cara y volvió a empezar.

Era director de cine. Después de graduarse en la Universidad de Londres en 2023, había vuelto a Estados Unidos y, tras la típica ronda de rechazos y verse obligado a aceptar los trabajos más nimios de la industria que un aspirante a director podía esperar, acabó haciendo vídeos cristianos. Tuvo algo de éxito con cintas de catequesis y productos inspiracionales para aspirantes a misioneros. Se especializó en las historias morales de gente rescatada de las drogas o el alcohol y en la ética situacional a través de la lectura estrictamente literal de la Biblia. Siempre cuidaba de que una severa figura paternal leyera esos pasajes transformadores en voz alta y después explicara su significado. Estaba especialmente orgulloso de ese toque.

Había tenido éxito pero no ganó dinero. Los productores de las películas religiosas eran conocidos por su avaricia: tardaban mucho en pagar un contrato y poco en recordarte los beneficios espirituales de la pobreza y el trabajo duro.

Tampoco obtuvo reconocimiento. La industria del cine secular —dominada por los judíos, por supuesto— no prestaba interés a las películas fundamentalistas. Su trabajo nunca fue criticado, listado, ni tan siquiera nombrado en las publicaciones cinematográficas. ¿Y los premios? Imposible.

Así que cuando se le acercó un reclutador del Rancho, escuchó. El dinero no era muy abundante, le dijeron, pero sería continuo. Haría trabajos importantes. Tendría su propio estudio.

Lo primero que le encargó el Rancho fue un documental sobre una expedición al monte Ararat en busca del arca de Noé. Seis semanas en Armenia, durmiendo en tiendas y mimando los egos inflados de unos arqueólogos sui géneris que ni siquiera sabían que el nombre de la montaña no venía del Diluvio sino de un monarca cristiano que había buscado prestigio en el siglo cuarto antes de Cristo. Después de aquello, hizo una serie de películas didácticas para enseñar a falsificar fósiles. Luego, las biografías revisadas de Darwin y Huxley, identificándolos como masones y sugiriendo que habían estado involucrados en incestos y asesinatos. Admitía que eran especulaciones.

—¿No le molestaba eso? —preguntó Tom Navarro de pronto.

—¿Que si no me molestaba qué?

—Calumniar a Darwin y Huxley. Ninguno de ellos hizo las cosas terribles que allí se contaban.

—Pero podrían haberlas hecho. Sin Dios, todo es posible. Los dos eran ateos. ¿Por qué no iban a hacer cualquier maldad que se les ocurriera?

—Pero no lo hicieron.

—Pero podrían haberlo hecho.

—Si nos centráramos en lo que nos ocupa... —interrumpió Molly secamente. Amy Cho, echando chispas de indignación, parecía estar a punto de darle a Tom con el bastón—. Por favor, continúe —le pidió Molly al desertor.

—Sí. —El desertor juntó las manos, como rezando, inclinó su cabeza sobre ellas y después la miró bajo sus cejas oscuras. Tenía aspecto de mago de segunda fila creando suspense antes del siguiente truco—. Como usted diga.

Finalmente tenían tanta confianza en él que le permitieron filmar a un especialista en demoliciones haciendo una bomba.

—¿Quién era? —quiso saber Tom.

—No tengo ni idea. Lo trajeron. Lo filmé. Fin de la historia.

El vídeo había sido grabado bajo un secretismo excesivo, casi cómico. Lo habían conducido de noche con los ojos vendados a un refugio en las montañas para filmar a un hombre que llevaba finos guantes y un pasamontañas mientras montaba una bomba despacio y amorosamente, todo ello narrado por una voz sintética. Contrató actores para hacer de estrategias del Rancho leyendo lo que ellos pensaban que era un guión de ficción y distorsionaron sus voces y alteraron electrónicamente sus caras para proteger aún más a esos estrategias.

—¿Cuántos vídeos hizo? —preguntó Tom Navarro—. ¿Cuándo empezó?

—Hicimos muchos. Cómo construir una bomba. Cómo instalarla. Cómo infiltrarse en una organización hostil, escondiendo tu fe, haciéndote pasar por un humanista sin Dios. Perdí la cuenta. Tal vez una al mes durante todo el año pasado.

—Eso es mucho trabajo en muy poco tiempo —observó Amy Cho.

—Nunca hacíamos terceras tomas, no volvíamos a grabar, y tampoco había catering —manifestó el desertor con un poco de orgullo—. Puede que no fuera agradable,

pero era eficiente. Producía un buen producto y entregaba las películas sin salirme jamás del presupuesto.

—Y te dejaron tirado.

—Tuvimos nuestras diferencias, sí.

Molly revisó la transcripción en su agenda electrónica.

—Creo que nos hemos saltado la causa de su despido.

—Tenía una página web porno —dijo Tom—. De forma anónima, claro. Probablemente los del Rancho jamás se hubieran enterado si no hubiera involucrado a la hija de quince años de uno de los gestores.

El desertor le miró con desprecio.

—Ella participó libremente y sin coerción. No soy un explotador.

—Se hacía llamar «página de porno cristiano» —explicó Tom—. Eso debió de ser lo que más les enfadó. Odian esas cosas. El nombre en sí mismo les pareció hipocresía podrida. Y, ¿sabes qué? Creo que tienen razón.

—Me está costando imaginarme una cosa así —dijo Molly.

—Escenas bíblicas. Chicas con faldita corta arrodilladas en la iglesia. Las alegrías de la felicidad conyugal. Santos siendo azotados y torturados.

—Ésos eran falsos. ¿De verdad tengo que aguantar esto?

—Solamente estamos clarificando por qué le relevaron de su puesto —dijo Tom—. He oído que la gente del Rancho va diciendo cosas bastante duras de usted.

—No deberían hablar. ¿No son cristianos? Se supone que los cristianos perdonan. Cometí un error y lo admití. ¿Me perdonaron? ¿Después de todo lo que había trabajado para ellos? Pues claro que no.

—Por supuesto, querido —dijo Amy Cho—. Tom, no te comportes así.

Tom apartó la cara del desertor como enfadado, pero Molly sabía por su experiencia con él que realmente era para ocultar su sonrisa.

La entrevista preliminar terminó por fin, horas más tarde.

—Menudo hueso —le dijo Molly después a su compañero, cuando sólo quedaban ellos dos en la sala de reuniones—. ¿Cuánto crees que le podemos sacar?

—Bueno, no sabe ni un tercio de lo que piensa que sabe, y tendrá que ser convencido con mimos para que nos diga la mitad de lo que sabe. Los del Rancho han cuidado de mantenerle lejos del topo; las pocas veces que ha conocido a alguno de sus miembros se aseguraron de que no conociera sus identidades. Por otro lado, sabe exactamente qué tipo de explosivos usarán, qué tipo de incidente esperan crear y qué científicos son los objetivos más probables.

—Luego puede ser tan útil como creo.

—Por supuesto que sí.

Para cuando Molly Gerhard se incorporó a la sesión de la tarde, casi había acabado. No le importaba. Había oído a Leyster, en realidad, a un Leyster mayor, presentar lo mismo varias veces antes. Invariablemente empezaba observando que el título de su conferencia ante una generación posterior y mejor informada debería ser: «Habla un fósil».

Entonces, después de las risas de cortesía, decía:

—Admito que me siento un poco incómodo hablando con vosotros. Solamente he estado haciendo investigación de campo, expuesto a la realidad de los dinosaurios vivos, durante poco más de un año, y todos los aquí presentes me lleváis una vida entera de ventaja. Sé que mucho de lo que pienso ya debe de estar pasado hoy en día. ¿En qué puedo yo contribuir a vuestro conocimiento?

Entonces miraba hacia abajo brevemente, como si pensara.

—Hace pocos años, en mi tiempo, y hace unas pocas décadas en el vuestro, trabajé con lo que a mí me parecía el fósil más maravillosamente repleto de información que jamás había encontrado nadie. Estoy hablando del yacimiento de depredación de Burning Woman, sobre el que escribí un libro titulado *Las garras que agarran*. Puede que algunos de vosotros lo hayáis leído. —Siempre se hacía el sorprendido cuando aplaudían su libro—. Humm... Gracias. Me pareció que ese yacimiento era un caso perfecto para calibrar nuestras observaciones anteriores. ¿Cómo de cerca estábamos? ¿Por cuánto nos habíamos equivocado? No podíamos, por razones obvias, esperar encontrar el lugar original del yacimiento, pero la depredación no era poco común en el Mesozoico...

A partir de ese momento, Leyster detallaba aspectos específicos de las huellas de Burning Woman, en qué aspectos las había leído correctamente y en cuáles se había equivocado de manera sorprendente. No era un conferenciante brillante. Tenía que buscar las palabras y dejaba frases sin terminar; luego volvía y empezaba a releerlas, y paraba en medio para disculparse. Pero a los estudiantes nunca les importaba. Sabía lo que ellos querían oír. Les mostraba qué significaba ser brillante en su disciplina.

Esa conferencia siempre encendía un fuego dentro de ellos.

Entró en el salón de actos justo cuando acababa el turno de preguntas y respuestas. Había un tremendo estruendo de aplausos y mientras las primeras filas se echaron sobre el conferenciante, las traseras se vaciaron rápido en dirección al pasillo de afuera. Allí los estudiantes se reunían en corrillos, discutiendo animadamente sobre lo que acababan de escuchar.

Molly Gerhard experimentó una especie de choque cultural cuando se encontró con estos sobrios miembros de la generación dos después de haber estado con la generación tres, cuyos miembros eran más despreocupados. Era como viajar de vuelta a la época victoriana. Oporto y puros en la biblioteca y científicos que iban con traje a las autopsias.

Leyster avanzaba despacio por el pasillo, charlando con quien se le acercara. Estaba otra vez entre los suyos.

La principal misión de Molly para hoy era que el mayor número posible de estudiantes la recordaran, para que, cuando apareciera en el Mesozoico, no resultara sospechosa. Alguien recordaría haberla conocido, y no sería una extraña inexplicablemente no cualificada, sino la sobrina no cualificada de Rick Leyster. Un caso claro de nepotismo y ningún misterio.

Cerró los ojos para intentar localizar la voz más alta entre las muchas que se oían en la sala. Entonces fue directa a la pandilla de estudiantes de la que procedía y se metió en medio.

—... hablan de istmos —estaba diciendo la chica. Casi no reconoció a Salley, que aparentemente estaba probando un nuevo y transitorio *look* que incluía el pelo rapado

y teñido de rojo—. Es porque sus profesores del colegio le daban mucha importancia al estrecho de Bering. Pero los istmos entre continentes escasean. La manera más común de moverse es saltando de isla en isla.

—¿Quieres decir nadando de isla en isla? —preguntó alguien.

—Para eso las islas tendrían que estar jodidamente cerca las unas de las otras. No, estoy hablando de placas tectónicas. Podría ocurrir de dos maneras. Una microplaca podría cruzar el océano. La microplaca de Baja, al sur de California, va hacia la costa pero si fuera hacia el oeste podría acabar en Siberia dentro de unas decenas de millones de años..., esas cosas pasan. O se podría formar una nueva cadena de islas si se elevara una placa. Los dinosaurios podían cruzar el océano sin siquiera darse cuenta.

—¿Es ésa una teoría comúnmente aceptada —preguntó Molly— o es tuya?

Salley dejó de hablar.

—Perdón. ¿Quién has dicho que eras?

—Molly Gerhard. Soy la sobrina de Rick Leyster.

—Espera. ¿Conoces a Leyster? ¿Personalmente?

—Bueno, pues claro, es mi...

Salley cogió a Molly por el codo y dio la espalda a los demás para dar por terminada la conversación.

—¿Cómo es?

—Humm... serio, un poco tímido, bastante cerrado en sí mismo, ya sabes.

—No estoy interesada en ese tipo de mierda de culto a la personalidad —dijo Salley impacientemente—. Dime cómo es como investigador.

—Bueno, yo no soy paleontóloga...

—Se nota. —Salley le soltó el brazo cuando el grupo de Leyster les alcanzó. Abandonó a Molly y se fue corriendo tras él.

En *Sólo una chica a la que le gustan los dinosaurios*, Monk Kavanaugh había escrito que precisamente en esa conferencia «Salley se había sentado en la fila de atrás, absorta. ¡Había tanto en el cerebro de Leyster! Sabía que había cosas que sospechaba, especulaba o intuía pero que no iba a decir en voz alta porque no podía probarlas. Quería sacarle esas posibilidades secretas. Quería verle volar en libertad».

Por pura suerte, Molly había acabado presenciando un momento célebre del cotilleo paleontológico. Decidió quedarse por allí. Nunca había presenciado nada que después acabara en un libro.

Alcanzó a Salley cuando sacaba una copia destrozada y muy usada del libro de Leyster y le pedía su autógrafo. Vio la sonrisa modesta de Leyster, la manera en que metió la mano en su bolsillo automáticamente buscando su bolígrafo.

—Realmente no es muy bueno —dijo—. Es lo mejor que pude hacer con lo que sabíamos entonces, pero mucho de lo que sabíamos era incorrecto.

Después, ignorando sus educadas protestas, preguntó:

—¿Quieres que lo dedique? ¿Sí? ¿A quién debo poner?

—A G. S. Salley. No uso mi...

—¡Tú! —Cerró el libro de golpe y se lo tiró a las manos—. ¿No me puedo librar de ti?

Le dio la espalda y se fue. Molly, que estaba observándolos, vio cómo la mirada de Salley pasaba de la perplejidad al enfado. Luego ella también se giró y se fue en dirección contraria.

*Sólo una chica a la que le gustan los dinosaurios* también contaba cómo Salley

volvió a su tiempo para condensar la charla de Leyster en una crítica muy argumentada de su trabajo original y lo envió para una publicación geocientífica. Por suerte, ninguno de los colegas que lo revisó sabía el secreto de los viajes en el tiempo o, si lo sabían, habían oído la conferencia de Leyster. Tuvo cuidado de no usar información que no fuera asequible en su tiempo para evitar la ira de la gente de Griffin. El artículo, cuando salió, hizo mucho para aumentar su lustre profesional y también por disminuir el de Leyster.

Molly tenía menos de una hora antes de acompañar a Leyster de vuelta a Washington. La llenó como pudo.

De camino a la limusina, al doblar una esquina casi chocan con Salley. Leyster miró para otro lado. Salley se puso blanca.

Antes le diste un cuchillo, pensó Molly. Después le escupiste a la cara y la desafiaste a que usara el cuchillo. Eso hubiera sido suficiente. Pero ahora le has dado la espalda. Como si fuera inofensiva.

Realmente Leyster era un completo idiota. Pero Molly no dijo eso. Tampoco le dijo que era uno de los objetivos principales de los terroristas del Rancho. Molly nunca decía nada sin tener en mente un propósito definido.

## Estrategias de alimentación

*Estación Xanadú: era Mesozoica. Período Cretácico.  
Época Gálica. Edad Turoniense. 95 millones de años a. C.*

El informe de Tom y Molly estaba aún por leer, sobre la mesa de Griffin, el primero de una pila de unos quince redactados por el equipo que había creado para encargarse de la amenaza terrorista creacionista. Los quince venían de distintos tiempos y en todos ponía «Urgente». Todavía no estaba seguro de cuáles iba a leer y en qué orden. No estaba seguro de cuánto quería saber.

El simple hecho de leer un informe adquiría una dimensión casi metafísica. Hacía confluír el abanico ilimitado de posibilidades de lo que «todavía podía ser» en un solo relato inalterable de «lo que fue». Convertía el futuro en pasado. Convertía el alegre juego del libre albedrío en los grilletes de hierro del determinismo.

A veces la ignorancia era tu único amigo.

—¿Señor? —Era Jimmy Boyle—. El «Baile bajo el agua» está a punto de empezar.

Griffin odiaba los eventos para recaudar fondos. Pero, por desgracia, estas cosas se le daban bien.

—¿Está de moda este esmoquin? —preguntó—. ¿Exactamente en qué época es, por cierto?

—En 2090, señor. Su traje lleva veinte años pasado, igual que el de los demás. Encajará perfectamente.

—No has visto al Viejo husmeando por aquí, ¿verdad?

—¿Le espera?

—Por Dios, espero que no. Pero esta noche presiento algo. Algo malo va a pasar. No me sorprendería nada que ésta fuera la noche en que los inalterables finalmente deciden revocarnos el privilegio de viajar en el tiempo.

La cara de Jimmy, habitualmente triste, se tornó en una cálida sonrisa.

—Simplemente no le gustan los actos formales. —Cuanto mayor se hacía Jimmy, más consolaba su presencia. Ahora estaba cerca de su edad de jubilación, lleno de sabiduría y habiéndose hecho casi infinitamente tolerante a través de su experiencia—. Siempre dice cosas así antes de uno.

—Supongo que tienes razón. ¿Tienes mi listado?

Sin decir nada, Jimmy se lo entregó.

Griffin dio media vuelta para irse, dejando todos los informes sin leer. Pero mientras lo hacía, subió el brazo y sin pensar echó una mirada rápida a su reloj: 20.10, hora

personal; 15.17, hora local.

Tenía su propia superstición secreta según la cual, mientras no supiera la hora, las cosas todavía iban lo suficiente fluidas como para que él mantuviera cierto control sobre los acontecimientos. Parecía un mal presagio empezar la noche con esta pequeña derrota.

La vista desde Xanadú era como ninguna otra del Mesozoico. Griffin lo sabía. Había estado en todas partes, desde la viva quietud verde del principio de la era Induense hasta la desolación de la estación Anular, cien años después de las consecuencias del ataque del impacto en Chicxulub. Xanadú era especial.

Sumergido en las aguas poco profundas del mar de Tetis, Xanadú era una burbuja de cristal azul verdoso amarrada y apuntalada por los más toscos arrecifes que los biotécnicos del siglo XXII habían formado y entrenado para sus necesidades. Desde fuera, parecía una tarima flotante de pesca japonesa parcialmente cubierta de crustáceos. Dentro, uno se encontraba bañado en una luz cambiante y acuosa y rodeado de vida.

En su conjunto era precioso.

Como música de fondo, un pianista tocaba Cole Porter. Los invitados iban llegando y eran escoltados hasta sus mesas prestando atención educadamente al océano que les rodeaba: las gigantes sargas de algas, los enjambres de amonitas, los teleósteos como joyas en abundante profusión.

Pero entonces una armada de camareros barrió la habitación trayendo en las bandejas bien altas los aperitivos: pliosaurio envuelto en algas, caviar de Beluga untado sobre rodajas de huevo de hesperornis, «enigmasaurio» a la plancha hilado sobre tostadas y una docena más de manjares.

Fue como un conjuro. La comida absorbió la atención y en un instante nadie estaba mirando la maravilla que les rodeaba.

Excepto una persona. Una niña de trece años permanecía junto a la ventana, observándolo todo. Tenía una guía de bolsillo y de vez en cuando, siempre que algo cruzaba por delante de ella, la sacaba rápido para cazar la imagen y obtener una identificación. Mientras Griffin la miraba, un pez de seis metros de largo se acercó nadando lentamente y la miró con ojos malévolos a través del cristal.

Era feo como él solo. Unos dientes afilados sobresalían entre sus enormes labios y una boca caída. Esos dientes, esa boca y ese mirar sin pestañear indignado le daban al pez una apariencia belicosa. Pero o la guía no funcionaba bien o no podía encuadrar al pez con el ángulo correcto, porque cuando la niña miraba la guía, sus ojos parecían molestos y los volvía a levantar.

Cazando al vuelo una copa de champaña de una bandeja, Griffin fue hacia ella.

—Xiphactinus audax —dijo—. Conocido comúnmente como pez bulldog por razones obvias.

—Gracias —dijo ella solemnemente—. Es un depredador, ¿verdad?

—¿Con esos dientes? Pues claro. El Xiphactinus es inusual en que, al contrario que el tiburón, se traga a su presa entera. Los peces son devorados vivos mientras luchan.

—No parece una muy buena estrategia de alimentación, ¿verdad? ¿Cómo evitan que su presa les haga daño?

—A veces no se lo hacen. Otras veces se atragantan con algo que se han tragado y

mueren. El pez bulldog no es un depredador perfecto. Aun así, sobreviven suficientes para que la especie salga adelante.

El pez bulldog se marchó con un repentino coletazo de sus aletas. La niña se volvió para mirarle por primera vez.

Él le ofreció la mano.

—Me llamo Griffin.

Estrecharon las manos.

—Encantada de conocerle, señor Griffin. Me llamo Esme Borst-Campbell. ¿Es usted paleontólogo?

—Lo era pero me ascendieron. Ahora sólo soy un funcionario burócrata.

—Oh —dijo desilusionada—. Esperaba que se sentara en nuestra mesa.

—Me honra que me quieras allí. —Las entradas para el baile costaban cien mil dólares cada una, calculadas con valores del año 2010, y además de la subasta silenciosa antes de la cena y el baile de después, aquellos que compran toda una mesa de seis, como habían hecho los Borst-Campbell, disponían de su propio paleontólogo como una especie de ventaja de grupo.

—Es que me temo que me va a tocar aguantar a alguien aburrido que querrá hablar de dinosaurios toda la noche. —Se las arregló para llenar la palabra de un inmenso desprecio.

—¿No te gustan los dinosaurios?

—Son más bien cosa de chicos, ¿no? Monstruos asesinos con dientes como puñales, criaturas tan grandes que pueden aplastar a la gente con el pie. Lo que a mí me gusta de la biología marina es lo conectado que está todo. Biología y botánica, vertebrados e invertebrados, química y física, comportamiento y ecología, geología y mecánica mareomotriz..., todas las ciencias se unen en el océano. Visiblemente. No importa lo que te interese, se puede estudiar en el océano.

—¿Y a ti qué te interesa?

—¡Todo! —dijo bruscamente Esme. Después, se avergonzó—. No debería haber dicho eso, lo siento.

—No, no, has hecho bien en decirlo. —Para Griffin, aquello estaba entre las mejores cosas que había oído decir a nadie jamás—. Y respecto a tu problema, déjame ver... —Echó un vistazo a su listado. Lo primero que aparecía escrito por él mismo a mano cuidadosamente era «Esme... Richard L.»—. Has tenido suerte. Te toca el profesor Leyster. Os llevaréis muy bien.

—¿No le gustan los dinosaurios?

—Bueno, sí le gustan, pero te diré lo que debes hacer.

—¿Qué?

—Cuando os presenten, mírale a los ojos y dile que tú crees que la paleontología de los dinosaurios es inferior a la paleoictiología.

—¿No se ofenderá?

—Le intrigará. Es científico, querrá saber por qué. Y es un profesor nato, cuando acabe de explicártelo, estará ansioso por despertar tu interés. Cuando empiece a hablar de la vida paleomarina, no habrá quien le calle.

—¿Funcionará? —preguntó Esme escéptica.

—Confía en mí. Le conozco bien. —Griffin apuntó con su copa al distante bosque de algas—. Mira allí, donde el agua está turbia. ¿Ves cómo las sombras parecen moverse? Son plesiosaurios comiendo gambas. De vez en cuando, si estás atenta, verás a

alguno subir girando perezosamente hasta la superficie para tomar aire y volver a bajar a por más comida.

Compartiendo el silencio se quedaron mirando juntos las profundidades, viendo las sombras moverse. Entonces llegó la hora de que él pronunciara el discurso de apertura y Griffin mandó a la niña que volviera a su mesa. Los plesiosaurios ya no estaban.

Alguien le ofreció un micrófono y él le dio dos toquitos para llamar la atención. Estaba de pie ante la ventana con una galaxia de amonitas a su espalda y demasiados moluscos para ser contados pasando raudos tras él.

—Damas y caballeros —dijo—, permítanme que les dé la bienvenida a la edad Turoniense, ¡la era en la que los rudistas dominaban los mares!

Hizo una pausa para dejar paso a las risas de cortesía, entonces continuó.

—Lo crean o no, a pesar de todas las maravillosas criaturas que nos rodean, plesiosaurios, mosasaurios y tiburones gigantes, la función principal de la estación Xanadú es estudiar los rudistas que forman los arrecifes que nos rodean.

»¿Por qué? Porque estas criaturas consiguieron algo extraordinario y después lo volvieron a perder misteriosamente. Los rudistas empezaron formando simples madrigueras. Pero después aprendieron a juntarse en colonias y formar arrecifes. Sus conchas son onduladas y tienen pequeñas burbujas por lo que les costó menos fijar el calcio que a otros moluscos. Como crecieron rápido, pronto dominaron la ecoesfera oceánica. Pero un poco antes del final del Cretácico, por razones que todavía no entendemos, se extinguieron. Sólo por esta razón los corales pudieron aprender el mismo truco más tarde y llenaron el nicho de constructores de arrecifes hasta la era moderna. No podemos explicar por qué ocurrió esto. Estamos aquí para averiguarlo.

Se interrumpió y ofreció una sonrisa sincera.

—Pero eso no significa que se tengan que pasar la noche mirando los rudistas. Tenemos mucha vida marina que mostrarles esta noche, empezando por un par de mosasaurios que deben estar llegando... justo... ¡ahora!

Bajaron las luces, ahora las mesas estaban iluminadas sólo por los rayos de sol que conseguían atravesar el agua. Griffin encendió la bombillita de su micrófono, lo movió para llamar la atención de todos los presentes y señalar con él hacia fuera.

—Aquí llegan —dijo suavemente.

Dos mosasaurios salieron de las profundidades del bosque de algas y nadaron directos hacia la estación. Esos demoníacos peces lagarto medían unos diez metros y tenían unas mandíbulas con dientes dignos de pesadilla y unos enfermizos ojos oscuros.

Eran terroríficos.

Incluso desde dentro de la seguridad de la estación, era horrible ver que aquellas cosas se te acercaban. Los comensales se agitaron inquietos. Las sillas chirriaron contra el suelo.

Pero los mosasaurios estaban bajo control. En una pequeña sala, no muy lejos, dos cuidadores con sendos mandos en sus manos controlaban las criaturas. Unos biochips habían sido implantados en los cerebros de los reptiles para que los cuidadores pudieran ver a través de sus ojos y mover sus cuerpos como si fueran suyos. Esta pareja era su instrumento primario para pastorear, lo usaban a diario y a base de práctica se habían convertido en fiables y capaces de reaccionar rápido.

Los mosasaurios torcieron, se separaron y después volvieron a converger. A velo-

cidad de vértigo, iban a por Xanadú y los comensales de su interior.

Griffin echó una ojeada a la mesa de los Borst-Campbell. Mientras sus padres estaban atentos al espectáculo, Esme solamente tenía ojos para Leyster. Se inclinó hacia él absorta en lo que murmuraba. Las manos del paleontólogo se movían formando un círculo, describiendo la parte de arriba de un rudista plano como una tapa y después se movieron bajo la tapa para representar el manto de un rudista formando un hogar acogedor para colonias complejas de algas simbióticas.

Los mosasaurios se precipitaron hacia la estación con tanta fuerza temeraria que parecía que iban a chocar contra las paredes de cristal. Pero en el último instante, se separaban para rodar como barriles a la izquierda y a la derecha, abriendo sus bocas simultáneamente para mostrar sus dientes de manera salvaje e innecesaria. Los comensales estaban sin aliento. Entonces los animales se fueron.

Esme ni siquiera había levantado la vista.

Lo más triste era que ella tenía razón. Aquello no era ciencia, igual que los vuelos de exhibición no eran una guerra. Era un mero y caprichoso ejercicio de poder.

—Habrás más sorpresas a lo largo de la velada —dijo—. Mientras tanto, disfruten de la cena.

Griffin se perdió entre aplausos y empezó a dar una vuelta visitando las mesas. Un chiste aquí, una alabanza allá. La maquinaria que mueve el mundo necesita ser engrasada.

Más que nada quería vigilar a los científicos. Griffin los consideraba sus hijos problemáticos. Conocía todos sus defectos. Aquél bebía demasiado, el de más allá era un aburrido inaguantable. El que tenía aspecto de manso era un mujeriego agresivo y la que parecía una abuelita decía muchos tacos. Todos estaban mirando las lámparas dignas de un museo, grupos de rudistas enrollados y relucientes conchas en forma de trompeta destacadas con embellecedores de cobre. Griffin estaba seguro de que se estaban preguntando qué tamaño tendría la expedición que podrían financiar si se arrancaran y vendieran.

Los camareros aparecían y desaparecían. Se escabullían tras el panel que escondía la entrada al embudo del tiempo y después salían inmediatamente por el otro lado con pesadas bandejas llenas. Solomillos de pentaceratopsio cubiertos de champiñones para quienes les gustara la carne roja. Confuciusornis con almendras para quienes prefirieran la carne blanca. Radicchio con trufas para los vegetarianos.

Todo acompañado con música, una charla agradable y unas vistas inigualables.

Gertrude Salley había sido asignada a la mesa lo más lejana posible de la de Leyster que Griffin pudo encontrar. Todo apuntaba a que la distribución de las personas en las mesas funcionaba bien. Gertrude parecía tener encantados a los de su mesa. En ese instante estaba agitando los brazos para demostrar cómo hacían los teranodones para despegar de la superficie del océano. Todo el mundo se reía, por supuesto, de manera respetuosa. Salley sabía exactamente hasta dónde podía llegar sin perder a su público.

Entonces el busca silencioso de Griffin se disparó y se tuvo que escapar del Cretácico superior para regresar a la cocina de vuelta en su tiempo, en el año 2082.

Un Jimmy Boyle joven le estaba esperando.

Mientras que Jimmy Boyle mayor irradiaba profesionalidad y sobria fortaleza con su sola presencia, su versión joven era un auténtico coñazo. Hablaba demasiado alto y tenía un talento especial para generar caos.

Esta vez no era una excepción. La cocina estaba atestada de policía. En una esqui-

na, un hombre estaba muy erguido mirando hacia arriba y repitiendo el padre nuestro mientras sus manos estaban esposadas con pegamento tras su espalda. Había una mujer tirada en el suelo, lloriqueando y encogiéndose la pierna mientras un sanitario preparaba una camilla. Tanto el hombre como la mujer estaban vestidos de camareros. Alguien que debía de ser el chef estaba diciendo:

—¡Indignante! Saque a toda esta gente de mi cocina. ¡No puedo trabajar con ellos encima!

—Putos norteamericanos —dijo Jimmy Boyle. Se refería a sus dos prisioneros—. Todavía se creen los dueños del mundo.

—Los chicos de Destrucción de Bombas querrán esto, señor —dijo un oficial de policía educadamente. Sujetaba varios trozos de lo que había sido un samovar de café—. Para analizarlo.

—Sí, claro, adelante. —Y dirigiéndose a Griffin añadió—: Esta tecnología está tan pasada que casi inspira nostalgia, señor. Gelignita, un reloj de cuerda y un detonador de fricción. Aun así, suficiente para poder haber agujereado cada cristal de Xanadú. Si no me hubiera avisado...

Griffin le pidió silencio con la mano.

—Buen trabajo, Boyle —dijo en un tono que todo el mundo en la habitación pudiera oír. Puso una mano sobre el hombro del hombre para apartarlo de los demás. Con la voz tan baja que Jimmy Boyle tuvo que agachar la cabeza para oír, añadió—: Gilipollas. Esto no se hace así. Se suponía que debía escribir un informe después y enviármelo el día antes del «Baile bajo el agua». Entonces, si me hubiera parecido importante, hubiera aparecido. Tomar esta decisión no es cosa suya.

—Bueno, pensé que le gustaría saber esto lo antes posible.

—Lo que quería es que usted fuera capaz de encargarse de este tipo de fiascos solo. ¿Puede o no puede hacer este trabajo?

Jimmy Boyle se puso tenso.

—Maldita sea, señor, sabe que puedo hacerlo.

—Entonces, hágalo.

Jimmy Boyle habló con el chef mientras Griffin le supervisaba. Primero le ofreció contratar a otra persona para terminar la cena si ella no podía con ello. Sería bastante fácil para él irse a una o dos semanas antes y tener a alguien esperando fuera para sustituirla en ese momento. Después preguntó qué medios adicionales necesitaba para recuperar el tiempo perdido. Finalmente le aseguró que tendría camareros de repuesto en cinco minutos.

Después Boyle despachó con la policía y les dejó que se llevaran a los terroristas creacionistas. Reunió a los camareros y les habló breve y seriamente de lo ocurrido y de la necesidad de mantener la profesionalidad. Después envió una llamada a dos horas antes en el pasado local pidiendo los sustitutos y los tuvo preparados y en su puesto en el plazo que le había prometido al chef.

Finalmente, Griffin se sintió libre de marcharse.

Había estado mal. Y se habían librado por los pelos. Pero no le mencionó ninguna de las dos cosas a Jimmy Boyle. El chico tenía que aprender a pensar por sí mismo, y cuanto antes mejor.

Antes de volver al embudo, Griffin paró en su oficina y escribió dos memorandos: uno era para la mujer encargada de repartir a la gente en las mesas para que pusiera a Leyster en la mesa de los Borst-Cambell y a Salley lo más lejos posible de él. El otro

era para el propio Leyster dos días antes del baile, indicándole que pusiera un diente de tiburón en su bolsillo antes de asistir. Uno grande. Del tipo que le gustaría a una niña muy despierta de trece años que quiere ser bióloga marina.

Entonces volvió a Xanadú.

Llegó justo cuando estaban recogiendo las mesas para servir el postre y el café. Hizo un gesto al pianista y éste empezó a tocar. Otro gesto y las luces se suavizaron hasta desaparecer.

En la superficie, hacía una tarde luminosa. La cena era un acto nocturno y se calculaba cuidadosamente que tuviera lugar a la hora local en que justamente se filtrara hasta el fondo del agua la suficiente luz para brindar una iluminación suave, de la intensidad del anochecer.

Griffin sacó el micrófono de su bolsillo y se movió hasta la parte de delante de la habitación.

—Señores, estamos de suerte. —Las cabezas subieron.

Fuera, una manada de plesiosaurios voló perezosamente junto a la ventana como grandes pingüinos de cuello largo y cuatro alas, provocando que los comensales murmuraran: «oohhh». Eran las criaturas más elegantes que Griffin había visto jamás, incluyendo a las ballenas. Él estimaba que las ballenas, comparadas con los plesiosaurios, eran todo volumen y nada de belleza.

—Ante ustedes tienen tres *Elasmosaurus* adultos y cinco adolescentes; son los plesiosaurios más grandes y los mayores reptiles que jamás bendijeron los mares. No son ni tan rápidos ni tan fieros como los mosasaurios que vimos antes. Pero pienso que estarán de acuerdo conmigo en que solamente poder contemplar estos animales hace que esta noche sea memorable.

No mencionó que el hábil manejo de los mosasaurios con biochip era lo que había conducido cuidadosamente a los plesiosaurios hasta la estación. Los arrecifes de esa zona estaban repletos de animales y puesto que los mosasaurios no estaban a la vista, las criaturas empezaron a comer. Los plesiosaurios casi no tenían memoria. Vivían el momento.

Griffin calló lo que se tarda en contar hasta diez, deleitándose con la belleza de esos larguísimos cuellos mientras los plesiosaurios se lanzaban a uno y otro lado pescando. Entonces dijo:

—El baile empezará pronto. Mientras tanto, por favor sepan que pueden levantarse y acercarse a las ventanas. Disfruten.

Alguien se puso de pie y después otro y otro hasta que la habitación se llenó de una agradable confusión. Griffin se metió el micrófono en el bolsillo y revisó su listado. Entonces se acercó a la mesa de Esme.

Los adultos se habían levantado. Sólo quedaban Leyster y Esme. Ella estaba hablando a Leyster tan ardientemente que ni siquiera se percató de que se acercaba.

—Pero mi profesor dice que los hombres y las mujeres llevan a cabo distintas estrategias reproductoras. Los hombres intentan expandir su semilla lo más posible pero las mujeres arriesgan más, así que intentan limitar el acceso a un solo macho.

—Con todos los respetos —replicó Leyster—, tu profesor no tiene ni idea. Ninguna especie podría sobrevivir mucho tiempo si los machos y las hembras tuvieran estrategias reproductoras distintas.

—Sí, supongo que eso..., oh, ¡hola señor Griffin!

—Solamente venía a vigilar que el señor Leyster no te esté aburriendo.

—¡Jamás podría aburrirme! —Esme habló con tanta convicción que Leyster incluso se sonrojó—. Me estaba contando el trabajo de la profesora Salley con los plesiosaurios. ¿Ha oído hablar de ello?

—Bueno... —Había oído algo pero le sorprendía que Leyster sacara ese tema. Uno de los enigmas más antiguos de la paleontología era si los plesiosaurios eran vivíparos u ovíparos, si parían a sus crías ya vivas o ponían huevos. Se habían encontrado mosasaurios fósiles que habían muerto dando a luz. Nada similar se había encontrado para los plesiosaurios. Tampoco se había hallado huevos de plesiosaurios fosilizados.

Salley había marcado con radiotransmisores a doce hembras y había pasado varios meses observándolas a bordo de pequeñas embarcaciones. Cada vez que una aparecía con un recién nacido siguiéndola de cerca, se iba a los mapas de posicionamiento mundial para ver dónde había ocurrido.

—Averiguó que, cuando llega su momento, la hembra abandona el océano pero no va a tierra firme sino que sube a un río de agua dulce —explicó Esme—. El macho la sigue. Ella va lo más lejos posible, hasta que el río es tan poco profundo que no puede ir más allá. Allí es donde pare. Los carnívoros de tierra no pueden atacarla en el agua. No hay carnívoros acuáticos lo suficientemente grandes como para molestarla en esa parte alta del río. Y el macho nada río arriba y río abajo para asegurarse de que nada viene a por ella.

»¿A que es chulo?

Griffin, que había leído tanto el estudio original de Salley como su posterior versión popular, no podía sino estar de acuerdo. Sin embargo, en voz alta sólo dijo:

—¿Sabes por qué estoy aquí, verdad Esme?

Fue como si el sol se hubiera ocultado tras una nube.

—Es hora de que me vaya.

—Eso es.

Alguien se acercó a la mesa y esperó pacientemente a que la conversación terminara. Un sirviente. Su postura era demasiado correcta como para que fuera cualquier otra cosa.

—Ésta ha sido la mejor noche de mi vida —dijo la niña con fervor—. Cuando sea mayor, voy a ser paleoictióloga. Ecologista marina, ni cuidadora ni especialista. Quiero saberlo todo del Tetis.

Leyster sonreía con lágrimas en los ojos. La niña le había llegado al alma. Él debía de haber sido como ella cuando tenía esa edad.

—Ay, espera. Casi se me olvidaba darte esto. —Introdujo la mano en el bolsillo, sacó el diente de tiburón y lo dejó caer en la palma de la mano de ella.

Ella se lo quedó mirando maravillada.

El extraño le tendió la mano a Esme. Evidentemente, sus padres se quedaban al baile.

La niña se marchó.

Había vivido una experiencia que marcaba. Griffin sabía exactamente cómo se sentía. Había tenido la suya frente al mural de Zallinger *La edad de los reptiles*, en el Museo Peabody de New Haven. Eso era antes de los viajes en el tiempo, cuando los cuadros de dinosaurios eran prácticamente lo más real que había. Hoy en día podía

señalar cientos de inexactitudes en cómo los retrataban. Pero en aquella lejana mañana soleada en la Atlántida de su juventud, se quedó mirando aquellas magníficas bestias maravillado a más no poder, hasta que su madre le sacó de allí a rastras.

Pensar en Esme y en lo que iba a ser de ella le entristecía. Por un instante, sintió el peso de todos sus años, cada acuerdo mezquino, cada despreciable oportunidad.

Minutos después de que Esme se marchara, llegó una joven con un vestido rojo corto. No había estado allí antes, Griffin se hubiera dado cuenta. Sacó su listado y con dolor de estómago leyó la última entrada.

Como sospechaba, era Esme otra vez.

Esme diez años mayor.

Había sido una niña preciosa. No debía sorprender que fuera una preciosa joven.

Miró por la habitación, ansiosa. Su mirada pasó por encima de Griffin. Evidentemente, se había olvidado de él hacía años. Pero cuando vio a Leyster, su rostro se iluminó y se fue directa hacia él.

La banda empezó a tocar. La gente comenzó a bailar. Griffin observaba desde un extremo de la habitación cómo Esme le explicaba a Leyster quién era.

Llevaba un diente de tiburón colgado del cuello en un cordón de seda.

—¿Quién es la monada que habla con Leyster?

Griffin se dio la vuelta. Era Salley. Estaba sonriendo de una manera que él no podía descifrar.

—Es una historia triste.

—Cuéntamela en la pista de baile.

Le cogió la mano y se lo llevó.

Bailar agarrados siempre es bailar agarrados. Brevemente, Griffin se olvidó de sí mismo.

—¿Y bien? —preguntó entonces Salley.

Le explicó lo de la chica.

—De verdad es una pena. Esme estaba rebosante de curiosidad y entusiasmo cuando era una niña. Se hubiera convertido en una gran bióloga. Pero su mala suerte fue nacer rica. Tenía sueños. Pero sus padres tenían demasiado dinero para permitirle aquello.

—Podría haber roto con ellos —dijo Salley despreciándola—. Qué demonios, todavía puede. Es joven.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

Griffin lo sabía porque había echado un vistazo al registro de personal de los siguientes cien años y el nombre de Esme no había aparecido por ninguna parte.

—Es lo que ha ocurrido.

—¿Por qué ha vuelto aquí?

—Supongo que está reviviendo su momento de gloria. La última vez que pensó seriamente en labrarse su propia vida.

Salley miró cómo la chica rodeaba el cuello de Leyster con sus brazos, cómo le miraba a los ojos profundamente. Leyster parecía asustado. Seguramente estaba abrumado.

—Sólo es una cazatalentos.

—No puede ser lo que quería. ¿Por qué no dejarle al menos el premio de consola-  
ción?

—¿Así que recibirá un polvo como trofeo? —replicó Salley cruelmente—. No le  
hará bien a ninguno de los dos. Él ya tiene aspecto de sentirse avergonzado.

—Bueno, las cosas no siempre funcionan como nos gustaría.

Bailaron durante un rato. Salley puso la cabeza sobre el hombro de Griffin y pre-  
guntó:

—¿Cómo ha conseguido regresar aquí?

—No le damos mucha publicidad pero ocasionalmente podemos organizar algo  
así. Por un precio considerable. En circunstancias cuidadosamente controladas.

—Dime una cosa, Griffin: ¿cómo pude colar al polluelo de Allosaurus a tu gente  
de seguridad?

—Tuviste suerte. No volverá a ocurrir.

Se apartó y le miró con frialdad.

—No me digas eso. Fue un paseíllo. La gente me daba la espalda. Los pasillos es-  
taban vacíos. Todo fue a la perfección. ¿Cómo?

Él sonrió.

—Bueno, frustrado de tanta burocracia, como me suele pasar tan a menudo, acabé  
pensando que todo ese secretismo era... una molestia innecesaria. Así que le di algu-  
nas pistas a Monk y le envié hacia ti.

—Capullo. —Apretó su cuerpo contra el de él. No podían juntarse más por mucho  
que lo intentaran—. ¿Por qué hacerme pasar por el aro? ¿Por qué hacer que todo fuera  
tan complicado y rebuscado?

Se encogió de hombros.

—Bienvenida a mi mundo.

—Dicen que una vez en la vida, toda mujer debe enamorarse de un cabronazo. —  
Le miró profundamente a los ojos—. Me pregunto si tú eres el mío.

Se apartó un poco de ella.

—Estás borracha.

—Estás de suerte —murmuró—. Estás de suerte.

Horas más tarde, en su tiempo personal, Griffin volvió a su oficina. Las luces es-  
taban encendidas. Además de a sí mismo, sólo le había confiado la llave a otra perso-  
na.

—Jimmy —dijo mientras abría la puerta—, te juro que me duele todo el cuerpo  
hasta...

Su silla daba vueltas.

—Necesitamos hablar —dijo el Viejo.

Griffin se detuvo. Entonces cerró la puerta tras de sí. Fue al mueble bar y se sirvió  
un trago de *Bulleit 90-proof*. Notó que el Viejo ya había visitado el bar.

—Pues habla.

El Viejo cogió el primer informe del montón y lo leyó.

—«El desertor dijo que se daba prioridad a las oportunidades de asesinar a indivi-  
duos importantes, para cuyo fin se hizo una lista corta. Los primeros de esa lista eran  
los que recaudan fondos.» —Dejó el informe sobre la mesa—. Si te hubieras molesta-  
do en leer esto, sabrías que en la lista negra del Santo Redentor tienen especial interés

en aniquilar a dos de nuestros gurús mediáticos favoritos: Salley y Leyster ocupan los puestos uno y dos. Hoy no te tenía que habar pillado por sorpresa. Deberías haber sabido que había que mantenerlos separados.

—¿Y qué? Jimmy atrapó a los terroristas. Le notificaste que lo hiciera. El sistema funcionó mejor que nunca. Mientras tanto, puedo mantener mis opciones abiertas.

El Viejo se puso de pie ayudándose con una mano sobre la mesa. Griffin tuvo que preguntarse cuánto habría bebido ya.

—Cogimos a dos jodiendo junto a un centro de operaciones y todavía tenemos un topo dentro. ¿Cómo sabían lo del baile? ¿Quién les dijo qué catering habíamos contratado? —Golpeó el montón de informes con el puño—. No tienes opción. Lee estos informes. Todos. Ahora.

Griffin se sentó.

Leía rápido. Aun así, tardó más de una hora en absorberlo todo. Cuando acabó, se cubrió los ojos con las manos.

—Quieres que use a Leyster y Salley de cebo.

—Sí.

—Sabiendo lo que les pasará.

—Sí.

—Estás preparado para dejar que la gente muera.

—Sí.

—Es algo jodidamente sucio.

—Desde mi punto de vista, fue algo jodidamente sucio. Sin embargo, lo harás. De eso estoy seguro.

Durante un rato Griffin miró al Viejo a los ojos con dureza.

Aquellos ojos le fascinaban y le repugnaban. Eran del marrón más profundo y anidaban en la acumulación de arrugas de toda una vida. Había estado trabajando con el Viejo desde que le reclutaron para el proyecto y todavía eran un misterio para él, absolutamente opacos. Le hacían sentir como un ratón observado por una serpiente.

No había tocado el bourbon todavía. Pero cuando fue a cogerlo, el Viejo cogió el vaso y lo vació en el decantador. Le puso el tapón y lo guardó en el mueble bar.

—No necesitas esto.

—Tú te lo has estado bebiendo.

—Bueno, sí, soy mucho más viejo que tú.

Griffin no estaba seguro de qué edad podía tener el Viejo. Había tratamientos de longevidad para quienes jugaran a aquel estúpido juego, y el Viejo llevaba tanto tiempo haciéndolo que prácticamente lo controlaba. Todo lo que sabía con seguridad es que el Viejo y él eran una misma persona.

Superado por el odio, Griffin exclamó:

—Sabes, podría cortarme las venas esta noche, y entonces ¿qué sería de ti?

Aquello causó efecto. El Viejo no habló durante un instante largo. Posiblemente estaba pensando en las consecuencias de una paradoja tan grande. Sus patrocinadores caerían sobre ellos como avispones enfadados. Los inalterables arrebatarían retroactivamente de las manos humanas la capacidad de viajar en el tiempo. Todo lo conectado con ello saldría de la realidad e iría al medio desintegrador de la inseguridad cuántica. Xanadú y las demás estaciones de investigación a lo largo del Mesozoico se disolverían en el plano de lo que podría haber sido. La investigación y los descubrimientos de cientos de científicos desaparecerían del conocimiento humano. Todo aquello

para lo que Griffin había pasado la vida trabajando quedaría deshecho.

No estaba seguro de que se arrepintiera de aquello.

—Escucha —dijo el Viejo por fin—. ¿Recuerdas el día en el Museo Peabody?

—Sabes que sí.

—Me quedé de pie junto al mural deseando con todo mi corazón, con todo tu corazón, poder ver un dinosaurio de verdad vivo. Pero incluso entonces, incluso con ocho años, sabía que nunca iba a poder. Que algunas cosas nunca podrían ser.

Griffin no dijo nada.

—Cuando Dios te da un milagro —continuó el Viejo—, no se lo tiras a la cara.

Entonces se fue.

Griffin se quedó.

Estaba pensando en los ojos del Viejo. Ojos tan profundos que uno se podía ahogar en ellos. Ojos tan oscuros que no podías saber cuántos cadáveres había ya sumergidos en ellos. Después de todos esos años trabajando con él, Griffin todavía no podía decir si aquellos ojos eran de un santo o del hombre más malvado del mundo.

Griffin pensó en aquellos ojos.

Sus propios ojos.

Se puso a trabajar odiándose a sí mismo.

## Coloración protectora

*Estación Supervivencia: era Mesozoica. Periodo Triásico.  
Época Triásico 3. Edad Carniense. 225 millones de años a. C.*

Lo importante era pensar de manera científica. Estaba siendo puesto a prueba. Cuando Griffin salió del embudo del tiempo antes de lo esperado, con su sombra irlandesa tras de sí, Robo Boy sabía exactamente cómo actuar y qué decir.

—El otro día atraparon a un celofisido enano en las tierras altas. —Aceptó sus credenciales a través de la ranura de la puerta de la jaula y comparó con cuidado las fotografías y sus caras—. Todo el mundo estaba emocionado. —Comprobó que sus nombres estuvieran en el horario de su tablilla—. Apenas medía algo más de medio metro. —Pasó los papeles por un verificador de textos y esperó a que la luz se pusiera verde—. Lo llamarán nanogojirasaurus. —La luz se encendió—. Pero María piensa que sólo es una cría.

Abrió el cerrojo de la pesada puerta de barrotes de hierro y salieron de la jaula. Una lluvia monótona tamborileaba el tejado del almacén de material. Las estanterías estaban atestadas de cajas y paquetes. Una sola bombilla colgada del techo llenaba los espacios vacíos de sombras y misterio.

—¿Por qué no están colocadas las sillas todavía? —preguntó Griffin. Se agarró la muñeca con la mano, bajó la mirada para verlo y añadió—: No puedo perder mucho tiempo. Solamente estoy de paso de camino al Induense.

—Se suponía que no debía llegar hasta dentro de dos horas —indicó Robo Boy.

El irlandés le cogió la tablilla de las manos, tachó lo que Robo Boy había escrito y escribió encima una hora posterior.

—A veces las cosas no ocurren exactamente cuando el registro dice que ocurrieron. Es una medida de seguridad.

Sonó el timbre anunciando otra llegada.

Con un ruido seco de hierro pesado, un nuevo coche llenó la jaula. Robo Boy le arrebató su tablilla.

Salley salió de la jaula.

—El otro día atraparon a un celofisido enano en las tierras altas —dijo extendiendo la mano para que la mujer le entregara sus credenciales—. Todo el mundo estaba emocionado.

—Era una cría —contestó Salley—. He leído el trabajo de María Caporelli. Soy de la generación dos, ¿recuerda? —Y dirigiéndose a Griffin—: ¿Puedes evitarme todo este galimatías burocrático?

—Por supuesto. —Griffin hizo un gesto al irlandés, que se inclinó hacia adelante y corrió el pestillo. Salley entró en la habitación.

—¿Eh? —objetó Robo Boy.

Pero el irlandés le cogió del hombro con una mano y le susurró:

—Déjeme que le dé un pequeño consejo, hijo. No sea tan aplicado. Llegará mucho más lejos en la vida si deja un poco de espacio a la gente.

Robo Boy se sonrojó y se escondió, como siempre hacía, en su trabajo. Primero colocó cuatro sillas. Después la mesa plegable. Finalmente vasos y una jarra de agua que había sido enfriada poniendo el bidón justo al lado de la jaula.

Las reuniones tenían lugar en el almacén porque estaba mucho más fresco que el exterior. El embudo del tiempo hacía de esponja con el calor, absorbiendo el calor del ambiente e irradiándolo a la oscuridad entre las estaciones. Nadie sabía exactamente adónde iba el calor. El embudo en sí había estado matemáticamente modelado para ser una grieta multidimensional del tiempo y todavía nadie había descubierto una manera de experimentar más allá de sus paredes.

Mientras Griffin colocaba unos papeles ordenadamente sobre la mesa y Salley se servía un vaso de agua, Robo Boy devolvió el bidón a su sitio, junto al localizador temporal. El localizador era una parte integrante del mecanismo del embudo que anclaba el embudo a ese instante en particular. Sin él, serían inencontrables, serían un instante infinitesimalmente corto en el océano sin playas del tiempo. A veces pensaba en lo fácil que sería machacar el localizador y dejar a todos aislados. Siempre le frenaba el pensar que pasaría el resto de su vida con darwinianos ateos.

La puerta de fuera se abrió de golpe.

—¿Hola? —Alguien parpadeaba en medio de aquel baño humeante de aire caliente y húmedo—. ¿Hay alguien ahí?

Leyster entró en la habitación.

Cerró la puerta tras de sí y colgó su impermeable en el gancho que había al lado. Entonces dio media vuelta y vio a Salley.

—Hola, Leyster. —Una sonrisa de tanteo apareció y desapareció. Miró rápido a otro lado. Cuando le tocó, Leyster susurró algo educado y se acercó una silla.

¿Era tan obvio para todos los demás?, se preguntaba Robo Boy. ¿La manera en que ambos eran tan dolorosamente conscientes del otro? ¿La forma en que sus miradas bailaban por la habitación, posándose en el otro y evitándose sin nunca llegar a conectar? Seguramente todos se daban cuenta, lo aceptarían o no.

—Vosotros dos os conocéis —dijo Griffin—. No hay razón para disimular. Sin embargo, estoy seguro de que estaréis de acuerdo en que el Proyecto Base es lo suficientemente importante para que dejéis de lado lo personal... —Paró para dirigirse a Robo Boy—: ¿Por qué sigue usted aquí?

—Estaba haciendo inventario. —Agitó su tablilla por encima de las estanterías.

—Puede hacerse en otro momento.

—Sí.

—Entonces váyase.

Robo Boy puso las copias en papel seda del impreso del informe de tránsito temporal en un sobre con el sello Triásico (Triásico 3 Carinense) y lo echó al buzón de salidas. Cogió su impermeable del gancho.

El irlandés se apoyó en las estanterías con los brazos cruzados y miró a Robo Boy especulativamente.

Una puñalada de miedo recorrió su cuerpo. ¡Lo había averiguado! Pero no, si lo hubiera hecho ya le habrían arrestado hacía tiempo. Puso la cara de testarudo que su madre siempre había llamado su «cara de cerdo» y salió a la lluvia, dejando que la puerta diera un portazo tras él.

No miró hacia atrás pero sabía por experiencia que la atención del irlandés ya se había desviado de él. Tenía ese efecto en la gente. Pensaban que era un idiota.

Y él sabía comportarse como un idiota porque lo había sido.

—Hola, Robo Boy —le saludó alguien de forma amistosa. Una chica chocó las cinco con él. Era Molly, la prima de Leyster. Llevaba un impermeable transparente con capucha sobre el típico «paleodisfraz»: pantalón corto caqui, blusa y un sombrero viejo.

—Me llamo Raymond —dijo estirado—. No sé por qué todo el mundo persiste en llamarme por ese mote ridículo.

—No sé. Te pega. Escucha, quería pedirte consejo sobre cómo conseguir un trabajo.

—¿Mi consejo? A mí nadie me pide consejo.

—Bueno, todo el mundo dice que tú has cambiado de destino más que nadie, así que supongo que sabrás los trucos. Pero ¿te has enterado de los rumores?

—¿Qué rumores?

—Sobre Leyster y Salley y el Proyecto Base.

Para Robo Boy, Molly era lo menos peligrosa que se puede ser, una charlatana con la cabeza hueca y poco más. Aun así, no quería que supiera lo interesado que estaba en el Proyecto Base. Así que suspiró de una forma que sabía por experiencia no gustaba a las chicas, y señalando con una mano hacia el barro y las tiendas y las estructuras utilitarias de repuesto del campamento, dijo:

—Dime una cosa. ¿Por qué razón querrías trabajar en un sitio así?

—Porque me encantan los dinosaurios, supongo.

—Entonces estás en el lugar equivocado. El Carniense es... —Habían llegado a la tienda cocina. Era a donde había estado yendo todo el camino.

—Mira, ¿por qué no entramos y lo hablamos dentro?

Molly sonrió abiertamente.

—¡Vale! —Ella entró primero.

Robo Boy la siguió, frunciendo el entrecejo al mirarle el culo. Molly tenía el pelo rizado y pelirrojo. Pensó en que no llevaba sujetador, pero su blusa era tan amplia que no podía estar seguro.

—El Carniense es mal lugar para buscar dinosaurios —explicó mientras tomaban una taza de té—. Es la razón por la que todos están tan emocionados con el gojirasaurio, hay pocos. Aquí toda la acción reside en los sinápsidos, y los arcosaurios no dinosaurios. Son los que están muy ocupados evolucionando la especie y compitiendo por el dominio de la comunidad. Los primeros dinosaurios sólo son actores secundarios. Pero en breve pasará algo curioso. Los sinápsidos están a punto de dar el mayor golpe en la lotería de la evolución. La mayor parte de los linajes desaparecerán completamente. Los únicos que sobrevivirán hasta el Jurásico son los de los mamíferos y sólo

porque han colonizado el nicho de los animales pequeños. Y allí estarán metidos hasta el final del Mesozoico y principios del Cenozoico. ¿Hasta ahí me sigues?

Molly asintió con la cabeza.

—Vale, los arcosaurios no dinosaurios también sufren la reducción de su diversidad. Pero entre los arcosaurios hay un grupo llamado pseudosuquios y sus descendientes incluirán todos los cocodrilianos. O sea que no les irá mal. Y los dinosaurios acabarán ganando. A partir del Triásico, el Mesozoico les pertenece.

»Pero es importante entender que lo que dio ventaja a los dinosaurios fue el oportunismo, no la competitividad.

—¿Lo que significa...?

—Significa que no sustituyeron a sus rivales porque eran inherentemente superiores. Algunos de esos grupos de arcosaurios son de sangre totalmente caliente. Pero el acontecimiento volcánico que dividió el océano Atlántico modificó el medio ambiente de manera que beneficiaba más a los dinosaurios que a sus rivales. Fue pura suerte.

Se cruzó de brazos con aire satisfecho.

Había sido una buena actuación. Soltaba las mentiras como si se las creyera, de forma pedante y con el toque justo de condescendencia. Le asombraba con cuánta atención le escuchaba Molly.

Pero entonces ella dijo:

—¿Crees que podría conseguir un trabajo manejando el material como tú? Parece bastante simple. Solamente mueves cosas de un sitio a otro con una grúa, ¿verdad?

—Pues no. —No tenía que simular su irritación—. Emplean grúas al final, donde hay energía eléctrica de sobra. Yo uso una grúa manual. —El material se enviaba por el embudo en paquetes amarrados a plataformas y por eso medía el trabajo en plataformas. En un día fácil hacía tres plataformas, pero diez era más de lo que podía hacer sin ayuda—. Todo se carga y se descarga a mano.

—Ajá. ¿Y cómo conseguiste tu puesto?

—Me trasladaron.

Era fácil que te trasladasen si eras buen trabajador y estabas dispuesto a aceptar trabajos sucios que nadie quería. Robo Boy se esforzaba por no hacerse querer para que, cuando solicitara un traslado, nadie hiciera un gran esfuerzo por conservarle. Fue yendo de trabajo en trabajo, al parecer sin ton ni son, hasta que acabó en pleno Triásico con completo control del material y de los envíos, y además, sin que fuera una coincidencia, en uno de los nexos del embudo del tiempo.

—Bueno, ¿y cómo conseguiste tu primer puesto?

—Empecé haciendo un master de geología. Saqué muy buenas notas. Escribí mi tesis sobre unos problemas estratigráficos que interesan a la gente de aquí.

—Eso no parece a una opción demasiado viable para mí —dijo Molly.

—Es verdad. ¿Qué decías de Leyster y Salley?

Cruzó los brazos y se echó hacia atrás, escondiendo su interés tras una expresión escéptica.

Molly mostró su sonrisa de descerebrada.

—Van a trabajar en el Proyecto Base. Juntos. ¿Te lo imaginas?

—Me parece difícil de..., espera un segundo. Se supone que ése es un proyecto de la generación tres.

—Griffin va a ascenderles a los dos. Por lo menos ésa es la oferta que les está presentando. ¿Pero te imaginas que uno de los dos la rechaza? Leyster es de antes de

2034, así que tendrá que ser enviado hacia adelante en el tiempo. Aunque eso no es mucho sacrificio para él. La mayoría de sus amigos están relacionados con la paleontología y yo soy la única familia cercana que tiene.

—No me imagino a esos dos trabajando juntos. ¿Quién será el jefe?

—Ninguno. Los dos. Uno está encargado del campamento y el otro de la recogida de especímenes. Para su suerte, ambos ejercerán de jefes con un grupo de doctorandos tan verdes que no tendrán ni idea de lo retorcido de la situación.

—Ya —dijo Robo Boy.

Por un segundo se preguntó cómo Molly había conseguido hacerse con trapos sucios tan jugosos. Seguramente no lo sabía por Leyster, famoso por mantener la boca cerrada. ¿Tenía contactos en la Administración?

Le hubiera gustado preguntarle. Pero eso no hubiera ido con su carácter.

Eso fue el martes. Tres días después, el final del entrenamiento de supervivencia se celebró asando un gran rincosaurio. Todo el mundo bebió demasiada cerveza y luego se sentaron alrededor de una hoguera, aunque las noches nunca resultaban lo suficientemente frías para necesitarla. Leyster se levantó y dio una pequeña charla; entonces presentó al conferenciante invitado.

Sylvia Davenport era una investigadora de la generación tres de la estación Anular, situada cien años tras las secuelas del evento. Se puso de pie junto a la hoguera y habló a los nuevos reclutas de las extinciones en el K-T. Robo Boy escuchaba despreciativo desde la sombra.

El Triásico tardío estaba lleno de bichos y era húmedo. Al menos el campamento de supervivencia lo era, y ni le importaba cómo se estaría en otro lugar. Nunca abandonaba el campamento para ir de expedición o excursión, sino que se quedaba en casa, operando en el almacén.

—Lo hemos investigado —decía Davenport—. Hubo suficientes dinosaurios que sobrevivieron al evento para poder volver a llenar la Tierra con su descendencia dentro del milenio. Pero diez años después sólo quedaba una fracción de los que habían sobrevivido y en un siglo, todos se habían extinguido. ¿Por qué? Los otros animales se adaptaban. Por Dios, había dinosaurios que se adaptaban: las aves. ¿Por qué el resto no? Los dinosaurios no voladores habían sobrevivido a lo peor. ¿Por qué no se pudieron adaptar?

Robo Boy se echó hacia adelante y entrecerró los ojos. Ése era un truco que había aprendido en el colegio. Le hacía parecer absorto en el tema y le daba a su mente la libertad para volar.

Ignoró la voz de la ponente. Justo detrás de él, Leyster murmuraba algo a la mujer que estaba a su lado, un comentario a lo que Davenport acababa de decir. Robo Boy también lo ignoró.

Se sumergió en el feliz silencio de sus propios pensamientos.

Odiaba a los científicos y su constante charla inquisitiva, la manera en que saltaban alegremente de posibilidad en posibilidad, postulando, proponiendo y especulando nunca con la seguridad de que la verdad estuviera de veras debajo, invariable, sólida, inviolable. Él no podía vivir de esa manera. Si tuviera que admitir que su método tentativo y provisional podía ser válido, todo aquello de lo que estaba seguro se disolvería sin dejarle más que caos y el Abismo. Lo volvería a encerrar en aquel vacío

emocional en el que habitaba antes de su Tercer Nacimiento como Cristiano de la Medianoche. Así que los mantenía a cierta distancia. Les hablaba como desde detrás de una máscara, la máscara del hombre sin valor que había sido. De esa forma su antigua vida adquiriría algún sentido: acercaba su nueva vida más a su culminación.

Brevemente rememoró aquella vez que había visto un ángel por un instante. Entonces se preguntó exactamente cuándo y dónde estaban, dónde estaban realmente en contraste con lo que pensaban los líderes humanistas ateos. La mejor suposición de Robo Boy le hacía pensar que se hallaban a unos seis mil años en el pasado, en algún punto entre la Caída y el Diluvio. Físicamente, el campamento se encontraba en algún punto al este del Edén, en una tierra sin flores.

¡Qué impresionante resultaba estar vivo en la época de los patriarcas!

Sodoma y Gomorra todavía eran ciudades vivas. Los gigantes andaban por la Tierra. Tubal-Caín estaba inventando la metalurgia. El joven Noé tal vez estaba buscando a una mujer virtuosa para hacerla su esposa. Sentía que era una bendición estar vivo en un momento como aquél y daba gracias a Dios por bendecirle así y por los sucesos que le habían llevado hasta allí.

Lo que cambió su vida fue un libro, en concreto, una sola frase del mismo. El libro era *Darwin, el anticristo*, lo había comprado para reírse, y la frase rezaba: «Si los viajes en el tiempo son reales, entonces ¿por qué no hemos encontrado huellas humanas entre los rastros fósiles de los dinosaurios?».

*Si los viajes en el tiempo son reales...*

Antes de ese instante, nunca se le había ocurrido dudar de la versión consensuada de la realidad. Y una vez empezó a dudar, empezó a pelar capa por capa la falacia humanista hasta que el mundo entero se volvió oscuro y vacío y solamente se sujetaba mediante una incomprensible red de conspiraciones.

*... entonces ¿por qué no hemos encontrado huellas humanas entre los rastros fósiles de los dinosaurios?*

¡Claro! Cerró los ojos, ciego como Pablo de camino a Damasco; su mente se adelantaba a las páginas, anticipando los argumentos que le llevarían a través del laberinto de su existencia sin sentido hasta llegar a la luz.

Hacia Dios.

Antes nunca había pensado demasiado en Dios. Era un hombre con el pelo blanco en su trono sobre las nubes colgado de la pizarra de la catequesis dominical. Ahora se daba cuenta de que Dios era algo mucho más sutil que eso, era un poder que lo justificaba todo, que entraba en su corazón, en su mente y en su piel como un rayo líquido y que le hacía impermeable al desprecio y errores similares.

No se preguntaba por qué un Dios misericordioso creaba registros fósiles falsos para engañar a los hombres y distanciarles de la verdad revelada. Robo Boy simplemente lo aceptaba.

Después de su conversión, había ido de organización en organización, pero siempre le parecía que carecían de compromiso y ardor. Por fin descubrió el creacionismo profundo y la Hermandad de los Nacidos Tres Veces: nacidos una vez en carne, otra en Cristo y una tercera vez como guerreros. Entendía que defender a Dios a veces requería métodos extremos. Le habían abierto los ojos. Bajo su tutela abandonó orgulloso las creencias convencionales de orar a la hora de acostarse e ir a misa los domingos con las que había crecido, a favor de una vida de apremiante compromiso.

Antes de su conversión, la tentación del pecado estaba omnipresente. Era débil.

En el fondo deseaba a las mujeres. Pero creyendo en la profecía y lo inherentemente correcto de su voto de castidad, nació de nuevo e incluso una vez más.

Lo estricto de su convicción y rigor le obligó a condenar a aquellos no creyentes aún empantanados en la falta de fe, el escepticismo y la herejía darwinista. Muy pocos de ellos eran conscientes de cuánto necesitaban ser salvados. No obstante se hallaba en una misión de rescate, y si lo que estaba en juego era el destino del mundo, poco importaba lo que fuera de unas pocas almas. O de sus cuerpos.

Davenport paró de hablar. Alguien empezó a aplaudir y otros se sumaron.

Nadie aplaudió tan fuerte como él.

Al día siguiente le tocaba un turno duro en el embudo del tiempo. Primero una cría de gojirasaurio fue enviada al futuro como regalo al Jardín Paleozoológico Popular de Beijing. El famoso profesor Wu en persona trajo un equipo de cuidadores, delgados y jóvenes doctorandos que almorzaban en cuclillas comiendo con palillos de cajas de cartón y bromeaban relajados entre ellos mientras trabajaban bajo su severa supervisión.

Leyster emergió de su obsesivo revisar y volver a revisar las provisiones del Proyecto Base para darle la mano al gran hombre y recibir a cambio unas palabras de reconocimiento. Entonces apareció el director del campamento y los tres examinaron solemnemente al gojirasaurio enjaulado mientras los cuidadores presenciaban en silencio el momento de celebridad compartida.

El terópodo era una criatura bella. Su piel era verde hoja, moteada con manchones amarillos. Hasta sus ojos, que estaban alerta y vigilaban tranquilos, eran amarillos. Disponía de poco espacio para moverse dentro de la jaula, así que se estaba quieto. Pero su calma tenía algo de tensa amenaza. Una vez una cuidadora puso la mano en la jaula sin cautela y el gojirasaurio casi le arranca los dedos. Se logró apartar de la mandíbula según se cerraba mientras sus compañeros se reían.

Entonces pasaron barras de hierro por la parte inferior de la jaula y subieron al embudo del tiempo. La delegación china también se introdujo cuidadosamente y Robo Boy comprobó sus nombres y pulsó el interruptor.

Se fueron.

Diez minutos después sonó el timbre y tuvo que descargar dos plataformas de material: papel higiénico, latas de comida de tamaño para restaurante, machetes, balas de pistola, una cámara aerodeslizante por control remoto, bolsas de ducha de lona, jabón en polvo, crema fungicida, tampones, un banjo y un fardo de publicaciones científicas. Nada interesante ni inusual. Pero todo tenía que ser revisado, registrado y guardado.

Por fin empezó a llegar la gente de Leyster para la expedición Proyecto Base. Fueron llegando de dos en dos y de tres en tres, riendo y charlando y todos estorbaron a Robo Boy mientras volvía a cargar las plataformas que Leyster había destrozado para asegurarse de que no se dejaban nada. Muchos le saludaban por su nombre.

Cuando no podía evitar callarse, hablaba muy poco. Casi nunca levantaba la vista de su tablilla. Robo Boy tenía fama de gruñón y eso ayudaba a mantener a la gente a distancia.

Aquello resultaba útil. Nadie le estaba mirando cuando colocó cuidadosamente el localizador temporal sobre la tercera plataforma y lo ató fuerte con un cordón de nylon. Nadie advirtió lo nervioso que estaba.

Varias manos le ayudaron a colocar la plataforma en la gran jaula. Se apartó murmurando:

—Vale, todo suyo.

—Muy bien, chicos, ¡nos largamos! —gritó Leyster, y saltó dentro—. Richard Leyster, presente y en su sitio —le dijo a Robo Boy.

Robo Boy comprobó sus nombres, uno por uno, mientras iban llenando la gran jaula. Alguien hizo el chiste sobre cuántos universitarios se pueden meter en una cabina telefónica y alguien replicó:

—¡Mejor que meterlos dentro de un tiranosaurio!

Todos se rieron. Él cuidó de no mirar a los ojos a nadie. Tenía miedo de lo que pudieran ver en él si lo hacía.

—Estamos todos. Puedes darle cuando estés listo, Gridley —exclamó Leyster.

—Un momento —dijo Robo Boy—. ¿Dónde está Salley?

—Ella no viene con esta expedición.

—Claro que sí —replicó Robo Boy irritado—. Ayer vi su nombre en la lista.

—Cambio de planes. Lydia Pell ocupa su lugar.

Robo Boy se quedó mirando la lista perplejo y por primera vez leyó la docena de nombres. El de Salley no estaba entre ellos. Sí el de Lydia Pell. Era un milagro perverso, una imposibilidad satánica.

El miedo le encogió el corazón. ¡Era una trampa! Molly le debía de haber administrado información para desenmascararle. Ahora lo veía. La había creído y había preparado su jugada prematuramente, y le habían pillado. En un segundo los esbirros uniformados de Griffin entrarían en masa en la habitación y le rodearían.

—Bien... Estamos listos cuando usted lo esté —dijo Leyster.

Puso la mano en la palanca, sabiendo lo inútil de ese gesto.

Tiró de ella.

Todos se fueron.

Durante un largo y silencioso minuto, Robo Boy esperó. Esperaba que fuera el viejo irlandés el que viniera por él. Había oído que su versión joven era bastante brutal. Decían que le gustaba romper huesos.

Pero nadie entró en el cuarto. El cambio en la lista no había sido una trampa, después de todo, sino sólo el mecanismo gnóstico e insondable de la burocracia de Griffin.

Eso significaba —casi no podía creerlo— que había triunfado. Tal vez no había metido a Salley en el saco pero había cazado a Leyster y a otros once, y eso tendría consecuencias de vuelta a casa, en el presente. ¡No podrían acallarlos esta vez! Habría juicios. Con suerte, los viajes en el tiempo y el darwinismo quedarían expuestos como las mentiras inspiradas por el diablo que eran.

Había ganado una batalla para Dios. Ahora podían arrestarle, torturarlo, matarlo, y no importaría. Moriría como un mártir. El cielo, que jamás le hubiera recibido en su antiguo y pecaminoso estado, se abría por fin para él. Finalmente estaba salvado.

Se apoyó contra la pared, respirando rápido.

No mucho después, oyó que fuera silbaban a una chica.

—Ay, mi amor —gritó alguien animadamente—. Me estás enamorando.

—Sigue soñando.

Salley irrumpió en la habitación. Llevaba un traje de noche de seda roja y se había hecho un complicado recogido de pelo. Dientes de raptor de plata colgaban de los ló-

bulos de sus orejas.

—Tengo que ir a la estación Xanadú a una gala para recaudar fondos —dijo dándole un formulario de tránsito—. Arranca tu máquina y envíame allí.

Su corazón aún palpitaba como una taladradora. Pero Robo Boy puso su cara de cerdo y revisó el formulario despacio y cuidadosamente. Todo estaba en orden.

Mejor hacer como si nada.

—Pensaba que usted iría con los del Proyecto Base —dijo.

—Bueno, sí, los planes cambian —replicó despreocupada. Entró en la jaula. La puerta se cerró. De forma automática, volvió a comprobar los códigos de autorización, confirmó visualmente la identidad de Salley y tiró de la palanca.

Desapareció.

Treinta segundos más tarde, Salley volvió a entrar en la habitación. Tenía veinte años más que la Gertrude Salley que acababa de irse y había una pequeña cicatriz con forma de luna junto a un extremo de su boca.

—¡Eh! —gritó verdaderamente sorprendido—. ¡No puede estar aquí! ¡Va contra las reglas!

—Y a ti te importan mucho las putas reglas, ¿verdad Robo Boy? —dijo la mujer. Sus ojos rebosaban ira.

Se apartó de ella. No pudo evitarlo.

—Hace dos décadas, cuando era joven e inocente, me hicieron codirectora de la primera expedición Proyecto Base. Era una misión simple pero importante. Íbamos a llevar a cabo una serie de funciones de cartografía, registro y muestreo empezando cien mil años antes del final del Cretácico. La atmósfera, la mediana de la temperatura global, los especímenes genéticos de la especie seleccionada. Después saltaríamos a un millón de años antes para repetirlo todo. Siete semanas para hacer el Maastrichtiense. Otras cinco para cubrir el tercio final del Campaniense. ¿Te estoy aburriendo, Robo Boy?

—Yo..., yo ya sé todo eso.

—Estoy segura de que lo sabes. Pero ocurrió algo. Había un aparato explosivo entre el material. Murieron personas. ¿Te resulta familiar algo de esto?

—¡No sé de qué me habla!

Torció su labio con desprecio.

—Ya, no pensé que supieras nada.

Entonces se dio media vuelta y se fue hacia el embudo del tiempo. Se metió en la jaula y cerró la puerta.

—¡No va a ningún sitio! Voy a llamar a Griffin. Se ha metido en un lío.

La mujer sacó una tarjeta de plástico del bolso y la pasó por una pared de dentro.

—Adiós, Robo Boy —dijo—, pequeño capullo.

El vagón se alejó y Salley con él.

Lo primero que le habían dicho cuando le entrenaron para operar el embudo del tiempo es que bajo ningún concepto un vagón podía lanzarse sin que él tirara de la palanca. Nunca se le había ocurrido que podían mentir sobre una cosa así.

Evidentemente, lo habían hecho.

Durante un largo rato se quedó de pie totalmente quieto. Pensando.

Pero no encontró respuestas.

Lo importante era mantenerse frío. Debía asumir el lenguaje, el comportamiento e incluso la manera de pensar del enemigo. Nunca debía bajar la guardia. Era un guerre-

ro. Era un Nacido Tres Veces. Estaba siendo puesto a prueba.

Se llamaba Raymond Bois. Todas las chicas le llamaban Robo Boy. Nunca pudo averiguar por qué.

## 8 Hell Creek

*Colinas Expedición Perdida: era Mesozoica. Periodo Cretácico.  
Época Senoniense. Edad Maastrichtiense. 65 millones de años a. C.*

Salieron de un agujero en el tiempo a un día resplandeciente con el cielo azul, gritando de excitación. El equipo había sido depositado en una ligera elevación sobre un pequeño arroyo serpenteante que los estudiantes decidieron llamar Hell Creek, por la famosa formación de fósiles.

Leyster consultó con Lydia Pell y estuvieron de acuerdo en dejar que el grupo se divirtiera un rato antes de ponerles a trabajar. Después de todo, era su primera vez en el Maastrichtiense. Era su primera investigación de campo por su cuenta. Necesitaban quedarse boquiabiertos y observar, señalar maravillados a una manada de titanosau-rios que, a lo lejos, cruzaba el valle inspeccionándolo, respirar profundamente el aire fragante, hacer el pino, asomarse bajo los troncos y dar la vuelta a las rocas sólo para ver lo que había debajo.

Entonces, cuando Pell estimó que ya se habían desahogado lo suficiente, Leyster dijo:

—Vale, vamos a desembalar y a organizar estas cosas. —Extendió un brazo hacia la piedra escarpada por encima de Hell Creek—. Clavaremos las tiendas allí.

Todos se pusieron a trabajar. Jamal extrajo el lanzacohetes Ptolomeo de la primera plataforma.

—¿Cuándo enviaremos el primer satélite explorador?

—Mejor antes que después —contestó Leyster. Repasó su listado mental de quién estaba entrenado para aquello—. Lai-tsz y tú podéis llevarlo hasta una distancia segura. Nils puede cargar con el trípode.

—¿Quién pulsará el botón?

Leyster sonrió.

—Piedra, papel y tijera es lo que mejor funciona para ese tipo de decisiones.

Veinte minutos después lanzaron el satélite explorador. Todo el mundo dejó lo que estaba haciendo para mirar atontados como el deslumbrante alfilerazo de luz subía hacia el cielo dibujando una curva y dejando una fina línea de humo tras de sí.

—Acaban de lanzar un proyectil —dijo una voz pedante, un poco demasiado alto—. Su sintonía electromagnética ha sido identificada por el detector conectado a esta grabación.

Leyster se volvió, confundido.

—¿Qué?

—En sesenta segundos, una carga explosiva destruirá el localizador temporal. Por favor aléjense para que nadie resulte herido.

Era la voz de Robo Boy.

La intrusión surrealista de alguien que estaba a millones de años de distancia desconcertó a Leyster por un instante. Miró, sin comprender lo que veía, cómo Lydia Pell intentaba destripar una de las plataformas como un perro, tirando a un lado paquetes y cajas como loca. Salió con el localizador temporal.

—Tienen cincuenta segundos.

La voz salía del localizador.

Pell tenía una navaja del ejército suizo en la mano. Metió una cuchilla por la junta de la carcasa del localizador y la torció hasta que cedió y se abrió.

—Tienen cuarenta segundos.

La mitad superior del localizador salió volando por los aires. Intentó alcanzar la mitad inferior.

Para Leyster, no había nada que diferenciara una parte del interior del localizador de la otra. Era todo chips, transistores y cables multicolor. Pero Lydia Pell sabía claramente lo que buscaba. Él sabía que ella había sido oficial de la marina de Estados Unidos antes de hacer el doctorado. ¿No había dicho alguien algo de que ella había participado en demoliciones?

—Tienen treinta segundos. Por favor, hagan caso a este aviso. Va en serio.

Arrancó algo. La mitad inferior del localizador cayó al suelo.

Lydia Pell se apartó de los otros y gritó por encima de su hombro:

—¡Que todo el mundo se agache! Voy a arrojar...

Entonces explotó en sus manos.

Gillian estaba diciendo algo pero Leyster no sabía qué. Le pitaban los oídos terriblemente por la explosión. No podía oír nada.

Fue el primero en llegar al cuerpo de Lydia Pell.

Lo más terrible era que no estaba muerta. Tenía la cara gris y manchada de sangre. Una mano prácticamente le había estallado y la otra le colgaba de un hilo de carne. Lo que quedaba de su blusa se estaba oscureciendo hasta teñirse de carmesí. Pero no estaba muerta.

Leyster se quitó el cinturón corriendo y lo ató a la muñeca de Lydia, por encima del hueso que sobresalía. Voy a tener pesadillas con esto, pensó mientras lo apretaba. Nunca podré sacarme estas imágenes de la mente. Al otro lado del cuerpo, Gillian le hacía un torniquete en el otro brazo.

Pequeños fragmentos de bomba salpicaban el rostro de Lydia Pell. Un cascote más grande había hecho un buen boquete en su mejilla. Si le hubiera caído un poco más arriba, habría perdido un ojo. Daljit se arrodilló junto a su cabeza y agachándose empezó a extraer delicadamente los fragmentos con unas pinzas.

Mantén la calma, pensó Leyster. Podría tener un traumatismo. Podría tener una contusión. Seguramente está en estado de *shock*. Hay que mantenerla caliente. Elevar sus pies. Buscar otras heridas. Que no cunda el pánico.

La hemorragia tardó un rato en parar. Pero lo lograron. Pusieron algo blando bajo su cabeza y elevaron sus pies. Limpiaron y vendaron las heridas. Hicieron un catre y la pusieron en él despacio. Doce pares de manos dispuestas llevaron el catre a una tienda.

Cuando Leyster recobró el oído, no había nada más que se pudiera hacer por ella.

Lloviznaba ligeramente.

Leyster avanzaba con dificultad colina arriba, siguiendo lo que esperaba fueran huellas de dromeosaurio. Lai-tsz se esforzaba por ir tras él. Al principio hablaron de la escasez de fauna local y de por qué no habían visto ningún dinosaurio desde que los titanosaurios se habían ido, hacía una semana. Entonces, mientras dejaban atrás Smoke Hollow, empezaron a hablar de cosas más serias.

—¿Es posible reparar el localizador temporal?

—Dios sabe si es posible.

—Aquí eres la única con un conocimiento de electrónica considerable.

—¡Considerable! Sólo he destripado algunas computadoras, arreglado chapuceadamente un par de placas, hiperconfigurado uno o dos aparatos nuevos. Hay mucha distancia entre eso y arreglar algo que probablemente fue construido dentro de mil años con respecto a nuestro tiempo. En el futuro. Después del tercer milenio.

—O sea que estás diciendo... ¿qué? No me digas que no lo puedes arreglar.

—Estoy diciendo que no lo sé. Lo intentaré. Pero Pell destrozó su interior sacando la bomba. Aunque pueda arreglarlo, tomará su tiempo.

—Escucha —dijo Leyster—. Si alguien te pregunta, le dices que todo va sobre ruedas. Di que tardarás una semana o dos, un mes como máximo. No quiero que el equipo se obsesione con la posibilidad de que naufraguemos aquí. La moral ya está lo suficientemente baja.

Lai-tsz hizo un sonido corto y agudo, entre una carcajada y un resoplido.

—¡No me digas! Todos están a punto de estrangularse entre ellos. Nils y Chuck casi se acaban pegando esta mañana cuando discutían sobre a quién le tocaba bajar los platos al riachuelo para lavarlos. Gillian no se habla con Tamara, Matthew no se habla con Katie y Daljit no se habla con nadie. Y por supuesto Jamal está siendo un verdadero gilipollas. Casi que los únicos estables que quedan somos su excelencia y yo, y a veces dudo de su excelencia. —Esperó un instante y entonces continuó en voz baja—. Venga, hombre. Eso era una broma. Se supone que tienes que reír.

—Es Lydia Pell —respondió Leyster serio—. Si al menos no hiciera esos ruidos. Si al menos no gritara. Está gastando toda nuestra morfina muy rápido y eso tampoco es bueno. A veces pienso que lo mejor para todos sería que simplemente...

Anduvieron en silencio durante un rato. Entonces Lai-tsz dijo:

—Dime una cosa, Richard. ¿Estamos aislados aquí para el resto de nuestra vida?

Leyster escupió el aire de sus mejillas.

—Bueno, a no ser que tú arregles el localizador o alguien venga a rescatarnos... sí, lo estamos.

—¿Cuáles son las posibilidades de que alguien venga a rescatarnos?

—Si nos fueran a rescatar, ya lo habrían hecho. Hubieran aparecido cuando todavía había humo. Lydia Pell estaría en el hospital ahora mismo con una mano reinjertada y los médicos estarían trabajando en el crecimiento de una nueva mano para sustituir a la otra.

—Ah —replicó someramente Lai-tsz.

Llegaron a una bifurcación en el camino.

—Aquí es donde nos separamos —dijo Lai-tsz—. Al este hay un bosquecillo de gingkos con fruta madura. Cuando vuelvas tendré la mochila llena de huesos. Me po-

drás ayudar a pelarlos.

—Cuidado con los «dromis».

—No hay problema. Tienes que ver cómo escalo los árboles.

—Bueno..., los dromeosaurios también saben escalar. Bastante bien, de hecho.

Apartó su preocupación sacudiendo una mano.

—Saluda de mi parte a las musarañas del purgatorio.

Leyster escaló solo, distraídamente, el resto del camino hasta Barren Ridge. Había traído suficientes muestras que dar a probar para durarle todo el día a la colonia Purgatorius instalada allí. Las llamaban musarañas del purgatorio, aunque por supuesto no eran musarañas sino primates ancestrales. Pero tenían pinta de musarañas. Y considerando su tendencia insectívora, tenían un gusto sorprendentemente variado. Les gustaba casi todo lo que les ofrecía.

Recorría el largo sendero desde Smoke Hollow hasta Barren Ridge en días alternos para colocar una nueva selección de raíces, cortezas y hongos al pie de su árbol favorito. Las musarañas del purgatorio tenían el metabolismo más parecido al humano de todas las criaturas del Mesozoico y deducía que él podría probar sin peligro todo lo que ellas comieran.

La carne no era un problema. El grupo cazaba ranas con arpón, atrapaba tortugas, desenterraba almejas de agua dulce, pescaban e incluso atraparon a un par de reptiles grandes. No faltaba el pescado comestible. Lo que más iban a necesitar cuando se les acabaran los víveres sería fruta y verdura.

La corteza roja había desaparecido y también cuatro de los tubérculos. El quinto, que estaba un poco verde, ni lo habían tocado. Leyster anotó mentalmente evitarlos en el futuro.

Colocó las nuevas muestras, después se dio la vuelta y miró al valle.

Hell Creek era un destello metalizado visible solamente de forma intermitente a través de la lluvia en su fluir hacia el río Estigia. Las tierras a esta orilla, que habían sido aplanadas por los titanosaurios, ya estaban cubiertas de helechos y plantas en flor. Con este calor, las cosas crecían durante la noche. Podías enterrar una piedra y a la mañana siguiente encontrar un arbusto de piedrecillas.

Incluso bajo la lluvia y parcialmente oscurecido por la neblina, el valle era bonito. Incluso con el cielo bajo y gris, a Leyster le hacía sentir algo.

No necesitaba mucha compañía. Se le ocurrió que si no fuera por los demás, sería perfectamente feliz allí. O, mejor dicho, si no fuera responsable de su seguridad, podría ser feliz.

Lamentaba la discusión que había tenido con Jamal tres días antes.

Jamal decidió por su cuenta empezar a construir una cabaña con la estructura de troncos, como les habían enseñado en el campamento de supervivencia. Sin consultar a nadie, empezó a cortar árboles para su estructura.

—Esos troncos son un poco grandes para ser leña —le comentó Leyster.

Jamal parecía impaciente.

—Son para hacer una cabaña alargada estilo indio. Vamos a pasar mucho tiempo aquí. La necesitaremos.

—Sí, pero no inmediatamente. Lo que necesitamos ahora es una letrina mejor, algunas cestas para guardar cosas, investigar un poco con qué plantas podemos tejernos

ropa. De verdad, creo que deberías...

Jamal bajó el hacha exasperado.

—¿Qué te da derecho a darnos órdenes así? —replicó—. Esto ya no es una expedición, ahora hay que sobrevivir. ¿Por qué coño tenemos que obedecer tus órdenes? ¿Sólo porque tienes un par de años más?

—No es cuestión de dar órdenes. Es cuestión de sentido común.

—¿Qué sentido común? ¿Eh? ¿Tu sentido común? Pues no es el mío. Resulta que yo pienso que necesitamos una cabaña y la voy a construir.

—¿Por tu cuenta? De verdad, lo dudo. Puedes cortar las vigas pero no puedes montarlas sin ayuda —dijo Leyster—. Acéptalo, estamos juntos en esto. Todo ese afán de protagonismo y subida de ego no sirve de nada.

—¿Crees que tengo afán de protagonismo?

—Sé que sí.

Cuando habían llegado a ese punto, Chuck se había acercado a preguntar:

—Eh, ¿qué pasa?

—¡Chuck! ¿A que tú ayudarás a construir la cabaña?

—Humm..., claro. ¿Por qué no?

—Porque tenemos cosas más importantes que hacer —replicó Leyster malhumorado—. Porque... —Se calló. Chuck le miraba como si lo que decía no tuviera sentido.

Y entonces, de puro cansancio y frustración, levantó las manos y exclamó:

—¡Vale! ¡Haced lo que queráis! ¿Y a mí qué coño me importa? —Y se marchó enfadado.

Incluso mientras se iba, sabía que cometía un gran error.

Así que el campamento se había dividido en dos facciones, tres contando a Daljit y Matthew, a quienes les había tocado cuidar a Lydia Pell mientras se moría y, en consecuencia, tenían pocas energías para hacer nada más. Jamal, Katie, Gillian, Patrick y Chuck formaban la facción que construía la cabaña. Leyster, Tamara, Lai-tsz y Nils eran los recolectores de comida.

A Leyster le preocupaba esta división. Pero como se le percibía como el jefe de una de las dos facciones, y encima de la más pequeña, no contaba con la credibilidad necesaria para cerrar la grieta. Era una situación estúpida. Era completamente contraproducente. Pero no tenía ni idea de cómo deshacer tal desastre.

Suspiró y se quedó mirando a lo lejos sin ver.

Fue entonces, mientras no pensaba nada en particular ni experimentaba ninguna emoción cuando Leyster se vio sorprendido por la más extraordinaria sensación. Fue un sentimiento muy parecido a la admiración. Se sintió como se había sentido en alguna ocasión cuando era un niño sentado en un banco de la iglesia el domingo por la mañana. Sentía un escalofrío interno profundo y oceánico, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que Dios le espiaba por encima del hombro.

Leyster se volvió lentamente.

Se quedó helado.

Allí, en lo más alto de las montañas, había un tiranosaurio. Debía de haber estado allí todo el tiempo.

Dominaba el cielo.

La piel de la bestia era verde bosque con rayas doradas, como la luz del sol fil-

trándose a través de las hojas. Aquello, combinado con su altura, su inmovilidad y el estado de distracción de Leyster habían conseguido hacerle desaparecer. Simplemente no se había percatado de que estaba ahí.

Mierda, se dijo Leyster.

Como si hubiera oído su pensamiento, el tiranosaurio columpió su inmensa cabeza de un lado a otro. Sus pequeños ojos fieros le miraron. Durante una agonizante rebanada de eternidad estudió a Leyster con cada grano de atención que tenía.

Entonces, con desdeñoso hartazgo, apartó la cabeza y continuó observando el valle de enfrente.

Leyster estaba demasiado aterrorizado para moverse.

En los museos había observado desde abajo esqueletos de tiranosaurio cien veces, imaginando cómo sería convertirse en la presa de un monstruo semejante. Había visualizado su feroz ataque, visto la calavera de aquel diablo agacharse para merendárselo en dos bocados, sentido como sus huesos crujían entre esos dientes tan brutalmente eficaces. Esto era mucho más terrorífico que su fantasía más vívida.

Su mirada subió hasta aquella cabeza multidentada unos metros por encima de él. Entonces bajó hasta aquellas garras. El mundo entero desaparecía ante la criatura. Era la corona del pináculo de la creación. Todo existía para su conveniencia. El valle se ponía a sus pies para ser inspeccionado.

Tenía el mundo bien cogido entre sus garras.

No había estado lo suficientemente expuesto a los tiranosaurios para saber de qué sexo era éste. Era completamente acientífico pues asignarle un género. Pero Leyster recordó con cariño a Stan, el primer esqueleto de *tyrannosaurus* que jamás había conseguido examinar de cerca y decidió en el acto que éste, su primer tiranosaurio vivo, también era macho.

La calma de la bestia era extraña. Estaba quieto con la perfecta falta de movimiento propia de un asesino con la conciencia tranquila. No había dudas, ni misericordia, ni vacilación que mancharan su pensamiento. Era todo zen e instinto asesino, el hijo predilecto de la muerte. Estaba ahí quieto porque le apetecía.

Su universo no tenía tiempo. No permitía que éste entrara en él. Ahora y para siempre, era el rey del Edén.

Tan silenciosamente como pudo, Leyster se apartó a un lado. Si el tiranosaurio se daba cuenta de ello, no se dignaba a mostrarlo. Sus ojos se mantuvieron rasgados, su cabeza inmóvil. Sólo se movía su garganta, con un pulso suave.

Los árboles se alzaron hasta tapar al animal. El sendero iba retorciéndose y las cumbres también desaparecieron. Leyster se volvió y, echando frecuentes vistazos sobre su hombro, fue deslizándose montaña abajo furtivamente. Casi un kilómetro después, por fin pudo respirar hondo.

¡Había visto un *Tyrannosaurus rex*!

¡Uno todavía vivo!

Si el animal hubiera tenido hambre, por supuesto que la historia hubiese sido del todo distinta. Igualmente, Leyster estaba inundado de una alegría extraña y salvaje. Estaba tan feliz que quería cantar, aunque su parte más sensata le avisó de que debía interponer unos pocos kilómetros entre él y su nuevo amiguito antes de hacer algo así.

¿Debería evitar ahora Barren Ridge?

Era difícil decidir. La piel de los dinosaurios no era en absoluto tan glandular como la de los mamíferos. Aun así los terópodos tenían un olor inconfundible, seco y

apestoso, como una mezcla de canela y sapo. Por tanto, si aquella montaña hubiera sido una parada regular en el camino del tiranosaurio, Leyster lo hubiera sabido. Era, pues, un recién llegado.

Con todo, aquel mirador era un lugar muy práctico. El Señor del Valle podía decidir fácilmente convertirlo en su posición habitual. Antes de atreverse a averiguar si éste era el caso, Leyster necesitaría encontrar otra forma de aproximarse. Un lugar desde el que poder ver si el tiranosaurio estaba por allí mucho antes de acercarse a una distancia en que pudiera comerle.

En cualquier caso, era mejor que evitase Barren Ridge durante una semana o dos. Para entonces, el olor delatara lo que fuera.

Se dio prisa por llegar a casa y contarles a los demás la noticia. Todos tendrían que tomar precauciones. Todos querrían verlo.

Se le ocurrió que tenía que encontrar una nueva colonia Purgatorius.

Cuando Leyster llegó al campamento, tarareando la *Oda a la alegría*, no había nadie. Las dos líneas de tiendas estaban vacías y silenciosas. Una libélula solitaria voló por delante de él y desapareció.

En algún lugar distante se oyó la risa de mono loco de un colimbo grande y de pronto se paró en seco, creando un silencio absoluto. A un lado del campamento había magnolias. El aroma de las flores hacía denso el aire.

—¿Hola? —llamó.

La cremallera de una tienda se abrió de golpe.

Daljit salió escopetada de la tienda de Lydia Pell. Estaba llorando. Se quedó mirando a Leyster y enterró la cara en su hombro.

—¡Ay, Richard! —dijo—. Liddie ha muerto.

La rodeó con sus brazos torpemente. Le acarició el pelo como si fuera una niña herida.

—Hicimos cuanto pudimos —dijo él.

—Fue u... una... heroína. Nos salvó a todos. Cua... cuando... yo escuché aquella grabación, ¡me quedé parada! ¡No hi... hice nada!

—Tranquila —la consoló él sintiéndose extraño—. Ninguno hicimos nada. Tal vez pensar que deberíamos haber hecho algo es sólo una forma de orgullo en lugar de aceptar lo extraordinario que fue lo que ella hizo. —Era extremadamente consciente de lo pomposa que sonaba su afirmación.

—¿Sabes qué es lo pe... peor? Si Robo Boy hubiera sido un terrorista competente, ¡ella estaría viva! ¡El muy capullo! Si ella hubiera tenido otros ve... veinte segundos...

—Tranquila.

—No me había sentido así desde que murió mi ma... madre —dijo Daljit—. Supongo que esta vez también me pasaré días llorando.

Se separó de él. Su cara era redonda y roja. Las lágrimas habían parado de golpe pero tenía ojeras y parecía agotada. Estos días habían sido más duros para ella y Matthew que para nadie. Ellos eran los únicos con algo de experiencia médica pero a Leyster se le ocurrió demasiado tarde que aquella tarea tenía que haberse repartido más justamente.

—Voy a despertar a Matthew —continuó—. Está descansando en su tienda. ¿Se lo dirás tú a los demás?

—Por supuesto. ¿Dónde están?

—Los que no están buscando comida están arriba en Smoke Hollow trabajando en la cabaña de Jamal —contestó ella y entonces sin transición alguna añadió—: Esta riña no puede continuar.

—Ya lo sé.

—Es estúpida.

—Sí lo es.

—Bien, pues joder, no estés sólo de acuerdo conmigo. ¡Haz algo! Tienes que ponerle fin a... Voy a volver a empezar a llorar. ¡Vamos! ¡Quita!

Sollozando y encogida, se escabulló a la tienda de Matthew y desapareció dentro.

Leyster se quedó dudando, después se metió en la tienda de la que acaba de salir ella. Dentro hacía calor y estaba oscuro. Esperó a que sus ojos se adaptaran y se acercó al catre de Lydia Pell.

Había dos moscas revoloteando alrededor de su cabeza. Una intentó posarse y él la espantó.

Muerta, Lydia Pell había recobrado el rostro que se había pasado toda una vida creando. Era una cara seria, sin lugar para las tonterías, normal y redonda. Pero alguien que la conociera podía ver lo sensible que se mostraría al sonreír o al torcer los rasgos. Podía verla levantando la vista de sus agujas de hacer punto con aquella expresión de «¿puedes creerlo?» seguida de otra que decía «bueno, la gente es así».

—Vete —dijo Leyster distraído—. Vete, mosca.

Esa cara se había perdido en el dolor durante los diez días que habían transcurrido desde la explosión. Le alegraba volver a verla. Se alegraba doblemente de que Daljit le hubiera cerrado los ojos para no tener que verlos mirándole desde lo más profundo de la muerte.

—Adiós, Liddie —dijo suavemente—. Ojalá pudieras estar entre nosotros. A ti se te daría mucho mejor manejar a éstos. Ya te echo de menos. Pero me alegro de que ahora estés en paz.

Una mosca se posó y empezó a pasearse arriba y abajo por la franja de carne entre sus labios y sus orificios nasales. Levantó la mano para volver a espantarla, entonces lo pensó. Estaba muerta. Su cuerpo ya no le servía para nada.

—Volveré a juntar a todo el mundo. De alguna forma, lo prometo.

No podía pensar en nada más que decir. Se secó los ojos y se fue.

Así que Leyster subió solo hasta Smoke Hollow, al lugar del nuevo campamento. El camino se iba oscureciendo mientras las magnolias cedían paso a los primeros cedros y después a las secuoyas. Las secuoyas aún eran jóvenes y todavía estaban lo suficientemente juntas como para servir de barrera para los dinosaurios más grandes. Pero igualmente podía tener sentido afilar y atar tríos de troncos en una línea de *cheveaux-de-frise* para espantar a los depredadores de tamaño medio que podían aparecer. Otra opción sería plantar matorrales de espinas. Suspiró. ¡Había tanto por hacer! Los peligros a los que se podían exponer cuando iban a quedarse un mes no eran tolerables con toda la vida por delante.

Llegó al claro donde estaba la cabaña. Había un fino hilo de humo saliendo del fuego que mantenían cubierto para ahorrar madera y su fuente limitada de cerillas.

—¡Hola! —llamó Leyster—. ¿Hay alguien aquí?

Jamal estaba sobre la parhilara de la cabaña con la camisa atada a la cintura y un pañuelo en la cabeza. Saludó con la mano alegremente cuando vio llegar a Leyster y

gritó:

—¡Hemos terminado de cubrir el tejado! Ahora estoy instalando la antena parabólica. Sube y echa un vistazo. Los demás han ido a por más hojas.

Jamal, a pesar de todos sus defectos, tenía una extraordinaria capacidad de organización y persuasión. Había trabajado duro y bien con su facción. La estructura de la cabaña estaba terminada y el tejado de fronda de palmera parecía convincentemente impermeable. Mientras lo observaba, por primera vez Leyster creyó con todo su corazón que se iban a quedar allí para siempre. Que nunca volverían a casa en el Cenozoico. Que, para bien y para mal, éste era su nuevo hogar.

Leyster se quitó las gafas, se pasó una mano por la cara, y se las volvió a poner.

—¡Baja! —gritó—. ¡Tengo algo importante que decirte!

Jamal fue hasta el borde del tejado y miró hacia abajo.

—¿Qué?

—Es mejor que te lo diga cara a cara —contestó Leyster—. De verdad.

Frunciendo el ceño de confusión, Jamal se agachó para cogerse de la estructura.

En ese momento, la lluvia empezó a caer más fuerte. Leyster se metió rápido bajo el refugio de la cabaña a medio construir.

Entonces el cielo se abrió y empezó a llover torrencialmente. Sin embargo se mantenía seco. Los chicos de Jamal habían construido un buen tejado.

Con un crujir de frondas secas, Jamal saltó de un travesaño de la estructura. Cayó con un golpe. La alegría momentánea que había mostrado sobre el tejado había desaparecido. Sus rasgos resultaban hoscos y ensombrecidos.

—¿Y bien? —exclamó desafiante—. ¿Qué pasa?

## Huellas fósiles

*Washington, D. C.: era Cenozoica. Período Cuaternario.  
Época Holoceno. Edad Moderna. 2045 d. C.*

Celebraron la autopsia de documentos en una sala de reuniones que tenía el mismo aspecto que cualquier otra sala de conferencias que hubiera visto Molly Gerhard.

A la gente de Griffin les habían cedido espacio para oficinas en el edificio Herbert Hoover en la avenida de la Constitución. Era una fila de despachos inadecuados robados al Departamento de Comercio por funcionarios del Departamento de Defensa deseosos de mantener a Griffin a mano desde el Pentágono y desde donde se organizaban los viajes en el tiempo. La Oficina de Exportaciones sólo les permitía usar la sala de reuniones ocasionalmente y con muchas quejas. Pero tenía una llamativa pizarra blanca japonesa nueva y una mesa de reuniones, y eso era todo lo que necesitaban.

—No te hagas ilusiones —dijo Tom Navarro—. Lo que tenemos es muy flojo.

—Yo creo que es más sólido de lo que crees —contestó ella—. ¿Qué te apuestas a que lo vendemos?

Extendió los papeles en estricto orden cronológico en la mesa, con el certificado de nacimiento de Robo Boy en la esquina superior izquierda y su informe en la inferior derecha.

Se acordó de una losa fósil que Leyster, cuando estaba de buen humor, le había enseñado una vez. Contenía marcas dejadas por un pterosaurio chapoteando en el barro de un lago poco profundo. Al no ser una experta, a ella no le parecían más que unos arañazos cualesquiera. Sin embargo, Leyster quiso mostrarle cómo trabajaban los paleontólogos antes de los viajes en el tiempo para demostrar cuánto podía saberse a partir de las pistas más pequeñas. Por eso le había mostrado dónde estaban aquellos lugares sumergiéndose en las aguas poco profundas donde los pterosaurios habían arrastrado las patas contra el fondo del lago dejando diminutas muescas paralelas y alguna que otra marca con la forma de la punta de una garra. Aquí había una huella de pata trasera completa y allí varias huellas de pata delantera. Las marcas de picadura eran las huellas de los picos golpeando en el barro para buscar invertebrados. Le había enseñado los pterosaurios, no más grandes que patos, salpicando en el agua y desapareciendo de repente para sumergirse a por comida, discutiendo cordialmente entre ellos por el espacio. Había tardado una hora, pero en ese tiempo había recreado un mundo.

Pero ésta ya era su especialidad, algo en lo que ella era tan hábil como Leyster y sus colegas en lo suyo. Ella sabía cómo seguir el curso de una vida y distinguir las co-

sas importantes ocultas en los papeles dejados tras uno. A otra persona podían no parecerle más que arañazos en el barro. Para ella eran el rastro fósil de una emoción humana.

Griffin entró en la sala de reuniones con Jimmy Boyle y Amy Cho detrás. De algún modo, y a pesar de que le sujetó la puerta a Amy Cho, les hizo parecer su séquito. Solícito, ayudó a Amy a sentarse en una silla. Él no se sentó, ni tampoco Boyle.

—Muy bien —dijo—. Impresióname.

Molly empezó por el certificado de nacimiento.

—Raymond Lawrence Bois. Nacido a las 9.17 horas del 14 de febrero de 2019 en el hospital Akron City en Akron, Ohio. Padre: Charles Raymond Bois. Madre: Lucinda Williams Bois, apellido de soltera Finley.

Dio un golpecito en la pizarra, a un lado dibujó una línea cronológica y con el puntero colocó la fecha en un extremo:

14-02-19

—Se crió en un chalet antiguo construido en dos niveles en Franklin Township. Tuvo la típica niñez de los suburbios. Usando el cortacéspedes, socio de la piscina local —prosiguió Molly.

Luego expuso una serie de registros escolares, empezando por la escuela primaria Turkeyfoot. Según leía cada dato, colocaba las fechas en la cronología. Allí se escondían los misteriosos orígenes de su personalidad, y si no habían dejado rastros, no podía hacerse nada. Tendría que continuar con datos aleatorios.

—Miren sus notas. Era un niño muy inteligente.

—¿Algún problema de comportamiento? —preguntó Griffin.

—Alguno. Nada fuera de lo común. Aquí tenemos su segundo año en el instituto Firestone, de golpe entra en la adolescencia y sus notas caen en picado. Deja sus clases avanzadas y todas las actividades extraescolares. Esto continúa hasta el último año, en que finalmente se da cuenta de que necesita subir su media para entrar en la universidad; le da el pánico y vuelve a mejorar sus notas.

»En otoño de 2036 ingresa en la Universidad Estatal de Illinois. Lógico, Illinois.

—Así que finalmente sentó la cabeza, ¿no?

—En su primer semestre le avisaron de que le echarían si las notas no mejoraban; no lo logró. Al final de su primer año corría el riesgo de suspenderlo todo, así que se trasladó a la Universidad de Akron.

—¿Suelen aceptar malos estudiantes?

—Su madre era química en el Instituto de Ciencia de Polímeros de esa universidad. Parece que movió algunos hilos.

—Ah.

—Sus notas siguieron sin ser brillantes. La policía del campus le detuvo un par de veces borracho, una vez por orinar en público y otra por tocarle un pecho a una chica de manera ofensiva.

Apuntó ambas fechas en la cronología. Una línea continua de números ordenados cruzaba la pizarra.

—Ninguna de las veces hubo denuncia.

»Creo que nos hacemos una idea del tipo de chico que era. Débil. Sin dirección. No había nada en particular que quisiera conseguir o llegar a ser. Estaba equipado

mentalmente pero le faltaba tener un objetivo que le hiciera superarse. El único motivo por el que no dejó la universidad era que sus padres pagaban la factura y que allí llevaba una existencia cómoda. En cualquier caso, estaba claro que jamás iba a conseguir el título. Iba cuesta abajo y sin frenos.

»Miren esto.

Proyectó el expediente académico en la pizarra para que todos lo vieran y marcó con un círculo los datos relevantes.

—De pronto consigue salir de su decadencia. ¡Miren qué notas! ¡Un sobresaliente en francés! Nunca sabré cómo lo hizo tras unos inicios tan desastrosos. Seguramente casi no dormía. ¿De dónde sacaba la disciplina para lograrlo?

Puso la fecha de sus exámenes finales en la pizarra, pero dejó un espacio en blanco en medio donde insertó un gran signo de interrogación rojo.

—No hay muchas cosas que puedan dar la vuelta a la vida de uno de esa manera. Una temporada en el ejército. El matrimonio. O volverse religioso.

—Encontró a Jesús —dijo cálidamente Amy Cho. Se estiró en su asiento y dio un golpe con el bastón para dar énfasis a sus palabras—. ¡Descubrió el consuelo y la fuerza de Dios!

—Podemos estar seguros de ello. Puede que nunca sepamos qué provocó esa conversión. Pero sabemos que ocurrió porque, mientras hincaba los codos para subir sus notas, se involucró con el grupo religioso del campus durante unas seis semanas. Después lo dejó de golpe.

Amy Cho se apoyó con las dos manos en la mesa y se quedó mirando las notas como si fueran una reliquia sagrada.

—¡Eran demasiado moderados para él! Liberales y Unitarios, todos ellos son café descafeinado. ¡Había sentido el fuego sagrado! ¡Necesitaba sacrificarse! Le ofrecían rezos en grupo y una campaña de reciclaje. Él buscaba una causa que le consumiera. Una que aceptara todo cuanto él tuviera y le pidiera más.

Nadie dudaba que ella sabía de lo que hablaba.

—Ese verano trabajó en una fábrica de muebles. Nunca faltó, nunca llegó tarde. En sus horas libres parece que escribió unos pocos artículos para revistas electrónicas creacionistas. La mayoría fueron borrados pero encontramos que otro grupo creacionista los pirateó en su página web. En ellos, calculaba cuánta agua habría hecho falta para cubrir la Tierra durante el Diluvio y presentaba varias especulaciones sobre adónde podría haber ido el agua sobrante. Difería de la mayoría de los artículos del mismo tipo en que respetaba rigurosamente la ciencia conocida. Al final, admitió que ninguna de sus especulaciones podía explicar la discrepancia de las cifras y concluía que Dios debía de haber utilizado un milagro.

»Tercer año. Su especialización en literatura inglesa pasó a ser en geología.

—¿Cómo de involucrado estaba entonces con los círculos creacionistas?

—Todavía esperaba usar sus propios medios para desprestigiar a la ciencia. Era un activista pero todavía no se había unido al Rancho. Lo sabemos porque en ese momento muere su padre.

Añadió la fecha a la pizarra:

14-02-39

—No asistió a su funeral.

—No hay pruebas de que asistiera —corrigió Tom.

—No hay pruebas de que asistiera al funeral. Si el Rancho le hubiera estado preparando en esa época, habría asistido. Hubiera tenido cuidado de firmar el libro de condolencias.

—Todavía era un peregrino —dijo Amy Cho. Se quedó mirando los papeles como si pudiera leer en ellos cosas que nadie más veía—. Pasó de la ciencia creacionista al creacionismo puro. Le sedujo la Ira de Gedeón. Son buenos convenciendo, pero están infestados de informadores, todo el mundo lo sabe. Así que siguió buscando. Finalmente descubrió la Hermandad de los Nacidos Tres Veces y reconocieron su potencial.

—¿Tienes documentos que lo prueben? —preguntó Griffin.

—No, por supuesto que no. Por culpa de la separación de Iglesia y Estado. Las organizaciones religiosas no tienen que registrar en ningún sitio la lista de sus miembros. Estos puñeteros fundamentalistas no aprecian lo poco regulados que están.

—Entonces, esta parte de tu presentación es pura especulación.

—Pues... sí. Pero... —rápidamente sacó el siguiente juego de papeles— aquí, en su último año de universidad, notarán que envió el cheque para pagar la matrícula desde un apartamento cerca del campus, en vez de desde la casa de su madre.

—¿Lo que significa...?

—Ella le echó. Cuando era un fracaso, ya era muy difícil tratarle. ¡Imaginen con la ardiente rectitud de un recién convertido! Pero la pregunta interesante es ésta: ¿de dónde salió aquel dinero? De mamá, no. El cheque era de su propia cuenta bancaria. Es imposible que hubiera ganado lo bastante para pagarla durante el verano. En ese sentido, no hay ninguna prueba de que trabajara durante el verano. —Puso un signo de interrogación rojo en la cronología para resaltar ese verano—. ¿Dónde estuvo?

—¿Y bien?

—Conocemos un grupo particularmente bien financiado, ¿verdad? —dijo Amy Cho—. Muchos hombres viejos y ricos que esperan salvarse por los pelos. Lobos capitalistas desesperados por sentar la cabeza entre los corderos antes de que sea demasiado tarde. Al Rancho del Santo Redentor no le falta dinero.

—¿Eso es todo? —preguntó Griffin—. ¿Sospechas, insinuaciones y una falta total de evidencia material?

—Sigue una pauta fija, ¡señor! —Molly colocó el resto de las fechas y entonces las difuminó para que la cronología quedara dominada por la serie de signos de interrogación rojos—. En la vida de este chico hay un hueco donde encaja el Rancho. Cada verano, cada día de fiesta, desaparece de los registros. ¿Sabe lo difícil que es eso? No usa ninguna tarjeta de crédito. No paga con cheques. ¿Dónde está?

—Está en un retiro —contestó excitada Amy Cho—. Acaba de pasar nueve meses en la tripa de la Academia del Gran Satanás, su alma está en constante peligro mortal ante el humanismo y racionalismo científico. Lo primero que querrán hacer es rezar para agradecer que haya regresado a salvo. Tirarán la casa por la ventana. Después, ayuno y purificación. Imagínate qué sucio se debe sentir el pobre chico, haciéndose pasar por uno de los lacayos del diablo. Después, ya limpio y descansado...

—Unos cuantos chavales le sacarán de juerga cristiana —añadió Jimmy Boyle—. Le pegarán una paliza a uno o dos camellos, a algunos maricas, tal vez a algún abortista al que tuvieran echado el ojo. Sólo para mantenerle en forma.

—Asumo que eso tampoco está documentado —dijo Griffin.

—Es lo que yo haría si le estuviera entrenando. Es lo que haría cualquiera.

Ya les tenía convencidos, a todos menos a Griffin. Por desgracia, estaba llegando al final de su exposición. Ésta era la parte más delicada. No se le había permitido investigar en profundidad su postreclutamiento ni ninguna parte de esa historia con mucho detalle.

Trazó una raya gruesa sobre la cronología.

—En este punto es reclutado. Difícilmente podíamos haberlo evitado. Le habían preparado cuidadosamente. Tenía las habilidades que más buscaban. Parecía un candidato muy atractivo.

»¿Y qué fue de él? Casi inmediatamente después se esfumó. Desempeñó el trabajo estratigráfico que se esperaba de él competentemente pero sin impresionar. Pidió el traslado a la estación Carnaval para llevar el registro de animales durante un tiempo. Pidió el traslado a la estación Bohemia para ocuparse de la colonia de aves. Pidió el traslado a la estación Mjólnir y se pasó unos meses preparando los esqueletos para ser expuestos. Todo trabajos tediosos. Pidió el traslado a la estación Origen y preparó muestras de tejidos. Aún más tedioso. Pidió el traslado a la estación Sundance y se ocupó del mantenimiento de los barcos. Pidió el traslado a la estación Supervivencia y ahora lleva el almacén, guarda el material y tiene acceso completo al embudo del tiempo.

»Eso son muchos traslados y mucho potencial perdido. Pero en menos de dos años, tiempo personal, le ha valido para llegar exactamente donde quiere estar.

Era el momento de la gran conclusión. Molly respiró hondo.

—Señor, solicitamos...

Griffin levantó una mano para detenerla.

—No es suficiente —dijo—. No hay juez en ninguna parte al que pueda llevar esto y obtener una orden judicial.

—No estoy pidiendo una orden judicial sino un permiso para llevar a cabo una investigación en serio. Déjeme hacer algunas preguntas. Haga que el FBI le ponga un busca en uno de esos veranos para ver adónde va exactamente. Sabemos que es nuestro topo. Sólo le estoy pidiendo que me deje demostrarlo.

—Me temo que eso no se puede hacer.

—¿Por qué no?

—Porque no es la forma en que se hizo. ¿Jimmy? Cuando quiera.

Mientras Molly amontonaba sus papeles, Jimmy Boyle colocó una carpeta negra frente al sitio de cada uno. Después, casi como si fuera un ritual, ayudó a Amy Cho a volver a sentarse.

Todos abrieron las carpetas.

Griffin cogió el puntero de Molly y borró toda la pizarra. Trazó una nueva cronología.

—Éstos son dos años y tres meses de la vida de Robo Boy, desde su perspectiva. Durante este tiempo va saltando por el Mesozoico pero vamos a ignorarlo. Aquí, a la izquierda, empezamos con cuando es reclutado para incorporarse a nuestro feliz grupito de bromistas. A la derecha, al final del período que vamos a examinar y mientras él trabajaba en la estación Colina, está la fecha en la que se envió el hombre de ópalo, Tubal-Caín o quienquiera que fuese. ¿De acuerdo? Robo Boy nunca lo recogió. Hicimos que le vigilaran pero ni se acercó. Algo le espantó.

»Aquí, justo antes de ser trasladado a la estación Colina, estamos preparándole

una segunda prueba. Le hemos tendido una trampa con Salley y Leyster. Les va a dejar aislados en el Maastrichtense. Vamos a investigar. Una vez más no habrá pruebas físicas para demostrar su falta. Pero tres meses después, cuando traigamos de vuelta a la expedición, podemos usar su testimonio para condenarle.

—Un momento —dijo Tom—. ¿Por qué ponerle la segunda prueba justo después de la primera? No me extraña que Robo Boy se espantara.

—Ya sabíamos que la primera prueba no había funcionado —replicó Griffin malhumorado—. Así que le ponemos la segunda prueba tan pronto como ha sido posible para minimizar el tiempo a su disposición. Queremos quitárnoslo de encima lo antes posible, ¿recuerda?

Molly ojeó el material de la carpeta, echando un vistazo a los títulos y subtítulos, leyendo los destacados. La última página era una lista de bajas.

Levantó la vista.

—¿Cinco muertes?

—Terrible —dijo Griffin—. Pero inevitable.

—Cinco muertes. ¿Inevitable?

—Todos conocían los riesgos. —Griffin pasó la página de su carpeta—. Tom, Molly, su misión en esta operación será...

Se levantó tan de golpe que la silla se volcó tras ella.

—No acepté este trabajo para llegar a esto. Me niego a participar.

—Según nuestros archivos, realizará su parte como se le indica. —Dio impacientes golpecitos a la carpeta—. Así que por favor ahórrenos exhibiciones de histrionismo.

La cara de Jimmy Boyle era como una piedra. Amy Cho parecía alarmada. Tom Navarro había levantado las manos y negaba con la cabeza. Cálmate, quería decir. Discute con cuidado. Nunca hagas nada irrevocable cuando estás enfadada.

Ella les ignoró a todos.

—No me intimida y tampoco me convence. Toda esa mierda de tengo-los-archivos-y-sé-el-futuro no me convence. No voy a tragarme su sucio plan. Voy a pasar por encima de usted. Y si eso no funciona, me despediré para que sus archivos estén mal. De uno u otro modo, estarán mal.

Griffin puso una cara de aburrimiento muy elaborada y movió los dedos hacia la puerta.

—Vaya. Vea para lo que le sirve.

Salió furiosa de la habitación.

Atravesó corriendo el pasillo hacia la oficina de el Viejo. Normalmente, la puerta estaba cerrada y la oficina oscura. Pero en su primer día allí, el Viejo le había prometido que la puerta estaría abierta «siempre que quieras verme».

La puerta estaba abierta.

Entró.

El Viejo levantó la vista de su trabajo. Era extraño cuánto se parecía a Griffin al tiempo que daba la impresión de ser una persona completamente distinta. Más solitario, de una manera un tanto cruel. Más profundamente asustado.

Con las puntas de los dedos de una mano acariciaba suavemente el cráneo que tenía sobre la mesa. Involuntariamente, recordó el rumor medio chistoso de que era un

trofeo de un odiado enemigo al que había derrotado de algún modo.

—Entra —dijo—. Cierra la puerta y siéntate. Te estaba esperando.

Obedeció.

Era como entrar en la guarida de un ogro. La luz del sol estaba bloqueada por gruesas cortinas. Los grandes muebles de madera estaban cubiertos de recuerdos y fotos enmarcadas. Tenía incluso un cráneo de un quetzalcoatlus de pie en una esquina. Era como si morara en su propio lóbulo occipital.

—Señor, yo...

Levantó una mano.

—Sé por qué estás aquí. No creas que soy tan estúpido... —Contuvo un bostezo—. Al menos confía en mí un poco. Esperas que la edad me haya dulcificado. Pero si no ha sido así estás dispuesta a despedirte.

»Simplemente no es tan fácil. Tu Griffin tomó las decisiones que tomó porque yo se lo dije. Le gustó igual de poco que a ti. Pero entendió la necesidad.

A Molly se le cayó el alma a los pies. Se sentía orgullosa de poder leer en profundidad a una persona mirándola a la cara, pero ese hombre era ilegible. Podía ser un santo o un demonio. No podía saberlo. Mirarle a los ojos era como mirar una carretera sin iluminación a media noche. Era imposible saber lo que podía haber allí. Esos ojos habían visto cosas que ella no podía imaginar.

Respiró profundamente.

—Entonces me temo que debo anunciarle mi renuncia. Efectiva inmediatamente.

—Deja que te enseñe algo.

El Viejo sacó una hoja de papel de un cajón.

—Esto es una copia, por supuesto. Acabo de volver de la ceremonia en que se te presentaba el original. —Lo deslizó por la mesa hacia ella.

Era una mención de honor. La fecha estaba borrada, igual que la mayor parte del texto. Pero su nombre, en letras góticas negras, aparecía en la parte superior y quedaban algunas frases. «Por su excepcional valor» era una de ellas.

—No puedo contarte lo que hiciste, lo que vas a hacer, y no puedo decirte cuándo lo vas a hacer. Pero gracias a tus acciones futuras hay veinte personas vivas. Te metiste en el mundo de la seguridad porque querías mejorar las cosas, ¿verdad? Bueno, acabo de ver a una anciana besarte la mano y darte las gracias por haberle salvado la vida a su hijo. Te daba vergüenza pero a la vez estabas encantada. Me dijiste que ese instante justificaba toda tu vida.

—No le creo.

—Por supuesto que sí. —Le cogió el papel de las manos y lo devolvió al cajón—. Simplemente no tienes idea de lo que podría decirte para mantenerte con nosotros.

—No, no puedo.

La miro con un brillo extraño en los ojos. Le gusta esto, pensó Molly. La corrupción era el placer final de hombres como él. Su misión original se había perdido. Ahora sólo quería escapar de su presencia antes de que se las arreglara para hacerla morder con él el barro de la complicidad y la culpabilidad. Simplemente quería salir limpia de aquella habitación.

—¿Te has preguntado alguna vez —preguntó el Viejo— de dónde salieron los viajes en el tiempo?

Contestó con cuidado.

—Claro que sí.

—Richard Leyster me dijo en una ocasión que era imposible que la tecnología necesaria fuera de origen humano. Nadie puede construir una máquina del tiempo con la física actual, dijo, ni con cualquier desarrollo imaginable de ésta. No será factible durante al menos un millón de años.

»Como solía pasarle, su estimación era correcta pero se quedó corta. De hecho, los viajes en el tiempo no serán inventados hasta dentro de otros cuarenta y nueve coma seis millones de años.

—¿Señor? —Ella no entendía aquellas palabras. No podía descifrarlas.

—Lo que te estoy contando es un secreto de Estado: los viajes en el tiempo no son un invento humano. Son un regalo de los inalterables. Y los inalterables no son humanos.

—¿Y... qué son?

—Si alguna vez necesitas saberlo, se te contará. Lo importante es que la tecnología nos ha sido prestada. Como suele pasar con regalos así, hay algunos flecos. Uno de los cuales es que no se nos permite interferir con la causalidad.

—¿Por qué? —preguntó Molly.

—No lo sé. Algunos físicos dicen que si un evento concreto se deshace, todo el tiempo y la existencia empezaría a desintegrarse. No sólo el futuro sino también el pasado, así que estaríamos desestabilizando toda la existencia, de alfa a omega, del Big Bang al invierno nuclear. Otros físicos me dicen, por supuesto, que eso no es así. ¿La verdad? La verdad es que los inalterables no quieren que lo hagamos.

»Nos han dicho que si alguna vez violamos sus instrucciones, volverán al instante anterior a darnos los viajes en el tiempo y retirarán la oferta. ¡Piénsalo! Todo lo que hemos hecho y para lo que hemos trabajado en todos estos años se convertiría en nada. Nuestras vidas, nuestras experiencias se disolverían en círculos viciosos temporales y fútiles. El proyecto nunca hubiera existido.

»En fin. Ya conoces a esa gente, los paleontólogos. Si les dijeras que el precio de viajar en el tiempo son cinco muertes, ¿qué crees que contestarían? ¿Pensarían que es un precio demasiado elevado?

La cara de él se desdibujó ante sus ojos. Los cerró apretando fuerte durante un instante. Cuando los volvió a abrir, sintió ganas de levantarse y alejarse de él. Había una fotografía en la pared. Había sido tomada en la inauguración de la zona de dinosaurios del Zoo Nacional y mostraba a Griffin y al entonces portavoz de la cámara muy colocaditos tirando de los extremos del hueso del esternón de un T. rex. Miró las poses tiesas, las sonrisitas falsas.

—No formaré parte de ello. No me puede hacer responsable de esas muertes.

—Ya lo es.

Agitó la cabeza.

—¿Qué?

—¿Recuerdas la semana que pasaste en la estación Supervivencia? Tom te dijo que te aseguraras de que Robo Boy oyera que Leyster y Salley se encargarían de la primera expedición Base. A Tom se lo había indicado Jimmy, que actuaba en respuesta a una memoria que Griffin debe de estar escribiendo ahora mismo. Ya has desempeñado tu papel.

El Viejo abrió las manos.

—¿Puedes volver y deshacer todo lo que hiciste y dijiste entonces? Bueno, de todos modos, yo no puedo deshacer esas cinco muertes.

—¡Renuncio igualmente! ¡Me niego a que se me utilice así!

—Entonces morirán veinte personas. —Griffin sonrió con tristeza y extendió las manos—. Esto no es una amenaza. Más adelante en tu vida, resultarás ser la persona indicada en el sitio indicado en el momento indicado. Renuncia ahora y no estarás allí. Veinte personas morirán. Porque tú renunciaste.

Molly cerró los ojos con fuerza, sujetándose las lágrimas.

—Es usted un hombre malo, muy malo.

Hizo un ruido simpático y ambiguo que pudo haber sido una risita.

—Ya lo sé, querida. Créeme, ya lo sé.

10  
Alarde sexual

*Montañas Expedición Perdida: era Mesozoica. Período Cretácico.  
Época Senoniense. Edad Maastrichtiense. 65 millones de años a. C.*

Enterraron a Lydia Pell en un montículo cubierto de helechos sobre Hell Creek. Hubo bastante discusión sobre de qué religión era porque una vez ella se había definido como «taoísta herética». Pero cuando Katie revisó sus pertenencias y encontró un Nuevo Testamento de bolsillo y un colgante que era una cruz hecha de tres clavos de carpintero cuadrados, quedó muy claro que era cristiana.

Mientras dormían los que habían velado el cadáver toda la noche, Leyster se pasó la mañana buscando un pasaje apropiado en la Biblia de Gillian. Consideró «Hubo gigantes en la Tierra» o el versículo sobre el Leviatán. Pero esos intentos de incluir una referencia a los dinosaurios le hicieron sentir que estaba abaratando la grandeza y el significado de la vida de Lydia Pell reduciéndola a las circunstancias de su muerte. Así que al final se decidió por el Salmo XXIII.

—El Señor es mi pastor —comenzó—; nada me faltará... —No había ovejas en ninguna parte del mundo, ni las habría por muchas decenas de millones de años. Pero aun así las palabras parecían apropiadas. Eran reconfortantes.

El día era húmedo y miserable pero la lluvia era ligera y no interfería en la ceremonia. Durante la mayor parte de la tarde, todos trajeron piedras del riachuelo con tristeza para levantar un pequeño montón sobre la tumba y así mantener a los carroñeros alejados del cuerpo. Justo cuando acababan, el sol volvió a salir.

Lai-tsz levantó la cabeza.

—Escuchad —dijo—. ¿Oís eso?

Un murmullo lejano surgió del lado más lejano del río. Sonaba un poco como graznidos de ocas.

Todos subieron corriendo en grupo a la parte alta de la hondonada, donde un claro del bosque facilitaba una vista parcial del valle. Allí vieron que la tierra más allá del río Estigia se estaba moviendo. Tamara se encaramó a un árbol y gritó:

—¡Las manadas están entrando en tropel! Llegan de todas direcciones. Pero más del oeste que del este. Veo hadrosáuridos de algún tipo y también triceratops.

—¡No he traído mis cámaras! —se lamentó Patrick.

Desde lo alto del árbol, Tamara gritó:

—¡Ahora están cruzando el río! Virgen santa. Es increíble. Están levantando tanta bruma que no se ve ni la mitad.

Varios estaban encaramándose a los árboles para verlo por sí mismos.

—¡No puede ser! Les pierdo de vista entre los árboles o en el agua. Pero debe de haber cientos de ellos. Tal vez miles.

—¿Cientos de hadrosaurios o cientos de triceratops?

—¡De ambos!

—¿Qué están haciendo a este lado?

—Es difícil saberlo. Principalmente se juntan. Algunos de los hadrosaurios parecen estar dividiéndose en grupos más pequeños. Los triceratops se están agrupando.

—¿Qué te parece? ¿Están migrando?

—De hecho parece que vienen para quedarse.

—No podían haber elegido mejor momento —comentó Katie—. Toda esta vegetación nueva, recién fertilizada con excrementos de titanosaurio... Éste es el paraíso de los herbívoros.

«Mierda», pensó Leyster por un momento; entonces dijo:

—Quiero bajar hasta el río para verlos de cerca. —Estaba siendo drásticamente poco entusiasta cuando en realidad se moría por verlos de cerca—. ¿Quién quiere venir conmigo?

Tamara se bajó del árbol tan rápido que Leyster temió que se cayera, canturreando:

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

—Alguien tiene que quedarse —dijo Jamal dubitativo—. A cuidar el campamento. Además, todavía tenemos que levantar las paredes.

—Ven con nosotros —susurró Leyster—. Nadie puede decir que no hayas hecho tu parte del trabajo.

Jamal se lo pensó y después negó con la cabeza.

—No, de veras. ¿Cómo puedo esperar que nadie trabaje si no estoy dispuesto a trabajar yo?

Para gran desilusión de Leyster, el grupo que había formado constaba principalmente de los recolectores y Daljit. De los constructores solamente se les había unido Patrick, cargado con sus cámaras.

Avanzaban cuidadosamente en fila india como una brigada de combate selvático sacada del siglo XX. Lai-tsz iba primero, cargando uno de los cuatro rifles de la expedición. Leyster dudaba de que fuera a servir de mucho en una confrontación con un dinosaurio de tamaño real pero la idea era que el ruido espantaría al depredador.

De verdad esperaba que funcionara.

Se adentraron hasta las planicies del valle antes de divisar los primeros dinosaurios, un puñado de hadrosaurios pastando con delicadeza los tiernos brotes frescos que crecían abundantemente en las orillas del riachuelo.

Los prismáticos subieron todos a una.

Los animales no les prestaron atención. De vez en cuando uno se levantaba sobre las patas traseras y miraba a su alrededor cansinamente, y entonces volvía a bajar. Las llamativas marcas naranja a cada lado de su cabeza irrumpían brevemente en el aire, como una ráfaga, antes de desaparecer de nuevo entre los tallos nuevos. Siempre había al menos uno que estaba en guardia.

—¿Qué son? —preguntó Daljit en voz baja—. Quiero decir, sé que son hadrosaurios, pero ¿de qué tipo?

Los hadrosaurios o dinosaurios con pico de pato formaban un grupo familiar muy grande que incluía docenas de especies conocidas que se extendían hasta el Cretácico superior. Llamar a algo hadrosaurio era como llamar felino a un mamífero sin especificar si era un leopardo o un gato doméstico.

—Bueno, ten en cuenta que en el fondo soy un hombre de huesos —contestó Leyster—. A mí me sería mucho más fácil si toda esa piel y todos esos músculos no estuvieran en medio. —Lo que realmente necesitaba era la *Guía práctica Peterson de la megafauna del Maastrichtiense superior*, con ilustraciones de diagnóstico y pequeñas líneas negras apuntando todas las marcas en el terreno—. Pero mira esas cabezas. No cabe duda de que son hadrosaurinos, los de pico de pato sin cresta. Y por la elongación y anchura de sus hocicos yo diría que son anatotitanes. Pero qué especie de anatotitán, no lo sé.

—Lo que sí son es unos cabronazos muy activos —dijo Daljit—. Mira cómo suben y bajan.

Se acercaron más muy agachados. Los anatotitanes eran herbívoros, por supuesto. Pero también eran enormes. Un animal tan grande como medio autobús no tenía que ser carnívoro para resultar peligroso.

Llegaron a estar a menos de tres metros de los animales cuando se extendió entre ellos alguna señal invisible y, todos a una, se levantaron sobre sus patas traseras y se alejaron a toda velocidad. Exactamente no corrían pero sus andares a saltos eran tan rápidos que desaparecieron en un momento.

—Venga —exclamó Leyster—. Vamos a...

Tamara le estaba tirando de la manga.

—¡Mira!

Miró hacia donde ella señalaba.

El Señor del Valle subía río arriba a grandes zancadas. Leyster reconoció al tiranosaurio por sus manchas. Era su viejo conocido.

El depredador más peligroso que el mundo ha conocido jamás se deslizaba raudo por la maleza sin ninguna prisa. Su paso no era apresurado pero sus patas eran tan largas que se movía a velocidad de vértigo.

Silencioso como un tiburón, paseaba tras los anatotitanes a la fuga. Los investigadores casi no lo vieron cuando les pasó por delante.

—Joder —dijo directamente Patrick.

—Venga —gesticuló Leyster—. Tenemos mucho terreno por cubrir. Vamos a ponernos en marcha.

Fueron hacia el oeste, por un camino paralelo al tranquilo río Estigia, con cuidado de mantenerse al lado de las manadas pero en el bosque.

Mientras andaban, Leyster les contó algo sobre los hadrosaurios. Ya sabían que los hadrosaurios eran el grupo más diverso y abundante de los grandes vertebrados que cubrían el hemisferio norte durante la etapa final del Cretácico superior y que eran el mayor grupo de ornitópodos que evolucionó en el Mesozoico. Pero quería que comprendieran las muchas maneras en que los hadrosaurios eran un mapa de los dinosaurios futuros. Estaban tan bien adaptados a tal variedad de ecosistemas que, si no hubiera sido por el evento K-T, sus descendientes hubieran sobrevivido hasta la era moderna.

—¿Qué les hace tan especiales? —preguntó Patrick—. No tienen pinta de ser importantes. ¿Por qué dominan el ecosistema?

—Tal vez porque son la comida ideal del tiranosaurio —contestó Tamara de pronto—. Míralos. Casi tan grandes como el tiranosaurio pero sin llegar a serlo, no tienen armadura ni armas dignas de mención y tienen ese enorme cuello jugoso perfecto para ser mordido. Un buen bocado y ¡cae redondo! Si yo fuera un «rex», me pondría las botas con estos bichos.

Patrick frunció el entrecejo.

—Anda ya, en serio.

—¿En serio? Son generalistas, como nosotros. Te darás cuenta de que los humanos tampoco han experimentado adaptaciones especializadas. No tenemos caparazón, ni cuernos, ni garras. Pero podemos encontrar una manera de salir adelante dondequiera que estemos. Lo mismo pasa con los hadrosaurios. Se...

—¡Callaos! —exclamó Lai-tsz—. Oigo algo. Más adelante.

Un triceratops solitario asomó la cabeza entre un bosque lejano. Salió a un claro cautelosamente. Recorrió sin prisa una distancia corta hasta la pradera, después paró. Su enorme cabeza se columpió hacia un lado y hacia el otro, como si buscara enemigos. Finalmente, convencido de que no había nadie, gruñó tres veces.

Hubo una pausa. Entonces, un segundo triceratops emergió del bosque. Un tercero. Un cuarto. Una fila desigual de bestias fluyó desde el bosque hasta los helechos y las flores. Sus pecheras brillaban como mariposas presididas por dos círculos naranjas rebordeados en negro como dos grandes ojos.

—¡Las manadas de triceratops tienen líderes! —exclamó Nils—. Igual que el ganado.

—Todavía no podemos llegar a esa conclusión —advirtió Leyster—. Parece ser pero les observaré larga y detenidamente para asegurarme de si lo que creemos haber visto es en realidad así.

—¡Mirad qué pecheras! ¿Te parece que es un alarde sexual?

—Tiene que serlo.

Lai-tsz bajó sus prismáticos y, señalando al líder, preguntó:

—¿Qué es esa inflamación?

La cara de la criatura parecía inflamada. Los sacos nasales gemelos a ambos lados de su cuerno central estaban hinchados como las mejillas de una rana mugidora. De pronto se deshincharon. ¡*Gronc!*

Todos se rieron. Tamara se tiró al suelo vitoreando.

—Dios, ¿será posible? ¡Menudo ruido! Parece una matraca de Nochevieja.

Los triceratops pisoteaban la tierra.

Lai-tsz y Nils le dijeron a Tamara que se callara.

—¡Silencio! Está haciendo algo. —Patrick salió despedido hacia un lado con la cámara en ristre buscando un buen ángulo.

Las bolsas del animal volvían a hincharse. Mientras lo hacían tomó varias bocanadas hondas de aire agitando la cabeza.

—¿Qué crees que está haciendo? —le preguntó Lai-tsz a Leyster.

—No sé. Parece como si se estuviera volviendo a hinchar...

¡*Gronc!*

Tamara se cubrió la boca con la mano para sofocar una carcajada chillona a medio salir.

—Mirad allí —indicó Nils—. Alguien más quiere unirse a la fiesta. —Un segundo triceratops se acercaba al primero despacio y con alguna intención—. ¿Agresión

intraespecífica? ¿Alarde de poder? ¿Van a pelear?

El primer triceratops volvía a tener hinchados los sacos nasales. El segundo se detuvo a una distancia suficiente para atacarle y bajó la cabeza. Despacio, laboriosamente, se echó de costado.

—Creo que no —dijo irónico—. Más bien parece una ceremonia de apareamiento.

—¡Es una chica! —gritó Tamara.

*¡Gronc!*

Tumbada en el suelo con una pata trasera en alto, la hembra temblaba.

—¡Está hipnotizada!

—Ven *pa'ca*, grandullón.

—Oh, *mamacita*. Lo estás deseando.

Con pausada dignidad, el macho maniobró hasta colocarse junto a la hembra con una pata delantera a cada lado de la cola de ella. Entonces paró como confundido. La hembra emitió un sonido quejumbroso y él dio un paso atrás y otro adelante, intentando colocarse en posición. Eso tampoco funcionó. Pero al tercer intento, por fin alinearon bien las barrigotas y él se deslizó despacio hacia abajo.

—Tío, tío, tío —murmuró Patrick—. Estas fotos van a ser geniales.

Los triceratops empezaron a aparearse laboriosamente.

Estaba anocheciendo cuando por fin llegaron al campamento y descubrieron que el grupo de Jamal había trasladado el contenido de dos de las tiendas a la cabaña y que habían atado las telas de las tiendas al marco para crear las paredes. Así que subieron la cuesta para contarles lo que habían visto.

El interior de la cabaña estaba iluminado con luces artificiales. Era infinitamente acogedor. Las linternas, por supuesto y aun a pesar de los cargadores solares, no iban a durar para siempre. Razón de más para usarlas ahora. Esgrimid vuestras linternas mientras podáis, pensó Leyster. El tiempo prehistórico también vuela.

—¡Quitaos los zapatos! —indicó Katie sonriente mientras entraban—. Hay sitio para ponerlos junto a la puerta.

El interior estaba perfumado por el olor de los heleichos que habían traído a puñados y esparcido por el suelo, y a sopa de tortuga, que cocía despacio fuera en una cazuela al fuego. Leyster y los demás entraron y se sentaron.

—¡Bienvenidos, intrépidos cazadores de dinosaurios! —saludó Chuck—. Llegáis justo a tiempo para la cena. Entrad, sentaos, contádnoslo todo.

Mientras Chuck distribuía cuencos y Katie servía la sopa, Patrick pasaba la cámara exhibiendo orgulloso una secuencia de sus mejores tomas.

—¿Qué están haciendo estos dos? —preguntó Gillian incrédula cuando vio la primera foto de los dos triceratops.

—Exactamente lo que piensas —contestó Patrick.

—¡Qué guarros! —Gillian reprendió con el dedo—. Malos, malos.

—Pomo Jurásico. Sería tan comercial —se lamentó Jamal.

—¿Pero quién lo compraría? —preguntó Chuck—. No le veo mucho mercado.

—¿Bromeas? Es sexo, es divertido y es algo jamás visto. Crea su propio mercado. Solamente con los calendarios...

Todos se rieron. Jamal se puso colorado, entonces agachó la cabeza y sonrió pesa-

roso.

—¡Pues vendería!

Continuaron la conversación cenando.

—¿Conque habéis perdido el rifle? —preguntó Matthew cuando contaron la historia de cómo los triceratops postcoitales les dispersaron.

—Me pilló de sorpresa —dijo Lai-tsz—. Nos sorprendió a todos. Pero, puñetas, en el entrenamiento de supervivencia nos dijeron que el ruido de un tiro espantaría a cualquier cosa. Por eso, cuando disparé el rifle al aire, ¡no me esperaba que el bicho embistiera! Bajó rodando hacia nosotros y nos limitamos a correr. Si hubiera sido un poco más rápido, me hubiera cogido. —Negó con la cabeza—. Estoy segura de que algo malo le ocurría a ese animal.

—¿Volvisteis a buscar el rifle?

—Sí. Todo el terreno estaba tan pisoteado que era un barrizal. Era como buscar una aguja en un pajar.

—Preferiría perder todos los rifles que una navaja del ejército suizo —observó Jamal. Se volvió hacia Leyster—. Pero ese «trice» no debería haber embestido así. Nuestra profesora nos dijo que ella había espantado a ceratopsios docenas de veces. ¿Por qué no huyó?

Leyster se encogió de hombros.

—Cuando yo estaba haciendo el doctorado, el profesor Schmura solía decir que «un organismo siempre tiene razón». Las cosas vivas no siempre hacen lo que deben. Algunos días las pulgas de mar comen medusas y los pececillos atacan a los tiburones. Cuando eso ocurre, vuestra labor consiste en tomar buenos apuntes y esperar poder darles sentido algún día.

Se les pasaron las horas hablando tranquilamente. ¡Hacía tanto tiempo que no habían sido todos amigos! Nadie quería que se acabara.

—Eh, mirad lo que he encontrado —dijo Chuck. Se abalanzó a una esquina oscura y forcejeó con el cráneo de un triceratops joven hasta ponerlo en el centro de la habitación—. La encontré destiñéndose al sol. No os creeríais lo que me ha costado arrastrarla hasta aquí.

—¿Y por qué demonios te has molestado? —preguntó Tamara.

Chuck se encogió de hombros.

—Siempre quise una cosa de éstas. Ahora la tengo. —La levantó y la puso ante él, columpiándola de un lado a otro como si estuviera en celo y cortejando a un macho.

—¿Qué ruido decís que hacía?

—¡*Gronc!*

—¡Más como *graaaanc!* Con un poco de *glissando* en el *anc*.

Chuck, que desde el principio había asumido el papel de payaso del grupo, empezó a cantar.

—... *cuando estás cerca de mí, amor...*

Katie continuó la melodía, cantando.

—... *¡me apetece... hacer... el amor!*

Chuck dio el chiste por terminado pero Katie continuó cantando y, uno por uno, los otros se fueron uniendo y cantaron esa canción romántica tan clásica. Cuando acabaron cantaron *Stormy Weather* y *Smoke gets in your eyes*.

Entonces Chuck, agazapado tras el cráneo del triceratops, empezó a golpearse la pechera con las palmas de las manos como si estuviera tocando los bongos. En un claro falsete empezó a cantar:\*

*En el «zoico», el Mesozoico,  
el tiranosaurio dormirá...*

Y Tamara añadió:

*En el barro de Maastrichtiense  
el rifle se oxidará...*

Y todos se unieron para los coros:

*Ahhhhhh, uiiiiiii... ah uiiii, ah uiiiiimaah-uey  
Ahhhhhh, uiiiiiii... ah uiiii, ah uiiiiimaah-uey*

y:

*Ah-uim, au-ehh, ah-uim, au-ehh, ah-uim, au-ehh  
Ah-uim, au-ehh, ah-uim, au-ehh, ah-uim, au-ehh*

Hasta que la música llenó la cabaña como un espíritu vivo. Fuera, la noche estaba oscura y llena de pequeños mamíferos escabullándose furtivamente. Dentro se respiraba el calor de la amistad y de un ambiente divertido. Iban dialogando con los versos, improvisando, así que cuando Daljit cantó:

*¿Por qué no trabajas para Mobil?  
He oído que pagan bien.*

Lai-tsz respondió:

*Dan seguro médico y plan de pensiones,  
sus comisiones están muy bien.*

Entonces, tras un estribillo, Chuck lanzó:

*Prefiero algo menos arriesgado:  
un funcionariado con mi nuevo doctorado.*

Y Tamara respondió:

*Y si no me comen los triceratops,  
¡tendré trabajo fijo asegurado!*

Todos se retorcieron por el suelo de risa. Tardaron unos minutos en recobrar el

\* Parodia de la canción *The Lion Sleeps Tonight*, de The Tokens. (*N. de la t.*)

aliento.

Leyster estaba apunto de sugerir otra canción cuando de pronto Katie lanzó su blusa por los aires. Patrick animó y aplaudió y entonces, como si se hubieran puesto de acuerdo, todos se quitaron la ropa, liberándose de los pantalones con dificultad y desatándose los cordones de las botas como locos.

Leyster abrió la boca para decir algo.

Pero Tamara, sentada a su lado, le tocó el brazo y le dijo con una voz tan suave que sólo él pudo oír:

—Por favor, no lo estropees.

Por un instante, Leyster no supo qué responder. Entonces empezó a desabrocharse la camisa. Cuando se la hubo quitado, alguien le había abierto la bragueta y estaba tirando de sus pantalones. Le dio un beso largo e intenso a Gillian y ella empujó la mano de él contra su entrepierna. Ya estaba húmeda. Resbaló un dedo muy dentro de ella.

Era raro, muy raro, intimar con una persona tanto y tan de pronto sin romance de por medio.

Entonces Patrick murmuró algo que podría haber sido un «perdón» mientras Gillian guiaba su cabeza hasta donde había estado la mano de Leyster. La boca de Tamara se cerró cubriendo el glande de su polla y él jadeo suavemente. Katie le metió un pecho en la boca.

Su boca acarició su pezón. Era tan dulce.

Entonces todo fue confusión. Una maravillosa confusión.

A la mañana siguiente, desayunando, Leyster observó la sutil danza de sonrisitas tímidas y caricias fugaces que se extendía por el grupo. Le sorprendía. Se había despertado avergonzado y arrepentido de lo que había hecho. Aunque jamás había sido una persona particularmente religiosa, sentía que aquello estaba mal, que violaba la forma en que debían hacerse las cosas.

Estaba claro que los demás no se sentían así en absoluto. Eran estudiantes de doctorado. Eran jóvenes. Su sexualidad todavía les resultaba nueva y maleable. Estaban abiertos a nuevas posibilidades de una manera en que él, aunque era casi de la misma edad, nunca podría estarlo.

Pero era importante no mostrar vergüenza. Por fin habían hecho las paces y aquello era un tesoro. Debía simular que estaba tan feliz como ellos.

A veces engañar es la mejor política.

Así que cuando Daljit le apretó el hombro, Leyster se apoyó en ella suavemente por un instante. Cuando Nils puso su mano sobre la de Katie, Leyster apoyó la suya sobre la de ellos brevemente. Se mantuvo en silencio, sonriendo y teniendo especial cuidado de no apartar la vista de ninguna de sus miradas. Esperó.

Hasta que por fin llegó el momento indicado psicológicamente.

Tomó aire mentalmente. Entonces dijo:

—He estado pensando en todo eso del liderazgo.

Varios de ellos se pusieron tensos.

—En fin, verás, no tenía intención de... —dijo Jamal. Su voz menguó.

—No es eso. No es cuestión de elegir un líder. Es que no veo por qué necesitamos un líder. —Todos le miraban intensamente sin pestañear—. Cuando esto era una ex-

pedición, claro, hacía falta alguien que dividiera las tareas y mantuviera a todo el mundo en su puesto. Pero las cosas han cambiado. Y, bueno, sólo somos once. ¿Por qué no nos juntamos, como ahora, y decidimos las cosas según surjan?

—¿Te refieres a votar y hacer lo que diga la mayoría? —preguntó Lai-tsz.

—No. No creo que debamos hacer nada en que no estemos todos de acuerdo. Ni discrepancia, ni abstención.

—¿Puede eso funcionar? —preguntó alguien.

—Una amiga mía hizo un investigación lingüística con los Sioux Lakota —dijo Daljit—. Me dijo que eran fanáticos del consenso. Si se reunían para redactar una nota de prensa, insistían en que todos estuvieran de acuerdo en el tamaño de los sobres y el color del papel antes de mencionar nada de su contenido. Mi amiga decía que volvían locos a los forasteros. Pero funcionaba. Decía que a la larga había menos conflictos de esta forma.

—Eso es mucho decir —objetó Patrick no muy convencido.

—Bueno, tenemos mucho tiempo —dijo Daljit.

—Yo estoy dispuesto a ver menos la tele si hace falta —ofreció Chuck.

Una risita recorrió el corro.

Finalmente aprobaron la moción por consenso. Entonces pasaron al calendario de tareas. Se airearon las quejas, se propusieron compromisos y se hicieron ajustes. Al final Jamal dio una palmada y exclamó:

—Bueno, no sé el resto de vosotros pero yo tengo trabajo. Así que si no hay nada más en la agenda...

—Hay una cosa más —dijo Leyster—. Creo que debemos practicar algo de verdadera ciencia. Estamos tan ocupados sobreviviendo que nos hemos olvidado de por qué estamos aquí. Hemos venido a investigar y creo que debemos hacerlo.

Hubo un instante de silencio y estupor. Entonces...

—Bueno, ¿me preguntaba cuándo íbamos a sacar ese tema!

—Ya era hora.

—Yo lo iba a mencionar pero...

—Vale —interrumpió Tamara—. Estamos de acuerdo. Bien. ¿Cómo lo hacemos? ¿Qué estamos buscando?

Todos miraron a Leyster.

Tosió avergonzado. Era distinto recibir la autoridad gracias a que su conocimiento era superior que recibirla a la fuerza. Pero se sentía un poco raro asumiéndola.

—No funciona así —dijo—. Konrad Lorenz no se dijo «voy a descubrir la impronta en los patos bebé» y se puso a hacer acopio de información. Fue acumulando datos cuidadosamente y los estudió hasta que le sugirieron algo. Eso es lo que vamos a hacer. Observar, anotar, comentar, analizar. Tarde o temprano, aprenderemos algo.

Patrick sonrió maliciosamente.

—Sí, pero tiene que haber algo, aunque sea en el fondo de nuestras mentes, que estemos esperando descubrir.

—Bueno, obviamente, siempre está el problema de por qué se extinguieron los dinosaurios.

—Una enorme roca. Maremotos, tormentas de fuego, invierno nuclear, falta de alimento. Fin de la historia.

—Los cocodrilos sobrevivieron. Algunos eran enormes. Las aves sobrevivieron; en términos cladísticos, son dinosaurios. ¿Qué hizo que los dinosaurios no avíanos

fueran tan vulnerables al desastre K-T? No puedo evitar sospechar que está relacionado con que durante los últimos millones de años del Mesozoico los dinosaurios experimentaron una radical pérdida de diversidad.

—¡Hay muchísimos tipos de dinosaurios ahí fuera! —objetó Katie.

—Muchos individuos. Pero comparados con los viejos tiempos, sólo una fracción del número de especies. Y eso hace que los que permanecen sean particularmente susceptibles a cambios en el medio.

—De verdad, no lo aprecio —dijo Patrick—. Parecen tan robustos. Están tan perfectamente adaptados al medio.

—Tal vez demasiado bien adaptados. Las especies que se extinguen son las que se adaptan tan perfectamente a un nicho específico que no pueden sobrevivir si el nicho cambia o deja de existir de pronto. Por eso se extinguieron tantas especies en el siglo XX, aunque la matanza indiscriminada de animales que los cazadores comenzaron en el siglo XIX ya había cesado prácticamente. Cuando los humanos destruyeron su hábitat, no tenían adónde ir.

Hablaron hasta el mediodía. Se lo podían permitir. La cabaña estaba construida y tenían suficiente comida almacenada para una semana, sin siquiera echar mano de las cosas liofilizadas. Además, no dejaban de ser estudiantes aunque estuvieran muy lejos de una universidad. Necesitaban la tranquilidad que da aprender, las cadencias familiares de una conferencia y un debate, recuperar la normalidad.

Pero al final, alguien se dio cuenta de que era hora de comer y nadie había lavado los platos, así que todos se dispersaron para hacer sus tareas de cocina y mantenimiento.

Tamara se rezagó para hablar a solas con Leyster.

—Bueno, me descubro ante ti. Nos has unido. De verdad, no pensé que serías capaz.

Leyster le cogió la mano, besó un nudillo con suavidad y no la soltó. Se sentía como un fraude. Al menos en parte se había convertido en paleontólogo porque los dinosaurios le parecían comprensibles de una manera en que las personas no lo eran. Era terrible ser tan falso.

—Creo que lo que pasó anoche ha tenido algo que ver.

—Lo de anoche estuvo muy bien —ella sonrió y por un instante él se preguntó si era posible que ella también estuviera fingiendo. Después rechazó la idea por paranoica—. Pero ocurrió sin motivo. Lo de esta mañana ha sido premeditado.

—Tal vez un poco —admitió—. El problema es que cuando lo que intentas es sobrevivir, el universo parece un lugar hostil. Necesitamos un objetivo. Para distraernos de la conciencia de ser una única chispa de vida humana en una infinita extensión de silencio. Una pequeña vela en la infinita noche del ser.

—¿Crees que la ciencia es un objetivo suficiente?

—Creo que sí. Siempre lo he creído. Quizá es porque era un niño solitario y aprender cosas era lo único que me mantenía vivo. La búsqueda de la verdad no es una mala razón para seguir adelante.

—Haces que parezca tan arbitrario.

—Quizás lo sea. Pero persisto en creer que el conocimiento es mejor que la ignorancia. —Guardó silencio por un momento—. Estuve una vez en Uppsala, Suecia. En

el suelo de la catedral, Domkyrka, encontré la tumba de Linneo.

—¿Te refieres a Carl Linneo? ¿El inventor de la nomenclatura binomial?

—Sí, era una piedra gris bien pulida con dos belemnites fósiles atravesando su superficie como pálidos cometas. Linneo ni siquiera sabía lo que era un fósil. Durante su vida, Voltaire sugirió bastante en serio que eran restos petrificados de la comida de los peregrinos. Pero ahí estaban, como guardianes enviados por la Naturaleza en agradecimiento por su trabajo. —Le soltó la mano—. ¿Por qué no habría de consolarme con ello? Me consuela.

Después de comer, Leyster se quedó a trabajar en la caseta de ahumar mientras Katie salió con un grupo para hacer las primeras observaciones. Todos se reían y charlaban cuando se iban, tan alegres y despreocupados como niños. Mirándolos, Leyster sintió el mismo miedo enfermizo que experimenta un padre la primera vez que permite a su hijo salir solo de casa.

¡Deseaba tanto protegerles! Pero sabía que no podía. Todos estaban animados por lo que había pasado la noche anterior. Sin embargo, toda su confianza, toda su alegría, no era suficiente para mantenerles a salvo. Tendrían que estar continuamente en guardia. En este mundo, tal vez la noche perteneciera a los mamíferos, pero los dinosaurios dominaban el día.

## Hablando de tiza

*Estación Xanadú: era Mesozoica. Período Cretácico.  
Época Gálica. Edad Turoniense. 95 millones de años a. C.*

La sala de reuniones estaba construida en un precipicio con vistas al mar de Tetis. Normalmente la vista a través del muro de cristal era suficiente para llenar el alma y elevar el espíritu e incluso a pesar del precio desorbitado de su uso, la sala estaba reservada todos los días despejados hasta su fecha de demolición. Sin embargo hoy el día estaba triste. Una lluvia monótona salpicaba las ventanas y tornaba gris el agua del mar.

Griffin estaba sentado en un sillón de cuero de la sala de reuniones, pensando en la tiza.

Solamente el chovinismo vertebrado hacía pensar a la gente que los dinosaurios eran los seres vivos más importantes de su tiempo. A partir del Cretácico medio, una de las familias de organismos más importantes y variadas de la Tierra eran las algas calcáreas. Aunque de tamaño microscópico, estas plantas esféricas se habían armado con estructuras recargadas de plaquitas superpuestas de calcio.

Los mares templados contenían galaxias de algas calcáreas, que llevaban vidas muy tranquilas y al morir se despojaban de sus monísimos caparazoncitos.

Los restos exoesqueléticos de las algas y demás nanoplancton, tanto vegetal como animal, se filtraban constantemente en el agua, un eterno nevar que en mil años depositaba hasta quince centímetros de tiza finamente triturada en el suelo oceánico. Los precipicios blancos de Dover eran el resultado del paciente trabajo de billones de generaciones de pequeñas criaturas que llevaban vidas ordenadas y burguesas. Los dibujos en el suelo para saltar a la pata coja, las copias *naif* de *La última cena* pintadas en la acera, el golpe certero de un palo de billar a la bola blanca, las manos de un gimnasta sujetando sin fricción la barra de ejercicios: todo ello dependía de la contribución anónima de esos plácidos seres.

Griffin solía meditar sobre ello. Le agradaba pensar que vidas tan pasajeras sirvieran para usos tan diversos en un nivel superior. A veces se preguntaba si la raza humana dejaría un legado la mitad de duradero. Normalmente, esta clase de pensamientos le calmaban.

Pero hoy no.

Hoy todo estaba jodido. Griffin había llegado por fin a un callejón sin salida, como siempre había sabido que llegaría. La brisa hacía temblar el castillo encantado que había construido con naipes y esperanza. En cualquier segundo se derrumbaría. Todo

aquello por lo que había trabajado, todos los sacrificios que había hecho, las decisiones difíciles y a veces crueles que le habían impuesto, todo era inútil. Todo estaba jodido y acabado.

La puerta se abrió y se cerró tras él. No necesitaba saber que Salley había entrado en la habitación. Apareció tras él y le puso las manos en los hombros. Por un breve instante, le masajeó los músculos. Estaban duros y tensos.

—Vale —dijo ella—. ¿Qué pasa?

Había tantas respuestas que podía haber dado. Casi al azar dijo:

—Nunca he pegado a una mujer.

Podía ver su reflejo en el ventanal como si ella fuera un fantasma, alta y real como una reina. Por debajo de ella, estaba él hundido en su sillón de cuero como un rey vencido esperando la llegada de los bárbaros. Sus ojos se encontraron en el cristal.

—Hoy casi te pego.

—Cuéntame por qué.

Cuando finalmente volvió a la habitación de Xanadú, Griffin llevaba una semana sin ver a Salley. Pero para ella sólo había pasado media hora. Lo sabía porque, como hacía siempre en estos casos, se había escrito una nota a sí mismo.

Planeaba simplemente despedirse de ella un momento. Salley debía partir con la expedición Proyecto Base a la mañana siguiente. Conociendo los apuros que iba a padecer y cuánto tiempo pasaría hasta que fuera rescatada, quería decirle algo que no olvidara. Algo que, al recordarlo, le brindara un destello de esperanza secreta cuando pareciera que iba a estar perdida para siempre.

Pero cuando intentó pronunciar las palabras cuidadosamente pensadas, ella le frenó los labios con besos. Se le tiró al pecho enganchando un pierna tras él haciéndole caer a la cama. Entonces agarró su camisa con ambas manos y tiró esparciendo los botones en todas direcciones. Lo que pasó entonces debería haber sido exactamente igual de divertido que la primera vez que estuvo con ella.

Por supuesto, no lo fue.

Le hacía sentir culpable. Era absurdo negarlo. Pero ¿qué opción tenía? Cualquiera otra cosa hubiera sido mucho más cruel para ella. Así que la estaba utilizando. ¿Y qué? No lo había decidido él. ¡Cielo santo!, Salley le había seducido. Si hubiera ocurrido al revés, todo habría sido distinto. Pero él no iba a cargar con la cruz por una situación que había creado exclusivamente ella.

Griffin había estado casado, ambas veces con mujeres que acabaron confundiéndole y poniéndole a la defensiva. Mujeres que introducían caos y emoción en lo que debería haber sido una existencia ordenada. Mujeres por las que tenía sentimientos ambiguos incluso hasta la fecha, no podía negarlo.

Por eso era muy mala idea entablar relaciones.

Sin embargo, y en su corta experiencia, Salley era una mujer especialmente agotadora. Exigía. Copaba toda su atención. Derretía cada hueso de su cuerpo. Cuando acababa con él, le faltaban ganas hasta para sentarse.

Por otro lado, para ella el sexo era claramente un tónico. La hacía brillar. Después se agachó sobre él, sonriendo, y doblándose le cubrió la cara de delicados besos.

—No intentes levantarte —dijo ella—. Sé dónde está la puerta.

—En serio, me tengo que asegurar de que llegas al Carniense a tiempo para hacer

tus preparativos.

—Ya he hecho las maletas. Estoy lista para coger el embudo del tiempo a media hora antes de que parta la expedición. Sólo tengo que cambiarme de ropa.

—No, de verdad, no puedo dejarte...

—¡Calla! —dijo ella—. No digas ni una palabra más. Deja que vea cómo te duermes antes de irme.

Agradecido, sin sospechar nada, dejó que el sueño le invadiera.

Cuando se despertó a la mañana siguiente oyó a Salley haciendo ruido en la cocina, preparando la cafetera. Llevaba puesta una de sus camisas y cada vez que se estiraba a por algo se le levantaba mostrado su trasero desnudo.

Griffin se sentó de golpe, espabilado del susto.

—¿Qué hora es? ¿Por qué sigues aquí? —Cogió su reloj. Marcaba las 8.47 horas. Increíblemente, se lo deslizó en la muñeca.

—Relájate. —Ella entró en la habitación con dos tazas de café y le ofreció una—. Hubo un cambio en la tablilla de la expedición. Lydia Pell me ha sustituido. —Dejó su café y empezó a revolver en su bolso—. Ten. Te he traído una copia del registro del tráfico de ese día.

Griffin desdobló el papel con una mano y se quedó mirándolo incrédulo. No podía negar su existencia. Pero simplemente era imposible. Había visto exactamente la misma hoja en su mesa (las copias de papel azul claro nunca se duplicaban, ni se reutilizaban los números de identificación) y ponía Salley, G. C, en la parte superior del registro. Ahora el nombre estaba ausente y lo reemplazaba el de Lydia Pell.

—Se suponía que tú ibas en esa expedición. Joder, ibas en esa expedición. Está documentado. Es un hecho. Lo firmé yo mismo. Ya ha ocurrido. —Se puso la mano sobre la muñeca y la apretó tan fuerte como pudo—. Has creado una paradoja «tipo uno».

Salley sonrió.

—Sí, ya lo sé.

—Cuéntame por qué —repitió Salley.

Se lo explicó. Tardó mucho tiempo y tuvo que simplificar ampliamente, pero lo consiguió. Le contó algo sobre los inalterables y bastante más sobre el Rancho del Santo Redentor y le dio algunos detalles sobre las razones por las cuales, aunque sabía quién era el responsable, no había arrestado al topo que había puesto la bomba entre el material de la expedición.

Esperaba que Salley se enfadara cuando supiera que él estaba listo para enviarla en una expedición condenada al fracaso. Pero no se enfadó. Para su gran sorpresa, escuchaba cada una de sus palabras visiblemente fascinada.

Sin que fuera su intención, se dio cuenta de que estaba apelando a sus debilidades. La estaba dejando echar una ojeada tras la cortina donde el mago de Oz manejaba su máquina secreta y controlaba el cosmos y le estaba enseñando exactamente qué palancas estaban unidas con qué poleas.

—La expedición se ha perdido para siempre —concluyó—. La primera vez, los inalterables nos prestaron el equipo para lograr sacar adelante una misión de recuperación. Ahora es imposible que lo hagan.

No mencionó que de acuerdo con el registro final solamente habían recuperado a

siete personas, que tres habían muerto como resultado de las heridas causadas por la bomba y dos en un accidente posterior. Después de todo, la secuencia en que aquello había ocurrido se había separado de la cronología principal. En su marco de referencia, no existía.

—Todo esto asumiendo que nuestro andar jorobando no vaya a destruir el universo —añadió después a modo de amarga reflexión.

—Creo que no tenemos que preocuparnos por eso —dijo Salley—. Y dudo que los inalterables vayan a echar marcha atrás y decidir no darnos la capacidad de viajar en el tiempo. Por lo que me han dicho, las cosas seguirán prácticamente igual que siempre, con o sin paradoja.

—¡Dicho! ¿Quién te ha dicho qué? —Ahora estaba lo suficientemente sosegado para preguntar las cosas que antes no se había atrevido a preguntar, cuando, furioso y en silencio, se había vestido apresurado y había salido de su habitación. Estaba lo bastante tranquilo para escuchar sus respuestas—. ¿Quién te ha metido una idea tan loca en la cabeza?

—Yo misma.

—¿Qué?

Soltó una pequeña carcajada controlada.

—Es curioso. Debe de haber al menos cien películas en que la heroína ve a su doble exacto entrar en la habitación y siempre se sorprende cuando ocurre. Pero cuando me ocurrió a mí, cuando levanté la vista y me vi a mí misma entrar en la tienda, no tenía ni idea de quién era. No me di cuenta de que era yo misma sólo que más mayor hasta que sacó un espejito y me sugirió que comparara nuestras caras. Ella me lo dijo...

Griffin se volvió hacia Salley.

—¿Y la creíste?

Por supuesto que Salley la creyó. Después de todo, la extraña era ella misma. ¿Qué móvil podía tener para engañarla? Así que aceptó borrarse de la expedición, aceptó cambiar la página del registro y prometió seducir a Griffin tras el baile para recaudar fondos, a fin de asegurarse de que estuviera demasiado cansado para comprobar que volvía a su casa del Carniense aquella noche y darle el papel a la mañana siguiente.

Nadie más que conociera a Salley medianamente bien se hubiera tragado ni una parte de aquello. Todos los demás sabían que era una mentirosa empedernida. Ella misma era la única que no era consciente de lo poco que se podía confiar en ella.

—Apenas importa cómo hemos llegado hasta aquí —dijo Salley—. Lo que importa es qué hacemos ahora. Creo que debemos saltar al futuro y pactar. Todo el mundo pacta.

Negó con la cabeza.

—La capacidad de viajar en el tiempo se nos dio bajo ciertas condiciones. Hemos violado todas las reglas que hay.

—Vale, no cumplimos las reglas. ¡Eso es bueno! Ya no hay reglas, están rotas. Ahora todo es posible. Estoy convencida de que encontraremos una solución. Tiene que haber una solución. Siempre la hay.

—En mi experiencia, no. —Él se daba cuenta de que se encontraban en los lados opuestos del gran agujero que separa a aquellos que tratan con hechos científicos de los que tratan las consecuencias de las acciones humanas. O lo que es lo mismo, a

quienes creen en el universo racional y a quienes saben que, puesto que los seres humanos existen, lo racional no existe—. Tú y yo pertenecemos a universos completamente distintos, ¿lo sabías?

—Entonces vente conmigo al mío —contestó ella delicadamente—. El tuyo ya no funciona.

Era verdad. Dios sabe que era verdad. Griffin sintió que algo cambiaba dentro de él. Era un renacer, no de su esperanza (puesto que nunca había sentido ninguna esperanza real) sino de su sentido de la finalidad.

—Dime una cosa —dijo él—. ¿Qué intentabas conseguir? Tu otro yo, quiero decir. ¿Qué te dijo para que hicieras lo que te pedía?

Era increíble, Salley se sonrojó.

—Me dijo que yo te amo.

Cuando terminó de escribir las invitaciones, Griffin echó un vistazo a su reloj. Faltaban dos minutos para que dieran en punto. La reunión sería en dos minutos, pues. Rellenó los espacios que había dejado en blanco e introdujo los papeles en su maletín para dárselos a un mensajero más tarde.

Alguien golpeó la puerta abierta con los nudillos.

—¿Entonces sólo estamos nosotros tres? —preguntó en voz baja Jimmy. Asintió a Salley y ella contestó con una sonrisa nada sincera.

—He invitado a uno más —dijo Griffin—. Tiene que llegar más o menos... ahora.

Jimmy entró por la puerta. Paró cuando se vio a sí mismo.

—Esto no pinta bien —dijo Jimmy.

Su yo mayor parecía extremadamente triste.

—No recuerdo esto en absoluto. Y no es la típica cosa que olvidaría.

Sin decirlo, dio a entender: esta vez sí que la has jodido. Griffin y Jimmy habían trabajado juntos tanto tiempo que ya no tenía que decir cosas así. Cada cual conocía al otro lo suficientemente bien como para pasar con lo esencial.

—Sentaos los dos. —Griffin cogió una tiza. La tecnología para hacer presentaciones cambiaba tanto en el siglo XXI: de pizarras blancas electrónicas a interplanos, tablas inteligentes o interpretadores corporales..., nadie era capaz de manejarlos todos. Pero todo el mundo sabía usar una pizarra clásica.

Dibujó tres líneas paralelas.

—De acuerdo. Esto son segmentos pertinentes de Maastrichtiense, Turoniense y Carniense.

La mayoría de las publicaciones de Griffin eran sobre cronocibernética. Todos eran artículos clasificados, en distinto grado. Sospechaba que sólo él estaba autorizado para leer algunos de ellos. Pero su contribución más útil al campo fue la invención de la esquemática causal. Era como un cruce entre cladogramas y diagramas espacio-tiempo de Feynman y se usaba para evitar que los eventos causa-efecto se enredaran.

Enérgicamente, cubrió las líneas con una serie de círculos unidos que representaban áreas estables de operación. Completo, el esquema mostraba una anomalía alojada profundamente en las acciones de Salley. Cuando vio eso, el Jimmy joven aguantó la respiración. Su réplica mayor se apoyó hacia atrás con aspecto agrio.

—Aquí está nuestro problema —dijo Griffin—. ¿Algún comentario?

Jimmy miró fríamente a Salley.

—¿Cómo coño se ha interpuesto en su propia historia? Tenemos dispositivos de seguridad colocados.

—Ella... Vale, llamemos Gertrude al vector de más edad para evitar confusiones. Y para recordarte a ti —dijo mirando a Salley ferozmente— que de ninguna manera la vamos a confundir contigo. Ya no. Gertrude habría necesitado un permiso de acceso total que sólo se puede obtener del Viejo. Cómo lo consiguió... nunca lo sabremos.

—¿No podríamos...?

—No. No podemos. Gertrude ha desaparecido en un extremo de la anomalía. Cualquier vector de Salley que podamos alcanzar será un descendiente o un predecesor lineal de la que está aquí con nosotros y está completamente libre de culpa.

Jimmy mayor carraspeó.

—¿Estás seguro?

—¿Qué pretendes decir exactamente? —preguntó Salley.

Griffin levantó una mano para pedir paz.

—Es una pregunta justa. Sí, estoy seguro. Gertrude se esforzó mucho para engañar a Salley. ¿Por qué? No lo sabemos y ni siquiera podemos suponer su motivación. Así que no perdamos tiempo intentándolo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jimmy mayor. Su yo joven se incorporó.

—Pues qué va a ser, tenemos una expedición que rescatar. Necesitamos hablar con nuestros patrocinadores.

—No es posible. El acceso a los inalterables es la bailía de los militares. Hasta al Viejo le cuesta ponerse en contacto con ellos.

—Entonces tenemos que ir a por ellos. Ir a verles a su casa. —Hizo una pausa para poner intención en lo que decía—. Todos nosotros.

—Sería más fácil —comentó el Jimmy joven— si no la llevara a ella.

—Eso no admite discusión. —Había pasado mucho tiempo desde que Griffin no había hecho nada que fuera completamente ilegal, prefería trabajar dentro del sistema. Si iba a salirse de la carretera, prefería tener a Salley con él y también a Jimmy. Cada uno era hábil en aquello en que no lo eran los otros. Y él iba a necesitar toda la ayuda posible—. ¿Por dónde empezamos?

El joven Jimmy se levantó y borró todo lo que Griffin había dibujado en la pizarra. Entonces cogió una tiza y dibujó una compleja serie de líneas entrelazadas que subían y bajaban.

—El metro de los dioses —dijo con una sonrisita de tiburón—. Paradas locales. Con respecto a su memorándum, me he traído una lista de nexos débiles.

—¿Nexos débiles? —preguntó Salley.

—Cuando repartimos la seguridad —explicó Griffin— nos aseguramos de intercalar unos pocos guardas con una inteligencia por debajo de la óptima. Por si acaso. Ninguno de ellos está de servicio mucho tiempo. Tenías que haberles contratado para saber que estaban allí.

—Pues aquí —Jimmy golpeó un nexo—, en el 2013, hay una oportunidad perfecta. La oficial de seguridad Mankalita Harrison. Oficiosa, ambiciosa, de las últimas de su clase. Sustituye a Sue Browder por un período de dos días. Nunca ha conocido al Viejo. Lo mejor de todo, hemos mantenido esos días prácticamente sin documentar. Podemos insertar lo que queramos en ese silencio. Pero necesita un Permiso de Acceso Total para conseguirlo. ¿Hay alguna forma de que se haga con la tarjeta de identificación del Viejo?

El Viejo era una criatura de costumbres y lo había sido desde la adolescencia. Los lápices afilados siempre a un lado del primer cajón, un paquete de papel color crema en el del medio. Griffin sabía exactamente dónde guardaba sus autorizaciones. Se sabía las contraseñas.

—Puedo hacerlo.

Jimmy, el mayor, carraspeó.

—Veo que asumes que el Viejo no querrá tener nada que ver.

—Confía en mí. Nunca cooperaría en esto.

—Bueno, si puedes conseguir la identificación, yo haré el resto. Necesitaremos documentación de...

El viejo Jimmy echó una mirada a Griffin. En respuesta, Griffin se volvió hacia el joven Jimmy y dijo:

—Bien, hemos realizado simulacros de este tipo de cosas. Ocúpate del papeleo y de que los chicos nos construyan el contenedor. Saldremos en quince minutos.

—¿El contenedor? —preguntó Salley.

Griffin la ignoró.

—Ah, y necesitaremos a otra persona en el equipo de seguridad. ¿Alguna recomendación?

—Tengo buenas referencias de Molly Gerhard.

—Llámala. A los cuarenta y pico nos deja para empezar su propia empresa. Reclúta la lo más tarde posible. Cuanto más mayor mejor.

—Hecho. —El hombre joven se levantó y se fue.

Griffin se volvió hacia el Jimmy que quedaba.

—Vale —dijo—. ¿Qué pasa?

—No sé si debo... —Levantó una ceja para señalar a Salley.

—No tengo secretos para ella. Habla abiertamente.

Jimmy suspiró y negó con la cabeza.

—Cuando llegas a mi edad, pierdes gusto por su tipo de juegos. —Señaló la puerta con la cabeza cuando dijo «su»—. Harry, estoy a punto de jubilarme. Me he comprado un bar en Long Island. Mañana es mi último día.

—Entonces dame tu último día. Encuentra el punto de interceptación del Viejo y manténlo alejado de mí hasta que haya rellenado el registro de viaje. Sácale a tomar unas copas. Haz que hable de los viejos tiempos.

Jimmy parecía afligido.

—Entiendo cómo te sientes. Pero de ninguna manera me convencerás de que me alíe con ninguno de los dos.

Griffin estudió a Jimmy con detenimiento, centrando su atención en él, excluyendo todo lo demás. Esperó a que Jimmy llenara su universo, entonces dijo:

—¿Recuerdas aquel día en ese bar de carretera de Texas, a las afueras de San Antonio?

Jimmy se rió. Se acordaba, por supuesto. Era un antro de obreros hecho polvo con billetes de dólar grapados en el techo como decoración. Habían ido a la ciudad para una exposición de rocas y gemas donde un geólogo de generación uno planeaba vender un puñado de plumas de caudipteryx especialmente llamativas a un coleccionista privado. Esto ocurrió en 2034, antes de la rueda de prensa de Salley, cuando los viajes en el tiempo todavía eran un gran secreto. Cuando el geólogo llegó a su hotel, Griffin estaba allí con Jimmy preparado para meterle al hombre el temor divino en el cuerpo.

Más tarde, mientras salían de la ciudad, tiraron el material de contrabando por la ventana del coche alquilado.

Habían parado en el bar para tomar un par de cervezas y jugar al billar (los dos jugaban mal e imaginaban que el otro jugaba peor) cuando un borracho se acercó buscando pelea.

—¡Eh! ¿No seréis maricones? —Era un patán gordo seboso que iba sin afeitarse y llevaba una camisa de cuadros sobre una camiseta llena de manchas. Pero tenía el aspecto de ser alguien que se ganaba el pan trabajando. A Griffin le pareció que bajo la panza tenía músculos—. ¡Porque está claro que parecéis un par de jodidos maricones!

—Tómame una cerveza —sugirió Griffin—. Invito yo.

El borracho se quedó mirándolo con los ojos a punto de salirse de la sorpresa. Zigzagueó un poco hacia un lado.

—¿Crees que acepto copas de maricones? Debes de pensar que yo también soy maricón.

Jimmy estaba agachado sobre la mesa de billar, alineando un golpe. Sin levantar la vista dijo:

—No tengo tiempo para ti. Pero mi botella es la que está ahí en la barra. Te la puedes meter por el culo.

El borracho pestañeó. Entonces, soltó un bramido y corrió hacia Jimmy con los puños en alto. Jimmy se puso de pie y le rompió un palo de billar en la cabeza.

Se desplomó como un buey.

Griffin observó al hombre. No se movía. Un hilito de sangre le salía de un oído. Parecía que no respiraba.

—Tal vez deberíamos largarnos.

Jimmy sacó su cartera y puso varios billetes de veinte sobre el fieltro. Colocó su botella de cerveza encima.

—Habrá suficiente para pagar el palo —dijo. No había mucha gente en el bar pero todos le estaban mirando.

Cuando salió del local nadie dijo una palabra.

Ya en la carretera, condujeron en silencio durante un rato. Después Jimmy dijo:

—Esto no te va a gustar nada.

—¿Qué?

—Me he dejado el carnet de conducir en el bar. Tuve que dárselo al hombre para usar la mesa de billar.

—¿Crees que estamos a tiempo de volver y recuperarlo?

Un coche de policía con las luces intermitentes pasó en dirección al bar de carretera.

—Supongo que no.

Así que fueron al aeropuerto y encontraron a un piloto de Cessna que por dos mil dólares estaba dispuesto a llevarles de regreso a Washington sin hacer preguntas. Allí corrieron al Pentágono y retrocedieron un día para que Jimmy pudiera llamar a la policía y denunciar que le habían robado el carnet. Después, él y Griffin fueron a un bar en Georgetown y Jimmy rompió un par de cosas. Los dos pasaron la noche borrachos.

—Eso no era parte del plan —le dijo Griffin a Salley—. Pero cuando llegó la policía, este tipo me cogió, me levantó por la cintura y me lanzó hacia ellos. Todos nos caímos unos encima de otros.

Para entonces ya estaban los dos riendo.

—Sólo pensé que si iba a ir a la cárcel, debía tener compañía. —Jimmy se secó las lágrimas—. En cualquier caso nos valió de coartada ideal.

—El Viejo nos pilló. Nos echó una buena bronca.

—Bueno, tenía que hacerlo. ¿No?

—Sí, pero hubo algo raro. —Hizo una pausa hasta que pararon de reír—. A la salida, me giré y le guiñé un ojo. Él no me devolvió el guiño. —Dejó pasar un momento de silencio—. Cuando te haces mayor, te vuelves más conservador. Ya sabes cómo es. El Viejo se ha olvidado de cómo era ser joven y salvaje. Pero nosotros no. Ni tú ni yo. Todavía.

Por un momento, Jimmy no dijo nada. Entonces asintió.

—De acuerdo. Una última vez.

Se levantó despacio y se fue sin decir nada ni mirar a Salley. Como si ella no estuviera presente.

Cuando se hubo ido, Salley preguntó:

—¿Murió?

—¿Que si murió quién?

—El hombre del bar. El borracho.

Por su expresión veía que la historia no le había parecido muy graciosa. Se encogió de hombros.

—Ha pasado mucho tiempo. Nunca lo comprobamos.

Un minuto después volvió Jimmy joven llevando una ropa distinta. Con ayuda de una plataforma con ruedas entró un gran contenedor de madera para empaquetar cosas y les enseñó cómo se abría.

—Viajarás en esto —le dijo a Salley—. Nada extravagante. Nos hemos decantado por la sencillez. Está acolchado por dentro. Este pequeño estante vale de asiento. Te puedes agarrar aquí y aquí. Y esto sujeta una linterna por si quieres traerte un libro.

En un lado tenía una pegatina naranja chillón y negra que decía ESTE LADO HACIA ARRIBA y otra que decía PELIGRO: OMNÍVORO.

—No entiendo —objetó Salley—. ¿Por qué razón tengo que ir en un contenedor?

—Me parece que no te va a gustar la razón —contestó Griffin incómodo.

—Pues —dijo Jimmy—, hicimos preparativos preveyendo que algo así ocurriría. Hay una cláusula en el permiso del Viejo que me permite acompañarle como protección. Sin embargo, a ti no se te esperaba. Simplemente no hay manera de que nos acompañes como miembro del equipo de seguridad.

Griffin quería decirle a Jimmy que moderara sus formas. Salley llevaba ya un buen rato a punto de estallar. Estaba lista para montar una escena. Griffin tenía suficiente experiencia con las mujeres para saberlo. Pero Jimmy joven, aunque más adelante en su vida se dulcificara, era igual de difícil de tratar que la propia Salley.

—¿Y pues? —preguntó Salley.

Otra vez la sonrisita de tiburón. Señaló vigorosamente con la cabeza al contenedor. Jimmy era, a esa edad, un cabroncete sádico.

—Pues tú viajarás como si fueras un espécimen biológico.

## Pautas de nidificación

*Colinas Expedición Perdida: era Mesozoica. Período Cretácico.  
Época Senoniense. Edad Maastrichtiense. 65 millones de años a. C.*

Los anatotitanes anidaron en la isla Egg. Una pareja de anquilosaurios gruñían mientras rebuscaban en los matorrales a lo largo del río. Y a Su Excelencia le estaba costando controlar a sus exuberantes cachorros. Estaban en una edad en que no paraban de alejarse del asentamiento y tenía que estar todo el tiempo lanzándolos de vuelta a su sitio.

Los tiranosaurios jóvenes, al contrario que sus mayores, eran seres de una curiosidad voraz. Examinaban cuanto veían y atacaban todo lo que se movía. La tasa de mortalidad entre estos jóvenes era extremadamente alta pero aquellos que sobrevivían hasta la edad adulta eran criaturas cautelosas y con mucha experiencia.

Jamal había construido una plataforma de observación en lo alto de los árboles por encima de Smoke Hollow y otra en Barren Ridge. Gracias a ellas era posible hacerse con una buena imagen de lo que ocurría en el valle. Aunque la plataforma de Barren Ridge era la mejor de las dos porque facilitaba una vista excelente del asentamiento de tiranosaurios.

Aquel día le tocaba a Leyster hacer guardia en Barren Ridge. Las ramas del árbol se agitaron y tintinearono cuando Katie se columpió hasta él. Apareció por encima de la plataforma y le tendió un pescado frito envuelto en hojas.

—Buenos días, querido. Te he traído el almuerzo. —Le dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo están los niños?

—Compruébalo tú misma. —Le tendió los prismáticos—. Ha perdido a otro. Carra-cicatriz.

De los veinte originales, quedaban dieciséis crías de tiranosaurio y todos eran feos como gárgolas. Sólo medían dos metros de alto y eran tan jóvenes que su muda todavía no estaba completa. Todos ellos tenían manchurroneos de plumas grises peludas aquí y allá que parecían infecciones de hongos.

—Aquí viene el cabeza de familia.

El Señor del Valle subía a cuatro patas torpemente por encima de la barrera de troncos y arbustos que él y su pareja habían arrastrado para crear un cerco alrededor del asentamiento. De su boca colgaba una cadera ensangrentada de edmontosaurio.

Las crías se acercaron hasta él corriendo, graznando de emoción. Saltaron ávidamente (saltar era una de las cosas que un adulto no podía hacer debido a su gran peso) y mordieron la carne.

El Señor la dejó caer con un gruñido.

Las crías se echaron sobre la cadera, tirando de ella tan salvajemente que la sangre salpicó sus hocicos. Sable se interpuso en el camino de Adolfo y por ello se llevó un mordisco en la cola. Chilló como un cerdo y se escabulló para volver a la carne, apartando rudamente de su camino a Atila y a Lagartona.

—No es un espectáculo muy agradable —comentó Katie—. ¿Cómo puedes mirar mientras comes?

Leyster saboreó el pescado con gusto. Ahora que se les habían acabado las existencias de liofilizados dependían casi del todo de lo que pudieran cazar o atrapar y por ello a veces no comían bien en absoluto. Eso le hacía apreciar cuando comían bien. «El hambre es la mejor salsa.»

Pero en su interior, ver comer a esos pequeños monstruos siempre le hacía alegrarse de que hubiera un barranco entre ellos y él.

Sin bajar los prismáticos, Katie dijo:

—¿Sabes qué me he preguntado siempre?

—¿Qué?

—¿Por qué los dinosaurios no tienen orejas? Las orejas son tan prácticas. Uno diría que pueden evolucionar más fácilmente que los picos o las alas. ¿Y por qué esos chavales de ahí abajo no tienen enormes orejotas de elefante?

—Buena pregunta. No lo sé. Ahí va otra. ¿Adónde van los dinosaurios cuando no están aquí? Un día están por todas partes. A la mañana siguiente te despiertas y se han esfumado. Cuatro meses después encuentras un tiranosaurio paseándose por el valle y cuando te quieres dar cuenta han vuelto. Cuando llegue la siguiente estación de las lluvias, vamos a tener que seguir a la manada. Quiero decir, físicamente.

El invierno anterior habían intentado monitorizar las migraciones vía satélite. Pero el sistema Ptolomeo había sido diseñado primordialmente para cartografiar. Ofrecía baja resolución y, lo que es peor, no permitía visualizar a través de las nubes. Solamente habían conseguido identificar una tendencia general hacia el interior, allí las manadas se dispersaban y desaparecían de la pantalla.

Leyster deseaba seguirles con toda su alma. Durante la estación de las lluvias solamente los dinosaurios más pequeños, y los que tenían plumas, se quedaban para molestar a las ranas, los mamíferos, los peces y los reptiles. La meseta fluvial se volvía exuberante y espesa como una jungla pero a Leyster se le antojaba vacía y carente de alma sin los dinosaurios grandes.

—Nunca les entenderemos hasta que no comprendamos las pautas de sus migraciones. Descubrir las ha de ser nuestra prioridad.

—Nuestra segunda prioridad. Chuck dice que necesitamos vegetales, así que te ha tocado liderar una expedición para ir a recoger tubérculos de ciénaga.

—¡Yo! ¿Por qué yo? Planeaba pasar el día trezando cuerda y releiendo *Mucho ruido y pocas nueces*. —Señaló con el dedo la cesta llena de fibras y su antología de Shakespeare junto al cuaderno de observaciones.

Katie sonrió dulcemente.

—Tú fuiste el que encontró los tubérculos. Nadie más sabe dónde están. —Se acercó los libros y se puso la cesta en el regazo—. Pero a mí me encantará ocuparme de estas labores por ti.

Leyster reclutó a Patrick y Tamara para que le acompañaran a la ciénaga de los Mosquitos. A pesar de las quejas, se alegraba de ir. Aunque no iba a ser el día de pereza productiva que había planeado, recoger comida era una tarea fácil e incluía un agradable paseo a través de un paraje campestre que le encantaba. Era incluso posible que observaran alguna novedad en el comportamiento de los dinosaurios.

Como hacía tiempo que se les habían acabado las balas del rifle, Patrick y él llevaban palos (Leyster una pala y Patrick un rifle que sería de otro modo inútil) para protegerse de ataques inesperados de dromeosaurios. Los «dromis» eran los únicos carnívoros que se fiaban tan poco del olor que en circunstancias normales atacarían a un ser humano. La peste a humo de hoguera que cubría su pelo, su ropa y su piel les protegía de prácticamente todo excepto de los cocodrilos y aquellos que tendían a quedarse en el agua.

Tamara, por supuesto, llevaba su lanza. Durante la estación de las lluvias, había pasado meses afilando laboriosamente la punta de un protector de hierro que en sus orígenes fue un trozo de la sujeción del material. Entonces había puesto aquella cosa con forma de hoja en un mango de madera tratada con un pegamento de resina y lo había envuelto fuertemente en un tendón de hadrosaurio.

El resultado era una arma con aspecto asesino que todos llamaban «El capricho de Tamara».

La llevaba consigo a todas partes y practicaba su habilidad para lanzarla al menos una hora al día. Según decía, la hacía sentirse segura.

En cualquier caso, andaban con un cuidado que, con tanta práctica, ya les resultaba natural. Si el año anterior les había enseñado algo, era que nada se podía dar por supuesto.

Mientras andaban, hablaban en voz baja. Ése era un aspecto de su aislamiento que Leyster apreciaba genuinamente. Era como un seminario sin fin. Ser profesor no era cuestión de transmitir el conocimiento desde lo alto del Parnaso. Aprendías de los estudiantes, de sus preguntas y especulaciones, y a veces hasta de sus malentendidos. Y este grupo era bueno. Había aprendido mucho de ellos.

—¿No os parece también a vosotros —preguntó Tamara— que hay gran cantidad de biomasa atrapada en esta megafauna? Me refiero no sólo a que hay muchas especies en el valle si no a que hay muchos más individuos de lo que cabría esperar.

—¡Sí! —exclamó Patrick—. ¿Cómo puede la tierra abastecerles a todos? Deben de alimentarse con un nivel de eficacia impresionante. Están constantemente devorando los nuevos brotes pero nunca pastan más de la cuenta. ¿Cómo lo hacen?

—A veces algunos grupos pequeños se van —señaló Leyster—. Les hemos visto.

—Sí, y siempre resulta ser justo lo bastante para mantener el equilibrio aquí. Asusta un poco —dijo Tamara—. ¿Cómo unos animales con tan poco cerebro como los dinosaurios pueden mantener ese tipo de equilibrio cuando los realmente listos como los seres humanos no pueden?

—No sé —contestó Leyster.

—No me malinterpretes —dijo Tamara—. Pero me parece que contestas eso muchas veces.

—Bueno, si el sufrimiento es la esencia de la condición humana, entonces la esencia de la condición científica debe ser la ignorancia. —Leyster se encogió de hombros—. Cada ecosistema es una danza de necesidades, un complejo equilibrio de apetitos. Cuando todo lo que teníamos para trabajar eran fósiles, lo que necesitábamos

era encontrar más y mejores fósiles. Ahora sólo hemos de llevar a cabo más y mejores observaciones. Vosotros no apreciáis lo fácil que lo tenéis. —Un mosquito le picó en el brazo. Lo espantó con una palmada—. Eh, ya casi estamos.

Cavaron en busca de tubérculos hasta que sus bolsas estuvieron llenas y sus brazos doloridos. Entonces se tomaron un descanso antes de regresar. Tumbado con la cabeza apoyada en un tronco mirando cómo las libélulas se apareaban ruidosas en el aire mientras Tamara trenzaba flores blancas en su pelo, Leyster decidió que estaba más cerca que nunca de la felicidad.

Tamara y Patrick discutían perezosa y reflexivamente sobre la función de los pequeños bracitos con dos dedos de los tiranosaurios. Patrick tenía imágenes de Su Excelencia deshaciéndose en atenciones hacia el montículo de barro que tenía como nido, usando los bracitos para dar la vuelta delicadamente a los huevos, y opinaba que esa grabación zanjaba el asunto. Tamara sostenía que era sólo una función incidental y estaba convencida de que su uso primordial era hacer de señalización de la respuesta sexual: estoy listo para aparearme. O bien: no me apetece.

Leyster estaba a punto de intervenir con su propia opinión cuando sonó el teléfono.

—Contesto yo —dijo Tamara. Abrió la cremallera de un bolsillo de su mochila y sacó el aparato primorosamente empaquetado. Lo desenvolvió con mucho cuidado. Entonces, tras alejarse un poco buscando privacidad, pulsó el botón para hablar.

Leyster se puso de pie. Necesitaba echar una meada.

—Vuelvo en seguida —dijo.

Cuando Leyster volvió, Patrick y Tamara estaban sonriendo de oreja a oreja.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Buenas noticias?

—Lai-tsz acaba de anunciar una cosa —contestó Patrick—. Iba a esperar a que todos estuviéramos allí esta noche pero entonces alguien comentó algo y ella lo soltó. Está embarazada.

—¿Qué? ¿Embarazada? ¿Cómo es eso?

Patrick resopló y levantó una ceja burlona. Tamara parecía impaciente.

—¿Y tú qué crees?

Leyster se sentó en un tronco.

—Dios, no me lo creo. ¿No se suponía que estaba bajo algún tipo de tratamiento anticonceptivo? —De hecho sabía que lo estaba. Había visto sus informes médicos. Todas las mujeres del grupo estaban bajo tratamientos anticonceptivos a largo plazo, del tipo que sólo se deshacen con una intervención quirúrgica—. ¿Quién es el padre? —Se calló—. Lo siento, esa ha sido una pregunta realmente estúpida.

—Pues sí —dijo Tamara—. Todos sois el padre. Todos somos responsables. Todos somos los padres.

—No parece muy contento con la noticia —comentó Patrick con cuidado.

—¿Contento? ¿Esperáis que esté contento? ¿Ha pensado alguien en qué tipo de vida podemos ofrecerle a un niño?

—No hemos tenido...

—Con once padres, seguro que el bebé estará bien cuidado y mimado —dijo Ta-

mara—. No pasa nada. Los niños son de goma.

—¿Y que pasará cuando llegue a la adolescencia?

Nadie dijo nada.

—Imaginaos a una adolescente en un mundo donde lo único que existe son sus padres. Sin amigas. Sin nadie a quien contar sus cosas. Sin novios, sin citas, sin fiestas. Va a ser una niña bien rarita. Cuando empiece a sentir deseo sexual, va a querer participar en nuestras sesioncitas de terapia física. ¿Qué le contamos entonces?

—De verdad, no creo que... —comenzó Patrick.

—O aceptamos o le decimos que no puede. No sé cuál de las dos respuestas la confundirá más.

—Y yo no sé por qué estás siendo tan desagradable —dijo Tamara.

—Vale, imaginemos que logra sobrevivir a la adolescencia de alguna manera. Se convierte en adulta. Es joven y está llena de energía en un campamento lleno de viejos en plena decadencia. Todo lo que ella quiere hacer es demasiado salvaje, demasiado rápido, demasiado para los demás. La mayoría gana, por supuesto. Ella siempre pierde.

»Mientras, seguimos envejeciendo. Cada vez ella tiene que cuidarnos más y más. No le gusta pero no puede evitarlo. ¿Adónde puede ir? Se convierte en una esclava de trabajo, arisca e infeliz. Hasta que por fin empezamos a morirnos.

»Al principio será un alivio para ella. Pero eso la hará sentirse culpable, claro. Se volverá todavía más retorcida. Pero es humana. Le alegrará vernos desaparecer. Sin embargo, cuando el mundo de los humanos vaya decreciendo, uno por uno, empezará poco a poco a darse cuenta de lo sola que se va a quedar. Hasta que llegue el gran día en que sea la última mujer sobre la faz de la Tierra. ¡Daos cuenta! La última mujer de la Tierra. Perfecta, absoluta y miserablemente sola. Con quizá veinte años más por delante.

»Decidme: ¿cómo de cuerda creeréis que estará para entonces? ¿Cuán humana será?

Patrick aspiró aire despacio a través de sus dientes.

—Bueno, pero... ¿qué alternativa hay?

—Me temo que Lai-tsz va a tener que...

Para completa sorpresa de Leyster, Tamara cerró el puño y le golpeó en el estómago. Fuerte.

Se desplomó doblado en dos.

Ella estaba de pie junto a él con la cara blanca de ira y dijo:

—¡Eso no es una alternativa! Y si lo fuera, no sería tu decisión. «¿No se suponía que estaba bajo algún tipo de tratamiento anticonceptivo?» Cielo santo, ¿lo pensaste dos veces antes de meterle la polla? No hay anticonceptivo que funcione siempre, las mujeres siempre tenemos que contar con eso, ¿por qué no los hombres?

Agarró su mochila y su lanza.

—Además —dijo por encima del hombro—, lo más seguro es que todos estemos muertos en cinco años. Así que, ¡tampoco es que importe mucho!

Se alejó enfadada.

—¡Jo! —Patrick sonrió avergonzado—. Ha sido brutal. Aunque, y perdón por decirlo, en parte te lo merecías. —Ayudó a Leyster a levantarse—. ¿Estás bien?

Leyster se limitó a asentir con la cabeza.

Así que volvieron a casa teniendo menos cuidado que de costumbre. Tamara iba la primera, andando rápidamente y con la vista fija al frente hasta que se convirtió en una pequeña figura en la distancia. Leyster y Patrick la siguieron lo mejor que pudieron.

Caminaron siguiendo el río hasta que llegaron a Hell Creek y entonces giraron tierra adentro. Leyster estaba distraído mirando a unos troodones que abrían mejillones a lo lejos cuando Patrick exclamó:

—Oh, oh.

—¿Qué? —Leyster se volvió y vio una cría de tiranosaurio inmóvil en la distancia. En concreto era Cara-cicatriz, que se había alejado del nido esa mañana. Sólo se movía su cabeza.

Estaba olisqueando el rastro de Tamara.

—¡Tamara! —vociferó Patrick mientras hacía grandes gestos para señalar al tiranosaurio.

Tamara se dio la vuelta, vio al depredador y buscó como loca un sitio al que huir. El terreno junto al río era plano y casi sin accidentes. Allí no había muchos recovecos ni escondrijos.

—¡Espinas! ¡Espinas! —gritó Patrick. Levantó ambas manos y las movió hacia adelante señalando un matorral de árboles con espinas en la distancia. Si Tamara podía alcanzarlos, había una posibilidad de que pudiera esconderse en el centro del matorral, donde la cría de tiranosaurio, cuya piel era relativamente fina, no se molestaría en seguirla.

Con un movimiento, Tamara tiró la mochila y echó a correr.

Cara-cicatriz avanzó hacia adelante, tras ella.

Tamara siempre había sido atlética. Corría como una velocista, con las rodillas altas y la lanza subiendo y bajando con sus brazos.

Corría pero no lo suficientemente rápido. La cría iba directa hacia ella. Y era mucho más veloz de lo que ella jamás podía aspirar a ser.

Imposible llegar a los árboles de espinas a tiempo.

No lo iba a conseguir.

Como si estuviera fuera de sí, Leyster se descubrió corriendo hasta colocarse entre ella y Cara-cicatriz. Fue una acción instintiva, totalmente fuera de su control. A él mismo le sorprendió darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Sabía que cuando el tiranosaurio se preparaba para embestir centraba toda su atención en la presa deseada. Los anatotitanes podían separarse en una docena de direcciones pero el tiranosaurio no se distraería porque sólo quería el hadrosaurio en el que había fijado su atención. No ése sino aquél. No le valía ningún otro.

Pero a pesar de eso, si se ponía justo delante de Cara-cicatriz cuando llegara, incluso algo con la simpleza mental de un tiranosaurio le engulliría.

En cualquier caso, ésa era la teoría de Leyster.

Como sumido en un asombroso sueño, vio cómo se le acercaba Cara-cicatriz. La boca abierta del tiranosaurio parecía el cajón de los cuchillos del propio diablo, lleno de dientes de sierra afilados. Se quedó quieto justo delante de la bestia. Fijó los pies en el suelo.

El cuerpo de Leyster tembló por la necesidad de huir. ¡Corre!, le pedía.

Pero se quedó allí.

El tiranosaurio cruzó el riachuelo en dos saltos salpicando. Estaba casi sobre él. Crecía y se hinchaba ante sus ojos, hasta que lo único que quedaba en el mundo era su enorme cabeza demoníaca. Podía contar las cinco rayas paralelas de plata que cruzaban su hocico.

Entonces, cuando le alcanzó, levantó increíblemente su enorme cabeza hacia arriba y para un lado, y la bajó para quitarle de en medio sin mucho esfuerzo.

Era como ser apartado por un caballo percherón. Sintiendo un golpe de dolor, Leyster se encontró dando tumbos hasta Patrick, quien de alguna manera estaba allí, cogiéndole por los hombros, intentando apartarle de la embestida del tiranosaurio.

Se desplomó.

Había sido rechazado. Cara-cicatriz quería a Tamara y a nadie más.

Entonces a Leyster le invadió una extraña sensación de desilusión mezclada con alivio. Si Tamara moría, ya no era su culpa. Había hecho todo lo humanamente posible.

Pero ya mientras caía, Leyster se percató de que todavía tenía la pala. Entre tanta confusión, se le había olvidado soltarla. De modo que, en un intento desesperado, la arrojó con todas sus fuerzas hacia las patas de la cría.

Los tiranosaurios estaban hechos para ser veloces. Los huesos de sus patas eran huecos, como los de los pájaros. Si pudiera romperle el fémur...

La pala le dio, pero no con fuerza. Le golpeó sin romperle nada. Pero aun así se le enredó entre las poderosas patas. Se la arrancó de las manos con mucha fuerza. Aquel tirón hizo a Leyster rodar por el suelo.

Alguien gritaba. Aturdido, Leyster se levantó con los brazos para ver a Patrick dándole golpes sin parar a la cría con la culata de la escopeta. No parecía que hiciera mucho efecto. Patosamente Cara-cicatriz intentaba ponerse de pie. Más que enfadado parecía perplejo por lo que le estaba pasando.

Entonces Tamara surgió de la nada y se plantó delante del monstruo. Parecía una diosa guerrera, todo furia y determinación. Levantó la lanza por encima de Cara-cicatriz, agarrándola fuerte con ambas manos. Los nudillos se le pusieron blancos.

Bajó la lanza con todas sus fuerzas atravesando el centro de la cara del tiranosaurio.

Le dieron espasmos y murió.

De pronto, todo era silencio.

Leyster se levantó dolorido.

—Creo que me he roto la costilla.

—Lo que tienes mal es la cabeza —dijo Tamara—. ¿Qué intentabas demostrar? ¡Mira que atacar a un tiranosaurio con una pala! Idiota.

—Yo... —Todo parecía irreal—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Estabas corriendo... —Señaló con la mano el soto de árboles espinosos—. Hacia allí...

—Me di la vuelta. Miré por encima del hombro, vi la estupidez que estabas haciendo y vine a liberarte.

Patrick empezó a reírse.

—Jo, tío —dijo—. ¿Visteis la cara que ponía el bicho?

—¡Cuando le sacudías con aquello...!

—¡Estaba atónito! Pensaba que era el único que..

Se abrazaban y se daban palmaditas en la espalda los unos a los otros, y lloraban y gritaban de la risa a la vez. Estaban llenos a rebosar de emociones que intentaban salir de golpe.

—¡Justo en toda la fenestra anteorbital! —exclamó Tamara—. Justo en el centro del cráneo donde no hay ningún hueso. Sólo tejido blando. La lanza le ha agujerado el cerebro directamente. ¡Ja! Tenías razón, Leyster, las prácticas de anatomía ¡sí que sirven de algo! —Sacó su navaja y se arrodilló junto al cadáver del tiranosaurio.

—¿Qué haces? —preguntó Leyster.

—Coger un diente. He matado a este cabroncete y, qué demonios, quiero un trofeo.

Patrick sacó la cámara.

—Ponte junto al cuerpo —le dijo—. Coloca el pie sobre su cabeza. Sí, así. Ahora desabróchate la blusa. ¡Ay! ¡Eh! ¡No! —Se rió y se agachó mientras ella le pinchaba con el palo de la lanza—. En serio, un escote generoso puede hacer maravillas por tu carrera.

La colocó en otra pose y disparó varias veces.

—Vale, una de éstas quedará bien. Ahora los tres juntos. Leyster, quiero que cojas la pala con el mango para abajo.

Empezó a colocar el trípode.

—Será mejor que acabemos las fotos y cojamos el diente rápido —dijo Leyster—. No quiero estar cerca de aquí cuando «mami» venga a buscar a su «bebé verderón».

Leyster estuvo preocupado por el Señor y la Señora durante todo el largo camino a casa, pero no pasó nada. Sin embargo se animó cuando subieron a Smoke Hollow y vio la luz del fuego de la cabaña y el último rayo del sol poniente reflejado en la antena parabólica.

Se sentía bien por volver. Quería oír a Tamara presumir de sus hazañas. Quería volver a ver a Lai-tsz. Quería ver si ya se le notaba. Quería compartir la felicidad que sabía todos sentían.

Éste es mi hogar, pensó. Ésta es mi gente. Mi tribu.

## Linaje fantasma

*Ciudad Terminal: era Telezoica. Periodo Eognótico.  
Época Afrasia. Edad Orogénica. 50 millones de años d. C.*

Fisgoneando entre los acantilados de un arroyo que desembocaba en el río Egeo, Salley encontró algo interesante. En la cara erosionada de un precipicio, vio un pequeño sinclinal de un material oscuro que parecía asfaltita. Así que, por supuesto, trepó para echarle una ojeada. El petróleo muerto solía marcar un yacimiento de huesos. Arrancó un trozo y lo olió en busca de querogeno. Una franja verde de corrosión la llevó a algo pequeño incrustado en la roca y que recientemente había quedado expuesto a los elementos. Abrió su navaja y empezó a desenterrarlo para poder identificarlo.

Era plano y tenía forma aproximada de disco. Se lo acercó a la lengua. Cobre. Un céntimo, tal vez. Quizá algún tipo de arandela.

Por un instante se sintió mareada por estar tan lejos de casa.

Se percató de que el estrato era un macadán metamórfico, una carretera que había sido aplastada y retorcida durante millones de años por la colisión entre África y Europa levantando la grandiosa cordillera Mediterránea que dominaba el horizonte. Una vez habría estado atestada de turistas en coches de alquiler y autobuses llenos de niños, motocicletas y furgonetas en movimiento, remolques con pisos de automóviles sin estrenar, deportivos a demasiada velocidad, chatarra móvil sujeta con alambre escupiendo humo negro y cargando familias de refugiados de largas guerritas regionales a un extraño nuevo mundo.

Ahora hacía falta un ojo avizor y un cuidadoso análisis para determinar que los seres humanos habían existido una vez.

Envolvió con cuidado un trocito del metal en su pañuelo. Más tarde podría examinarlo con detenimiento. Entonces abrió su cuaderno para anotar el hallazgo y le molestó intensamente descubrir que su pluma no tenía tinta.

—¡Profesora Salley!

Se dio la vuelta para ver quién la llamaba.

Era el irlandés. Estaba de pie junto al arroyo, esperando a que ella bajara.

Negó con la cabeza y señaló un punto más lejano, donde el arroyo desembocaba en el río Egeo. Varios platibelodones estaban salpicando y revolcándose en el río verde brillante. Eran bestias maravillosas, proboscideos basales con grandes defensas en forma de pala, y claramente estaban encantados de pasearse por allí. Se asomaban para comerse con enorme gusto las plantas acuáticas. En sus cuellos brillaban pequeños reflejos dorados.

—¡Sube! ¡Mira qué vistas!

Empezó a subir la cuesta poniendo mala cara.

Involuntariamente Salley tocó su collarín. No confiaba en Jimmy Boyle. Era todo calma y premeditación. Su sonrisa tenía siempre un toque de frialdad.

—Aquí estás. —Jimmy se desplomó a su lado y esperó a oír lo que ella quería decir. Jimmy era así de paciente. Jimmy siempre tenía todo el tiempo del mundo.

—¿No deberías estar con Griffin?

—Lo mismo te podía decir yo a ti. —Esperó. Entonces, cuando ella no respondió, él continuó—. Está preocupado por ti. Todos lo estamos.

—Estoy bien.

—¿Entonces por qué no estás en Ciudad Terminal ayudando con las negociaciones?

—Porque soy más útil aquí.

—¿Haciendo qué?

Ella se encogió de hombros. Abajo, en la carretera junto al río, un inalterable solitario estaba guiando a una pequeña manada de indricoterios hacia su nuevo hábitat. Los *Indricotherium* eran unas bestias afables y plácidas, y también era el mayor mamífero terrestre que jamás había existido. Medía más de cuatro metros de los pies a los hombros y parecía algo así como un cruce entre jirafa, elefante y caballo. Con sólo verlo a Salley le dolía el corazón de la emoción.

Se levantó las gafas y por un momento se quedó mirando cómo el inalterable, alto y sereno, guiaba a los indricoterios.

Los inalterables también eran bellos a su manera. Eran más delgados que los ángeles de El Greco e indistinguibles por su sexualidad. Pero Salley no podía tenerles la misma simpatía que era capaz de sentir por los animales del valle. Eran demasiado perfectos. Les faltaba el hedor y el carácter impredecible de la vida biológica.

El sol reflejó un círculo dorado en torno al cuello de un indricoterio y ella se bajó las gafas.

Una vez más se tocó el collarín con una mano.

Jimmy le echó una mirada perspicaz.

—No está utilizando el controlador, si es eso lo que te incomoda —dijo—. Simplemente no es su estilo.

—No hables —contestó molesta—. Sólo escucha.

Lo primero que le impresionó a Salley del Telezoico fue lo silencioso que era. Un silencio pasmoso impregnaba el mundo, incluso cuando los pájaros cantaban y los insectos se llamaban los unos a los otros desde la distancia. Algo catastrófico le había ocurrido al mundo en el último puñado de millones de años. Hasta donde ella podía ver, todos los animales grandes habían desaparecido. Los mamíferos parecían haberse extinguido del todo. Ya no existían los miles de ruidos a los que estaba acostumbrada.

Excepto en las orillas del río Egeo, por supuesto. Los inalterables habían llevado hasta allí gran cantidad de uintaterios, dinohusos, perezosos gigantes... un desfile de criaturas caprichosas dando lugar a una suerte de «cuarenta principales» de la edad de los mamíferos. Menos unas pocas excepciones justificadas (como sus queridos plati-belodones, que subían y bajaban por la orilla del río con plena libertad), cada grupo de animales tenía su propio territorio, asignado más o menos en orden de aparición, por lo que ir río abajo era como un viaje a través del tiempo. Salley había recorrido la carretera del río con su mochila durante dos días, pasando los gliptodontos y megaterios

del Pleistoceno, los gráciles quiptocerasos del Plioceno, los sansíteros del Mioceno, hasta llegar hasta el Oligoceno con sus brontops e indricoterios, antes de tener que volver porque se quedaba sin comida.

—No oigo nada —dijo Jimmy.

—Lo oyes todo. Sólo que no sabes lo que significa.

No sabía hasta qué punto del pasado iba el muestrario. ¿Acababa después de menguar hasta los mamíferos insignificantes, no más grandes que un tejón, que cruzaron más allá de los límites del K-T hasta el principio del Paleoceno, allí donde sus superiores no pudieron llegar y por tanto heredaron la Tierra? ¿O hubo entonces una repentina irrupción de dinosaurios? Ella sabía cuál habría sido su preferencia. Pero aunque no les conocía mucho, estaba segura que los inalterables no razonaban como ella.

—Da que pensar —dijo Jimmy—. Esos bichos estuvieron extinguidos durante millones de años y ahora viven de nuevo.

—Menudo linaje fantasma —asintió Salley.

Jimmy torció la cabeza.

—¿Qué significa eso en cristiano?

—A veces hay una línea que desaparece del registro fósil durante millones de años y después vuelve a aparecer en una era completamente nueva. Durante el intervalo parece haberse extinguido. Pero entonces un animal que claramente es su descendiente vuelve a aparecer en una era lejana. Su relación es obvia, por eso inferimos una sucesión de generaciones entre ellos. Eso es un linaje fantasma.

—Profesora —dijo Jimmy—. Seré franco. No creo que tengas la más remota posibilidad de sernos de ayuda. Pero Griffin te tiene mucha consideración y quiere que estés con él en Ciudad Terminal. Le saca de quicio que no estés.

—Si es tan importante para él, ¿por qué no lo mencionó anoche? Dormimos en la misma cama.

Jimmy apartó la vista.

—Con respecto a ti no es exactamente racional.

—Entonces... Esta pequeña charla nuestra no ha sido idea suya, ¿verdad?

—Los hombres piensan con el pito —dijo Jimmy avergonzado—. Por eso sus amigos tienen que pensar por ellos.

Salley se puso de pie.

—Si Griffin me necesita, siempre puede tirar de la correa. —Volvió a tocarse el collarín.

Jimmy también se levantó, sacudiéndose los pantalones.

—Él no juega a esos juegos, profesora Salley, honestamente, no lo hace.

—Espera. Antes de irte —dijo—, préstame tu pluma. La mía se ha quedado sin tinta.

Jimmy dudó.

—Era de mi padre.

—No te preocupes. Te la devolveré.

Se la desenganchó del bolsillo con obvia relucencia y se la entregó. Era una Mont Blanc.

—Sentiré mucho si le pasa algo —dijo.

—La cuidaré bien. Lo prometo.

Cuando Jimmy se fue, Salley volvió a bajar hasta el arroyo. Tenía intención de andar cuesta arriba hacia las colinas de la cordillera Mediterránea, pero algo relacionado con el día, el calor o el sesgo de la luz del atardecer socavó su determinación. Encontró un arce frutal que parecía necesitar que ella se sentara debajo y lo hizo.

Apoyada contra el árbol pero no bajo su sombra, medio adormecida por la luz del sol, Salley cerró los ojos. Recuperó una fantasía de las que hacía tiempo había aprendido a no avergonzarse sino a aceptarlas como parte natural de los complejos mecanismos de la mente humana.

En su fantasía, estaba trabajando en un precipicio en las tierras de Patagonia, recogiendo con delicadeza el cráneo intacto de un gigantosaurio al menos un tercio más grande de lo que había encontrado antes. Ese hallazgo catapultaría al gigantosaurio por delante de sus rivales y le establecería de una vez y para siempre como el depredador terrestre más grande de la historia. Simultáneamente, hablaba vía satélite con la Sociedad de Paleontología de Vertebrados, pues no había estado dispuesta a abandonar tan asombroso descubrimiento para asistir a su reunión anual en Denver. Y, por supuesto, como este fósil refutaba completa y definitivamente todas sus teorías, tenía a Leyster arrodillado ante ella, atado, con los ojos vendados y desnudo.

En su fantasía, llevaba puesta una falda ancha de algodón en vez de los vaqueros de siempre. Se levantaba la falda por encima de las rodillas con una mano. Entonces agarraba a Leyster por el pelo y le forzaba a que le pusiera la cabeza entre las piernas. Ella no llevaba bragas.

—Chúpame —le susurraba bruscamente cuando su discurso era interrumpido por aplausos espontáneos. Después continuaba dulcemente—: Si lo haces lo suficientemente bien, puede que te deje marchar.

Era mentira pero quería que hiciera todo lo humanamente posible para complacerla.

Sorprendentemente, Leyster tenía una erección. Lo sabía por la forma tan sincera y entusiasta en que le pasaba la lengua por la raja. Por los ruiditos que hacía mientras la lamía y besaba hasta dejarla húmeda y abierta. Por el ardor casi incontrolado con que chupaba el clítoris y jugueteaba con él.

Pero mientras él se aplicaba (y ella seguía hablando recibiendo una atronadora aprobación), la calidad de su manera de hacer el amor cambió profundamente. Se fue poniendo delicado, lento... incluso romántico. Era su fantasía y por tanto ella sabía que ya no era un acto de lujuria sino de amor. La pasión del acto sexual había conseguido que él se enamorara de ella contra su voluntad. En el fondo, aquello le hacía enfadar. Pero no podía hacer nada contra su deseo, no podía resistir consumirse de pasión.

En ese momento ella alcanzó el orgasmo.

A la vez que se corría en su fantasía, Salley se cogió las suaves caras internas de los muslos (para ella era cuestión de orgullo no tocarse sus partes en momentos así) y las apretó tan fuerte como pudo, clavándose las uñas hasta que el dolor se hizo placer y el placer relajación.

Después, se echó hacia atrás, pensando en Griffin. Era consciente de la ironía de incluir a Richard Leyster en sus fantasías. Pero no le parecía que eso significara de ningún modo serle infiel a Griffin. Sólo porque quieres a alguien, no has de fantasear con él.

Lo amaba de verdad. Salley se enamoraba inevitablemente de todo hombre con el que se acostaba. Suponía que era una predisposición genética programada en su per-

sonalidad. Pero aun así, pensar que esta vez era de verdad y para siempre era inherentemente extraño.

¿Por qué él?

¡Era tan raro enamorarse de un hombre como Griffin! Conocía el olor de su colonia y sabía, entre centenares de otras cosas, que siempre llevaba calcetines de rombos (nunca había estado liada con un hombre que supiera siquiera lo que eran los calcetines de rombos). Sabía que el horrible reloj que llevaba era un Rolex Milgauss que además de darse cuerda solo, era antimagnético y estaba diseñado originalmente para ingenieros de centrales nucleares. Pero lo cierto era que no le conocía en absoluto. Su esencia interna seguía siendo un misterio para ella.

Cuando Gertrude apareció en su vida como una hada madrina desquiciada le dijo: «Confía en mí. Es él. Es todo cuanto deseas. Dentro de una semana te preguntarás cómo has podido vivir sin él».

Pero había pasado una semana, y más, y era como cualquiera de sus otras relaciones. Estaba más confusa que nunca.

El amor verdadero para nada le hacía sentir como pensó que sería.

Menos de media hora después, Molly Gerhard surgió del bosque paseando como si nada. Salley confiaba en Molly-la-fantasma todavía menos que en Jimmy. Molly se hacía notar. Era una mujer tan agradable, tan paciente y comprensiva. Era tan fácil hablar con ella. Era el tipo de persona que querías como amiga, una confidente con quien compartir tus pensamientos más íntimos.

—Y bien —dijo Molly Gerhard—. ¿Cómo estás? —Había engordado unos kilos desde los viejos tiempos y eso sólo la hacía parecer mucho más tranquila y digna de confianza—. Me he encontrado con Jimmy ahora mismo. Menuda cara llevaba. De verdad le has puesto la mosca detrás de la oreja.

—Si vamos a hablar, mejor no hagamos como que pasabas por aquí, ¿vale?

Molly Gerhard sonrió.

—No se te escapa nada, ¿verdad? Jimmy pensó que tal vez te sentirías más cómoda hablando conmigo.

—De mujer a mujer, ¿no?

—Jimmy puede ser un verdadero pelmazo —dijo Molly Gerhard—. Griffin también. Ya sé que no debería hablar así de mi jefe.

—No, a no ser que quieras caerle bien a su novia.

—Pero de verdad tenemos que hablar. Volvamos a la aldea. Te preparé un té.

—Iba a dirigirme río arriba y... —empezó Salley. Pero de pronto ya no le apetecía eso—. Vale, de acuerdo.

Que Salley supiese, nadie se había molestado en darle un nombre a la aldea. Consistía en unas cabañas desperdigadas con techo de paja, tuberías y algunos electrodomésticos que no sabía qué eran. Había visto moteles más grandes.

—A veces hacemos conferencias aquí —había explicado Griffin.

—¿Cómo es que nunca he oído hablar de esto? —preguntó ella.

—Son para los tipos del gobierno, organizadores, burócratas, políticos. No para paleontólogos.

—¿Por qué?

—Para ser sincero, porque no sois suficientemente importantes.

Siguiendo río arriba desde la aldea aparecía Ciudad Terminal, que parecía un acantilado de oro macizo. Cuando la vio desde la distancia por primera vez pensó que eran dos brazos de mar milagrosamente abandonados tierra adentro, separados por una línea recta de cielo y río. Asumió que el color lo provocaba el reflejo del sol poniente. Después pensó que la estructura estaba construida imitando las formas producidas por la erosión geológica como una de las esculturas de Ursula von Rydingsvard, sólo que de ladrillos amarillos.

Pero no. Realmente estaba hecha de oro.

—¿Sabes qué? —preguntó Molly Gerhard, colándose en sus pensamientos—. Éste sería el lugar perfecto para una luna de miel.

Salley resopló.

—¿He metido la pata? —preguntó en voz baja Molly Gerhard.

—Ahí está mi cabaña. Entremos. Prepararé el té.

Salley acababa de poner el agua a calentar cuando oyó una voz familiar fuera. Corrió a la nevera. «Vigila el agua», dijo y se fue a la puerta trasera con un repollo en cada mano.

Algo grande se movía entre los matorrales. Lanzó los repollos con un pequeño impulso en esa dirección. Molly Gerhard salió tras ella y esperó.

No tuvieron que esperar mucho a que el gliptodonto saliera lentamente primero a la maleza y después al césped.

Los gliptodontos eran criaturas encantadoras, tan acorazadas como tortugas y tan grandes como un Volkswagen. Sus espaldas estaban cubiertas con un caparazón granuloso que parecía un bol boca abajo. Sobre las cabezas tenían cascos a juego.

—Menuda criatura más fea —dijo Molly Gerhard.

—¿Estás loca? Es preciosa.

El gliptodonto se aproximó despacio a los repollos y los examinó con talante crítico. Aplastó primero uno con su boca en forma de pico y después el otro, moviendo la cabeza mientras comía. Después se marchó contoneándose. Los gliptodontos eran criaturas refunfuñonas. Le recordaban mucho a los anquilosaurios.

Y un poco a Griffin.

Para entonces el agua ya estaba lista así que sirvió dos tazas y las llevó hasta la mesa de la cocina.

—Y bien —dijo—. ¿Cómo van las conversaciones?

Molly Gerhard parecía desanimada.

—Hablan. Pero no negocian.

—No me sorprende.

—¿Cómo no? —Molly Gerhard se echó hacia adelante—. ¿Qué has descubierto?

—Nada de lo que no te hubieras dado cuenta si hubieras prestado atención.

—¿El qué? Dime.

Salley tomó un sorbo de té y calló.

Molly Gerhard cambió de táctica.

—Escúchame. Se nos acaba el tiempo. Nuestros tiempos operativos se dividen en celdas con un punto de intercepción administrativo cada una. Estamos en la era de

Prioridad D, así que la celda operativa que tenemos para trabajar son ocho días. ¿Me sigues?

—Odio la jerga burocrática. Explícamelo en cristiano.

—Llevamos seis días aquí. En dos días más el Viejo nos encontrará y se acabó. Ven conmigo a Ciudad Terminal. Ayúdanos a encontrar la respuesta.

—Allí no hay nada que descubrir.

—¿Y aquí lejos sí?

—Sí —dijo Salley—. ¿Has mirado las plantas acuáticas con detenimiento?

—¿Eso que atasca el río? No.

—Yo sí. Son una nueva forma de vida vegetal. Creo que provienen de las algas marinas, lo creas o no. Olvida los gliptodontos. Las plantas acuáticas son mucho más importantes.

—No te sigo.

—Pongámoslo así. La mayor diferencia entre el Mesozoico y el Cenozoico no es la ausencia de dinosaurios sino la presencia de hierba. La hierba lo cambió todo. Tiene un poder de recuperación asombroso lo cual hizo posibles los pastos a gran escala por primera vez. Lo que en su momento hizo que pudieran existir animales como los bisontes y los yacs. Y ellos a su vez permitieron la existencia de los depredadores como los leones y los tigres. Teóricamente, las aves podían haber evolucionado para llenar los nichos que sus primos más grandes habían dejado vacantes. ¿Cómo es que los mamíferos se las arreglaron para tomar la delantera a las aves al final de la carrera? ¡Gracias a la hierba! Cambió las reglas. Hizo imposible que los dinosaurios volvieran.

—Vale, vale. Creo que te sigo. ¿Y cuál es la aplicación de eso a nuestra situación actual?

—Las plantas acuáticas son algo nuevo. Cambian las reglas. Quiero ver lo que han hecho con el ecosistema local.

—Por lo que parece es un ecosistema bastante insulso —dijo Molly Gerhard—. Muchos pajaritos sosos. Unos cuantos reptiles y creo que he visto algunos cangrejos. No sé por qué habría de importarte cuando tienes todos estos mamíferos tan geniales que admirar. Nunca los habías visto antes, ¿verdad? Pensé que estarías emocionada.

—Al principio lo estaba. Pero no hay contexto. Es como ir al puto zoológico. Ves un elefante, unos cuantos canguros y un lago lleno de pingüinos e intentas descubrir qué tipo de ecosistema los produjo. No sabes nada de su comportamiento. No sabes nada de cómo son en libertad. Quiero ver el Telezoico. Quiero jugar con la naturaleza mientras está en funcionamiento.

No se lo dijo a Molly pero era obvio a simple vista que ése no podía ser el tiempo originario de los inalterables. El medio no estaba lo suficientemente dañado para ser el hogar de una civilización científicamente avanzada. Aunque hubieran alcanzado un nivel en que pudieran recuperar la biota dañada, resucitar plantas y animales extinguidos, recrear las delicadas redes de interdependencia, no había forma de deshacer el daño físico: las montañas aplanadas, los minerales redistribuidos, las canteras de las minas excavadas en lo más profundo de la tierra.

No había manera de hacerlo.

—Bueno —dijo Molly—, si quieres ir a mirar, ¿por qué no lo haces?

Salley levantó la barbilla para hacer más evidente su collarín.

Con una expresión afectada, Molly se estiró para tocar el brazo de Salley.

—Oh, Salley. De verdad no piensas que...

—Pues sí.

El contenedor había sido suficiente humillación.

Pero cuando salió de él en Ciudad Terminal, Salley no esperaba que le pusieran correa. Sin embargo, los inalterables eran sorprendentemente literales. Le pusieron un collarín alrededor del cuello y le dieron a Griffin el control. Se lo metió en el bolsillo.

—Te lo prometo —dijo él tan pronto como los inalterables no pudieron oírles—, nunca lo usaré.

Extendió la mano.

—Dámelo y así estaré segura de que no se te ocurrirá.

Griffin parecía afligido.

—No puedo hacer eso. Lo averiguarían.

—¡Esto te gusta! —regañó Salley—. ¡Estás disfrutando!

—Claro que no.

Mientras discutían cruzaron la puerta transportadora y entraron en la aldea.

Arreglaron las cosas esa noche, durmieron juntos y hasta hicieron el amor. Pero todavía quedaba rencor. Así que tras un día lleno de malos pensamientos se había ido a dar una vuelta.

Los mamíferos eran encantadores. Tenía que admitirlo. Lo que pensó en un principio que sería una reserva de caza, hasta llegar a la conclusión de que debía ser la zona de cuarentena o los corrales para envíos transtemporales, estaba lleno de maravillas. Merecería la pena pagar el precio de una entrada solamente por ver a los quiptoceros, unguilados primitivos parecidos a los ciervos con dos cuernos sobre los ojos y otro par en sus narices. Se echaba a reír cada vez que veía uno. Parecían el producto de la imaginación de un niño.

Pero siempre que había empezado a alejarse del río, algo la había hecho dejarlo. Se había aburrido, cansado o distraído. Estaba apareciendo un patrón. Así que empezó a observar a los animales para ver cómo sus collarines les mantenían en sus zonas designadas.

Y descubrió que cuando llegaban a los límites de su ámbito, se aburrían, cansaban o distraían y se daban la vuelta. Una o dos veces, notó que se ponían cachondos y se iban en busca de pareja. Nunca hacia afuera. Siempre hacia adentro.

—Deja de torturarte, Salley —exclamó Molly Gerhard—. Palabra de honor, Griffin no está usando el controlador. Mira, a mí él me cae fatal pero te juro que no haría una cosa así.

Salley era una romántica. Era obvio. Cualquiera persona que malgasta su vida y su intelecto en la mal pagada carrera de extraer con mucho trabajo los fósiles de las rocas sólo porque estas rocas fueron una vez huesos de un animal que hace millones de años era alguien en el Mesozoico era necesariamente un romántico.

Era parte del trabajo. También por eso tantos paleontólogos llevaban gorros ridículos.

Ella quería creer a Molly Gerhard.

Pero no estaba por la labor de apagar su cerebro para hacerlo.

Así que cuando se libró de la mujer, Salley se volvió a su arroyo y subió tan arriba como pudo antes de sentirse tan cansada que simplemente no podía dar un paso más. Era una cañada luminosa con helechos en los extremos y un claro de musgo bajo los árboles al que casi había llegado dos veces antes pero que nunca había conseguido pisar.

Se sacó del bolsillo la Mont Blanc de Jimmy.

Entonces la lanzó con suavidad delante de ella a un trozo de musgo mullido. La pluma centelleaba bajo la luz del sol brillante y dorada.

Sería la cosa más fácil del mundo levantarse y recogerla. Pero no lo hizo. Ve por ella, pensó. Jimmy se cabreará si la pierdes. Es importante para él. Acércate y recógela.

Pero no lo hizo. Simplemente no quería. Daba igual lo importante que fuera la pluma, no le apetecía recogerla.

Así es como supo con seguridad que Griffin estaba controlándola de veras.

En el camino de vuelta a su cabaña, cogió una hacha de la caseta de herramientas junto a la leña. Entonces fue al dormitorio que Griffin y ella habían compartido y convirtió la cama en un montón de astillas. Después arrastró el colchón hasta fuera, puso encima los pedazos del somier y lo empapó todo con aceite de guisar.

Luego le prendió fuego.

No sabía con quién estaba más enfadada, con Griffin o con ella misma. Griffin le había mentido y la había traicionado. Por otro lado, se podía decir que Gertrude la había convertido en una puta. Ningún hombre que tuviera tanto miedo de lo que ella pudiera hacer como para usar un aparato para controlarla podía ser el gran amor de su vida. No podía amar a un hombre así.

No podía ni respetarle.

¿Por qué no estaba allí el muy cabrón para poder liarse a hachazos con él? Era típico de Griffin no aparecer cuando llegaba la hora de aguantar una bronca.

Lo mismo pasaba con Gertrude.

Entró en el dormitorio muy alterada para hacer la maleta con sus pocas posesiones. Después necesitaba quitarse del cuello aquella monstruosidad. Tenía que haber una sierra metálica o unas tenazas en algún lado. Iba a...

Paró.

Había un sobre en la cómoda. Era raro que no lo hubiera visto antes. Lo cogió. Tenía algo escrito de su puño y letra.

Estaba dirigido a ella.

## Comunicación intraespecífica

*Colinas Expedición Perdida: era Mesozoica. Periodo Cretácico.  
Época Senoniense. Edad Maastrichtiense. 65 millones de años a. C.*

Las grandes bestias paseaban bajo la luz de la luna, con una lentitud propia de un sueño.

Los Oneirosaurus eran los últimos y más grandes supersaurópodos. Eran el último y más tardío fruto de los titanosaurinos, raros como ellos solos y criaturas que por lógica deberían estar en el Jurásico, donde los saurópodos gigantes eran comunes, y no en el Cretácico. Cuando veías uno te negabas a creer que existía. Ver cinco repartidos a lo largo del valle del río devorando la selva hasta dejar sólo los rastrojos, como estaba viendo en aquel momento, era un privilegio que Leyster sabía que recordaría durante el resto de su vida.

Al contrario que el resto de las criaturas del valle, los oneirosaurus nunca dormían. No se lo podían permitir. No podían parar de comer, de mover su cabecita continuamente de forma monótona de un lado a otro hasta que toda la vegetación a su alcance hubiera desaparecido. Después daban uno o dos pasos pesados hacia adelante para repetir el proceso. Durante todo el día y toda la noche hacían eso mismo solamente para sobrevivir.

No era la mejor vida, pero se podía decir que parecían disfrutarla. Y podía durar siglos. Leyster había oído rumores de que algunos individuos habían sido identificados como mayores de quinientos años.

Aunque aquellas gigantes sombras grises eran una vista maravillosa, sabía que Lai-tsz no le había llevado hasta allí por razones estéticas. Ella era pragmática. Su mente funcionaba así.

—¿Qué es lo que querías que viera? —preguntó él.

—Ver no. Escuchar. Sentir.

—¿Pero el qué...?

—Calla. Espera.

Abrazó su barriga hinchada con los brazos para protegerla y miró el paisaje. Prospect Bluff tenía una vista que sólo superaba la de Barren Ridge pero allí no había nidos de carnívoros. Un golpe de viento le echó el pelo hacia adelante y ella levantó ligeramente la barbilla para recibirlo.

Leyster se sorprendió deseando ser capaz de pintar al óleo para poder capturarla tal como estaba en aquel momento con ese paisaje tras ella: la sinfonía de grises de la tierra atravesada por el serpenteante destello de plata del río Estigia. Había algo heroi-

co en una mujer embarazada. Dentro de su cuerpo llevaba todas las esperanzas y temores de una nueva vida. Nadie podía negar que estaba involucrada en un asunto importante.

Después de un rato, Lai-tsz hizo un gesto y dijo:

—El pequeño Turok está activo esta noche.

—¿Ya tienes pensado el nombre?

—Como nombre inglés, me gusta Emily si es niña y Nathaniel si es niño. Como nombre chino... ¡mira!, ¡escucha!

Al principio Leyster no oyó nada. Se volvió hacia Lai-tsz para decírselo pero algo de su postura, de cómo ponía la cabeza, le indicó que por lo menos ella oía algo. Pero lo que fuera tenía que ser sutil y extremadamente fácil de perder.

Se obligó a quedarse quieto del todo. Acalló todo pensamiento consciente.

Esperó.

Empezó a notar una vibración grave y penetrante, como los subtonos inaudibles producidos por los tubos más graves de un órgano de iglesia. Más que oírlo, lo sentía en el pecho y dentro de su estómago, un sonido tan bajo que tenía que preguntarse si era producto de su imaginación.

—Lo... oigo, creo. Oigo algo. Pero ¿qué es?

Lai-tsz tembló como en éxtasis.

—Infrasonido.

—¿Qué?

—No quería decir nada hasta no tener una confirmación objetiva de que de verdad hay algo. Están hablando por infrasonidos, con ondas sonoras de una frecuencia tan baja que tú y yo no podemos oír.

—Dios —dijo Leyster—. ¿Quieres decir que se están comunicando entre ellos?

—Entre ellos, con oneirosaurios que están fuera del valle... ¿Quién sabe? El infrasonido puede viajar kilómetros. Los elefantes usan el infrasonido para comunicarse entre ellos a gran distancia.

—¿Cómo lo has descubierto?

—En realidad es un descubrimiento de Turok. El pequeñín flotante se queda muy quietecito cuando los oneirosaurios hablan. El niño en potencia puede estar moviéndose como loco y de pronto se para a escuchar. Transcurrido un tiempo, lo asocié. Cuando Turok se quedaba así de quieto había un oneirosaurio a la vista. O un tiranosaurio.

—¿Los tiranosaurios también?

—Sí, creo que sí.

Leyster rió de pura felicidad.

—¡Es maravilloso! Has descubierto algo increíble. —Le cogió la mano y la besó con fervor. Si no hubiera sido por el joven Turok, la habría levantado en volandas y la hubiera volteado en el aire—. Es... ¡importante!

—Sí. Ya lo sé —dijo Lai-tsz complacida. Leyster comprendió que estaba tan encantada como él. Sólo que no quería mostrarlo.

Pasaron un rato siguiendo a los oneirosaurios con la mirada mientras devoraban el valle con determinación, compartiendo el momento sin hablar. La luna brillaba tenuemente a través de un cielo tapado con mechones de nube. Por la mañana iba a llover y la vegetación empezaría a renacer. Cuando los herbívoros más pequeños volvieran, habría suficiente comida nueva para ellos.

—De verdad es maravilloso —dijo Leyster por fin— cómo encaja todo. Los oneirosaurios aplanan y fertilizan el valle justo a tiempo para maximizar el crecimiento. Y después siguen su camino en lugar de quedarse a monopolizar unos recursos que son limitados.

—Las manadas volverán pronto.

—Sí.

—Pero es curioso que los primeros animales en regresar tras su migración fueran los tiranosaurios. Seguidos muy de cerca por los oneirosaurios. Es casi como si los unos hubieran traído a los otros.

Leyster guardó silencio unos momentos. Entonces dijo:

—¿De verdad crees eso?

—No sé. Los dos usan el infrasonido. Es bastante posible que además de comunicación intraespecífica haya comunicación interespecífica. Es algo que debemos investigar.

—¿Cómo podríamos comprobarlo? ¿Podrías construir algún aparato?

—Sí, claro, fácilmente. Tenemos un par de grabadoras y todo lo que tendría que hacer es acelerar la grabación para poder oír el ultrasonido.

—Pero tendrás que gastar tiempo del que necesitas para arreglar el localizador temporal.

Le miró con extrañeza.

—Richard —dijo como si fuera algo insignificante—. Pensé que sabías que me rendí hace tiempo.

Para su sorpresa, descubrió que ella tenía razón. Sabía que ella había dado por imposible conseguir que ellos volvieran jamás a su propio tiempo. Lo sabía hacía meses.

Finalmente llegó la hora de regresar a casa. Se encaminaron cautelosamente pendiente abajo y a través de los bosques, guiados por la luz intermitente de una de las dos linternas que les quedaban. Desde que Chuck había perdido la tercera, hacía dos semanas, las linternas habían pasado a la lista de equipo que nunca debía sacarse del campamento. Pero el estado de Lai-tsz estaba por encima de todas las reglas. Leyster le sujetaba la linterna, andando medio paso por delante de ella para asegurarse de que estaba bien.

—Echo de menos a Daljit y a Jamal —comentó Lai-tsz.

—Llaman todos los días.

—No es lo mismo.

Coincidiendo con la estación de las lluvias, Daljit y Jamal habían decidido ir hacia el interior a encontrarse con las manadas migratorias antes de que llegaran a casa, iban a cuantificarlas en número y posiblemente a aprender algo de su comportamiento. Les hubiera gustado seguir a las manadas migratorias al partir a principios de la temporada y volver en primavera pero todos estaban de acuerdo en que todavía no tenían los recursos suficientes para llevar a cabo ese plan. Así que se decantaron por un compromiso.

El Estigia era un afluente del río Edén que fluía desde las Montañas Lejanas (más que montañas eran colinas) de Water Gap. Jamal y Daljit acamparon allí, en un lugar elevado sobre las huellas migratorias.

Llevaban esperando dos semanas y las manadas no llegaban. Sintieron una ráfaga

de emoción cuando, precedidos por olas veloces de tiranosaurios, pasaron los oneirosaurios, unos cincuenta, y se separaron en grupos pequeños. Pero desde entonces no había ocurrido nada.

Los árboles se abrieron para dar paso a Smoke Hollow.

—Qué raro —dijo Leyster. Había una luz encendida en el refugio—. ¿Todavía están despiertos? —Se habían escapado al anochecer sin dar más explicaciones que comentar que volverían tarde.

—Daljit y Jamal, ¿recuerdas? La ventana del satélite se abre entrada la noche. Si se toparon con algo interesante esta tarde, ésta sería su primera oportunidad de compartirlo.

—¿Sabes? El satélite sería mucho más práctico si no estuviera fuera de línea tan a menudo. ¿Por qué no está en una órbita geosincrónica?

—Bueno, de entrada por dos razones. Primero, porque se necesitaría mucho más combustible para elevarlo hasta una órbita tan alta. Segundo, porque una órbita geosincrónica es muy mala posición para un satélite cartográfico.

—Otra cosa: ¿por qué una órbita geosincrónica está tan arriba? Nos convendría más que estuvieran más abajo.

—Porque... ¡me estás tomando el pelo!

—¿Has tardado tanto rato en darte cuenta?

Entraron en el refugio bromeando. Todos formaron un corro en torno a Chuck, que estaba hablando por teléfono.

Chuck levantó la vista. Su expresión era atípicamente tensa.

—Es Daljit —dijo—. Jamal está herido.

Por fortuna, la lesión de Jamal no era peor que una pierna rota. Desgraciadamente, les dejaba en una situación en que no podían regresar a casa sin ayuda. En ese momento sus víveres eran escasos y los dinosaurios migratorios habían expulsado casi toda la caza menor de la zona más próxima.

Tras mucha discusión, se decidió que el grupo más grande de rescate que podían enviar era de tres personas. Tras más discusión se decidió que esos tres serían Leyster por su sentido de la orientación, Tamara por ser la mejor cazadora y Chuck porque los otros dos le querían a él.

—¿Por qué yo? —preguntó Chuck con cierta cautela. Últimamente se sentía inseguro. Perder la linterna le había herido la autoestima.

—Porque nos mantendrás animados —contestó Tamara. Leyster asintió serio.

A Chuck se le subieron un poco los colores de puro gusto.

A la mañana siguiente llenaron sus mochilas, dividiéndose a partes iguales una tienda de campaña automática y tres mantas de dormir, un rollo de cuerda, cuchillos, una hacha, cecina de cocodrilo y *pemmican*\* de hadrosaurio para comer, botiquín, protector solar y repelente de insectos casero, una Leica 8 X 20, un teléfono móvil con su cargador solar, un mapa y una brújula, un mechero de fricción para encender el fuego, anzuelos e hilo de pesar, una madeja de alambre para hacer trampas, el resto de

\* Nombre que recibe entre los indios de Estados Unidos un sistema de conservación que consiste en mezclar carne seca con grasa caliente y frutos del bosque. (*N. del ed.*)

un rollo de cinta aislante fuerte por si los zapatos de alguien se rompían, gafas de sol, equipo para la lluvia, una muda para cada uno, cepillos de dientes, una toalla, dos bolígrafos y un cuaderno, un puchero para hervir agua y tres botellas de agua. Repasaron la lista tres veces para asegurarse de que no se dejaban nada y después desplegaron el mapa para planear su ruta.

—En su momento, Daljit y Jamal bajaron hasta la desembocadura del Estigia y después subieron al valle del río Edén —dijo Gillian—. Puesto que las manadas están bajando por el valle ahora, eso no es recomendable. Tendréis que cruzar a campo traviesa. —Dibujó una línea recta de Smoke Hollow a Water Gap con el dedo—. Son unos treinta y dos kilómetros.

—Está chupado —comentó Chuck.

—Creo que deberíamos ser capaces de lograrlo —dijo Tamara, más sensata.

Leyster estaba de acuerdo.

—¿Cómo de difícil puede ser?

—El terreno sube y baja, hay ligeras colinas, algunos riscos. Esto deben de ser arroyos, pero como casi todo es boscoso, el mapa de reconocimiento no los muestra. El teléfono lleva un sistema de posicionamiento, así que cuando el satélite esté por encima del horizonte, obtendréis vuestra localización en el mapa.

—Aquí nadie tiene mucha experiencia en medios boscosos —añadió Nils—. Hemos pasado tanto tiempo en el valle del río que nos hemos acostumbrado a su idiosincrasia. Pero los señores de las colinas no son los señores de los valles. No lo olvidéis, ¿vale, chicos?

—No —contestó Leyster—. Vámonos.

Leyster usó la brújula desde lo alto de Barren Ridge y salieron en dirección oeste-suroeste. Cada uno llevaba una lanza en una mano y otra atada a la parte trasera de su mochila, todas (excepto el capricho de Tamara) tenían las puntas de marfil de tiranosaurio afilado. Además, Leyster llevaba una hacha en una funda apoyada sobre su cadera izquierda. Tenía mucho cuidado de mantener la brújula lejos del hacha.

El bosque se cerró a su alrededor y las despedidas que gritaban sus amigos se dejaron de oír.

Caminaron.

Durante las primeras horas casi no hablaron pues se concentraron en comenzar adelantando un buen trecho. Pero cuanto más duraba el silencio, más tiempo tenía Leyster para pensar. Y cuanto más pensaba, más especulaciones se le ocurrían y quería saber si los otros dos las compartían.

Por fin habló.

—Si los tiranosaurios y los anatotitanes se comunican entre ellos, y no estoy diciendo que lo hagan, ¿qué cosas tienen que decirse?

—«Resígnate, Dorothy» —dijo Chuck con voz profunda tipo «rex»—. «Te quiero a ti y también a tu perrito.»

Tamara intentó tragarse la risa y resopló. Entonces dijo:

—¿Os acordáis de que el año pasado, cuando los titanosaurios se fueron tras comerse el valle entero, el Señor del Valle se paseó majestuosamente recorriendo su perímetro? ¿Y de que un par de días después llegaron las manadas a raudales?

—¿Sí?

—Supongamos que estuviera delimitando su territorio como los halcones. Reclama el valle y todo lo que contiene. Entonces quizá sea verdad que llama a las manadas para que vayan. Les dice que el territorio ya está preparado.

—¿Pero por qué vienen? —preguntó Leyster, que había pensado posibilidades similares—. ¿Qué hay allí para ellos?

—Un agradable valle florido con mucho que comer y la promesa de que si otros tiranosaurios intentan mudarse con ellos, el Señor les dará una paliza. En el último año le hemos visto espantar a varios «rex» solteros.

—Hay que admitirlo —comentó Chuck—. Es un paquete atractivo. Buena comida, buena compañía y un mínimo garantizado de depredadores. Si fuera un «hadro», me apuntaría en el acto.

Estaban atravesando una zona de bosque viejo. Los troncos de los árboles estaban muy separados y el suelo era una mullida y silenciosa alfombra de agujas de pino. Allí podían hablar tranquilos y sin miedo.

—Si queréis que sigamos especulando —dijo Tamara poniendo énfasis en la última palabra—, podría haber cualquier cantidad de nexos de comunicación interespecífica. Digamos que las manadas se hicieron demasiado grandes para la capacidad del valle, los «rex» podían separar fragmentos de las manadas y alejarlas. Hemos visto comportamientos que parecían ser algo así.

—¿Cómo sabrán que tienen que hacer eso? —preguntó Leyster en seguida.

—Otra vez gracias al infrasonido —replicó Tamara—. Los «rex» se ponen irritables si se les aproximan demasiado muchos «tikes» y «titanes» charlando entre ellos.

—Sólo una cosa puede evitar ese escándalo —dijo Chuck—. Pegar un buen susto a unos cuantos herbívoros.

—No te olvides —añadió Tamara—, el comportamiento no tiene por qué ser intencionado. El comportamiento social de las hormigas es complejo aunque sus cerebros son insignificantes, incluso en comparación con los de los dinosaurios.

—Vale. ¿Pero qué ganan los tiranosaurios?

—Presas fáciles. Las manadas son demasiado grandes para mantenerse juntas en grupos compactos. Para pastar, tienen que separarse. El bueno del «rex» puede llegar y agarrar a uno cuando le convenga.

Estaban llegando al final del bosque viejo. Más adelante, en la distancia, el brillo invariable se aclaró un poco por el efecto de difusión logrado por pequeñas columnas de luz atravesando la bóveda hasta el suelo.

Leyster asintió.

—Recuerdo que la profesora Salley dijo una vez en una conferencia que los tiranosaurios eran ganaderos. Me pregunto si se refería a esto.

—¡Yo también estaba ahí! —exclamó Chuck—. ¿Recuerdas que dijo que las montañas bailaban al son de los saurópodos? Apuesto a que también tenía razón en eso.

—Vale. Me he perdido.

—Yo también.

—Escúchame. Sabes que la deriva de los continentes no es silenciosa, ¿verdad? Esas enormes placas tectónicas que se mueven unos centímetros al año producen largas y lentas ondas sonoras: infrasonidos. Si dos oneirosaurios se pueden oír a más de cien kilómetros, ¿por qué no iban a poder oír el ruido de las montañas moviéndose y de las placas girando? Y si lo oyen, entonces ahí está el origen de su mecanismo de

migración. Pueden usar esos sonidos para guiarse hasta el interior y de vuelta cada año.

»¡Pero eso no es todo! Explicaría por qué los dinosaurios no avianos se extinguieron en el K-T. Ha habido estudios que han reproducido los efectos del impacto de Chicxulub y muestran que hubiera dado en la Tierra como un golpe de platillo. El eco de las reverberaciones infrasónicas hubiera durado años.

—¿Y? —preguntó Tamara.

—Pues que durante esa época de enorme estrés ambiental, los dinosaurios principales se habrían quedado sordos. Incapaces de emigrar. Incapaces de comunicarse. Ellos y todo lo que dependiera de ellos hubiera estado en una increíble desventaja. ¡Imaginad que de pronto las hormigas perdieran la capacidad de cooperar socialmente! Así debieron de estar entonces los dinosaurios.

Hubo un momento de silencio. Entonces Tamara dijo:

—Chuck, te has superado.

—Es un disparate muy inspirado —asintió Leyster. Chuck parecía alicaído—. Como la deriva de los continentes o la noción de que los pájaros descienden de los dinosaurios. —Chuck se animó—. Pero también como la genética de Eric Van Danniken y Lamarck. Hasta que no la hayamos puesto a prueba, sólo es una apestosa hipótesis, nada más.

—¡Pues pongámosla a prueba!

—¿Desde aquí? No veo cómo. Ni siquiera ha pasado aún. ¿Qué tipo de experimento podrías...? —Se quedó en silencio, considerando el problema. Si de algún modo pudieran intervenir las emisiones de infrasonidos naturales de la Tierra y después transmitir una señal falsa, entonces sería posible comprobar si los dinosaurios en pleno movimiento migratorio se perdían. Pero eso requeriría un equipo mucho más complejo de lo que Lai-tsz podía improvisar con chips sacados de algunos aparatos y alambre de embalar. Si pudieran saber qué parte del cerebro procesaba los infrasonidos y después aislarla quirúrgicamente..., pero esa idea era tan fantasiosa como la primera...

Leyster caminaba mecánicamente, dándole vueltas a una idea tras otra hasta que al final llegó a la conclusión de que la idea no se podía poner a prueba con los medios que tenían. Era un problema que nunca superarían, a no ser que les rescataran, algo bastante difícil.

Se preguntó si era posible que algún día pudieran volver a casa. Parecía poco probable. Pero no imposible. En tal caso, en aquella lejana charla de inauguración, Salley simplemente les habría estado pasando sus propias especulaciones empaquetadas para que parecieran suyas. Sonrió con tristeza. Eso era típico de ella.

Levantó la vista y vio a Tamara mirándole. Chuck había tomado la delantera y estaba a unos veinte pasos de ellos.

—Estaba pensando en esa conferencia de la profesora Salley —dijo.

—¿Todavía te gusta? —susurró para que Chuck no lo oyera. No le sorprendió en absoluto que pudiera leer sus pensamientos íntimos más fácilmente que él mismo. Era una mujer muy perspicaz y ya no quedaban muchos secretos entre ellos.

—No, eso fue pasajero. Lo superé hace mucho tiempo.

—Seguro que sí —dijo Tamara cariñosamente. Sus palabras no tenían mala intención.

—¡Eh, mirad! —llamó Chuck—. Parece que hay luz más adelante. Un claro.

El claro estaba lleno de flores, arbustos que les llegaban hasta la rodilla y unos pocos zumaques que olían a musgo. Habían cruzado la mitad cuando pasaron demasiado cerca de un nido de aves dentadas. Chuck iba delante cantando divertido *Waltzing Mathilda*. Leyster iba detrás y Tamara iba la última con su lanza en una mano y la brújula en la otra.

Dos pájaros salieron de golpe de entre la maleza.

El macho (sabían que lo era por las rayas naranja brillante de sus alas) se lanzó gritando hacia la cabeza de Tamara. Ella se apartó sobresaltada, agitando su lanza inútilmente. El bicho dio media vuelta y se lanzó en picado sobre Chuck.

Mientras, la hembra corrió directa hacia Leyster con las alas abiertas y las garras extendidas. Le trepó por los pantalones y la camisa. Ocurrió tan rápido que el afilado pico dentado del pájaro estaba mordiéndole la cara antes de que tuviera tiempo de reaccionar.

—¡Largo! —exclamó.

Las aves dentadas eran arqueopterigios del tamaño de cuervos. Tener a uno enfadado cerca del pecho era terrorífico.

Intentó espantar con las manos al horrorcillo y éste le clavó las garras y le golpeó con el pico.

—¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí!

Estaba corriendo a ciegas, sin importarle adónde iba.

Chuck también corría tropezándose y usaba su gorro para intentar espantar a la criatura. Voló enfadado dibujando círculos cerrados entre él y Tamara, apuntando siempre a sus cabezas y sus ojos. Ella se lanzó como pudo a los arbustos al borde del claro y desapareció.

Entonces Leyster también se encontró inmerso en la penumbra de un bosque espeso. El arqueopterigio se lanzó al aire. Voló enfadado hasta su cría, chillando amenazas por encima de su hombro.

Leyster se levantó machacado. Miró a su alrededor y vio a sus amigos acercarse avergonzados. Chuck se encogió de hombros y sonrió picaronamente.

—Bueno —dijo Tamara—, esta vez no es que nos hayamos cubierto de gloria.

—Seguro que esto no va en la autobiografía. —Chuck estaba de acuerdo—. ¿Estás bien?

—Sí. —Le habían mordido en ambas manos y en la mejilla. Las mordeduras le dolían mucho—. Pero creo que deberíamos evitar este claro.

Las aves dentadas casi nunca anidaban solas. Podía haber docenas de parejas más adentro.

—Vamos a vendarte esas heridas —dijo Tamara, sacando su botella de agua mientras miraba un corte en la frente de Chuck con muy mala pinta—. Antes de que el olor a sangre atraiga a algo realmente malo.

Leyster asintió. Desde donde estaban, todavía podían ver la pradera, brillando bajo el sol y rodeada por sombras, como un cuadro Victoriano del Jardín del Edén y como si el Jardín del Edén fuera un lugar del que no se vuelve. ¿Cuánto pesaba una ave dentada? ¿Tal vez trescientos gramos? Era algo que daba que pensar en un mundo que contenía depredadores que pesaban ocho toneladas o más.

Aunque no dijo nada, estaba empezando a preguntarse si su camino iba a ser todo lo fácil que él había previsto con tanta seguridad.

## Radiación adaptativa

*Ciudad Terminal: era Telezoica. Período Eognótico.  
Época Afrasia. Edad Orogénica. 50 millones de años d. C.*

Desde la distancia, Ciudad Terminal era hipnótica. Molly Gerhard había estado una vez en Petra, «la ciudad del color de una rosa roja, la mitad de vieja que el tiempo», en una gira por las tierras bíblicas. Entonces pensó que nada podría ser tan mágico como esas fachadas con columnas talladas en la montaña, esos elegantes tejados cavados en la piedra maciza.

Se había equivocado.

Mirar el frío río Egeo retumbando entre la grieta que separaba las mitades doradas de Ciudad Terminal mientras la luz de la tarde jugueteaba por los estratos fracturados de su superficie, le hacía maravillarse con la misma perplejidad que un niño cuando ve por primera vez un globo de Mylar. La dejaba sin aliento. Cuando cerró los ojos, el río y las montañas desaparecieron pero la ciudad permaneció grabada para siempre en su memoria.

Eso era el exterior. Sin embargo el interior...

El interior tenía el mismo encanto que un almacén mal iluminado. Los inalterables correteaban por el laberinto de pasillos como monjes medievales tan lóbregos que Molly Gerhard se llevaba continuos sustos cuando de pronto surgía uno de la oscuridad, silencioso y siniestro. En este monótono laberinto no había señales ni indicaciones en ningún sitio. Los inalterables sabían adónde ir sin ellas.

Pero su trabajo consistía en conocer el terreno. Así que lo conocía. Se había hecho un mapa mental de los pasillos principales lo suficientemente bueno al menos para llevar a la profesora Salley a donde quisiera ir. Notó que la paleontóloga estaba todavía de peor humor que hacía una hora.

—¿Por qué hacemos esto? —preguntó.

—Porque te lo he pedido —contestó Salley.

—¿Por qué me lo has pedido?

—Porque tengo algo que enseñarte.

—¿El qué?

—Lo verás cuando lleguemos. —Salley le echó una mirada maliciosa. Algo la había llenado de energía y sentido. Molly Gerhard asumió que debía de tener algo que ver con sus problemas con Griffin.

Fuera por lo que fuese, hoy no estaba de buen humor.

Salley continuó con su monólogo señalando con un gesto las paredes grises y sin

adornos.

—Entiendo todo esto. Es tan sencillo y funcional como el interior de un avispero. Solamente lo necesario. Este interior es lo que tiene que ser. Lo que me sorprende es que el exterior esté cubierto de oro. —Pronunció la última palabra con frialdad, como si la belleza convencional de la sustancia ofendiera su sentido estético.

—Pienso que...

—No, por favor. —Salley continuó caminando en línea recta pasando la mano suavemente por la pared.

A juzgar por los ojos inexpertos de Molly Gerhard, las paredes eran de cemento. Pero Salley había dicho que no, que estaban hechas de coral molido fino con el que seguramente fabricaban láminas para ese uso. Pasaron por puertas abiertas a través de las que pudieron ver un invernadero Victoriano o una sala con las vigas vistas repleta de vagones de metro y gnomos de jardín o tal vez una que contenía interminables filas de clasificadores cuyos cajones abiertos revelaban cientos de tenedores para ensalada bien colocaditos. Lo sabían porque Salley se coló un instante y abrió varios.

Era fácilmente la estructura más extraña en la que Molly Gerhard había estado jamás. Más que una ciudad, era como un museo privado ideado por la fantasía de un coleccionista loco.

—Pienso que —repetió— puede que el oro tenga un uso funcional. —Su padre era ingeniero electrónico y ella había heredado gran parte de su sentido de la lógica—. El oro es un excelente conductor. Al atravesar la ciudad, el río debe de generar una enorme cantidad de energía estática. Tal vez toda la estructura actúe como un generador eléctrico pasivo. Si eso fuera así obtendrían toda la energía que necesitan simplemente sacando una derivación del caparazón.

—Humm —dijo Salley—. Mira por dónde. No eres tan mema como pareces.

Molly Gerhard se mordió la lengua. Salley sabía algo. Había decidido averiguar el qué.

Cinco inalterables pasaron ante ellas sin hablarles ni mirarlas. Uno llevaba un hongo verde en una campana de cristal. Otro llevaba una escultura etrusca en los brazos. Otros dos llevaban sin esfuerzo una motocicleta Indian blanca y roja que parecía una Chief de 1946. El último llevaba un gramófono de caoba y latón. Nada de lo que vio venía de su futuro. Les aseguraron que había un sistema operando para evitar que eso ocurriera.

Salley olisqueó sonoramente cuando pasaron los inalterables.

—¿Lo hueles?

—No huelo nada.

—Exactamente.

—Vale, cariño —dijo Molly Gerhard—, me rindo. Tú ganas. No soy tan lista como tú. Lo admito. —Sentía ganas de abofetear a aquella mujer—. Me estoy hartando de jugar a secretitos. ¿Por qué no me dices lo que intentas decir?

—Los datos están expuestos ante ti —comentó complaciente Salley—. El resto te lo dejo como si fuera un ejercicio para un estudiante.

El pasillo doblaba y se dividía en dos. Molly Gerhard escogió el pasillo más ancho que iba hacia abajo mientras pensaba que le gustaría matarla.

Cuanto más bajaban, más inalterables encontraban. Eran tan indistinguibles como

abejas obreras. Todos iban vestidos con batas idénticas como las de los monjes budistas pero blancas en vez de naranjas. Parecían brillar en la escasa luz.

—Se parecen extraordinariamente a las personas, ¿verdad? —comentó de repente Salley.

—Ah..., sí. Claro. —Había estado pensando que eran tan bellos e impersonales como los ángeles. La comparación era de Griffin, cuya formación había sido católica. Sin embargo Molly era protestante. A ella le horripilaban los inalterables. Le molestaba que no desconfiaran. Eran todo paciencia y predeterminación. Por lo que ella había observado no parecían tener curiosidad alguna—. Quiero decir que deben ser mamíferos, ¿no? Es obvio que tienen alguna relación con las personas. —Dudó—. ¿Verdad?

—¿Cuántos crees que hay?

—¿Aquí en la ciudad? ¿Tal vez cien mil? ¿Doscientos mil?

—Te pasas por un pelo. —Salley sonreía abiertamente—. En mi modesta opinión.

Al llegar a un punto que no les resultaba familiar, el pasillo se dividía en cinco bifurcaciones. Molly Gerhard paró para decidir. Dos de los pasillos eran demasiado estrechos para dar cabida al tráfico que el embudo del tiempo generaba. Un tercero iba hacia arriba. Escuchó lo que salía del cuarto: silencio. En el quinto se oían pasos arrastrados.

Era ése.

—No vas a explicarte, ¿verdad? —dijo cuando empezaron a bajar de nuevo—. Sólo vas a seguir haciendo comentarios crípticos y riéndote de mí cuando no pueda descifrarlos.

—Sí.

—Empiezo a ver por qué tanta gente te encuentra irritante.

Salley se detuvo.

—¿Irritante? —exclamó—. ¿Qué quieres decir con eso?

Otro inalterable apareció de la oscuridad con algo que era tan alto como un perchero, medía cuatro metros y medio y era, obviamente, un depredador. Era feo como una hiena, sus labios eran negros, su mandíbula la más larga, sus dientes los más afilados y sus ojos los del mayor bobalicón que Molly había visto en su vida. Cuando pasó, su gran cabeza se giró para mirarla y ella se pegó a la pared.

Durante un instante de pánico se vio a sí misma como lo que era para aquello: carne. Para aquel bicho no era más que un pequeño mono que desaparecería en dos bocados, algo que hubiera agarrado y devorado felizmente si no estuviera controlado por un collarín.

Dejó tras de sí un olor cáustico.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué era eso?

—Un *Andrewsarchus* —contestó Salley impacientemente—. Del Eoceno superior, procedente de Mongolia. El mamífero terrestre carnívoro más grande jamás conocido. Podía comer leones para desayunar. —Se lo quedó mirando solemnemente—. ¿Verdad que era precioso?

—Es... una manera de definirlo. —Repulsivo hijo de bicho feo era otra. Entonces, deduciendo que Salley estaba ahora del mejor humor que iba a estar, dijo—: ¿Qué quieres que vea? ¿Algo de los inalterables?

—Ah, sí. —Otra vez esa mirada de superioridad—. Tardé mi tiempo, pero por fin les he calado. Ahora sé lo que son. Y si te portas bien y eres paciente unos minutos más, te lo demostraré, ¿de acuerdo?

El pasillo acababa en una oscuridad cavernosa.

—Oye, ¿es aquí?

Habían llegado al corazón de Ciudad Terminal.

En las profundidades, debajo del río, estaban las inacabables formaciones que servían de confluencia a cada rama del embudo del tiempo existente. Allí podía sentir el poder que contenía la ciudad, un pulso tan grave y profundo que el mundo tarareaba al ritmo de su vibración. Los inalterables iban y venían mientras las vallas se abrían y cerraban estrepitosamente. El jaleo era impresionante.

Salley respiró hondo.

—¡Así está mejor!

Todo lo que había atravesado ese espacio insulso de granito y acero había dejado su rastro: combustible y *forsythia*, creosota y salmuera. Excrementos de uintaterio y aroma de primate. Salley había encontrado otra pista con su nariz. De todas las cosas que habían pasado por allí, solamente los inalterables no tenían olor.

Era obvio que eso significaba algo. Pero no tenía ni idea de qué.

Se quedaron de pie al final del pasillo, justo fuera del espacio abierto. El embudo más cercano solamente estaba a unos pasos. El paso hasta él estaba bloqueado por un solo inalterable. Las estudiaba atento pero sin curiosidad.

Había muchas entradas, pero sólo la de cerca de ellas estaba custodiada. Molly llevaba décadas dedicadas a estudiar el funcionamiento del juego de la predestinación y para ella eso era más disuasivo que cualquier demostración de fuerza. Su mera presencia indicaba que no tenían oportunidad de cruzarlo.

—Vale —dijo—. No podemos pasar de aquí. ¿Qué me querías enseñar?

—Esto —Salley se tocó el cuello y después arrojó algo en las manos de Molly Gerhard. Su collarín cortado. Molly miró hacia arriba justo a tiempo para ver cómo Salley le enseñaba un papel al guarda inalterable y éste la dejaba pasar.

—¡Oye! —Molly comenzó a seguirla.

Pero un inalterable le cerró el paso.

—No puede pasar sin autorización —dijo.

—Esa mujer no tiene derecho a usar el embudo —exclamó apresurada—. Tiene que detenerla.

—No puede pasar sin la debida autorización.

—¡Pero ella no tiene la debida autorización! Lo que le ha enseñado es falso o robado. —Por un segundo consideró colarse. Entonces recordó la facilidad con que los dos inalterables habían cargado esa gran motocicleta y concluyó que era más inteligente no intentarlo.

—No puede pasar sin autorización.

—¡No me está escuchando!

—No puede pasar sin autorización.

Salley alcanzó la valla de hierro más cercana de la entrada al embudo. Se abrió de golpe. Entró en el interior mirando hacia adelante.

—¡Espera! —la llamó Molly—. ¿Adónde vas?

—A algún sitio más interesante que éste. —Salley agitó los dedos—. *Ciao*.

La puerta se cerró de golpe.

—Mierda —exclamó Molly Gerhard.

Fuera lo que fuera aquello que acababa de pasar, estaba segura de que iba a cabrear a Griffin.

Griffin estaba en el exterior de su cabaña, observando las brasas de la fogata. Había unos muelles de somier carbonizados en el centro. Molly Gerhard reconoció la peste a relleno de colchón quemado. Junto a ella, Jimmy arrugó la nariz.

Griffin no les miró cuando se acercaron.

—Se ha largado —dijo.

—Ya lo sé —contestó Molly Gerhard—. Vengo del embudo del tiempo. La he visto irse.

Griffin gruñó.

—Tal vez regrese —sugirió Jimmy—. Las mujeres suelen cambiar de idea.

—No va a volver. Me he divorciado dos veces. Conozco los síntomas.

Griffin estaba sujetándose la muñeca con una mano. Lentamente, se forzó a abrir la mano y a quitarla para poder mirar su reloj. A juzgar por su rostro, no le dijo nada.

—¿Bien? —dijo por fin.

Molly no respondió pues no estaba segura de lo que él quería.

—¿Adónde ha ido? ¿Por qué ha ido allí? ¿Qué sabe que nosotros no sepamos?

—De verdad no lo...

Jimmy arrugó los ojos por el sol.

—Aquí hace demasiado calor para este tipo de conversación —dijo—. Entremos.

Hablaron en el pub de la aldea. Como Jimmy les había indicado, no era la reproducción de un verdadero pub inglés sino la reproducción de la imitación norteamericana de uno. A Molly Gerhard no le importaba. Había estado en lugares menos auténticos. Por lo menos éste no tenía *leprechauns*\* de cartón pegados a los espejos.

Griffin se sentó encorvado en la barra. Tenía aspecto de necesitar una copa. Ella había oído que ése era su problema. Pero en todos los años en los que ella había trabajado con Griffin, jamás le había visto con una bebida alcohólica en la mano. Aunque aquello podía ser discreción.

Se sentó a una mesa y Jimmy se acomodó junto a la ventana.

A Molly Gerhard le parecía que a Salley le encantaría ver cómo en su ausencia dominaba sus pensamientos como no lo había hecho cuando estaba allí. Era una de esas personas que desacreditaba sus ideas por la fuerza con que las defendía. Cuando ella no estaba, podían darle a sus especulaciones la consideración que merecían. Podían admitir que ella tal vez tenía razón.

—Salley tiene la clave de todo —dijo Molly.

—¿Y eso? —preguntó Jimmy fríamente.

—Lo ha descubierto todo. Lo que pasa exactamente. Sabe por qué no hemos conseguido nada con las negociaciones. Lo sabe todo.

—¿Estás segura?

—Sí. Me lo dio a entender varias veces.

Griffin suspiró, se puso derecho, se giró. Tictac, pensó Molly. Es como una máquina que se vuelve a poner en marcha. Ése era uno de los motivos por los que se iba

\* En la tradición irlandesa, duende que tiene un tesoro escondido. (*N. del ed.*)

a ir al sector privado. No le gustaba lo que manipular el destino le hacía a la gente, la forma en que les escarmentaba. Él tomó las riendas de la discusión.

—Estamos precipitándonos. Empecemos estableciendo el orden preciso de los acontecimientos.

Griffin empezó contándoles cómo había vuelto a la aldea tras otra reunión inútil e improductiva con los inalterables y había encontrado que tanto Salley como su Permiso de Acceso Total se habían esfumado. Entonces Molly Gerhard contó cómo había sido manipulada para llevar a Salley hasta el embudo del tiempo.

—No vi qué mal podía hacer —dijo avergonzada—. Honestamente, no pensaba que fuera tan rebuscada.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé. Presumiblemente hacia el futuro. Con el pase AA, puede haber ido a cualquier sitio. Pero si hubiera vuelto al Cenozoico o al Mesozoico su regreso se hubiera registrado en el sistema.

—Si hubiera vuelto atrás, el Viejo ya estaría aquí. Como no está... —Ella se encogió de hombros.

—¿A un futuro cómo de lejano?

—No lo sé.

—¿Podrías identificar la entrada exacta del embudo que usó? —preguntó Jimmy. Ella cerró los ojos.

—Sí.

—Entonces podemos seguirla.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Digamos que tenemos nuestras maneras. Técnicamente, ni siquiera se supone que debo saber que existen.

—No, no debes. —Griffin le echó una mirada furiosa a su subordinado. Entonces se dirigió a Molly—. ¿Por qué habrá ido al futuro? ¿Qué intenta conseguir?

—Es difícil de saber. Pero se dirige hasta el final de la línea. A la fuente real de los viajes en el tiempo. En algún punto mucho después, muchos millones de años después, de Ciudad Terminal.

—¿Te lo dijo?

—No directamente. Intentó no decir nada. Pero no era nada fácil para ella. Constantemente dejaba caer pistas.

—Es verdad —comentó Jimmy—. Parecía estar a punto de explotar de lo repleta que estaba de cosas que no decía.

—Pasado un tiempo, renuncié a intentar sacarle una respuesta directa y empecé a ordenar sus afirmaciones. Las he estado clasificando en mi cabeza y creo que las he ordenado de alguna manera.

—Continúa —dijo Griffin.

—No paraba de mencionar lo silencioso y lo limpio e intacto que estaba todo. Comentó cuánto deseaba salir al ecosistema local pero no dijo ni una palabra del hecho de que no pareciera que hubiera en él animales grandes. Eso sugiere que no quería que nos diéramos cuenta de que estábamos en lo que ha resultado de una gran extinción.

—Me comentó algo de lo callado que estaba todo —añadió Jimmy—. No pensé que significara nada.

Molly Gerhard se recordó que no podía esperar que Jimmy fuera de mucha utili-

dad. No estaba en su salsa.

—Significa mucho —replicó ella—. Para empezar, no ha habido tiempo para la irradiación adaptativa de las especies.

Jimmy carraspeó.

—Me estoy perdiendo.

—La evolución —dijo Griffin, retomando el control— no es una flecha que empieza con un pez saliendo del agua y acaba con hombre blanco trajeado. Es una irradiación en todas las direcciones, suponiendo solamente que se pueda evolucionar en una dirección en cuestión.

»Normalmente no se puede. En un ecosistema saludable, todos los nichos están ocupados. Un ratón del desierto se mete en los pastos y encuentra que allí ya hay ratones de campo. No puede recoger las semillas tan eficientemente como ellos ni evitar a las lechuzas y zorros de la zona. Así que se ve forzado a volver al desierto o morir.

»Sin embargo, después de una gran extinción, hay nichos vacíos en todas partes y un vacío de depredadores y competencia. Así que los elementos de una especie se pueden irradiar en varias direcciones para llenarlos. Se hacen más grandes, se hacen más pequeños, escalan los árboles. Antes de que te des cuenta, hay ratones del tamaño de ardillas, ratones del tamaño de hipopótamos, ratones nutria, ratones bisonte, ratones con los dientes afilados y ratones oso pardo para cazarlos.

»Es un proceso rápido. El nicho sólo tarda unos diez millones de años en volver a llenarse. Así que el hecho de que no se haya llenado, significa que estamos en el futuro inmediato a una gran extinción. Lo que quiere decir que ésta no puede ser la época originaria de los inalterables. —Frunció el ceño—. Yo mismo debería haberme dado cuenta. Me hubiera dado cuenta, si no hubiera estado tan inmerso en las negociaciones.

—Vale —dijo Molly—. ¿Así que todos estamos de acuerdo en que éste no es el tiempo original de los inalterables?

—Entonces ¿qué es? —preguntó Jimmy.

—Es una estación de cuarentena para animales que van a enviar al futuro y un lugar para almacenar objetos que han adquirido y que solamente necesitan para referirse a ellos ocasionalmente.

—Espera. Si son nuestros descendientes ¿por qué no han podido simplemente sobrevivir a la extinción?

—Salley dijo que no eran personas.

—Parecen personas.

—Salley también dijo eso. También le parecía muy relevante que no olieran a nada. Lo dijo tantas veces que hizo que me preguntara qué tipo de animal no tiene olor. —Hizo una pausa, medio esperando un chiste de Jimmy. No hizo ninguno.

—¿Y? —dijo Griffin.

—Uno artificial. Los inalterables vinieron a nosotros con la posibilidad de viajar en el tiempo en una mano y una lista de restricciones en la otra. Naturalmente asumimos que venían de ellos.

—¡Cielo santo! —exclamó de pronto Jimmy—. ¿Habéis visto a este cabrón?

Ella se volvió. Jimmy estaba mirando por la ventana a un grotesco depredador gigante con una larga mandíbula que paseaba lentamente por la carretera del río.

—¡Vi a esa misma criatura dentro de Ciudad Terminal! Casi me mata del susto.

—Sólo es un *andrewsarchus* —contestó Griffin irritado—. ¡Es grande! ¿Y qué?

No hay razón para montar este escándalo por ello. Jimmy, siéntate dando la espalda a la ventana.

Jimmy obedeció.

—Continúa —le pidió Griffin a Molly.

—Eso es prácticamente todo. Pero explica por qué todos son de la misma altura y tamaño y apariencia. Por qué no muestran ninguna variedad genética. Por qué son tan agradables a la vista. Simplemente fueron creados para un trabajo: tratar con nosotros. Y explica por qué las negociaciones no han llegado a ninguna parte. Hemos estado hablando con la gente equivocada. Los inalterables no son nuestros patrocinadores. Sólo son las herramientas de nuestros patrocinadores.

Por un instante, nadie habló. Entonces Griffin dijo:

—Tenemos que hablar con los inalterables.

La puerta se abrió.

Entró un inalterable.

—Me has llamado —dijo—. Estoy aquí.

—Sí —respondió Griffin—. Pero ¿para qué vales?

Le miró con una paciencia educada, inexpresiva. Molly Gerhard recordó que Griffin le había dicho una vez que una de sus herramientas principales era el aburrimiento. *Sitzfleisch\**, había dicho, era todavía más importante para un burócrata que para un jugador de ajedrez. Un negociador que simplemente no pudiera volver a escuchar el mismo rollo dolorosamente aburrido por enésima vez hacía muchas concesiones. Pero nunca había sido capaz de aguantar más que los inalterables. No podía competir con su completa falta de expectativas. No podía agitarles, ni insultarles. Nunca mostraban sus sentimientos.

—Hemos estado hablando de vosotros —dijo Griffin—. Se ha mencionado que esto no es vuestro tiempo correcto.

—Estoy aquí. El tiempo siempre es correcto.

Griffin sonrió. Molly se dio cuenta de que era un luchador y éste era su campo de batalla. No importaba lo desanimado que había estado hacía unos minutos, cualquier posibilidad de victoria le exaltaba.

—Se ha mencionado que sois entes artificiales. ¿Es verdad?

—Sí.

—¿Cómo fuisteis hechos? —preguntó Molly Gerhard.

—Yo crecí de material genético humano, alterado para los usos que se me dan.

—¿Quién te hizo?

—No estoy autorizado a contestar a eso.

—Entonces debemos hablar con quienes os hicieron.

—No puedo autorizarlo.

—¿Quién puede?

—No estoy autorizado a contestar a eso.

Tictac, volvió a pensar, su sospecha se confirmaba. Los inalterables eran sólo otra máquina. Nada más. Nada menos. Podían quedarse allí para siempre discutiendo con aquello sin avanzar ni un milímetro.

Por desgracia, Griffin era un luchador nato. Estuvo tres horas con la repetitiva discusión antes de rendirse.

\* En alemán, alude a una persona extremadamente sedentaria. Se podría traducir como «carne de sillón». (N. del ed.)

—¿Se puede resolver algo contigo? —preguntó al fin—. ¿Tienes la autoridad de tomar decisiones sin precedente? ¿Puedes, bajo alguna condición, enviarnos al futuro por tu propia cuenta?

—No.

Griffin parecía asqueado.

—Entonces vete.

Se volvió para irse. De pronto, Molly recordó otra de las pistas de Salley.

—Dime una cosa —dijo—. Exactamente ¿cuántos sois?

Se quedó callado.

—Uno.

—No, no tú personalmente. Quiero decir los inalterables. ¿Cuántos inalterables hay en Ciudad Terminal? ¿Cuántos hay en el mundo en un momento dado? ¿Cuántos existís si sumamos todos los inalterables sin importar en qué era temporal habiten?

—Uno —repitió—. Soy todo lo que hay. Realizo todas las tareas, cumplo todas las funciones, soy suficiente para lo que debe hacerse. Yo solo. Uno solo. Uno.

Cuando el inalterable se hubo ido Molly Gerhard dijo:

—Qué asco.

—Lo que me molesta —comentó Jimmy— es la posibilidad de que el Pentágono haya tenido esta información desde el principio pero no haya considerado importante compartirla.

Jimmy se rascó la cabeza.

—A ver si me entero: solamente hay uno.

—Sí, un solo individuo, enviado a través del tiempo mil, un millón de veces, tantas veces como tareas haga falta realizar.

—¿Como la antigua noción de que solamente existía una sola partícula subatómica correteando de un extremo al otro del tiempo una y otra vez hasta tejer un universo entero de sí misma?

—Sí.

Jimmy se puso de pie arañando el suelo con la silla

—Entonces sé qué hacer. Recoged lo que os queráis llevar. Nos vamos.

Cuando llegaron al centro de Ciudad Terminal y vieron al guarda esperándoles, Griffin comentó:

—Espero que lo que sea que planees no requiera que pasemos por delante del inalterable. Sin mi pase, no nos permitirán ni acercarnos al embudo.

Molly Gerhard sintió de pronto un escalofrío. Sin acceso al embudo no tenían manera de volver a casa.

—¿Nunca? —preguntó.

—No os preocupéis en absoluto —dijo Jimmy—. Dejad que os enseñe cómo solucionamos estos problemas en Belfast.

Sin prisa pero sin pausa, se acercó al inalterable de servicio en la entrada de la caverna.

—Perdone un momento —dijo—. Tengo algo aquí que...

Estaba junto al inalterable. Sacó la mano del bolsillo y la movió a una velocidad

inesperada hacia la espalda del ser. Entonces se alejó.

Sorprendentemente, había muy poca sangre. Sólo una mancha color carmesí extendiéndose en la bata por donde la empuñadura de la navaja sobresalía de la espalda del inalterable.

Se desplomó en silencio, sin protestar.

Estaba muy muerto.

—Si solamente era uno, tenía que acabar con él en algún punto —comentó Jimmy—. Y si su fin era éste, no podía verlo venir.

Empezó a andar hacia el embudo.

—Vamos.

## «Sistema colega»

*Colinas Expedición Perdida: era Mesozoica. Período Cretácico.  
Época Senoniense. Edad Maastrichtiense. 65 millones de años a. C.*

Cuando anocheció instalaron la tienda de campaña automática en un lugar protegido en una arboleda de sicomoros y se quedaron dormidos casi inmediatamente.

Por la mañana, Chuck fue el primero en salir silbando alegremente. Pero paró de silbar en el instante en que pisó el exterior.

Volvió a meter la cabeza en la tienda y alarmado susurró:

—No hagáis movimientos rápidos ni ruido. Coged las cosas y salid de la tienda. Ahora.

—Espero que esto no sea otro de tus... —empezó Tamara saliendo lanza en mano y blusa a medio abrochar—. Mierda.

Una manada de geistosaurios se había instalado en la arboleda. Era difícil contar cuántos eran a la luz del amanecer pero había por lo menos cuarenta. Estaban arrancando tranquilamente las hojas de las ramas bajas de los sicomoros.

Los geistosaurios eran blancos como la nieve y tenían manchas negras repartidas por el cuerpo y grandes círculos negros alrededor de los ojos. Esos círculos podrían haberle dado un aspecto cómico, pero no era así. Sus manchas combinadas con su absoluto silencio (los geistosaurios eran los únicos hadrosaurinos mudos que Leyster conocía) les daban una solemnidad fantasmal como si fueran espíritus de animales que se habían colado en la realidad desde las tierras sagradas de los muertos.

No se atrevieron a intentar escapar. Cualquier animal grande era potencialmente peligroso. Y aunque los geistosaurios no eran más agresivos que unos toros Brahma o unos yaks eran considerablemente más grandes. Si se asustaban, eran capaces de pisotearlos a todos con facilidad.

Tampoco serviría de nada trepar a un árbol. Les salvaría de un ceratopsio pero no de un hadrosaurio. Si se ponían de pie sobre sus patas traseras, los geistosaurios podrían alcanzar todas las ramas excepto las más altas que agitarían tan salvajemente como fuera necesario para tirar lo que se estuviera agarrando a ellas.

Así que se mantuvieron sentados pegados a los troncos de los sicomoros durante horas, esperando pasar desapercibidos mientras los fantasmales gigantes blanquinegros pasaban por la arboleda: animales pálidos entre árboles pálidos.

—En otras circunstancias —murmuró Chuck sin que casi se le oyera—, estaría disfrutando. Estamos en primera fila.

—No logro descifrar su estructura social —murmuró Leyster—. Como norma, los

adultos más pequeños parecen subordinarse a los más grandes. Pero...

—Joder, ¿queréis hacer el favor de callar? —susurró Tamara—. No queremos espantarles.

En ese instante sonó el teléfono.

Todos los geistosaurios de la arboleda levantaron alarmados la cabeza. Durante un largo y gélido instante, nada se movió. El teléfono continuó sonando. Era un ruido desconocido para estos animales y era completamente distinto a todo lo que habían oído.

Entonces huyeron.

Se dispersaron como palomas. Por un instante estuvieron en todas partes, enormes, aterrorizados. Las crías se pusieron a cuatro patas y trotaron raudas hacia el este y el norte. Después los adultos, dejando a sus crías marchar primero.

Con las prisas, un geistosaurio rozó la tienda automática que saltó por los aires y se elevó unos dos metros. Para cuando volvió a botar en el suelo, la arboleda estaba desierta.

El teléfono seguía sonando.

Leyster se puso de pie temblando. Antes de sacar la mochila para contestar el teléfono, estiró sus doloridos músculos. Tardó un poco en desembalarlo.

—¿Sí?

—Soy Daljit. Lai-tsz nos ha llamado para contarnos que ha construido un aparato para detectar infrasonido y... ¿Eh? ¿Por dónde vais?

—Pues no por donde nos gustaría. Pero esta tarde recuperaremos el tiempo perdido. ¿Qué tal, Jamal?

—Sólo tengo una pierna rota —se oyó a Jamal por detrás.

—Creo que está infectada —dijo Daljit—. ¿Os habéis acordado de traer antibióticos?

—Claro que sí. —Los últimos que les quedaban, pero Leyster no mencionó eso—. ¡Ah! y ya podéis tener cuidado con Chuck. Ha descubierto una teoría.

—Ya. ¿Qué teoría?

—Le dejaré que os caliente la cabeza cuando llegemos. Ahora, contadnos lo del infrasonido.

Mientras él escuchaba, Chuck y Tamara guardaron el equipo. Cuando por fin colgó, Tamara dijo:

—Hemos tenido suerte. Los único que estaba roto de la tienda es un puntal de sujeción. Podemos hacer un repuesto usando el brote de un árbol.

—Gracias —contestó Leyster.

Andaban ya por la mitad del lento proceso de perder todo lo que habían traído. Lo primero el artilugio de la ducha solar, inmediatamente seguido por sus aparatos electrónicos (juegos, sistemas de música) y las pilas que requerían para funcionar. Después faltó un cuchillo y un peine y cuando se quisieron dar cuenta, estaban sufriendo incomodidades graves y enfrentándose a la posibilidad de pasarlo realmente mal. Cuando murió una de sus cámaras, Patrick estuvo de luto una semana.

Poco a poco, estaban dejando escapar la edad de las máquinas y cayendo de vuelta a la edad de piedra. Resultaba un panorama terrorífico no sólo porque era irreversible sino también porque les faltaba el complejo dominio de la tecnología paleolítica que tenía un cazador de la edad de piedra. Nils había pasado la mayoría de la estación lluviosa intentando construir un arco antes de rendirse porque le salía una chapuza. Ni

siquiera había sido capaz de fabricar palos lo suficientemente rectos para ser las flechas.

—Vamos —dijo Leyster, poniéndose la mochila al hombro—. Os contaré lo del infrasonido por el camino.

Lai-tsz había manipulado chapuceramente dos grabadoras para poder detectar el infrasonido. El primer día que usaron el invento, los miembros del grupo que se habían quedado en casa pudieron establecer que el valle estaba lleno de comunicaciones subaudibles. Es más, según Daljit, los mensajes eran profundamente conmovedores.

—¡Cantan! —le había dicho a Leyster—. No, no como las ballenas. Mucho más grave, mucho más vibrante. Oh, es exquisito. Nos pusieron un poco por teléfono. Jamal dice que tenemos que quedarnos el copyright. Dice que está seguro de que una discográfica estaría interesada.

—Era una broma —se oyó replicar a Jamal por detrás.

—Ay, calla, claro que no era una broma. Afortunadamente nuestro equipo original incluía micrófonos direccionales. Como Lai-tsz ha conectado dos grabadoras, es posible apuntar con una a un tiranosaurio y con la otra a un herbívoro, grabar simultáneamente a ambos, y escucharlos a la vez para ver si hay algo que parezca comunicación interespecífica.

—¿Y la hay?

—Bueno, es un poco pronto para decirlo...

—No seas mala, Daljit —dijo Jamal.

—Pero sí, sí, parece que lo hay.

Cuando Leyster terminó de contarles la conversación, Tamara exclamó:

—¡Es genial!

—Jo, vamos —dijo Chuck poniendo voz de ofendido—. ¿Cómo te puede impresionar tanto algo que ya sospechábamos y no mi teoría? Quiero decir, asumámoslo: logra juntar la extinción K-T, la deriva de los continentes, el impacto del Chicxulub y la locura colectiva de los dinosaurios en un mismo y apetitoso paquete.

—Sí, pero eso son sólo ideas. Perdóname Chuck pero a todo el mundo se le pueden ocurrir ideas. Lo que los chicos han hecho en casa va más allá de las ideas. ¡Han establecido un nuevo hecho! Es como si el universo llevara desde siempre guardando este secreto y ahora ha sido descubierto. Es como leerle el pensamiento a Dios.

—¿Ahora quién está siendo grandilocuente?

—Louis Agassiz escribió una vez que un hecho físico es tan sagrado como un principio moral —intervino Leyster—. En este tema, estoy del lado de Tamara.

Chuck se encogió de hombros.

—De cualquier modo, han establecido que especies distintas se hablan entre ellas con infrasonidos. Considero que eso es un paso hacia la demostración de mi teoría.

—Eh, un momento. La ciencia no funciona así. Primero acumulas los datos, luego los analizas y después planteas una hipótesis y desarrollas un plan para ponerla a prueba. En ese orden.

—Y aun así, continuamente, los científicos plantean nociones estúpidas y se ponen a intentar demostrarlas —dijo Tamara—. Podría dar nombres, si quieres. Tu sis-

tema funciona en teoría. Pero las cosas son distintas en el mundo real.

—Algún día ascenderé mi idea a Teoría —dijo Chuck—. En ella todo encaja.

—A veces me hacéis plantearme si valgo para enseñar. Una hipótesis no se puede demostrar, solamente se puede poner a prueba para ver si puede ser destruida. Si la hipótesis resiste todo intento de ser rebatida a lo largo de un período de tiempo, entonces se podrá decir que es extremadamente potente y que echarla abajo requeriría una extraordinaria cantidad de datos. La teoría de que las enfermedades son causadas por gérmenes es un buen ejemplo. La evidencia que la respalda convence. La gente se juega la vida cada día a que es verdad. Pero no ha sido demostrada. Simplemente es la mejor interpretación disponible para lo que sabemos.

—Pues, dado lo que sabemos, creo que mi hipótesis es la mejor interpretación disponible de los hechos.

—Pero no es *parca*. No es la explicación más simple posible.

Discutiendo y manteniéndose alerta por si había depredadores, avanzaron unos pocos kilómetros más por el bosque.

Estaban siguiendo una rastro viejo de hadrosaurio cuando el bosque se abrió en un gran claro. Había sido devorado casi hasta el suelo recientemente y estaba cubierto de vegetación nueva, tallos verdes frescos brotaban con capullos blancos de miraguano e isopogon con las puntas rojas. Un arroyo lo atravesaba. En el extremo opuesto del arroyo, el bosque continuaba con un grupo de magnolias en flor. Su aroma llenaba el claro.

Los pájaros se dispersaron cuando salieron de la oscuridad. Esperaron con cuidado otro instante, entonces dieron un paso adelante. Después otro.

No les atacó nada.

Aliviado, Leyster dejó caer su mochila al suelo.

—Vamos a hacer un descanso.

—Apoyo la moción —contestó Tamara.

—Aprobada. —Chuck se desplomó en el suelo.

Juntaron sus bolsas y se sentaron apoyados en ellas con las piernas estiradas. Leyster se enrolló las perneras del pantalón en busca de pulgas. Chuck se quitó un zapato y se masajéó el pie.

—Echemos un vistazo —dijo Tamara—. ¡Se te está cayendo la suela! ¿Por qué no lo has dicho?

—Sabía que la querías pegar con la cinta y nos queda tan poca...

Leyster ya había sacado la cinta aislante de su mochila.

—¿Para qué te crees que es? —El zapato ya había sido reparado pero la cinta se había quebrado donde la suela se juntaba con el zapato. Lo recubrió con trozos generosos de cinta nueva encima de la vieja—. Ya está. Esto te durará un tiempo.

Chuck asintió pesaroso.

—Tenemos que empezar a hacer zapatos nuevos.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —dijo Leyster—. No podemos hacer curtidos de roble porque no hemos encontrado nada que parezca la forma ancestral del roble. Y el problema del curtido de cerebro es que los dinosaurios tienen cerebros tan pequeños que tendríamos que cosechar muchos.

—Suena al método de hacer palillos usado por los pioneros —observó Chuck—.

Primero cortas una secuoya...

Todos se rieron. Guardaron silencio un rato. Entonces Tamara habló perezosamente.

—Eh, Chuck.

—¿Sí?

—¿No crees en serio eso de que el impacto de Chicxulub pueda hacer que la Tierra suene, verdad?

—¿Qué dificultad tiene? La Tierra suena durante dos o tres semanas tras un terremoto importante y la fuerza de la colisión fue de seis por diez a la octava potencia más fuerte que cualquier terremoto. La mayoría de esa fuerza se hizo calor y se convirtió en otras formas de energía. Si menos de la décima parte de un uno por ciento de eso se transformó en energía elástica, parece completamente plausible entonces que la propagación de ondas elásticas bastaría para que la Tierra sonara durante cien años.

—Oh.

—La única duda es en qué medida la energía calorífica cambió las propiedades de la corteza. Si se hizo más viscosa y menos sólida, entonces la corteza más viscosa absorbería las ondas elásticas. Sin embargo, no creo que eso ocurriera. En mi humilde opinión, es extremadamente improbable. Aunque estoy abierto a nuevas interpretaciones, si hay datos que las respalden.

Leyster sonrió por dentro. Chuck tenía una buena cabeza. Sería un buen científico tan pronto como aprendiera a no sacar conclusiones precipitadas. Suspiró, se estiró y se puso de pie.

—Hora de irse, chicos. —Leyster consultó la brújula mirando hacia las magnolias. Tamara le siguió, después Chuck.

Cruzaron el arroyo salpicando y volvieron a la sombra.

—Manteneos alerta —dijo Chuck—. Que no os distraiga lo tranquilo que parece todo.

Casi no había acabado de hablar cuando les atacaron los «dromis».

Los dromeosaurios no eran especialmente grandes para ser dinosaurios. Eran del mismo tamaño que los perros (a una persona le podían llegar entre la rodilla y la cadera) pero al igual que con los perros, a nadie le gustaría que uno le atacara. Este grupo en particular estaba cubierto de plumas verdes leonadas muy cortas excepto los abanicos en las muñecas de las hembras usados para dar sombra a los huevos cuando los empollaban. Las plumas, los dientecitos salvajes en su estrechas cabezas de lebré y las garras excesivamente grandes de sus patas traseras se combinaban para hacerles parecer una suerte de periquitos propios del infierno.

Su forma de cazar consistía en tender una emboscada.

Todos a una salieron de los arbustos y se bajaron de los árboles. El aire se llenó de cuerpos volantes y pétalos de magnolia.

Chuck chilló una vez.

Leyster saltó y vio como Chuck caía cubierto de dromeosaurios.

Instintivamente dejó caer la brújula y sacó el hacha. La balanceó mientras chillaba y corría hacia el grupo de «dromis».

Tamara le adelantó corriendo, gritando a todo pulmón. Se había acordado de soltar la mochila, cosa que Leyster no. Llevaba el brazo que sujetaba la lanza hacia atrás y ponía cara de asesina.

Los «dromis» se dispersaron.

Eran suficientes criaturas para matar tanto a Tamara como a Leyster. Pero no estaban acostumbrados a ser desafiados. Como se enfrentaban a una situación completamente fuera de su experiencia, se retiraron cruzando el claro y hacia la protección del bosque, más allá.

Tamara no se había atrevido a usar la lanza cuando los «dromis» estaban sobre Chuck. La lanzó ahora, cogió la otra y la lanzó también.

Una de las lanzas se fue hacia un lateral. La otra dio justo en el pecho del blanco.

En el borde del claro, un «dromi» se volvió a vociferar una amenaza y casi le da una piedra que lanzó Tamara. Enfadado y alarmado, corrió como un rayo de vuelta al bosque. Por un instante la maleza se llenó de sombras oscuras merodeando confundidas. Pero cuando Tamara se metió bajo los árboles para buscarlos no los encontró.

Volvió hacia la pradera.

—¿Chuck?

Al caer, Chuck se había dado la vuelta. Su cuerpo yacía boca abajo debajo de las magnolias. Leyster se arrodilló a su lado y le tomó el pulso, aunque sabía lo que iba a encontrar. Habían sido entre seis y nueve monstruitos, y todos le habían mordido varias veces antes de ser espantados. Le habían mordido en las piernas, los brazos y la cara. Le habían abierto la garganta.

—Está muerto —dijo Leyster con suavidad.

—Oh... ¡mierda! —Tamara apartó la cara y se puso a llorar—. Joder, joder, joder.

Leyster empezó a darle la vuelta al cuerpo de Chuck. Pero al intentarlo no lo pudo mover bien y vio como algo le empezaba a fluir del abdomen. Recordó entonces cómo los dinosaurios se enganchan a su presa con las patas delanteras y usan las enormes garras de las patas traseras para sacarle las vísceras a su víctima. El abdomen de Chuck estaría rajado del escroto a las costillas.

Volvió a colocar el cuerpo en su postura original y se puso de pie.

Tamara parecía agitada. La rodeó con los brazos y ella escondió la cara en su hombro. La espalda le subía y bajaba por los sollozos. Pero Leyster no tenía lágrimas. Sólo un dolor seco y miserable. Vivir en el Maastrichtiense, con la muerte violenta como una posibilidad cotidiana, le había endurecido. Antes se hubiera sentido culpable por sobrevivir. Se hubiera culpado por la muerte de su amigo y buscado el motivo por el cual él se había salvado y Chuck no. Ahora sabía que esos sentimientos eran fruto de una mera autoindulgencia. Los dromeosaurios habían elegido a Chuck por ser el último de la fila. Si Leyster hubiera cojeado o Tamara estuviera con el período, las cosas hubieran sido distintas.

Había sido así.

En el campamento de supervivencia lo llamaban «sistema colega». Para sobrevivir a un ataque no tenías que ser más rápido que los depredadores, solamente más rápido que tu colega. Era un sistema que funcionaba bien entre las cebras y los alces. Pero era un infierno para los seres humanos.

Leyster abrió la mochila de Chuck para que pudieran redistribuir sus cosas entre sus dos bolsas. Controlando la repulsión, registró los bolsillos de Chuck por si hubiera cosas que pudieran necesitar. Después cogió los zapatos y el cinturón de Chuck. Hasta que no dominaran las técnicas de curtido, no se podían permitir abandonar ni el más pequeño resto de cuero.

—He encontrado la brújula —dijo Tamara. Entonces, cuando él negó con la cabeza confundido, ella continuó—: Se te cayó. Yo la recogí.

Le enseñó la brújula y rompió a llorar de nuevo.

—Hay muchas rocas en el arroyo. Deberíamos construirle a Chuck una señal de piedras. Nada sofisticado. Algo lo suficientemente grande para mantener a los «dromis» alejados de su cadáver.

Tamara se secó los ojos.

—Tal vez deberíamos dejar que lo cojan. No es mal destino para un paleontólogo: ser comido por los dinosaurios.

—Eso estaría bien para ti y para mí. Pero Chuck no era un hombre al que le gustaran los huesos. Era geólogo. Tendrá sus piedras.

Leyster no estaba seguro de cuántos kilómetros habían andado Tamara y él antes de que la noche se les echara encima. Menos de los planeados. Más de los que podía esperarse. Caminaron como aturdidos, sin cansarse. Después, él no se acordaba de si habían o no tenido cuidado con los depredadores.

Justo antes de acostarse, Leyster llamó a Daljit y Jamal. No quería hablar con ellos en absoluto. De verdad no estaba de humor. Pero tenía que hacerlo.

—Escucha —dijo—. Hemos tenido un contratiempo, así que llegaremos más tarde de lo que esperábamos. Pero no te preocupes, llegaremos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Daljit—. ¿No habéis perdido los antibióticos, verdad?

—Los antibióticos están perfectamente. Os contaremos los detalles cuando lleguemos. Por ahora, no quiero que os preocupéis.

—Bueno, vale, será mejor que lleguéis pronto. Jamal no está muy bien. Le ha subido la fiebre y delira.

—Todo lo que quiero es una bicicleta —murmuró Jamal por detrás—. ¿Es tanto pedir?

—¡Él y su puñetera bicicleta! Voy a colgar. Dale recuerdos a Tamara y a Chuck, ¿vale?

Leyster hizo una mueca de dolor.

—Vale.

Guardó el teléfono y volvió a la hoguera. No se había alejado mucho. Sólo lo suficiente para evitar que el teléfono se quemara si se le caía.

—¿No se lo has dicho? —preguntó Tamara.

—No he podido. —Se sentó junto a ella—. Ya habrá tiempo cuando lleguemos. Ya tiene bastante de que preocuparse.

Durante un buen rato no dijeron nada, miraron en silencio cómo el fuego ardía hasta convertirse en brasas. Por fin, Tamara dijo:

—Voy adentro.

—Te acompañaré en un momento —contestó Leyster—. Quiero quedarme y pensar un rato.

Se quedó allí sentado escuchando la noche. Los murciélagos cuchicheaban y se oía el pulso regular de los grillos. El grito solitario de una grulla. Además había otros ruidos mezclados, carcajadas y gorgojos distantes que podían ser dinosaurios o mamíferos o cualquier otra cosa. Normalmente, estos ruidos le consolaban.

Esta noche no.

El esqueleto de un triceratops tenía más de trescientos huesos y si se los ponían todos amontonados delante de Leyster, él podría juntarlos en una tarde. Ordenaría correctamente las sesenta y tres vértebras, desde el sincervical hasta la última caudal. Reconstruiría los fragmentos craneales en una única pieza. Los pies serían difíciles pero separaría los huesos de los mismos en dos montones de veinticuatro empezando por los metatarsianos I al V, colocando las falanges según la fórmula 2-3-4-5-0 y enganchándolos todos en un tobillo compuesto de un astrágalo, un calcáneo y tres tarsianos distales. Las manos, casi sencillas en comparación, contenían cinco metacarpianos, catorce falanges dispuestas en la fórmula 2-3-4-3-2 y tres carpianos, pero aun así era una habilidad poco corriente poder colocarlas de vista. Leyster se sabía el esqueleto como nadie.

También conocía perfectamente las vías bioquímicas del metabolismo y el catabolismo de las criaturas, muchas sutilezas de su comportamiento y temperamento, sus estrategias para alimentarse, luchar, aparearse y criar, la historia de su evolución y un esquema aproximado de su extensión y estructura genéticas. Y ése era solamente uno de los dinosaurios (por no hablar de los no-dinosaurios) que había estudiado en profundidad. Sabía todo lo que podía saberse, con los recursos disponibles, sobre la vida y la muerte de los animales.

Todo excepto, tal vez, el misterio central. Sólo tenía datos y nada de su conocimiento era necesario. Cada vez que nacía un triceratops, los huesos encontraban la forma correcta de ordenarse. Las vías bioquímicas se controlaban por sí mismas. Los animales vivían, se reproducían y morían con todo éxito sin su intervención.

Chuck había estado aquí y ahora no estaba.

Parecía imposible.

No lo comprendía en absoluto.

En el bosque todo era negro sobre negro. Le mareaba. Le hacía sentirse pequeño, como una mota transitoria de vida más moviéndose inexorablemente hacia la muerte.

A pesar de todo su conocimiento, no sabía nada. A pesar de todo lo que había aprendido, su comprensión era nula. Estaba en el centro tenebroso de un universo totalmente vacío de significado. Aquí no había respuestas, ni dentro, ni en ninguna parte.

Perdió la mirada en la oscuridad. Quería adentrarse en ella y no volver jamás.

Su infelicidad era tan grande en ese momento que le parecía que la misma noche sollozaba. El bosque desolado y el cielo sin estrellas se agitaron con un ruido grave y amortiguado que era la perfecta encarnación de la miseria. Entonces, de golpe, se dio cuenta de que el sonido era Tamara que lloraba silenciosamente en la tienda.

Después de todo no se había dormido.

Bueno, por supuesto que no. ¿Cómo podía dormir después de lo que le había pasado a Chuck? Aunque no lo hubiera visto, aunque no hubiera estado tan cerca, su pérdida reducía a diez la población humana del mundo. Era una catástrofe sin igual. Causaba un dolor terrible. Por eso era su deber entrar en la tienda a consolarla.

Al pensarlo su espíritu tembló. No puedo, pensó enfadado. No tengo ningún consuelo que ofrecer. No tengo nada más que miseria y autocompasión. Se había quedado sin fuerzas, sin capacidad de superación. Sentía que si soportaba un solo grano más de dolor del mundo, le aplastaría.

Tamara seguía llorando.

¡Pues déjala! Tal vez era egoísta por su parte pero no iba a someterse a nada más.  
¡No podía! ¿Qué esperaba de él? Las lágrimas le corrían por las mejillas y se odiaba por ello. ¡Menudo jodido hipócrita estaba hecho! De todo el mundo, él era el último al que la gente acudiría buscando consuelo.

Tamara todavía no paraba de llorar.

Tienes que entrar, se dijo. No podía entrar.

Entró.

## Especimen tipo

*Última Pangea: era Teleozoica. Período Mesognótico.  
Época Crónica. Edad Epimeteica. 250 millones de años d. C.*

Jimmy fue el primero en salir del embudo del tiempo. Miró a su alrededor de prisa y después se echó a un lado para que Griffin y Molly Gerhard pudieran seguirle. Salieron al césped después de él.

Era de noche.

A un lado había unos cuantos árboles con lianas bajas enredadas que en su juventud Jimmy hubiera llamado «árboles de trepar». Bajando la cuesta había un lago. Por encima de sus aguas, en el cielo, brillaba una aureola de estrellas. Luces de colores subían y bajaban entre ellas como linternas.

El claro estaba rodeado por una docena de puertas débilmente iluminadas. El embudo se encontraba en el centro.

Una ligera brisa hizo que las aguas del lago se ondularan. Molly Gerhard tembló y por fin habló.

—Y ahora ¿por dónde?

Jimmy señaló una de las puertas, donde esperaban dos figuras oscuras de igual tamaño y altura. No dijo nada. Un poco de acción siempre le hacía sentirse calmado y alerta. No quería arruinarlo hablando.

Cuando se acercaron, las dos figuras resultaron ser mujeres.

—Hola, Griffin —dijo Salley.

—Hola, Griffin —dijo Gertrude. La cicatriz con forma de luna junto a su boca apuntaba burlona hacia arriba.

Hubo un rápido intercambio de miradas en el que Jimmy leyó enfado, desafío, soberbia, orgullo herido y sorpresa.

Molly Gerhard, que se sabía la historia de la cicatriz de la mujer mayor, empezó a hablar del tema.

—Dime que ésta es tu futuro... —Pero Salley ya había empezado a negar con la cabeza tristemente... y no la mujer que nos ha metido en este lío.

—Es... —empezó Salley.

—Soy la original y sí, me responsabilizo de todo lo que ha pasado.

—Eso es imposible.

—Sólo para mentes pequeñas —dijo Gertrude.

—Podemos explicarlo —añadió Salley.

—Me dijeron que las líneas divergentes del tiempo nunca podían encontrarse —

comentó Molly con doble intención—. ¿Cómo podéis existir las dos en la misma realidad?

Jimmy estaba observándola y tuvo que admirar la eficacia de su trabajo. Gerhard invitaba a que la corrigieran. No temía parecer tonta. Y le dirigió la pregunta a la mujer mayor, Gertrude, ignorando a la más joven, Salley. Así abría una grieta entre ellas y creaba una división que más tarde tal vez convendría potenciar.

—Dentro de tu marco de referencia, eso era verdad —contestó Gertrude—. Las cosas son distintas a este lado de Ciudad Terminal. Has estado allí. Seguramente lo entiendes. Quien tenga una pizca de percepción se dará cuenta de que su función principal es reconciliar los productos de líneas temporales divergentes en una realidad común.

Los ojos de Salley miraron un segundo hacia ella y luego se apartaron.

—¿Para qué? —preguntó Griffin.

—Al menos, nos permite reunirnos. —Gertrude se dio la vuelta—. Vamos a mi casa. Te lo explicaré todo.

Cruzó la puerta más cercana y desapareció. Tras un instante de duda, Salley hizo lo mismo.

No tenía más elección que seguirlas.

Gertrude vivía en una torre flotante en el centro de un bosque circular del Mar Interior. Una brisa suave y húmeda entraba por las ventanas abiertas trayendo consigo un olor a sal del mar no visible. Un hilito de luna nueva colgaba baja del cielo. No había sido visible desde la boca del embudo. Así que Jimmy supo que la puerta les había transportado una distancia considerable. Pero sin embargo no tan lejos como para que ya no fuera de noche.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Molly Gerhard.

Gertrude chasqueó los dedos y en sus manos apareció un mapa. Lo abrió.

—Esto es Última Pangea. La deriva de los continentes los ha juntado en una sola masa terrestre. Está rodeada de un océano que abarca todo el mundo y en su corazón abraza un único mar interior. —Golpeó con el dedo el punto en que el ecuador disecionaba el mar interior—. Estamos justo aquí. De alguna manera, vivo en el centro exacto del mundo.

Por supuesto, pensó Jimmy. ¿Dónde si no?

Los demás estaban dando vueltas por la habitación, examinando cosas, abriendo cajones, mostrando una curiosidad que Gertrude ignoraba complacientemente aunque Jimmy jamás la hubiera permitido si se tratara de sus cosas.

—Tienes muchos libros —observó Griffin.

—Todos míos.

—Quiere decir escritos por ella —dijo Salley.

—¿Qué son estas criaturas? —preguntó Molly Gerhard.

En una pared solamente había ventanas. La pared opuesta estaba ocupada por un terrario lleno de arena. A través del cristal se podía ver una estructura laberíntica de túneles repleta de animales pálidos y sin pelo del tamaño de ratones.

—Pájaros topo pelados —contestó Gertrude—. Han perdido sus plumas y su endotermia y han adquirido una estructura social comunal. En lo que se refiere a su comportamiento, son casi idénticas a ratas topo peladas. Aunque su antecesor común

más reciente era una criatura premesozoica que parecía un lagarto.

Sin ocultar su repulsión, Molly Gerhard se quedó mirando a las pálidas criaturas que trepaban por encima de sí mismas patosamente mientras otras escarbaban la tierra con garras como agujas y pequeños picos.

—¿Por qué tienes estos bichos?

—Por su interés inherente.

—¿Tienen interés inherente?

Gertrude resopló.

—La temperatura corporal siempre ha sido el «Afganistán» de los paleontólogos —dijo—. Muchos científicos se han lanzado valientemente a determinar si los dinosaurios tenían la sangre caliente o fría y se han perdido en un laberinto de definiciones. Resulta que la sanguinidad no es tan simple como parece desde fuera. No es una sola cosa, sino varias ramificaciones de estrategias.

»La temperatura corporal puede ser constante o inconstante, regulada interna o externamente y asociarse a un metabolismo en reposo alto o bajo. Mantener una temperatura corporal constante se llama homeotermia. Cuando la temperatura varía, usualmente acercándose a la temperatura ambiente, se llama poiquilotermia. La regulación interna de la temperatura se llama «endotermia». La regulación externa de la temperatura, «ectotermia». Un animal cuyo metabolismo en reposo se mantiene a un nivel alto es taquimetabólico. Uno cuyo metabolismo se ralentice hasta un nivel bajo de actividad es bradimetabólico.

»¿Entendido? Bien.

»Entonces, un animal de sangre caliente generalmente es homeotérmico, endotérmico y taquimetabólico mientras que uno de sangre fría es poiquilotérmico, ectotérmico y bradimetabólico. Sin embargo, el pájaro topo pelado es homeotérmico, ectotérmico y taquimetabólico. ¿Tiene la sangre fría? Hay insectos cuya temperatura corporal en reposo refleja la temperatura ambiente pero cuyos músculos de las alas suben sus temperaturas mucho más que durante el vuelo. Son poiquilotérmicos, endotérmicos y bradimetabólicos. ¿Son de sangre fría o caliente? ¿Y qué pasa con los mamíferos cuando hibernan? Homeotérmicos, ectotérmicos, bradimetabólicos. ¿Alternan su sanguinidad?

»Además, cuando empiezas a investigar los mecanismos de estas cosas, te das cuenta de que yo he simplificado brutalmente las cosas. Es mucho más complicado de lo que lo he hecho parecer.

»Así que he decidido intentar arreglar todo el desastre.

Durante todo el tiempo que habló, Jimmy se fijó en que Salley se quedó de pie en un extremo de la habitación con los ojos tristes y en silencio. Solamente había hablado una vez y sin dirigirse directamente a nadie. Tampoco había mirado a Griffin, menos por casualidad y un instante.

En fin, era muy fácil de descifrar. Se le había otorgado una terrible bendición: verse a sí misma como la veían las demás. Imaginaba que debía ser una lección de humildad. Lo que Jimmy no podía entender es porqué Gertrude estaba tan habladora.

Griffin escuchaba en silencio, con la cabeza baja ojeando un libro tras otro.

—Tapas de cuero —comentó cuando Gertrude acabó por fin—. Grabados en metal. Te tratan realmente bien. Y esta casa tuya. ¿Todos los habitantes de esta era viven en torres como ésta?

—Algunos, la mayoría no.

—Entonces, cuentas con cierta indulgencia —dijo Molly Gerhard—. ¿Por qué? ¿De quién?

—De nuestros patrocinadores. Les ofrecí un trato.

—¿A cambio de qué? —preguntó Molly secamente.

—Ya sabéis lo que obtuve: permiso para cambiar mi pasado personal. Si no fuera así, no estarías hablando conmigo ahora. No compré mi vida aquí, más bien es el precio que pagué. Tengo jefes fáciles. Me dejan dedicarme a actividades que encuentro enriquecedoras, más que nada la investigación, y a cambio me mantengo a su disposición por si surgen preguntas sobre los seres humanos.

—Sí, pero ¿qué haces? —insistió Molly Gerhard.

—Soy el espécimen tipo de *Homo sapiens*.

Jimmy puso cara rara y Griffin lo explicó.

—Cuando Linneo estableció su sistema de nomenclatura binomial, definió a las especies con un tipo abstracto: una definición escrita de sus rasgos. Entonces se sintió libre de sustituir los especímenes con ejemplos superiores. Pero como siempre, se cometieron errores. Lo que ocasionalmente provocó el absurdo de que una especie fuera representada por una muestra de otra especie del todo distinta.

»Así que hoy en día, cuando se describe una especie se hace a partir de un organismo individual, llamado el espécimen tipo, que se recoge y guarda cuidadosamente y se consulta cuando surge alguna pregunta sobre los atributos de su taxón.

—No estoy segura de...

—Puedes considerar a la profesora Salley como la definición física de la humanidad. Ella es el metro con el que se miden todos los seres humanos.

—Un momento —por fin habló Jimmy, y mientras lo hacía sintió que su perfecto humor soy-el-rey-del-mundo se desmoronaba dejando un vacío en su interior. Volvía al mundo del trabajo diario—. ¿Quieres decir que mi humanidad se mide según cuánto me parezca a ella?

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Gertrude.

Era una pregunta que necesitaba todo el día para responderse o no se podía responder.

—Quizás ha llegado el momento de que nos digas por qué estamos aquí —sugirió Griffin.

—Primero tomemos algo —dijo Gertrude—. Después os lo cuento todo.

Les sirvió vasos de un líquido transparente y refrescante. Unos momentos antes, Jimmy había pensado que Griffin y Molly Gerhard parecían cansados y listos para dormir. Él se sentía capaz de ir a escalar montañas. No podía parar de pensar que una caja de aquella bebida sería un buen *souvenir* que llevarse a casa.

—Yo estuve en la Expedición Base original —dijo Gertrude—. Aunque sea horrible decirlo, a pesar de las muertes, era feliz. Tenía dinosaurios. Tenía a Leyster. Lo tenía todo. Si no hubiera alienado a Leyster, podría haberme quedado para siempre en el Maastrichtense.

—¿Cómo le alienaste? —preguntó Molly Gerhard.

—Fui una tonta.

Cuando estalló la bomba, Gertrude estaba ocupada doblando el lanzacohetes. Los pájaros piaban en los árboles y estaba maravillada de lo familiar y a la vez lo extraño

que sonaba su trino. Eran como los pájaros de cualquier otra parte pero como si tuvieran otra partitura. Todavía no conocía ninguno de los trinos de esta edad. Pero obviamente eran tan sofisticados como los de los pájaros modernos, sesenta y cinco millones de años más adelante. Parecía que la música era algo básico. Primero surgió entre los dinosaurios pequeños, con plumas y pacíficos. El oviraptor cantaba una bella melodía.

Entonces tuvo lugar la explosión.

Atravesó corriendo el humo y la confusión y encontró tres cuerpos en el suelo: Chuck, Daljit y Tamara. Dos de ellos ya estaban muertos. El tercero, Daljit había perdido la mayor parte del brazo.

Leyster ya estaba arrodillado junto a ella, haciéndole un torniquete.

Gertrude corrió a por el botiquín. Volcó una ampolla de morfina en una jeringuilla, encontró una vena e inyectó el analgésico en el brazo bueno de Daljit.

Los otros estaban dando vueltas inseguros, revoloteando sobre los cuerpos, preguntándose los unos a los otros qué hacer. Gertrude levantó la vista y espetó:

—¡No os quedéis ahí parados! Armad una tienda. Preparad una cama para Daljit. Retirad esos cuerpos. Que alguien compruebe cuánto material ha sido destruido. ¡Cielo santo! ¡Joder! ¿Tengo que hacerlo yo todo?

Los estudiantes se dispersaron para llevar a cabo actividades prácticas. Al ayudar a Leyster a intentar cortar el flujo de sangre, Gertrude sintió un pequeño toque de satisfacción. Sabía que el trabajo era lo mejor para ellos.

El trabajo les mantendría vivos.

Las heridas de Daljit eran demasiado profundas para poderlas tratar con éxito allí mismo. Murió esa noche.

Enterraron su cuerpo al lado de los otros con el mínimo ceremonial. Colocaron las tumbas lejos del campamento para evitar atraer a los depredadores y para no perder la moral.

Entonces, para evitar que el grupo pensara demasiado en su pérdida, Gertrude se puso a construir cabañas de troncos para todos. Hubo algunas quejas porque la de Leyster y ella era más grande que las otras. Pero para entonces ya eran pareja (se habían acostado por primera vez la noche del desastre) y naturalmente necesitaban ese espacio.

No fue difícil mantenerles a todos ocupados. Había trabajo de sobra por hacer, si querían sobrevivir. La bomba había destruido una parte tan grande del equipo que no podían esperar que llevarían a cabo ni una fracción de la investigación planeada originalmente. Sin embargo, podían hacer algo. Instigado por ella, Leyster construyó un escondrijo en Barren Ridge donde era posible observar el nido de tiranosaurio.

Leyster y ella, al ser los mejor cualificados, se encargaron de vigilar a los tiranosaurios. A veces, como recompensa por un trabajo bien hecho, dejaba que uno de los otros la ayudara.

Un día que estaba en el escondrijo, Jamal fue a hablar con Gertrude. Observaba a Boris y Bela, los más pequeños del grupo, pegándose el uno al otro, golpeándose en los hocicos hasta que uno acertó y empezaron a rodar y rodar dando pataditas como gatitos.

—¿Va bien la pesca? —preguntó sin bajar los prismáticos.

Observar a las crías de tiranosaurio era divertidísimo. Tenían curiosidad por todo. Una piedrecilla brillante, un lagarto que no hubieran visto antes, un reloj de pulsera hecho trizas colgado de un árbol en un lugar donde Gertrude sabía que lo encontrarían: cualquier novedad era un juguete y una diversión para ellos. Girarían sus cabezas y lo mirarían con sus pequeños ojos brillantes. Entonces le darían patadas con sus patas con garras si estuviera en el suelo, y lo golpearían con las cabezas si estuviera más arriba. Tarde o temprano intentarían comérselo. Los tiranosaurios jóvenes intentaban metérselo todo en la boca. Por eso perdían muchos dientes.

Los adultos eran distintos: maliciosos, orgullosos. Reaccionaban a cualquier cosa nueva en su medio con desprecio y desconfianza. Su comportamiento estaba definido rígidamente. Evitaban todas las formas de novedad.

—Escucha —dijo Jamal—. Todo el mundo está un poco preocupado por la forma en que están yendo las cosas.

Bajó los prismáticos.

—Estamos vivos. Tenemos comida. ¿De qué se quejan?

—Dicho pronto y mal, nosotros hacemos todo el trabajo mientras vosotros dos os dedicáis a estar todo el día sentados observando.

—Sois estudiantes de doctorado, por lo que más quierais. ¿Qué esperabais?

—Estamos currando un huevo. Vosotros también deberíais hacerlo.

Lo que más le molestaba era que la acusación era injusta. Leyster y ella trabajan el doble de duro que cualquiera de los demás. Pero se tragó su enfado.

—Leyster y yo somos los únicos investigadores con una formación completa.

—¿Para quién estáis investigando? El localizador está hecho añicos. Nunca volveremos a casa. ¿Quién va a leer vuestros hallazgos?

—Somos científicos. Si no investigamos, entonces ¿por qué estamos aquí?

—A veces me lo pregunto —contestó Jamal secamente.

Se dio la vuelta y se fue.

Esa noche le contó a Leyster lo ocurrido.

Leyster parecía chupado y pálido. Sus responsabilidades le estaban agotando.

—No sé —dijo—. Tal vez tenga razón.

—¡No, no la tiene! Solamente es un joven macho beta ambicioso con delirios de ser un alfa. Quiere poder y dobles raciones, eso es todo. Todo esto apesta a política de monos.

—Pero tal vez deberíamos...

Ella le calló con besos. Entonces hicieron el amor. Leyster no tuvo su mejor noche e inmediatamente después cayó en un sueño exhausto. Pero de verdad la quería. Ese tipo de cosas son imposibles de fingir.

Una semana después, Jamal se fue del campamento llevándose con él a la mitad de la expedición.

Solamente se quedaron Lai-tsz, Gillian y Patrick. Katie, Nils y Matthew se fueron con Jamal. Se llevaron todo el material que pudieron cargar.

Su marcha dobló el trabajo de todos. Los campamentos necesitaban dos personas para la cocina, dos personas para lavar los platos, el doble de esfuerzo para hacer dos veces todo lo necesario. Habían pospuesto fabricar la caseta de ahumar indefinidamente, aunque eso les hubiera ahorrado gran cantidad de trabajo a largo plazo al hacer

posible guardar la carne durante más de un día. Tanta falta de eficiencia era una locura.

Por supuesto, abandonaron el escondrijo para ver a los tiranosaurios. Tuvieron que hacerlo. La ciencia se había convertido en un lujo.

Los disidentes no fueron muy lejos. Volvían periódicamente, enfadados y con la cabeza baja, buscando herramientas o material que no se habían acordado de coger.

—Las hachas se quedan —dijo Gertrude la primera vez que ocurrió. Pensaba que cuanto peores fueran sus privaciones antes regresarían a casa maltrechos.

—No son propiedad privada. Se trajeron para la expedición gracias a financiación pública.

Pero Leyster, ciego al contexto más amplio, dijo:

—Claro que os podéis llevar una hacha y todo lo que necesitéis. No somos vuestros enemigos, ¿sabéis? Estamos juntos en esto. —Todavía planeaba ganárselos con bondad.

El problema es que estaba fuera de este mundo. Era demasiado bueno para su bien.

La cosas fueron de mal en peor. Gillian les dejó para irse con los disidentes. Entonces, dos meses después de la ruptura, Nils murió en un accidente. El campamento rebelde no quería hablar del tema, así que Gertrude nunca averiguó los detalles. Pero todos se juntaron para su funeral.

Fue un encuentro tenso. Los grupos no se mezclaron sino que se mantuvieron cada uno por su lado. Cuando Gertrude consiguió apartarse con Katie para intentar vencerla de que volviera, se echó a llorar.

—A Jamal no le gustaría —dijo negando con la cabeza—. No sabes cómo se pone cuando se enfada.

Era el típico comportamiento de culto: el líder carismático cuya palabra es la ley, la obediencia irracional, el miedo generalizado. Leyster no la escuchaba pero Gertrude estaba cada vez más convencida de que Jamal retenía al grupo contra su voluntad, manteniéndoles unidos a él por medios psicológicos.

Cinco meses después del accidente, casi no lograban sobrevivir. Todos habían adelgazado mucho. En particular, Leyster se había deteriorado mucho. Ya nunca sonreía ni bromeaba y a veces pasaba días sin hablar. A Gertrude le partía el corazón verle tan mermado.

Entonces, seis meses menos un día tras la bomba, Patrick fue asesinado cuando le asaltó un grupo de terópodos pequeños mientras cavaba en busca de huevos de tortuga.

No hubiera muerto si hubiera podido tener a alguien con una lanza y una bolsa de piedras cubriéndole las espaldas.

Así que, durante una noche sin dormir, Gertrude decidió pasar a la acción.

Los disidentes habían construido una trinchera para usar como letrina justo lo suficientemente lejos del nuevo campamento para no ser molestados por las moscas y los olores. Muy temprano a la mañana siguiente, Gertrude encontró un escondite junto al camino que iba a la letrina y se instaló a esperar.

La primera en ir y volver por el camino fue Katie. Después Matthew. Jamal fue el tercero.

Su cara se oscureció cuando ella apareció ante él.

—¿Qué quieres?

—Te he traído una pala.

Le pegó con ella tan fuerte como pudo.

Jamal parecía profundamente sorprendido. Ni siquiera intentó agacharse para evitar el impacto. El filo de la pala le dio en el hombro, y después indirectamente en un lado de la cabeza.

Se tambaleó. Ella volvió a sacudirle con la pala detrás de las rodillas.

Cayó.

—No, espera —dijo sin fuerzas desde el suelo. Levantó una mano suplicante—. Por lo que más quieras, no.

—¡Maldito! —exclamó Gertrude—. ¡Jodiste algo que era perfecto! Eres un sucio, ignorante hijo de puta.

Gritaba tan fuerte que casi no veía y la comisura de la boca le sangraba. Mientras se liaba a palazos como loca, se las había arreglado para cortarse con el anillo.

—Muere, cabrón.

Levantó la pala con ambas manos, con el filo apuntando a su garganta. Había pensado que sería difícil pero ahora que estaba en ello, estaba tan llena de ira que no era en absoluto difícil. Era la cosa más fácil del mundo.

—¡Jamal! —gritó una voz alegre. La voz salía de detrás de ella, del nuevo campamento.

Era Leyster. Venía corriendo por el camino, agitando los brazos.

—¡Nos han rescatado! —gritó—. ¡Están aquí! Hemos...

La vio de pie junto a Jamal, con la pala en alto, y se paró en seco.

La historia había terminado.

—¿Y cómo acabaste aquí? —preguntó Molly Gerhard.

—Sumando rumores descubrí que quien tuviera el mando debía provenir de un futuro lejano. Así que le robé el Permiso de Acceso a Griffin...

—¿Cómo?

—No fue muy difícil. —Miró deliberadamente a Griffin—. Le robé el permiso y cogí el embudo hasta lo más futuro que pude. Entonces hice un trato con los de aquí.

—¿Quiénes son «los de aquí»? ¿Cómo son?

—Todo a su tiempo. Es más fácil enseñarlo que explicarlo. Esperad un par de horas y prepararé una presentación.

—Hay una cosa que no logro entender —dijo Griffin incorporándose—. ¿Tú qué ganas? Al cambiar tu pasado, también te has liberado de él. ¿Por qué lo hiciste?

Gertrude levantó la cabeza y se quedó mirando a Griffin por encima de su nariz. Es como un pájaro, pensó Jimmy. Igual que un pájaro.

—Quería a Leyster —contestó—. Decidí que si no podía tenerle en un tiempo, le tendría en otro.

Se volvió hacia Salley, que parecía encogerse cuando ella la miraba.

—Lo hice por ti —dijo Gertrude triunfante—. Lo hice todo por ti.

Salley se miraba el regazo. No dijo nada.

El sol asomaba por encima del bosque circular. Cuando Gertrude les invitó, todos salieron al balcón.

El bosque circular era una circunferencia verde de kilómetro y medio de diámetro con agua en el centro. Oía distinto de los bosques que Jimmy conocía del mismo modo que un bosque de robles huele diferente a uno de pinos. Los pájaros anidaban en sus ramas y los peces nadaban entre las raíces. Había estanques y lagos dentro del bosque, claros naturales en los que pájaros como golondrinas revoloteaban y se golpeaban, levantando espigas blancas de agua cuando penetraban la superficie.

—Esto es precioso —comentó Molly Gerhard.

Gertrude asintió y sin ni una gota de ironía contestó:

—De nada.

Jimmy Boyle se acordaba de cómo, en una época anterior, Salley había hablado de las plantas acuáticas y de su importancia como desarrollo ecológico. Se preguntaba si aquello eran sus descendientes. Suponía que sí.

—Los bosques cubren todos los llanos continentales —dijo Gertrude—. Estos árboles se han adaptado a aguas más profundas. Sus zarcillos no pueden alcanzar el suelo oceánico, así que funcionan como anclajes al mar. Se mezclan y forman una rica variedad de *hábitats* que sirven de refugio a muchas especies distintas.

Mientras hablaba, Griffin y Salley se escabulleron. Se separaron de los demás para hablar en voz baja. Jimmy se colocó para poner la antena sin parecer entrometido mientras hacía ver que escuchaba a Gertrude.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí —preguntó Griffin—, con ella?

—Un mes.

—Ha debido de ser difícil.

Salley se acercó un poco más a él.

—No tienes ni idea —dijo enfadada—. Ha de ser la criatura más arrogante y egoísta..., y manipuladora del mundo.

Griffin sonrió con tristeza.

—Todavía no has conocido al Viejo.

—¡Oh, Dios! —exclamó Salley—. ¡Estoy tan avergonzada!

—No deberías avergonzarte de algo que no has hecho —replicó Griffin.

—¡Pero lo estoy! ¡Lo estoy! ¿Cómo podría no estarlo sabiendo que ella soy yo?

De pronto Salley empezó a llorar. Griffin la rodeó con sus brazos, consolándola, y ella le dejó.

—Tiene gracia —dijo—. Me juré a mí misma que jamás te dejaría volver a tocarme, y aquí estoy, pegada a ti como una lapa.

—Sí —contestó Griffin—. Tiene gracia.

—No puedo mantener ni una sola jodida resolución —comentó amargamente—. Ni aunque mi vida dependa de ello.

Jimmy se apartó. Allí no había nada más que averiguar.

Gertrude seguía hablando, por supuesto.

—¿Os habíais fijado alguna vez —preguntó— en que las estaciones están al final de una edad? ¿Justo antes de un evento de extinción mayor? ¿No os habíais preguntado nunca porque la estación de Washington debería ser distinta?

—En términos biológicos —dijo Jimmy—, nuestro hogar está en medio de uno de los eventos de extinción más grandes de la historia del planeta. Aunque no desapareciera una sola especie más después de nuestro tiempo, todavía sería una de las seis ex-

tinciones principales.

Había estado con científicos lo suficiente como para haber aprendido al menos eso.

—Tal vez —replicó Gertrude—. Pero mira a tu alrededor. Estamos extinguidos, la humanidad, quiero decir, y lo hemos estado mucho, mucho tiempo.

—¿Cómo? —susurró Molly Gerhard—. ¿Cómo desaparecimos?

—Eso —contestó Gertrude con firmeza— lo dejaremos como el ejercicio a realizar por un estudiante.

En su cara había algo raro, algo triunfante pero anhelante. Jimmy se daba cuenta de que estaba muy sola.

La vieja llevaba tanto tiempo viviendo ahí en su esplendoroso aislamiento que casi se le había olvidado cómo llevarse bien con otros seres humanos. Pero aun así notaba que le faltaba su compañía.

Sentía una terrible pena por ella. Pero al mismo tiempo, no necesitaba hacer nada al respecto. No formaba parte de su trabajo.

Sonó una campana.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Molly Gerhard.

—Ha llegado la hora —contestó Gertrude— de conocer a nuestros patrocinadores.

La puerta se encontraba en una habitación pequeña en el centro de la torre de Gertrude. Una puerta se abrió y de ella salió uno de los inalterables.

—Hemos venido —dijo— a llevarles a la reunión. A ti no —añadió mirando a Gertrude, y continuó volviendo a mirar a los otros—: Vamos.

## Revisión por pares

*Montañas Expedición Perdida: era Mesozoica. Período Cretácico.  
Época Senoniense. Edad Maastrichtiense. 65 millones de años a. C.*

La bajada en balsa por el Edén fue lenta y lánguida. Aunque vieron muchos, los cocodrilianos no les molestaron ni una sola vez. Y puesto que las migraciones no habían terminado del todo aún y el río serpenteaba por un terreno más variado que el del Valle Feliz, Leyster pudo añadir varios dinosaurios poco usuales a su lista personal de dinosaurios vistos. Logró buenos avistamientos de betracovenatores, cryptoceraptops, fubarodones y jabberwockias. Una vez incluso vio un *Cthuluraptor imperator* en todo su terrible esplendor. Eran especies que nunca habían esperado llegar a ver y eso le puso de buen humor.

Jamal todavía estaba un poco débil por los efectos secundarios de la fiebre. Pero su pierna rota había empezado a soldarse durante las semanas que habían tardado en construir la balsa. Esperaba impaciente el día en que pudieran quitarle la tablilla. De hecho, a veces insistía en que su pierna ya estaba curada y que le podían quitar aquello inmediatamente. Pero Daljit se negaba a permitirlo.

—Después de todo lo que he aguantado mientras te cuidaba —dijo— no me voy a arriesgar a tener que repetir. No voy a ser tu jodido ángel de la guarda nunca más. ¿Entendido?

Habían considerado otros modos de regresar a casa pero decidieron que la balsa era la manera más segura de transportar a Jamal. A Leyster le partió el corazón tener que usar toda una madeja de cuerda para atar los troncos, pero no había forma de evitarlo. Tamara la bautizó como *John Ostrom* por el hombre que descubrió que los dinosaurios fueron seres activos y los antepasados de los pájaros, y para darle suerte encajó entre los troncos de la proa un palo con un puñado de brillantes plumas de dinosaurio atadas a su extremo.

Empezaron su viaje por la mañana temprano, tras cargar la balsa con todas sus posesiones, soltado amarras y usado palos largos para empujarla hasta el centro del río. Los pájaros acuáticos se tiraban a las calmadas aguas marrones en busca de peces. Irrumpían en la superficie cuando la balsa se acercaba.

Tamara estaba de pie en la popa controlando el remo y Leyster agachado un paso por delante de ella sujetando una cuerda con un peso. Iba tomando lecturas periódicamente. El Edén era fangoso, ancho y lento, lo que significaba que también era poco profundo en algunos puntos y corrían constante peligro de encallar. Daljit y Jamal tomaban el sol en la parte delantera de la balsa.

Leyster estaba pensando en el artículo sobre infrasonido y admirando distraídamente la belleza escultural de los cuerpos de los jóvenes cuando la sombra de un pteranodon rozó la balsa y después emergió hacia la orilla.

Se volvió de prisa y en un corto destello vio desaparecer al animal tras una gran arboleda de sauces y adentrarse en un jardín de rocas que podía oír pero no ver. En ese instante de lucidez, todo tuvo sentido para él.

*Comunicación interespecífica por infrasonidos en una comunidad de especies depredadoras y presas en el Maastrichtiense superior.*

—Vale, estoy listo para empezar a escribir el artículo —anunció Leyster.

Por necesidad, la escritura era un ejercicio mental. De entre todos sus manguantes recursos, el papel era uno de los más escasos y valorados. Todos los cuadernos se habían convertido en comunales y habían aprobado una férrea ley para que nada se pudiera escribir en ninguno de ellos sin consentimiento de todos.

En consecuencia, Leyster había tenido que entrenar su memoria para poder escribir los artículos científicos en su cabeza, recitárselos a la tribu para que dieran sus opiniones y después, una vez tratadas todas las objeciones, transcribir las palabras con la letra más limpia y diminuta.

—¿Cómo se titula? —preguntó Tamara. Daljit y Jamal se sentaron para oírle.

Les dijo el título.

—No es muy atractivo, ¿verdad? —dijo Jamal.

—No se supone que tiene que ser atractivo. Se supone que tiene que transmitir información de la forma más clara y específica posible.

—Sí, pero...

—Oh, Jamal sólo quiere ser comercial —comentó Daljit—. Para poder vender la licencia para hacer un juego y vender un conjunto de figuritas de plástico a Burger King.

Jamal se puso rojo.

—Retiro la objeción.

Le dio un apretón.

—Solamente te estaba tomando el pelo, monada. Sé que ya no eres así. —Después se le ocurrió algo que decir a Leyster—. ¿No vas a incluir aquella ocurrencia tontorrón de Chuck, verdad?

—Tal vez.

—Refrescadme la memoria —dijo Jamal—. ¿Exactamente cuál era su teoría?

—Para empezar postulaba que puesto que los dinosaurios principales eran capaces de oír infrasonido, también debían de ser capaces de oír los movimientos de las montañas y los continentes. Ese movimiento es tan ligero y regular que entonces serían capaces de orientarse con él. Eso les daría una brújula sónica para sus migraciones: simplemente irían hacia donde el mundo les sonara bien.

»Y bien, cuando el Chicxulub impactó en la Tierra, debió crear reverberaciones que duraran años. Eso es elemental. Ocurre constantemente con los grandes terremotos.

»Pero Chuck especulaba que, ya que el impacto había sido mucho más grande que cualquier terremoto, los dinosaurios se habrían quedado sordos a los constantes sonidos que les indicaban dónde estaban. No habrían sabido adónde emigrar. Además es-

peculaba que el ruido podía haber sido lo suficientemente grande como para que ya no pudieran comunicarse, dejando inutilizadas sus estrategias de alimentación.

»Entonces sus propias fuerzas se habrían vuelto contra ellos. Tan sobreadaptados como están, no podrían haber sobrevivido a los tiempos difíciles tras el desastre. Taxones menos especializados como los cocodrilos y los pájaros se las arreglan para sobrevivir hasta la era siguiente simplemente porque están menos especializados. Eran capaces de adaptarse mientras que los dinosaurios no avianos no podían.

Jamal negó con la cabeza.

—Chuck era un buen tío pero su teoría es malísima.

—¡No es verdad! —exclamó Tamara—. ¿Qué tiene de malo?

—Para empezar, no se puede convertir en falsa. No hay manera de comprobarla.

—Eso no...

Leyster apartó la vista de los otros y volvió a prestar atención a los bosques montañosos que se deslizaban a su paso. Las voces se redujeron a un murmullo de fondo en su mente. Más adelante, como si fuera un abuelo, un viejo árbol enredadera estiraba sus miembros artríticos sobre el agua. Cuando pasaban ante él, caía al río una lluvia de atoposáuridos, cocodrilos no más grandes que una mano con membranas iriscentes estiradas entre sus patas delanteras y traseras. Se lanzaban desde las ramas desliziéndose hacia la orilla en torcidos recorridos aéreos y se sumergían en el agua con un suave chapoteo.

Plop. Plop. Ploplop. Plop. Ploploploploplop. Plop.

Era un mundo rico, lleno de criaturas fascinantes que nunca tendría tiempo ni de empezar a estudiar. Leyster suspiró y dejó que su mente vagara libremente por los datos que habían acumulado hasta entonces.

Lo primero en aparecer fue el hecho central del descubrimiento. Habían observado y después confirmado con la instrumentación que varias especies de dinosaurio «hablaban» entre ellas mediante infrasonido. En lugar de enumerar todas las especies que habían documentado que se comunicaban de esta forma, las resumieron como «varios grupos de los principales dinosaurios». Así, resultaba más conciso y era posible mencionar las especies concretas cuando llegaran a las interacciones específicas.

El secretillo sucio de las publicaciones científicas era que, además de que no pagaban por los artículos que publicaban, los autores tenían que pagarles a ellos una tarifa fija de tanto por página. No es que el dinero por sí solo pudiera llevarte a las páginas de una publicación seria, también tenías que escribir un artículo que pasara la revisión de los colegas e impresionara a los editores lo suficiente como para quererlo. Pero, en particular si acababas de empezar, podías retrasar la publicación de algunos artículos durante años mientras esperabas que tu situación financiera se despejara.

El sistema, a pesar de sus muchos defectos, tenía un efecto positivo: los artículos resultaban concisos. La ironía era que ahora que el precio de aparecer en las publicaciones científicas le era irrelevante, los límites de su habilidad para memorizar texto le imponían una necesidad de economizar igual de estricta.

Cuando estuvo satisfecho con las palabras escogidas, anunció que tenía la primera sección del artículo y la recitó en voz alta. Los demás dejaron su pelea para considerarlo.

—Debería ser «observaciones de campo» en lugar de «las observaciones en el medio» —dijo Daljit—. Es más corto.

—Bien pensado. Lo cambiaré.

—¿Por qué «grupos de los principales dinosaurios»? —preguntó Jamal—. ¿Por qué no simplemente «dinosaurios»?

—Porque no sabemos si todos los dinosaurios se comportan de este modo. De hecho, estamos bastante seguros de que algunos no: las aves.

—Tomo nota.

Sonó el teléfono.

—¿Sí? —dijo Tamara—. Es Gillian —les informó. Y después continuó hablando—. Leyster está trabajando en el artículo. Sí, tan pronto. Bueno, obviamente piensa que tiene suficientes datos. ¿Qué? ¡No! Bueno, ya era hora. ¡Oíd todos! ¡Lai-tsz se ha puesto de parto!

—¿En serio?

—¡Estupendo!

—Todos están felices y mandan recuerdos. ¿Cuándo ha empezado? Ya. ¿Cómo va? Bueno, por supuesto. —Se quedó en silencio un rato—. Vale, le preguntaré.

Se volvió hacia Leyster.

—Gillian quiere saber si vas a usar la teoría de Chuck.

La balsa dio un bandazo.

—¡Ay, caramba! —exclamó Daljit—. ¿Quién lleva el timón?

Tardaron más de una hora en desembarrancar la balsa y fue un trabajo sucio y difícil. Todos tuvieron que meterse en el agua (menos Jamal, que se quedó a bordo lamentándose) para que la balsa no se hundiera tanto y poder conducirla a aguas más profundas.

Sucios y cansados, pero aun así alegres por su éxito final, se quitaron la ropa y la extendieron para secarla. Daljit les coaccionó para que colocaran unos postes en la parte de atrás y les ataran una tela para hacer un toldo que evitara que se quemaran.

Estaban terminando sus comentarios sobre la introducción del artículo amistosamente (era la parte más simple y había poco margen para desacuerdos en la interpretación), cuando de pronto Tamara levantó una mano.

—¡Chist!

—¿Qué pasa? —susurró Leyster.

Señaló a la orilla izquierda. Un *Stygivenator morali* caminaba rápidamente río abajo por la orilla, moviéndose a la velocidad necesaria para mantenerse paralelo a ellos. De vez en cuando echaba una mirada hacia ellos, con ojos brillantes y avariciosos.

Leyster tembló sin querer. Un *stygivenator* era uno de los depredadores más grandes, tan grande como una cría de tiranosaurio pero con los reflejos de un depredador adulto.

—¿Qué hace? —preguntó Jamal silenciosamente.

—Seguirnos —contestó Leyster susurrando. Afortunadamente, la mayoría de los terópodos eran malos nadadores.

—¿Y qué hacemos?

—No hacer ruido y tener cuidado de que la balsa no se le acerque mucho.

En aquel punto el río se curvaba, así que tuvieron que usar los remos frenéticamente para que la balsa no se incrustara en la orilla. El bosque se hacía más espeso en el meandro y los árboles llegaban hasta muy entrada el agua, forzando al *stygivenator*

a ir tierra adentro. Cuando volvieron a alcanzar el centro del río, había desaparecido.

Había montones de termitas en el lado derecho del Edén, una metrópolis de ellas. A la izquierda, Leyster vio un *Orchestia grillus* abriendo una almeja de agua dulce con sus pequeñas garras peludas. De pronto un troodon que ni Leyster ni él sospechaban que merodease por allí agarró al pequeño mamífero. Meneó la cabeza dos veces para romperle la columna, después levantó el cuello y se tragó entero al desafortunado animal.

Cuando el troodon estaba ocupado con eso, el stygivenator emergió del bosque moviéndose a gran velocidad. Su mandíbula lo atrapó antes de que el depredador más pequeño supiera lo que estaba sucediendo. Masticó una vez y el jodido bicho estaba muerto.

Aquella increíble violencia se mantenía solamente gracias a la gran cantidad de descendientes que producía casi todo. Por eso era tan sorprendente que tal número de individuos pudiera llegar a la edad adulta. La red de cooperación interespecífica (el tiranosaurio como granjero) conseguía una eficiencia asombrosa, lo que permitía una mayor población de las formas de vida más grandes que de otro modo sería imposible.

No pudo evitar volver a pensar en la charla de Salley, hacía tanto tiempo y a la vez en un futuro tan lejano, cuando dijo que los ceratopsios eran criados por sus depredadores... Sonrió. ¡Era tan típico de ella impresionarle con su propio trabajo! En algunas cosas, no era muy buena como científica: impaciente con los datos, demasiado dispuesta a sacar conclusiones, apta para juzgar una idea no por sus méritos sino por su completo esplendor...

Pero la paleontología la necesitaba, al menos para servirle de levadura. La ciencia necesitaba a los inquietos tanto como a los empollones, a los visionarios tanto como a los detectives.

Salley era una cometa. Solamente necesitaba la más tenue conexión con el suelo para volar, que una mano digna de confianza la amarrara con un hilo hecho de seguridad y lógica para asegurarse de que no se diera de narices contra el suelo. Él deseaba poder ser la mano al final del hilo de aquella cometa.

Se dejó llevar por sus ensoñaciones mirando las orillas fluir a su paso. No se dio cuenta de que Jamal le quitó el mando y se movió hacia la proa para ir midiendo la profundidad. No se dio cuenta del cuidado que ponían los demás en no molestarle.

El círculo empezaba con los movimientos migratorios de la primavera, cuando bandadas de tiranosaurios, viviendo de la grasa acumulada en el invierno, se extendían buscando un territorio para establecerse. Ésos eran los machos reproductores. Las hembras les seguían con un paso más relajado, ahorrándose las miserias iniciales y llegando bien alimentadas y listas para reproducirse.

El Señor del Valle (podían identificarle por sus cicatrices) volvía para reclamar el territorio del año anterior y como tenía experiencia y estaba en sus mejores años, solamente se enfrentaba a unos pocos desafíos de machos más jóvenes. Rodeaba el perímetro de su valle cantando, tanto para mantener alejados a los competidores como para llamar a los titanosaurios.

Los titanosaurios, esas vastas máquinas de comer, se dejaban llevar despacio a través del valle por el tiranosaurio residente, guiados hasta las áreas más productivas. Desnudaban grandes andanas de vegetación alta, hacían añicos los árboles y permitían

que floreciera la vegetación baja. De vez en cuando, las hembras depositaban cientos de huevos en un nido bajo tierra antes de alejarse y olvidarlos completamente.

Cuando los titanosaurios se iban finalmente, el subsuelo estaba floreciendo y el tiranosaurios podía llamar por fin a las manadas de hadrosaurios y triceratops.

Leyster ya tenía todo el texto en la cabeza, ahora se puso a reducirlo al menor número de palabras.

—Biocibernético... —dijo Daljit—. ¿Existe esa palabra?

—Ahora sí.

—¿Significa algo?

—Pues —contestó Jamal— la palabra cibernético se refiere a los circuitos de reoalimentación que tienen lugar no sólo entre máquinas sino también entre organismos vivos. Así que no hace falta el neologismo.

Leyster se sonrojó. Hacía mucho tiempo que no le habían pillado en un error terminológico.

—Lo cambiaré.

—Me gustaría saber —dijo Tamara— por qué no mencionas el incidente que vieron Katie y Nils. Con los troodones.

Katie y Nils informaron de que habían visto una manada pequeña de troodones espantando a propósito a unos hadrosaurios de un nido de titanosaurio. Contaron que las bestiecillas salvajes habían espantado a hadrosaurios diez veces más grandes que ellos. Concluyeron que lo hicieron para proteger los huevos.

—Era una interpretación ambigua —dijo Leyster.

—Para Katie y Nils no.

—Además, sólo ocurrió esa vez.

—Que nosotros hayamos visto.

Jamal añadió juiciosamente:

—Cuando das cuenta de un comportamiento dices «es posible que...». ¿Dónde está el problema?

—Odio incluir mera especulación en un artículo científico.

Hubo un silencio corto.

—Por tanto —replicó Tamara—, supongo que eso significa que no vas a incluir la especulación de Chuck.

—No he dicho eso. Todavía no lo he decidido.

Mientras Leyster pensaba en el artículo y Daljit controlaba el remo, Tamara arrastró un sedal de pesca hasta pescar un pez gato rayado como un tigre. Jamal lo limpió y le sacó las tripas: cenaron sushi.

Mientras comían, discutieron la sección del artículo en la que Leyster estaba trabajando. En ella trataba comportamientos más problemáticos.

Las manadas de hadrosaurios y triceratops se desplazaban continuamente valle arriba y valle abajo comiendo. Lai-tsz tenía mejor oído para las grabaciones aceleradas y podía apreciar que cuando la vegetación local corría peligro de que se pastara en ella en exceso, el Señor y la Señora buscarían áreas más verdes y llamarían a las manadas hacia ellas. Al principio Leyster era escéptico sobre ello pero Lai-tsz demostró repetidas veces su habilidad para predecir, basándose en las grabaciones, cuándo las manadas desaparecerían del territorio establecido y adónde irían. Así que tuvo que

admitir que era así.

Planeaba citarlo como ejemplo de un comportamiento «ganadero».

—¿Cuál es exactamente la diferencia —preguntó Daljit— entre domesticar y dedicarse a la ganadería?

—La domesticación es el proceso mediante el cual las especies depredadoras han conseguido que las especies presa acaten su voluntad dócilmente.

—¿Pero estás seguro de que están domesticadas?

—Hemos visto muchas veces al Señor del Valle acercarse a una manada cantando. Entonces los animales se apiñan con las crías en el centro. Él camina a su alrededor una y otra vez. Se vuelven para mirarle a la cara, se juntan más, se dan empujones. Más apretados, más juntos, más alerta hasta que un individuo es expulsado del grupo. Siempre el más viejo o el más débil o el más enfermo. Su Señoría se abalanza y, pam, lo mata. Treinta minutos de principio a fin. —Leyster sonrió—. Mejor que cazar, ¿verdad?

—Vale, ¿y la ganadería?

—La ganadería es el conjunto de comportamientos mediante los cuales cuida las manadas: moverlas de un pasto a otro, mantener alejados a sus rivales depredadores y demás.

—Bueno, tienes que asegurarte de que está explicado claramente en el artículo.

—¡Anda ya!

Amarraron para pernoctar en una isla de arena cubierta por una maraña de enredaderas nuevas. Tamara salió del agua y podó un trozo de la isla para hacer un fuego. Empezó a preparar té de sasafrás.

Sonó el teléfono.

—No estoy —dijo Leyster—. Si preguntan, estoy en una reunión y no sabéis cuándo volveré a la oficina.

Daljit contestó. Escuchó brevemente y después cubrió el auricular con una mano.

—¡Es un niño! —gritó.

Leyster cogió el teléfono.

—¿Y se parece a alguien en especial? —preguntó sintiendo una extraña mezcla de esperanza y aprensión.

—¿Qué importa? —dijo Katie—. Todos vamos a querer al muy traviesillo. Tú también, en cuanto le veas.

—Ya sé que no importa, sólo tengo curiosidad. Venga, preguntaría lo mismo si no estuvieras allí.

—Bueno..., a juzgar por el color de su piel, tengo que decir que el padre es Jamal o Chuck.

—El padre es Jamal o Chuck —dijo Leyster cubriendo el auricular.

—¿Soy padre? —preguntó Jamal.

—Tal vez eres padre —contestó Leyster.

—Eres medio padre —concluyó Daljit.

—¡Soy un «pa»! —exclamó Jamal—. ¡Soy un «dre»!

Hizo un bailecillo patoso que hizo enfadar a Daljit.

—¡Cuidado con la puñetera tablilla!

Tamara le agarró y le dio un beso largo.

Leyster se dio cuenta de que aunque estaba tan feliz por su amigo también sentía una punzada de celos. Podía haber sido hijo suyo. Pensar en lo que podía haber sido

removió complejos sentimientos dentro de él.

A la mañana siguiente, zarparon y continuaron río abajo. Hacía otro día precioso. Leyster se sintió alerta y vigoroso. Tenía el artículo prácticamente dominado a la hora de comer. Lo último que hizo fue componer el resumen:

*Observaciones de campo muestran que en el Maastrichtiense superior grupos de los principales dinosaurios se comunicaban tanto intra como interespecíficamente mediante infrasonido. Son particularmente importantes las comunicaciones entre especies pues sugieren que en ellas operan circuitos de realimentación cibernéticos que ayudan a dar forma al ecosistema. Se observaron comportamientos de domesticación y «ganadería». Las ventajas de este comportamiento cooperativo para los depredadores son evidentes. Los beneficios para las especies presa, aunque menos obvios, se postulan como igual de apremiantes. Era un sistema complejo que proporcionaba el máximo beneficio para todos.*

—He terminado —dijo.

Jamal aplaudió.

—Vamos a escucharlo.

—No, debería hacer la primera lectura completa ante todos. Es lo justo.

Todos se quejaron.

—Ayer nos expusiste lo que tenías —señaló Daljit.

—Sí, pero ayer no estábamos en absoluto cerca de nuestro destino. Hoy estamos..., ¿cuánto camino nos queda todavía?

El satélite cartográfico estaba bajo pero acababan de conseguir que les diera su localización. Daljit y Jamal se echaron sobre los mapas brevemente, discutieron y entonces concluyeron que habían llegado a la confluencia de los ríos Edén y Estigia en algún momento a primera hora de la tarde.

—Bueno, eso lo zanja. Con un poco de suerte, llegaremos a casa al anoecer. Podemos celebrar la ronda inquisitoria entonces, con todos presentes. —Leyster se puso de pie—. Me toca el remo, creo.

En una hora, la bioregión junto al río resultaba familiar. La tierra se abrió. Los bosques altos se retiraron a gran distancia y la tierra fértil estaba cubierta de matorrales, helechos y cícadas, salpicada con ocasionales arboledas de coníferas.

Habían vuelto a las tierras de la granja.

Tal vez fue la misma familiaridad lo que les hizo confiarse demasiado. Leyster mantenía la balsa uniforme en las suaves corrientes del Edén con la mirada alerta por si hubiera aguas poco profundas cuando Daljit dijo: «Oh, oh».

Había visto a los triceratops desde la distancia, adornando el paisaje como reses enormes y plácidas. Sólo cuando se acercaron se percataron de su número y pudieron ver lo intranquilas que estaban las criaturas.

Estaban preparándose para vadear el río.

Los triceratops no cruzaban el agua tranquilos ni muy a menudo. Les daba miedo, así que se arremolinaban, avanzando y retrocediendo, aproximándose al río y después

alejándose de él, hasta que se provocaran a sí mismos un ataque de histeria tal que se lanzasen al río cual torrente de carne, aplastando todo lo que tuviera la mala suerte de cruzarse en su camino.

Como la balsa.

—A lo mejor pasamos por delante de ellos —sugirió Jamal silenciosamente. Daljit le tapó la boca con la mano. Cuando las bestias estaban en ese estado, eran fáciles de asustar.

La balsa flotó en silencio hasta pasar las manadas. Allí el río era recto y la corriente uniforme. Con el toque más ligero en el remo, la balsa mantenía el rumbo.

Hubiera sido un momento bucólico, si no llega a ser por el terror que compartían.

Pasaron diez minutos. Veinte. Por fin pudieron ver el final de las manadas. Ya estaban casi fuera de peligro.

Se oyó un ruido tras ellos.

Daljit contuvo la respiración.

Girándose, Leyster vio una espuma blanca en el agua cuando el primer grupo de triceraptors se tiró al río. El grueso de la manada, galvanizado, apareció en la orilla para seguirles. Por debajo de ellos, un segundo grupo de cuerpos entró en el río. Un tercero.

Al final de las manadas, justo paralelo a la balsa, un cuarto grupo de triceratops se echaba al agua.

—Joder —dijo Tamara.

Brevemente estuvieron rodeados de dinosaurios con cuernos. Batían el agua con sus enormes cuerpos, meciendo la balsa. Una de las bestias dio contra un lado, haciendo que todos se tambalearan. Otra no les dio a la izquierda por un pelo y rozó suavemente los troncos al pasar al lado. Ya no había más porque había sido solamente el final de la manada y además una muy pequeña (dos docenas, posiblemente tres, de bestias).

Pero faltaba el último triceratops.

El último de la manada estaba demasiado confundido para esquivarlos. Se abalanzó hacia adelante, golpeando la balsa y levantando en el aire uno de sus lados.

La balsa se inclinó, aguantó un instante y se volcó.

Todo volaba por los aires. Leyster vio sus cestas y mochilas, hachas y carne ahumada, tiendas, mantas y utensilios de cocina llover al agua con lo que le pareció una lentitud torturadora. Daljit había logrado ponerse en pie sobre la balsa en movimiento y se tiró de cabeza rápidamente al río. Tamara la siguió menos segura con su lanza en una mano y la mochila en la otra. Jamal cayó entre un amasijo de extremidades. Leyster le vio sorprenderse cuando su cabeza golpeó el extremo de la balsa. Desapareció en el agua.

—¡Jamal! —se oyó Leyster gritar, y entonces también estaba en el agua.

Pudo llegar hasta la superficie atragantándose. Había troncos por todas partes, moviéndose como si estuvieran vivos. Los triceratops salpicaban y hacían olas, batiendo el barro, y cuando sus pies tocaron el fondo descubrió que el agua sólo le llegaba por el pecho.

Jamal no estaba en ningún sitio.

Cogió aire profundamente y volvió a sumergirse bajo el agua.

Buceó con los brazos estirados hacia donde pensaba que había visto a Jamal por última vez.

Mantuvo los ojos abiertos pero no vio nada.

El agua avanzaba cada vez más despacio, así que se paró. Irrumpió otra vez en la superficie en busca de aire. Le quemaban los pulmones y le dolía el pecho. El río se extendía hasta el infinito a ambos lados.

No había esperanza. No había ninguna posibilidad de encontrar a Jamal dentro de tanta agua.

Una vez más, pensó desolado. Me sumerjo una vez y estaré seguro de que no es posible encontrarle.

Se sumergió.

El agua marrón fluía a su lado, como antes. Entonces, de golpe, algo horrible le paralizó. Sus brazos tocaron algo blando y en el mismo momento su cara chocó con el cuerpo de Jamal.

No se movía.

Rodeó el pecho del hombre con sus brazos y se esforzó por llegar a la superficie. Casi instantáneamente, sus pies tocaron el suelo y su cabeza salió al aire.

De pronto, milagrosamente, el cuerpo que tenía entre sus brazos tiritó.

Una bocanada de agua salió de la boca de Jamal e hizo un esfuerzo para respirar. Empezó a luchar. Leyster se encontró en peligro de que le arrastrara bajo el agua.

—¡Estás bien! —gritó—. ¡Estás bien! ¡Déjame que te lleve hasta la orilla!

Jamal se retorció en sus brazos.

—«¿Estoy qué?

—¡Estás bien!

Jamal paró de moverse. Entonces haciendo un gran esfuerzo dijo:

—No tienes ni puñetera idea de lo que es estar bien.

Riéndose y jadeando se tambalearon hasta la orilla. Daljit se puso bajo el otro brazo de Jamal y juntos le fueron llevando.

—¡Estoy bien! —protestó Jamal débilmente—. ¡Estoy bien, de verdad!

Tamara apareció cargando con una mochila mojada.

—He conseguido salvar una. —Levantó la mochila con aspecto avergonzado y salvaje—. Pero las otras se han perdido para siempre. Lo siento.

Leyster pensó en lo que había acabado en el fondo del río: dos teléfonos móviles, las dos hachas, todos los zapatos. Tantas cosas irremplazables. Pero no podía sentir la pérdida.

Su brazo todavía rodeaba los hombros de Jamal. Levantó el otro y Tamara, dejando caer la mochila, se metió debajo. Los cuatro se juntaron en un gran abrazo, con lágrimas en los ojos y sin vergüenza de ponerse sentimentales.

—Hemos salido bien parados —dijo Leyster—. Hemos salido bien parados.

Era verdad. Supo en ese instante que habría dado todas las hachas que tuvieran para mantener vivo a Jamal.

Y en el mismo instante, añadió mentalmente al resumen:

*Es posible que precisamente gracias a su éxito, este comportamiento cooperativo contribuyera a la extinción de los dinosaurios no avianos en los límites del K-T.*

## El taxón Lázaro

*Estación Carnaval: era Mesozoica. Período Jurásico.  
Época Dogger. Edad Aalenense. 177 millones de años a. C.*

El Viejo estaba solo sentado en una habitación oscura.

Se podría alegar que se encontraba en el momento más interesante de todo el Mesozoico, una edad en la que los dinosaurios fueron desafiados de un modo sorprendente, primero casi pierden su lugar en el ecosistema y después lucharon hasta lograr recuperar su dominio. No pensó mucho en eso. Centraba toda su atención en las visiones que iba haciendo aparecer en el aire, una tras otra. Le habían dado acceso a herramientas cuyos efectos eran inexplicables. La que estaba utilizando ahora le permitía espiar indiscretamente sucesos seleccionados de especial interés para él. Era como tener el televisor de Dios. Que él supiera, era el único ser humano que poseía uno.

Medio billón de años hacia el futuro, Griffin y sus acompañantes estaban por fin a punto de conocer a sus patrocinadores. Atravesaron una puerta y aparecieron en el mismo césped que habían pisado nada más llegar al Epimeteico.

Se incorporó y todo lo que le rodeaba se esfumó mientras su identidad se disolvía en la de ellos.

Los «árboles para escalar» de Jimmy estaban más lejos de las puertas de lo que nadie en el grupo había pensado. La enredadera era de la misma altura y estaba apuntalada con la misma complejidad que una catedral. Cuanto más se acercaban, más elaborada parecía su estructura y era menos similar a algo que hubieran visto antes.

El inalterable llevó al grupo hasta el refugio de los árboles.

Anduvieron por caminos enrevesados adentrándose en zonas sombreadas cada vez más oscuras. A su alrededor por todas partes sonaban crujidos y movimientos furtivos. Allí habitaban gran cantidad de seres vivientes.

—No puedo decidir si esto es natural o artificial —dijo Molly Gerhard, gesticulando hacia una extensión de ramas que rodeaban un tronco en espiral como si fueran una escalera. A la altura de su barbilla, un cuenco formado en otro tronco se llenaba con agua que goteaba desde más arriba. ¿Era una fuente para que bebieran niños muy altos?—. O tal vez eso ni es una distinción válida aquí.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Jimmy.

El árbol estaba cubierto de una peste dulce y nauseabunda que recordaba a los polluelos de terópodo antes de perder su plumón, olía a sirope de caramelo sobre la piel

sudorosa, a las jaulas del zoológico que nunca están perfectamente limpias. Era un olor inquietante.

Algo cayó de una apertura por encima de ellos y por un brevísimo momento se plantó ante el grupo.

Sólo se podía considerar humanoide de acuerdo con la definición más generosa del término: bípedo, erguido, con dos brazos, un tronco y una cabeza, todo ello en el sitio correcto. Pero los brazos estaban doblados de forma extraña, el tronco estaba inclinado hacia delante, las piernas eran demasiado cortas y le salía un pico de la cabeza.

Se dignó mirarles fijamente enfadado, golpeó el suelo con sus pies con forma de espolón y chilló. Entonces desapareció.

—¡Dios mío! —exclamó Molly Gerhard.

—¿Qué coño era eso?

—Avihomo sapiens —contestó Salley—. La segunda especie inteligente jamás aparecida en este planeta. Gertrude les llama «hombres pájaro».

—Pájaros —dijo Griffin sin alterarse—. ¿Son descendientes de los pájaros?

—Sí. Me temo que una vez más los mamíferos han quedado al margen de la evolución.

El inalterable hizo un gesto hacia un hueco con forma de arco.

—Por aquí —dijo.

Pasaron por debajo y el árbol dio paso a un espacio amplio. Las ramas se cruzaban creando un techo alto con globos de luz flotando entre ellas para iluminar ligeramente el lugar. En medio de la habitación había una mesa. Sus anfitriones les esperaban sentados tras ella.

Eran tres hombres pájaro desgarrados y altivos. El más pequeño era la mitad de alto que un humano. Estaban cubiertos de delicadas plumas negras que formaban crestas acabadas en pico en la parte trasera de sus espaciosos cráneos. Sus picos eran tan blancos como un hueso desteñido al sol. Sus ojos eran completamente rojos.

Sus brazos, flacuchos y con unas articulaciones muy raras, eran muy parecidos a los de los camarones pero con manos largas dobladas hacia abajo. No eran en absoluto como alas: claramente la especie había perdido la habilidad de volar hacía siglos. A más de uno del grupo aquello les parecía un sacrificio mucho mayor que el que hicieron sus antepasados homínidos al descender de los árboles.

Uno de los hombres pájaro agitó la cabeza rápidamente, entonces hizo un ruido grave como una carcajada.

—Traduciré —dijo el inalterable.

Los rostros de los hombres pájaro eran ilegibles; no mostraban señales visibles de emoción excepto algunos movimientos rápidos repentinos de sus cabezas. El que acababa de hablar gorgojeó un instante.

—Él dice: sabemos por qué estáis aquí. Sabemos lo que queréis.

Griffin carraspeó.

—¿Y bien?

—Él dice: no.

—¿No? —preguntó Griffin—. ¿Qué quiere decir?

El inalterable y sus superiores mantuvieron un prolongado intercambio. Entonces dijo:

—Él dice: «no» quiere decir que no. No. No podéis tener aquello a por lo que habéis venido.

Griffin aspiró las mejillas mientras pensaba. Entonces dijo:

—Tal vez nos estamos apresurando un poco. Empecemos desde el principio, ¿de acuerdo?

El Viejo se acomodó en la silla mientras torcía una sonrisa de placer. Era una táctica elemental de lucha burocrática. Cuando alguien no te da lo que pides, simula que piensas que simplemente no entiende lo que pides, vuelve al principio de tus argumentos y repasa cada aspecto de tu exposición con el máximo detalle. Entonces repítelo. Era una prueba de aburrimiento: tarde o temprano alguien cedería.

Había pasado cientos de horas de su vida sumido exactamente en combates así con contrincantes del Departamento de Defensa o de la Oficina del Tesoro, dándose cabezazos como dos paquicefalosaurios.

Sin embargo esta vez no funcionaría. Los hombres pájaro simplemente divergían demasiado del genoma humano. Eran inmunes a la psicología de los primates. Ni siquiera entendían cómo funcionaba.

Cuidadosamente, hizo avanzar el tiempo una hora y se volvió a concentrar en la discusión.

—Él dice: eso es lo que hicimos. Puede encontrarse en el tiempo como una espiral en cuatro dimensiones. ¿Había alternativa? No. Podíamos haber hecho otra cosa pero decidimos que no.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Salley.

Griffin hizo un gesto para que callara.

—¿Puedes clarificarlo?

Un hombre pájaro, el más alto, golpeó la mesa con la mano con violento énfasis.

—Ella dice: ¿por qué estamos discutiendo esto cuando de otro modo no estamos discutiendo esto?

Los humanos se miraron los unos a los otros.

—¿Estás tal vez sugiriendo que el libre albedrío no existe? —preguntó Griffin.

Los hombres pájaro se agruparon y sus cabezas se agitaban tan energéticamente que parecía un milagro que a ninguno se le clavara uno de sus afilados picos.

—Ellos dicen: sí, es libre. ¿Pero es albedrío?

Esa pequeña parte del Viejo que seguía siendo él mismo cuando se encontraba inmerso en aquella experiencia, sintió una exasperación familiar. Wittgenstein dijo que si un león pudiera hablar, no le entenderíamos. Era verdad. Había tratado con los hombres pájaro en innumerables ocasiones y su pensamiento no era como el pensamiento humano. No se les podía traducir bien. Tal vez no se les podía traducir en absoluto.

Los inalterables sólo eran obstinados y enloquecedoramente poco imaginativos. Los hombres pájaro procesaban la información de una manera completamente extraña al pensamiento humano. Las dos especies se entendían de verdad muy raramente.

Alguien llamó a la puerta. Jimmy asomó la cabeza.

—Señor.

Salió de la experiencia.

—¿Qué pasa?

—Me pidió que le informara cuando tuviéramos la confesión de Robo Boy.

—Bueno, ya casi no importa. ¿Ha dado el nombre de sus superiores?

—Oh, sí. Cantó como un canario, señor. Cantó como el jodido Enrico Caruso. Hemos estado en contacto con el FBI. Dicen que no será un problema conseguir las órdenes judiciales.

—Algo es algo, supongo. —Indicó a Jimmy que se fuera y volvió a avanzar el tiempo una hora.

Los humanos ahora estaban sentados en sillas. Por fin se les había ocurrido pedir-las. Todos menos Griffin parecían molestos y resentidos. Sólo él tenía la suficiente experiencia ocultando tanto el enfado como la humillación para poder mantener el aplomo.

—Explicadnos vuestro proyecto.

Por fin habían llegado a la cuestión clave. El Viejo salió de la conversación. Lo que venía a continuación era necesario para que ellos comprendieran todo pero él ya conocía aquellos datos y no le apetecía volverlos a oír.

Los hombres pájaro le habían dado a la humanidad los viajes en el tiempo por una razón: su intención de estudiar a los seres humanos. Ese regalo les permitió mantener a los inalterables cerca de los hombres. Eran una herramienta diseñada para molestar lo menos posible, para poder observar y registrar su comportamiento.

Pero el regalo también respondía a una segunda intención.

Los hombres pájaro querían estudiar a los humanos mientras llevaran a cabo las típicas actividades humanas. Su curiosidad era amplia, pero teniendo en cuenta las idas y venidas de los inalterables, el Viejo había podido determinar que las dos actividades que consideraban la quintaesencia humana eran la burocracia y la investigación científica.

De las dos, estaban bastante más interesados en la ciencia. Así que habían creado una situación controlada en la que los humanos la desarrollarían. Les habían dado el Mesozoico.

Esto le alegró casi tanto como le había alegrado cuando era un niño descubrir que a los delfines realmente les gustaban las personas. Los seres humanos podían resultar verdaderos idiotas. Le animaba pensar que otra especie consideraba que merecían la pena. Le consolaba pensar que alguien extraño creyera que descubrir era la pieza central de la actividad humana.

Le hacía sentirse justificado.

Pasó para adelante la visión hasta el final de la explicación y después congeló el tiempo mientras escribía y enviaba un memorándum. Cuando descongeló la imagen, entraba un segundo inalterable y dijo unas palabras.

Salley y Molly Gerhard le siguieron fuera de la habitación.

Era un pequeño acto de misericordia por su parte. La conferencia continuaría durante horas, y las dos ya estaban aburridas hasta la médula. Así que lo arregló para que las llevaran a dar una vuelta.

—¡Mira! —exclamó Molly Gerhard—. Son maquetas de las torres flotantes como en la que hemos estado antes.

—No. —Salley arrancó una del agua y la sujetó en lo alto para que la otra mujer pudiera ver el bulbo subacuático que daba a la torre su flotabilidad y un amasijo de

amarras que la hacían estable—. No son maquetas, son pimpollos.

Se habían adentrado en las raíces enredadas del «hábitat catedral» de los hombres pájaro y por supuesto había muchos, muchos estanques de agua. Estaban negros y atrancados. El aire sobre ellos olía a cedro.

—O sea que quieres decir que han crecido...

Un hombre pájaro salió del agua con el cuello estirado. Molly Gerhard se quedó boquiabierta y se apartó asustada. La criatura salió del agua, se sacudió como un pato y después desapareció por un pasillo.

El Viejo avanzó más. Ahora las dos mujeres estaban en la copa del árbol. Alrededor de ellas bailaban reflejos dorados de la luz solar mientras una brisa ligera movía las ramas sobre sus cabezas.

Molly Gerhard arrugó la nariz.

—Con toda la tecnología que tienen, se supone que podría irles mejor.

Estaban rodeadas de nidos veteados de blanco hechos de cualquier manera y llenos del alboroto de polluelos de hombre pájaro chillando.

—Tienes que mirarlo desde su perspectiva —dijo Salley sin ninguna convicción. Entonces se encogió de hombros—. Yo...

Volvió a avanzar.

Ahora estaban de pie sobre una terraza no muy lejos de las copas de los árboles. El inalterable les hizo un gesto para dirigir su atención hacia fuera, hacia el horizonte. Molly Gerhard se volvió, riendo, y se quedó inmóvil de sorpresa y asombro. Salley se quedó callada tras ella.

Impacientemente, el Viejo trasladó su atención de vuelta a Griffin y Jimmy. No le interesaba el mero asombro. Lo que le importaban eran los resultados.

—Él dice: sí, podíamos daros el equipo que pedís. Sí, podíamos rescatar a vuestros amigos. No tras la primera prueba de resistencia. No a los seis meses. En el registro eso consta como no ocurrido. Sí tras la segunda prueba de resistencia. A los dos años.

»Pero no lo querréis.

Griffin se puso en pie. Habían pasado horas. Estaba visiblemente cansado.

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que queremos recuperar al grupo. Gracias. Trato hecho.

Hubo un largo silencio.

—¿Por qué no lo íbamos a querer? —preguntó Jimmy.

Se oyó un gruñido grave tan poco nítido que Griffin no pudo distinguir cuál de los tres lo había producido.

—Él dice: no lo querréis porque el proyecto ha terminado.

—¿Qué?

—El dice: la línea temporal en la que os dimos los viajes en el tiempo va a ser negada.

—¿Cuándo?

—El dice: inmediatamente después de esta conversación.

Tras la revelación del hombre pájaro hubo bastante riña y discusión simplemente

porque pelearse era humano. No serviría de nada. El Viejo se saltó casi todo.

—¿Pero qué pasa con Gertrude? Ella es de otra línea temporal pero la he conocido —decía Salley cuando él volvió a entrar en su conciencia. El Viejo se había asegurado de que tanto ella como Molly hubieran vuelto para el final de la discusión—. Eso prueba que podéis reconciliar líneas temporales. ¿Por qué cerrar la nuestra? ¿Por qué no podéis hacer lo mismo, sea lo que sea, por nosotros?

El hombre pájaro habló durante mucho tiempo.

El inalterable dijo:

—Ella dice: era sólo temporal. Incluso si fuera posible no sería posible.

—No entiendo.

—Ella dice: la línea temporal que contiene nuestro estudio también nos contiene a nosotros. Sabíamos esto desde el principio. Sabíamos que estudiaros significaba que nosotros mismos nos disolveríamos en antinodos temporales cuando el trabajo acabara. Ése es el precio. Viajar en el tiempo no es posible bajo otras condiciones.

—¿Entonces por qué? —preguntó Jimmy—. ¿Por qué molestarse?

El hombre pájaro se giró y fue hasta la parte de atrás de la habitación. Un segundo hombre pájaro le siguió. Allí había un estanque de agua. Uno tras otro se tiraron al agua y desaparecieron.

Antes de que el tercero pudiera seguirles, Griffin exclamó:

—¡Escucha!

Se le quedó mirando intensamente.

—Si no importa..., si nada importa... Entonces dadnos las máquinas para que podamos salvar a nuestros amigos.

El hombre pájaro y el inalterable intercambiaron lo que parecían cloqueos y chirridos.

—Ella dice: ¿por qué?

—Es una razón humana. No la entenderías.

El hombre pájaro gritó, haciendo un ruido tan fuerte que provocó que les dolieran los oídos.

Hubo un silencio largo, durante el cual los humanos se resignaron a haber fracasado y por fin habló el inalterable:

—Ella dice: se hará. —Hizo una pausa—. También, se ha hecho... —Otra pausa—. Es un honor poco común... estar en presencia de un ser humano. Qué bellos sois. Qué encantadores, tanto por vuestra curiosidad como por vuestro coraje.

El hombre pájaro hizo un ruido metálico.

—Ella dice: sois científicos. Ella también es un científico. Lleva toda la vida intentando entender a los mamíferos.

Un chillido.

—Ella dice: sois criaturas nobles. El mundo es un lugar más pobre sin vosotros.

El hombre pájaro desdobló una de sus grotescas extremidades superiores y la estiró hacia el otro lado de la mesa. Los tres dedos de su terrorífica mano se separaron extendidos.

—Ella dice: ¿podemos estrechar las manos?

El Viejo jugó con la idea de seguir al grupo de Griffin de vuelta a casa pero decidió no hacerlo. Cerró una visión y llamó a otra. Una ventana se abrió al Maastrichtien-

se superior, solamente ciento veintidós millones de años más adelante.

Era el día que habían elegido para su festival de la cosecha y el campamento estaba invadido por el olor de una cría de anquilosaurio asándose entera en un espetón sobre las brasas.

Leyster estaba sentando en el refugio pelando tubérculos de ciénaga y mirando distraídamente cómo Nathaniel jugaba con un sonajero que Patrick le había hecho. Daljit estaba desplumando un pequeño dinosaurio. Se quedó mirando el animal muerto entre sus manos y se paralizó.

—Eso no es... ¿qué es eso?

—Sólo es un pequeño dinosaurio sin importancia. Irá bien de guarnición.

—No, en serio. No lo reconozco. ¿Es una especie nueva? Déjame mirarle los dientes.

—¡Nada de diseccionar la cena! —se rió Katie. Estaba sacando hojas de palmera de la olla donde habían estado a remojo y envolviendo con ellas los tubérculos pelados para poder asarlos a la brasa—. Sigue pelando.

—¡Venga! Hay que sacarle las tripas de todas formas. Podría ser algo importante.

Daljit soltó el animal.

—Escucha —exclamó con tensión.

—Yo no... —dijo Katie.

—¡Chist!

Fuera se oían voces que no les resultaban familiares.

—¡Dios mío!, ¿dónde está mi blusa? —gritó Daljit.

Katie recogió al bebé y corrió afuera sin decir una palabra.

Leyster fue el siguiente en salir. Daljit le siguió de cerca, abrochándose como loca.

Quienes les rescataban eran militares estadounidenses, en su mayoría hombres jóvenes con el pelo corto y una extraña conducta social. Pero trajeron con ellos una mujer con una cámara para hacer un documental y ya estaba entrevistando a los paleontólogos.

—¿De qué te arrepientes más? —preguntó con la cámara al hombro. Varios de la tribu se echaron atrás tímidamente intimidados por la novedad de un cara no familiar. Le puso el micrófono delante a Jamal—. Tú.

—Supongo que la cosa de la que más me arrepiento es de no haberme traído a un botánico. En nuestro campo hay preferencia por los animales, por los vertebrados en particular, y de verdad hemos pagado el precio por ello. Nos habría hecho falta alguien que conociera las propiedades de las plantas locales.

—¡Bien dicho! —dijo Katie fervientemente—. Tiene que haber algo por aquí que contenga tanino. ¿Tienes idea de lo difícil que puede ser curtir cerebros? ¡Y los tintes! No me hables de los tintes.

—¿Y tú?

—Me arrepiento de no haber logrado hacer una buena pieza de barro —dijo Daljit—. Teníamos un buen horno pero no pude conseguir el barro adecuado o la temperatura correcta.

—¿Tú?

—Me arrepiento de no haber traído un localizador temporal de repuesto —dijo Nils. Todos se rieron. Después habló algo más en serio—. Si hubiera sabido cuánto tiempo iba a estar atrapado aquí hubiera traído más medicinas. Y hubiera aprendido algún trabajo manual.

—¿Como qué?

—Como tallar la piedra. ¿Has intentado alguna vez hacer un cuchillo de piedra? No es nada fácil.

—¿Qué es lo primero que buscarás o harás cuando vuelvas al presente? —preguntó la mujer enfocando con la cámara primero a Nathaniel y después subiendo hasta la cara de Katie.

—Quiero un chuletón.

—¡Un batido!

—Una taza de té, con limón y mucho azúcar.

—¡Una ducha! ¡De agua caliente!

—Oh, sí.

—Voy a apagar el cerebro y sentarme frente al televisor una semana.

—Voy a leer un libro que no haya leído antes.

—¡Voy a hablar con un desconocido!

De pie lejos de los demás Leyster murmuró con fervor:

—Voy a matar a Griffin por habernos hecho pasar por esto. Después, si me da tiempo, también mataré a Robo Boy.

Pero habló para sí mismo. Solamente le había oído el Viejo. Y cuando, media hora después, las brasas habían sido sofocadas con agua, el anquilosaurio a medio asar se quedaba allí para los carroñeros y se pusieron en fila para cruzar la puerta y salir al Marriott Crystal Gateway en Crystal City, Maryland, solamente él vio que Leyster cogía una roca con mucho cuidado y se la guardaba en el bolsillo.

El Viejo suspiró y abrió el archivador del escritorio que tenía delante. Dentro había ocho memorándums. Los leyó todos cuidadosamente, entonces cogió uno entre los dedos gordo e índice y lo rompió por la mitad.

Las cosas habían funcionado mucho mejor en el segundo intento. Solamente habían muerto dos personas. Tenía que admirar a Leyster por ello. El hombre se había enfrentado mejor a sus tareas que la primera vez.

Sentía la muerte de Lydia Pell, por supuesto, y la del joven también. Pero lo que estaba hecho estaba hecho. Las segundas oportunidades eran tan poco comunes en este mundo que casi se podían considerar milagros.

Decidió echarle un último vistazo a Gertrude, solitaria y espléndida. Era una rara avis, quizá la más rara de su pajarera de colegas particular, y le gustaba vigilarla de vez en cuando.

Un taxón Lázaro era el que desaparecía del registro fósil como si se hubiera extinguido, sólo para reaparecer más tarde como resucitando de entre los muertos. Le gustaba pensar en la profesora Gertrude Salley como el taxón Lázaro de la humanidad. Mientras ella existiera, la raza humana no estaba muerta del todo. La visitaba ocasionalmente sólo para que mantuviera una tenue conexión con la humanidad.

A veces jugaban al ajedrez. Siempre ganaba él.

Inmerso en sus recuerdos, abrió una ventana a la torre de Gertrude donde ella es-

taba trabajando sentada en su escritorio. Una vez que había hecho eso mismo, ella había notado su presencia (a ella también le habían dado herramientas extraordinarias) y, mirándole directamente a los ojos, le había guiñado un ojo con sorna. Pero hoy no.

Hoy daba lo mismo. Aquél era un día demasiado solemne para la risa. Era el día en que todo acababa.

Firmó el último de los memorándums y los tiró a la bandeja del correo saliente. El proyecto había acabado. En ese instante, era como si estuviera jubilado.

Se puso de pie despacio. El sillón de cuero chirrió cuando lo hizo como si tuviera simpatía por él. Su cuerpo se arqueó pero esos dolores eran naturales de la edad. Estaba acostumbrado.

Solamente quedaba una cosa por hacer.

## 20

### Extinción

*Crystal City, Virginia: era Cenozoica. Periodo Cuaternario.  
Época Holoceno. Edad Moderna. 2012 d. C.*

Si se pudiera decir que la historia tuvo un final, se diría que acabó un radiante día de primavera en el Marriott Crystal Gateway de Crystal City cuando unos doscientos paleontólogos se reunieron en el salón de baile invitados a observar cómo unos militares montaban una maquinaria que ninguno había visto antes para abrir una puerta del tiempo no definitiva.

—Apártense, por favor —dijo un oficial. Se movieron un poco pero nadie se apartó—. ¡Por favor! Damas. Caballeros. —A todas luces, no estaba acostumbrado a tratar con civiles y sus peticiones tenían poco efecto.

Finalmente, exasperado, se volvió hacia su segundo al mando y murmuró:

—A la mierda. Dale al interruptor.

Le dieron al interruptor.

Se oyó un zumbido.

Había una placa metálica plana en el suelo conectada con cables gruesos a un equipo nunca visto. Por encima, el aire jugueteaba, ondulaba, chispeaba. Una área plana y circular se llenó de luz solar mientras se abría a una realidad más iluminada. Los científicos frunció el ceño y se cubrieron los ojos con las manos, esforzándose en poder ver bien lo que estaba pasando.

—Creo que veo... —empezó a decir alguien, y le silenció un coro de gente mandándole callar.

Los supervivientes de la expedición perdida atravesaron uno por uno el disco brillante. Leyster salió el primero frunciendo el ceño y sujetando con fuerza sus anotaciones de campo. Tamara iba tras él con su lanza. Jamal se iluminó con una sonrisa cuando vio a todo el mundo esperándoles. Entonces salió Lai-tsz, mirando inquieta, con Nathaniel al hombro, y después de ella Patrick, Daljit y los demás.

Alguien empezó a aplaudir tímidamente.

Todos se unieron. Un estrépito como el de una ola al romper llenó el salón de baile.

Un hombre mayor calvo con un llamativo bigote blanco cojeó hacia adelante y, con el mayor respeto, cogió los cuadernos de las manos de Leyster. De repente los levantó sobre su cabeza sonriendo.

Los aplausos se incrementaron.

Tamara sujetaba su lanza fuertemente con una mano, pestañeaba por los flash de las cámaras y se sentía desorientada cuando de pronto le invadió la consciencia de lo mal que debía oler. Observó la sala que la rodeaba y después su lanza y en un ataque de repulsión dijo:

—Que alguien me quite esto.

Una docena de manos intentaron cogerla.

—Nos gustaría incluirla en una de nuestras vitrinas, si nos lo permites —dijo una mujer.

Tamara la había conocido hacía siglos. ¿Se llamaba Linda Deck? Algo así. Era del Smithsonian.

—Y... ¿tal vez tu collar?

Tamara tocó el diente que Patrick había agujereado para pasarle un cordón y tallado con una copia bastante buena de la foto de ella posando triunfante sobre la cría de «tranny». Enseñó los dientes y con voz grave e intensa contestó:

—Por encima de mi cadáver.

La mujer se apartó alarmada y en un momento repentino de empatía Tamara se dio cuenta de lo fieros que se habían vuelto todos.

—No me hagas caso —añadió tan suavemente como pudo—. Sólo indícame dónde hay una ducha y tres pastillas de jabón y estaré bien.

—Te hemos reservado una habitación. —La mujer le dio una llave de plástico—. Hemos reservado habitaciones para todos. También hay ropa limpia. Cosas que vosotros mismos elegisteis la semana que viene.

—Gracias —dijo Tamara—. Quédate con la lanza.

Patrick llevaba entre las manos sus disquetes de fotos envueltos con un cuidado obsesivo en el cuero más suave de troodon. Había usado toda su memoria y la mayoría había sido reutilizada de tres a diecisiete veces. Un hombre con traje intentó quitárselos y cuando él apartó sus brazos, el hombre se rió diciendo:

—¿Es ésa la forma de tratar a tu editor?

—¿Qué?

El hombre cogió los disquetes y le dio una muestra del libro que se iba a hacer con ellos. Patrick lo ojeó incrédulo. Anquilosaurios revolcándose en el barro. Un tiranosaurio con sangre saliéndole de la mandíbula abierta, levantando receloso la vista de su presa. Pteranodones casi rozando la superficie plateada de un lago. Un dromaesaurio poco afortunado siendo pisoteado por un triceratops en plena embestida.

Levantó la vista cuando llegó a una fotografía de titanosaurios al anochecer.

—Ésta está oscura. No se distinguen los detalles.

—Patrick, ya lo hemos repasado todo... —El editor se detuvo—. En cualquier caso, yo ya lo he repasado todo y no estoy impaciente por volverlo a repasar especialmente en domingo. Mañana por la mañana te puedes pasar por mi oficina y empezar a maldecir los contrastes. Al final estarás de mi parte. —Continuó ignorando la mirada obstinada de Patrick—. Deja que te invite a una copa. Apuesto a que llevas mucho tiempo sin tomarte una cerveza.

A Lai-tsz le había preocupado que su hijo se asustara con las cámaras, el ruido, la invasora novedad de una era dominada por los humanos y su tecnología. Llevaba a

Nathaniel en brazos observando cómo miraba a todas partes devorándolo todo tranquila e inteligentemente con esos grandes ojos marrones. Entonces apareció alguien con un racimo de globos de Mylar y se los ofreció a ella.

Nathaniel se rió y balbuceó cuando los vio.

El mundo moderno no le desconcertaba ni lo más mínimo.

Estaba completamente absorta en lo maravillado que estaba su hijo cuando un joven alto y delgaducho se le acercó y dijo:

—Hola, mamá.

Envolvió entre sus brazos a la atónita Lai-tsz y la besó en la frente.

—Mi mamita —dijo cariñosamente—. Eh, ¿éste soy yo? —Cogió a Nathaniel, lo lanzó por los aires y ambos rieron—. Pues era un pequeñín muy mono, ¿verdad?

Jamal estaba disfrutando el simple privilegio de estar otra vez en casa cuando una mujer le dio su tarjeta de visita.

—Me han dicho que eres la persona con la que hay que hablar —dijo—. Habéis sobrevivido a una aventura extraordinaria y creo que es justo que os prevenga de los buitres que pronto os rondarán. Necesitáis un representante.

—¿Un representante? —exclamó con la mirada vacía.

—Un agente. Vuestra historia tiene un valor increíble. No la tiréis a la basura aceptando la primera oferta que os hagan los medios.

Hacía un minuto había estado pensando en lo extraño que sería volver a vivir en un universo comercial y lo mucho que había perdido las habilidades requeridas. En ese instante, las recuperó todas de golpe.

Lo primero que había que hacer era declarar a Nathaniel miembro de la expedición y abrirle un fondo a renta fija para su parte de los ingresos. Así, si todos cambiaban después, los gastos de criarle no recaerían solamente sobre Lai-tsz. Pasara lo que pasara, su educación estaría cubierta.

Eso suponía, por supuesto, que maximizaran los ingresos ahora que el interés del público estaba en su punto álgido.

Cogió el brazo de la mujer.

—Hablemos de números, ¿vale?

Katie y Nils no dejaron escapar un momento de calma y se alejaron de los otros para hablar en el pasillo.

—Es como el fin de una era, ¿no? —dijo Nils.

—Sí. ¿Estabas escuchando lo que decía esa mujer que estaba con Jamal? Decía algo de hacer una película sobre lo que nos pasó.

—Bueno, si se hace una película, supongo que hay partes que tendrán que dejarse fuera.

—Quieres decir... —Se sonrojó muy ligeramente.

—Sí. —Hincó en la moqueta un dedo del pie torcido—. Supongo que ésa es otra cosa que ha llegado a su fin. Quiero decir, no nos imagino a todos alquilando una gran suite y...

—No.

—Sería de mal gusto. Como esos clubes de intercambio de pareja que había en el

siglo pasado.

—Sí.

—Pero sabes que... —Respiró hondo y por fin encontró los ojos de ella—. Sólo porque todos los demás se separan, no quiere decir que nosotros, que tú y yo...

Tardaron bastante tiempo y hablaron mucho más. Pero al final llegaron a entender lo que los dos siempre habían sabido.

Raymond Bois, de pie entre la multitud, de pronto se percató de que tenía agentes de seguridad a ambos lados. Dio un paso atrás y chocó con alguien. El irlandés le puso la mano en el hombro y dijo:

—Quieto, hijo.

El hombre le agarró con firmeza hasta el punto de hacerle daño. Raymond Bois miró desesperado a su alrededor y vio a alguien que sólo podía ser Molly Gerhard, aunque parecía décadas mayor que la última vez que la había visto.

—Me alegro de verte, Robo Boy —dijo—. Ha pasado mucho tiempo.

Sus ojos echaban chispas.

Un guarda de seguridad hablando en voz baja que se identificó como Tom Navarro separó a Gillian y Matthew de los demás.

—Sólo será un momento —dijo—. Necesito que identifiquen a alguien. Tenemos razones para pensar que el terrorista que puso la bomba que mató a Lydia Pell está presente en esta habitación. Si tuvieran la amabilidad de echar un vistazo rápido...

Se detuvo colocándoles a Raymond Bois justo enfrente.

—Dios mío —exclamó Gillian—. ¡Es él!

—¡Es Robo Boy! —replicó Matthew. Era medio consciente de que había una mujer filmándoles con una cámara digital pero no le prestó atención—. ¡Es él! Dejó un mensaje, todos lo escuchamos, todos testificaremos eso. Yo...

Pero, como si todo lo que necesitaran fuera que asintieran, los agentes de seguridad ya se llevaban a Robo Boy pateando y resistiéndose.

—¡Yo no he sido! —gritaba con pánico—. ¡Yo no he hecho nada!

Intentó morder a uno y le dieron un puñetazo en el estómago. Se dobló dolorido, lloriqueando, mientras se lo llevaban medio en brazos hacia la puerta. La mujer de la cámara corría con ellos y le enfocó la cara.

—Gracias —dijo Tom Navarro—. Eso será todo.

Amy Cho apoyaba todo su peso en su bastón. Su cadera se arqueaba. Había retrasado su operación para estar allí y ahora se arrepentía. Un mártir, por errónea que fuera su causa, debía aceptar su destino alegremente. Debería poner su fe y confianza en Dios y consignar lo demás al demonio. Debería ser una inspiración para el mundo.

Raymond Bois le causó una terrible desilusión.

Ya no era tan rápida como solía. Lo más que podía hacer era arrastrar los pies con dificultad y dolor no más rápido de lo que camina una persona normal. Igualmente, se apresuró a interceptar a los de seguridad.

—¡Esperen! —exclamó—. Tengo algo que decir.

Jimmy Boyle reconoció su voz y se detuvo para ella. Sus hombres se volvieron y alzaron al prisionero que sollozaba para que ella le pudiera ver. La mujer de la cámara se apartó para poder encuadrar a los dos.

Amy Cho levantó su bastón iracunda como si estuviera a punto de darle al joven con la empuñadura en la cabeza.

—¡Deja de lloriquear! A Pablo le arrestaron en Antioquía y en Éfeso y en Roma y sólo Dios sabe dónde más y solamente reforzó su fe. Aguantó la persecución. Se reveló en su sufrimiento. ¿Vas a ser tú menos?

Robo Boy se la quedó mirando atónito y con cara de estúpido.

Ella agitó su bastón furiosamente.

—Has asesinado y has mentido y tu fe ha flaqueado. Debes rezar, jovencito. ¡Rezar pidiendo perdón! ¡Rezar pidiendo redención! ¡Rezar para que la fe te sea devuelta!

Amy Cho creía firmemente en el poder redentor de la fe. Dios no requería que leyeras Su voluntad correctamente en todos los sentidos para aceptarte como Suyo. Podía imaginar fácilmente a un cruzado y a un caballero de Saladino, un cristiano y un musulmán, siendo bienvenidos juntos en el Cielo aunque hubieran muerto en las manos del otro.

—Dime que rezarás a Dios, maldito. ¡Dime que lo harás!

Raymond Bois se irguió entre los brazos de sus captores. Apretó fuerte los ojos y después agitó la cabeza para liberarse de las lágrimas.

Entonces asintió lacónicamente.

Amy Cho se echó a un lado y los de seguridad se lo llevaron.

Tal vez, reflexionó, había esperanza en él después de todo. Dios nunca abandonaba a nadie, ni siquiera a la menor de Sus creaciones. Visitaría a Robo Boy en la cárcel. Le explicaría unas cuantas cosas. Le enseñaría en qué se había equivocado.

La cárcel podía resultar ser lo mejor que jamás le había pasado al chico.

Daljít se sentía como si estuviese a la vez allí y en otro lugar distinto. Todo le era extraño. Lentamente se iba dando cuenta de que ya no pertenecía al mundo moderno. No es que quisiera regresar al pasado. En verdad no. Aún no.

Pero... la mayor aventura de su vida había acabado para siempre. Había regresado del País de Nunca Jamás, de la Tierra Media, de El Dorado. Los dragones habían sido vencidos, los tesoros desenterrados y retirados en vagones, las espadas y los estandartes estaban metidos en cofres y guardados en el ático. Nada de lo que hiciera jamás sería tan vívido y significativo.

No podía evitar que aquello la apenara.

Había sido feliz en el Maastrichtense. Había trabajado y sufrido mucho, claro. Pero también tuvo satisfacciones. Una y otra vez se había probado tanto a sí misma como a los demás que era competente.

Podía no ser tan atlética como Tamara pero tenía buenas habilidades para sobrevivir. Sabía cómo hacer siete tipos distintos de cepos y trampas. Podía pescar con anzuelo, arpón o a mano. Podía desollar y trocear un hadrosaurio recién muerto y escapar con toda la carne que pudiera cargar antes de que llegaran los depredadores. Podía no ser tan buena paleontóloga como Leyster, pero podía identificar prácticamente a cualquier dinosaurio con sólo verlo u oírlo o incluso con sólo olerlo. Podía identificar a la mayoría de los herbívoros por su sabor. Podía recoger un diente caído e identificar no

sólo de quien era sino también su posición en la mandíbula y hacer unas cuantas atinadas suposiciones sobre la edad y el estado de salud de la criatura.

Podía construir una casa y saber que se mantendría en pie. Podía cantar una canción para entretener a los demás. Había reinventado el telar a partir de los recuerdos medio olvidados de una maqueta que había hecho de niña y después se había enseñado a sí misma y había enseñado a los demás a usarlo.

Y lo que era aún más: había bajado el Edén en balsa. Se había enfrentado a uno de los animales más grandes que jamás pisaron la Tierra. Había cuidado a una mujer moribunda en sus últimos días y había sido la enfermera de un hombre convaleciente hasta que se recuperó. Había conocido las lágrimas, la risa, el esfuerzo, el amor, el sudor y el peligro.

Ésas eran satisfacciones primarias, las cosas que hacían que la vida importara. ¿Qué podía ofrecer la ciudad de Washington en el siglo XXI que pudiera compararse con ellas?

Patrick apareció tras ella y la cogió por el brazo.

—Vamos —dijo—. Este pobre tonto iluso es mi editor —el hombre sonrió asintiendo— y como no tiene ni la más remota idea de cuánto beben los paleontólogos, ha prometido como si tal cosa que nos va a invitar a toda la cerveza que queramos. Ahora mismo están jugando un partido los Orioles y dice que el bar tiene un televisor de pantalla gigante y unos altavoces que son el último grito. La cosa cada vez se pone mejor.

Ella se dejó llevar.

—¿Tendrán cestas de aquellas galletitas saladas? —preguntó emocionada—. Sin ellas no sería un partido como Dios manda.

—No hay de qué preocuparse —dijo el editor con tono relajado—. Si no las tienen, haremos que las traigan.

Leyster había visto a Griffin de pie junto al muro más lejano del auditorio y automáticamente se había sacado la piedra del bolsillo. Ahora la volvía a dejar en su sitio discretamente. Cualquiera rudimentario plan de venganza que hubiera pensado había desaparecido en un instante. Ahora estaba en otro mundo. Allí las cosas no se hacían de esa manera.

Estaba rodeado de gente, había manos intentando tocarle, voces solicitando su atención. Era difícil entenderlas. Alguien le dio un bolígrafo y una copia abierta de *Science* y solamente cuando había firmado varios ejemplares que iban desapareciendo se percató de que estaba firmando autógrafos en copias del artículo sobre los infrasonidos.

Necesitaba aire fresco.

—Disculpen —dijo avanzando hacia el pasillo—. Disculpen, por favor. Disculpenme. —Siempre había odiado las multitudes, ¿cómo había logrado evitarlas en el pasado?—. Tengo que ir al lavabo.

—Al final del pasillo a la izquierda —dijo alguien.

—Gracias.

Huyó.

También había mucha gente en el pasillo aunque no tanta como en el salón. La mayoría eran extraños. Sin embargo reconoció a una persona.

A Salley.

Fue directo hacia ella, con el corazón palpitando, sin saber lo que iba a hacer cuando la alcanzara. Ella se le quedó mirando con los ojos afligidos, temerosos, como alguien a punto de ser sacrificado espera el cuchillo o como una mujer que sabe que le van a pegar espera el golpe.

Sin mediar palabra, la cogió de la mano y se la llevó.

Follaron como locos en el suelo de la habitación del hotel, justo junto a la puerta. Fue rápido y enérgico, y cuando acabaron tenían la ropa hecha jirones. Leyster advirtió que la puerta no estaba cerrada del todo. La cerró de una patada y, al hacerlo, se dio cuenta de que todavía tenía puestos los zapatos.

Así que se separaron y empezaron a deshacerse de esas prendas de ropa que en lugar de quitarse habían sacado de en medio y en algunos casos arrancado.

—Mi pobre blusa —dijo Salley. Logró liberarse de las medias que Leyster, demasiado impaciente para esperar, había rajado por la bragueta—. Tendré que pedir que me traigan ropa nueva.

—No lo hagas por mí —comentó Leyster—. A mí me gustas así.

—Bestia —replicó ella cariñosamente—. Bruto. —Recogió el periódico que habían apartado con una patada y le golpeó en la cabeza con él.

Leyster luchó con ella hasta quitarle el periódico, la besó, la volvió a besar y la besó por tercera vez. Después miró el periódico y se echó a reír.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—La fecha. Sólo han pasado cinco días desde la primera vez que estuve aquí. Desde esa primera conferencia después de que me reclutaran en la que Griffin explicó lo de viajar en el tiempo. —Se puso de pie—. Tú diste el discurso principal. Por supuesto, entonces eras mayor.

—Eh. ¿Adónde vas?

—A hacer la otra cosa en la que he pensado cada día de mi vida durante los últimos dos años y medio.

Leyster llenó la bañera mientras Salley se hacía la ofendida. Cuando ya estaba dentro, ella se metió con él. Cuando hubieron terminado de echar otro polvo había más agua en el suelo que en la bañera. Después de aquello se secaron el uno al otro con las gruesas toallas del hotel y finalmente llegaron hasta la cama.

Allí, por fin, hicieron el amor.

Después Leyster dijo:

—Ahora me siento completo. Toda mi vida, he estado tenso. Sentía que había algo que debería estar haciendo pero no hacía. Ahora... bueno. Supongo que por fin soy feliz.

Salley sonrió perezosa.

—Me estabas esperando a mí, corazón. Tú y yo estábamos predestinados a estar juntos desde el principio de los tiempos y ahora estamos aquí.

—Es un pensamiento bello. Pero yo no creo en el destino.

—Yo sí. Soy presbiteriana. La predestinación es un dogma.

Se la quedó mirando con curiosidad.

—No sabía que fueras religiosa.

—Bueno, no voy por las puertas repartiendo panfletos, si te refieres a eso. Pero, sí, me tomo bastante en serio la fe. ¿Algún problema?

—No, no, claro que no. —Le cogió la mano y le besó uno por uno los nudillos—. Nada tuyo es un problema para mí.

Retiró la mano.

—Hay algo que tienes que saber. He estado posponiendo el decírtelo. Pero ahora es el momento.

Leyster escuchó con paciencia mientras Salley le contaba lo de la decisión de los hombres pájaro y todo lo que la había precedido. Cuando por fin terminó, dijo:

—No parece sorprendido.

—Claro que no. Desde el principio he sabido que nada de esto era posible. Los números nunca cuadraron en lo que se refiere a viajar en el tiempo. Tal vez otros podían engañarse al respecto. Yo no.

—Entonces ¿por qué seguiste la corriente? ¿Por qué no te negaste a participar?

—¿Y perderme los dinosaurios? —Se rió—. He vivido mi vida como quería, he obtenido respuestas a preguntas que pensé que jamás conseguiría y ahora he conocido tu amor y tu cuerpo. ¿Qué más quiero? ¿Por qué debería...? Dime. ¿Qué habitación es ésta? ¿La tuya o la mía?

—Es la tuya.

—Entonces mis cosas tienen que estar por aquí, ¿verdad? —Empezó a abrir cajones, a registrar entre los montones de ropa—. Y si mis cosas están aquí, entonces tiene que estar... ¡Sí! ¡Aquí está!

En un cajón abierto apareció su tomo de la antología de Shakespeare. Lo cogió, pasó rápidamente sus páginas.

—Esto es de *La tempestad*.

Leyó:

*Ya terminó la fiesta. Los actores,  
como ya os dije, eran espíritus y se desvanecieron  
en el aire, en la levedad del aire.  
Y de igual manera, la efímera obra de esta visión,  
las altas torres que las nubes tocan, los palacios espléndidos,  
los templos solemnes, el inmenso globo,  
y todo lo que en él levita, se disolverá;  
y tal como ocurre en esta vana ficción  
desaparecerán sin dejar humo o estela. Estamos hechos  
de la misma materia que los sueños, y nuestra pequeña  
vida cierra su círculo con un sueño.\**

Bajó el libro.

—Eso lo dice todo para mí.

Salley volvió a sonreír, esta vez sin ninguna pereza.

—Ven aquí. Tenemos cosas que hacer antes de dormir.

\* William Shakespeare, *La tempestad*, edición bilingüe del Instituto Shakespeare dirigida por Manuel Ángel Conejero Dionis-Bayes, Ediciones Cátedra, Madrid, 1994. (*N. de la t.*)

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No mucho. Unas horas de tiempo subjetivo.

—Tiempo suficiente.

Griffin se quedó el último para ver al equipo de rescate atravesar la puerta. Inmediatamente después, puesto que el equipo ya había regresado a salvo con la expedición perdida, los soldados del grupo de apoyo empezaron a desmontar la maquinaria.

Todo había terminado.

En el último momento, había decidido no contarles nada de la decisión de los hombres pájaro a los paleontólogos que regresaban. ¿Qué podían hacer con el tiempo restante que fuera mejor de lo que estaban haciendo ahora? Todos eran felices. Lo mejor era dejarles serlo.

Los generosos patrones de Última Pangea le habían concedido el favor de un último pasaje a través del tiempo. Fue a la entrada principal y encontró una limusina esperándole.

Había llegado la hora de ir al Pentágono por última vez.

Griffin salió del embudo del tiempo a una estación que había sido cerrada oficialmente el día anterior. Atravesó el edificio silencioso y salió por la puerta. Era una mañana reluciente y nublada. Podía oír a los dinosaurios cantándose los unos a los otros. En la distancia vio las siluetas grises de los apatosaurios avanzando suavemente entre la niebla.

Sus responsabilidades habían acabado. Había peleado bien. Había perdido. En cualquier segundo esperaba que se le echara encima todo el peso de la derrota. Pero, extrañamente, no llegaba.

En su lugar, un gran ataque de alegría le invadió por dentro. Dios, ¡le encantaba el Mesozoico! Particularmente ese aquí y ese ahora. No podía pensar en un tiempo y un lugar en el que preferiría estar.

Griffin estaba observando la deslumbrante niebla cuando oyó pasos. No se volvió. Sabía quién tenía que ser.

El Viejo apareció tras él y le puso una mano en el hombro.

—Has hecho un buen trabajo —dijo—. Nadie lo podía haber hecho mejor.

—Gracias —contestó Griffin—. Ahora dime que todo esto tenía un sentido. Dime que no me he pasado toda mi vida adulta matándome por nada.

Durante un momento largo pensó que no recibiría respuesta. Entonces el Viejo dijo:

—Imagínate que te encarcelan, justa o injustamente, no importa, para el resto de tu vida. Estás encerrado en una habitación pequeña con una ventana de barrotes. No puedes ver mucho, tal vez un poco de cielo, nada más. Pero un día un pájaro con un poco de paja en el pico aparece en la ventana. Pronto te das cuenta de que él y su pareja han construido su nido ahí mismo en tu ventana. Puedes reaccionar de varias maneras. Puedes cazar a los pájaros e intentar amaestrarlos. Puedes robar sus huevos para variar tu dieta. Incluso puedes matarlos y aplastar su nido como castigo porque ellos son libres y tú no. Todo es cuestión de personalidad.

—¿Tú qué harías?

—Los... estudiaría. Intentaría aprender todo lo que pudiera sobre ellos. Cómo se aparean, lo que comen, cómo es su metabolismo en reposo, cómo son los patrones de desarrollo de sus crías.

—Si nunca vas a salir de la celda, entonces ¿para qué diablos serviría tu estudio?

—No tengo respuesta a eso. Excepto que aun así me gustaría obtener ese conocimiento. Existiría por existir.

»El saber es mejor que la ignorancia —dijo el Viejo.

Griffin sopesó juiciosamente la afirmación y asintió.

—Es verdad. ¿Pero es suficiente?

—¿Para justificar tu vida? —El Viejo se quedó un rato callado. Entonces dijo—: No puedo hablar por nadie más. Pero para mí, personalmente, la vida no necesita justificación. Solamente es. Y mientras esté aquí, quiero saber..., simplemente saber. Sí, honestamente creo que es suficiente.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Griffin.

El Viejo carraspeó.

—No creo que esa pregunta tenga ningún significado.

—Supongo que eso es verdad. —Miró su reloj sin verlo. Con cuidado se lo quitó de la muñeca y lo deslizó en su bolsillo.

—Hace muy buen día, ¿verdad? —dijo.

—Sí —se contestó a sí mismo—. Sí, es verdad. Si alguna vez hemos tenido uno mejor, no recuerdo cuándo fue.